



Tito
Mundt
YO



LO CONOCI

716-7AG

DR | 

YO LO CONOCÍ

Por Tito Mundt

Santiago Mundt Fierro, mucho más conocido como Tito Mundt, obtuvo en 1957 el Premio Nacional de Periodismo, como coronación de una vida nerviosa, dinámica, llena de aventuras e incidentes, dedicada a "la noticia", ese alimento vital de nuestro tiempo. Buscarla, comunicarla a sus lectores, le hizo moverse por Chile, y desplazarse luego por América, Europa y el mundo todo.

Reparte sus artículos en diversas tribunas — "Vea", "Zig-Zag", "Ecran", "La Tercera de la Hora", "Últimas Noticias", "Última Hora", "La Nación", "Siete Días"—, y, posteriormente, sin abandonar sus quehaceres periodísticos y radiales, se entrega a la tarea de reunir sus trabajos y organizarlos en libros. Así surge "De Chile a China", obra que exhibe, en forma miscelánea, el itinerario geográfico y humano de sus tránsitos por la tierra. El libro tiene una excepcional acogida de crítica y lectores, que agotan una tras otra sus ediciones. La circunstancia de que Charles de Gaulle viaje por diversos países de Latinoamérica, incluido Chile, permite a Tito Mundt trabajar la biografía de este gran estadista, para lo cual se documenta adecuadamente. "De Gaulle, el Gran Solitario" es su segunda obra.

YO LO CONOCÍ es una visión certera, franca, espontánea, de personajes de nuestro tiempo, grandes políticos, estadistas chilenos y extranjeros, escritores, pintores, artistas, toreros, o simples personajes pintorescos que, en algún momento, se cruzaron con Tito Mundt. En rápidas líneas, con certeros adjetivos, los dibuja, en esquemáticas instantáneas.

El talento repentista de Tito Mundt vuelve a mostrarse en esta galería de seres humanos. El lector andará por las páginas de YO LO CONOCÍ de sorpresa en sorpresa, y dentro del estilo característico del autor: a gran velocidad.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

10(289-9)

3466

YO LO CONOCI

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A., 1965.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 30.637.
Santiago de Chile.
1965.

T I T O M U N D T

Y O L O C O N O C I

204 PERSONAJES EN BUSCA DE AUTOR

Z I G - Z A G

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

*A mi mujer, principal impulsora
de estas páginas.*

EL AUTOR

Amigo lector:

Esto, más que un libro, es una simple galería de personajes vistos, conocidos o divisados por el autor.

A través de veinte infatigables años de periodismo conocí a mucha gente. Dentro de esa gente, a cierta gente, y, dentro de ella, a estos doscientos cuatro personajes.

No se trata de biografías repletas de datos ni de interpretaciones psicológicas, sociológicas e históricas. Esto es todo lo contrario. Exactamente la cara de la moneda, en vez del sello. Quise contar rápidamente, con mentalidad y estilo de periodista, sin disfrazarme de escritor engulado y solemne, el trasfondo, la parte oculta, el mecanismo secreto de los hombres y mujeres con los cuales conversé alguna vez en alguna esquina del mundo. Entre ellos hay reyes, pintores, asesinos, Presidentes de Repúblicas, revolucionarios, cantantes, novelistas, toreros, Jefes de Estado, mujeres bonitas, ciudades, calles, casas o sombras que pasaron trágicamente a través de la historia y dejaron una huella inolvidable, como Mussolini, Hitler, Stalin, Kennedy, Roosevelt y tantos otros. A casi todos los conocí. A los que no conocí, los describo, vestido de detective, con una lupa en la mano, buscando sus huellas debajo de alguna sombría piedra o al pie de algún muro calcinado y salpicado de tiros de ametralladoras.

"El testamento de Hitler", por ejemplo, es una exclusividad absoluta en el mundo, y ésta es la primera vez que llega a un libro impreso. A través de él, el Führer habla como si yo hubiera estado aquella trágica tarde de 1945, cuando avanzaban los tanques rusos sobre Berlín y él ya pensaba en el suicidio.

Son sus últimas palabras vacilantes a Martin Bormann, sus postresas declaraciones, que lanza como un salivazo hacia la historia pensando en el sombrío mañana.

No conocí a Mussolini, pero estuve en el sitio exacto en que lo

colgaron vilmente los mismos que lo habían ovacionado durante veinte años, y bajo la nieve de Moscú pude conversar en ruso con lo que quedaba del viejo Stalin.

Estos, más que recuerdos, son imágenes que surgieron del fondo de la memoria y que se han colocado espontáneamente frente a mí para que las conduzca de la mano hasta estas páginas.

O sea, he mezclado vivos y muertos, y he agregado, finalmente, algunos hechos o acontecimientos que viví y me impresionaron personalmente.

Ellos le dieron calor, color y luz a un tiempo inolvidable. Por eso es que no se perdieron en un recodo del mundo.

Y ahora: ¡Adelante!, les voy a presentar a...

EXTRANJEROS

Charles de Gaulle

NO HAY NADA más parecido a De Gaulle que las caricaturas que se ven a cada momento en la prensa francesa. La misma nariz, el mismo cuerpo, la misma forma de pera, el mismo vientre, la misma dignidad y la misma sequedad para tratar. Y no hay nadie que goce más que el general con los apuntes cómicos que le hacen. Más aún, Malraux me contó en París que el general colecciona todos los monos que le dibujan en un álbum especial. Y que no se enoja jamás.

No tiene buen genio y es cortante para tratar a sus colaboradores. No le da entrada a nadie. Es enemigo de los palmoteos y de las sonrisas excesivas. No hay nadie que se atreva a llamarse su íntimo amigo. Sus Ministros más inmediatos, como Pompidou y Malraux, lo tratan ceremoniosamente de "usted" y de "Presidente".

De Gaulle habla lenta y pausadamente. Sonríe poco en la intimidad. En cambio en la calle y en la TV actúa como un buen abuelo de los franceses y le aflora una sonrisa patriarcal que le conquista votos y adhesiones.

Cuenta con un solo rotativo, "La Nation", que tiene poco tiraje. Los grandes diarios ("Le Figaro", "France Soir", "Le Monde", etc.) lo atacan discretamente. La misma "L'Humanité", órgano oficial del PC, que lo combatía hasta hace poco, ha variado de línea y está de acuerdo en algunos puntos con su política exterior. El general aprende de memoria los discursos que más tarde "improvisa" ante la radio y la TV. El discurso en español que lanzó en el Zócalo de México lo conocían los periodistas cuarenta y ocho horas antes. Escribe estupendamente y lo hace a mano, con una letra fina y delgada, que recuerda la de un colegial.

Es aficionado a la música y le gusta escuchar su tocadiscos en la casa de Colombey-les-deux-Eglises. Es partidario de los clásicos. En pintura, le agradan Monet y los impresionistas. El único que votó en

contra del general en su pueblo fue su cocinero, que no quería dejar la casa del Presidente y cambiarse al Elíseo.

Tiene buena puntería y nunca falta el equipo de "gorilas" que están listos detrás de él, con una pistola engrasada y con bala en boca.

Se levanta en la madrugada y trabaja únicamente ocho horas. Almuerza en menos de treinta minutos y lo hace con una copa de vino blanco. No bebe cocteles, ni fuma. Además, le molesta que fumen en su presencia. Se acuesta a las diez de la noche. Hace intensa vida familiar y está tan bien de salud, que el 28 de agosto último caminó cincuenta cuadras a pie entre Notre-Dame y el Arco de Triunfo. No le hace bien la altura, razón por la cual no viajó a La Paz, que está a 4.000 m. sobre el nivel del mar, sino que llegó sólo a Cochabamba.

Habla alemán, corrientemente; se hace entender en inglés y puede conversar un poco en castellano, como lo probó en Arica, Rancagua y Santiago.

Lee especialmente obras de política, filosofía, táctica militar y religión. Católico ferviente, no deja jamás de ir a misa con su esposa a la capilla de su pueblo. Cuando se refiere a Estados Unidos, nunca le falta la alusión irónica a flor de labios.

Y, a los setenta y cinco años, está listo para presentarse a la reelección y ganar la próxima pelea presidencial, en 1965.

MADAME DE GAULLE

La historia de Francia es la historia del amor. Nunca faltan un romance y una alcoba secreta en la vida de los grandes hombres que han dirigido el país. Luis XIII tiene docenas de muchachas o de damas maduras que juegan un papel básico en su vida; Enrique IV fue llamado el "Vert Galant"; Luis XIV (basta leer "Los Tres Mosqueteros" para darse cuenta...) no era precisamente un fraile cartujo. En Napoleón aparecen Josefina, la Waleska y María Luisa, aparte de unas doce damas novelescas que tratan de jugar ingenuamente con el inflamable corazón del gran corso. Gambetta cayó rendido bajo el imperio de una muchacha inolvidable. Los hombres de la Revolución conjugan la suerte del país con el amor a la sombra misma de la guillotina. Madame Barras, Madame Tallien, y hasta la misma Josefina de Beauharnais saben que el amor es básico en medio de las llamas y de la sangre.

De Gaulle es justamente la excepción que confirma esa regla tan profundamente francesa. En De Gaulle hay una sola mujer: la suya. Fuera de Madame Yvonne, no hay un solo romance que imputarle al largo Presidente y padre de la Quinta República.

La conoce un día en una exposición de Picasso. A ella le gusta la pintura nueva. A él le carga. Va por curiosidad y por compromiso.

A ella le encantan los extraños discos y los curiosos triángulos que cuelgan de la pared. El se ríe como se ríe un militar. Con una leve y fría mueca que lleva el sello de la *Ecole Militaire* de Saint-Cyr y del Estado Mayor. El general no ha visto a la dama. Le golpea un hombro sin darse cuenta. Le pide disculpas. Ella se ríe. Un amigo de ambos los presenta...

—Cómo, ¿no conoces a tu primo...?

No hay coqueteos, ni cartitas perfumadas, ni citas en un parque o una plaza solitaria. Nada. El va a tomar té con ella a un lugar de moda, de acuerdo con el más estricto protocolo. Ella le presenta a sus padres. Visitas a la casa, como en las más burguesas novelas de Flaubert o de Paul Bourget. A los cinco meses se celebra católicamente la boda, en medio de abuelas, papás, primos, tías y sobrinas.

Pasan los años, viene la guerra, llegan los niños, y Madame es el único amor del general que salva a Francia, conquista el poder, libera a Argelia, escribe sus "Memorias", viaja a México, resiste bravamente siete atentados, parte a América y podemos darle la mano en Chile.

¿QUIEN SERA EL SUCESOR DEL GENERAL?

En 1965 son las elecciones presidenciales en Francia. Hasta la fecha, el general De Gaulle no ha dicho si se presentará o no. Por lo que averigüé personalmente en París, el general se presentará en definitiva. Para esto, hay que conocer dos cosas: la especialísima sicología del Presidente y el cuadro que presenta Francia en estos momentos.

De Gaulle no anuncia jamás lo que va a hacer. Ataca en el último momento. Aplica la guerra relámpago, tal cual la preconizaba en su libro "El ejército del porvenir". La técnica de De Gaulle es la sorpresa y el golpe inesperado. Sus armas son la TV y la radio. No le interesan los diarios. No tiene, prácticamente, periódicos afectos. Cuenta sólo con la calle y con su fabulosa popularidad. Hace poco lo atacaba el PC. Actualmente, en algunos puntos de la política exterior del gobierno, está de acuerdo con él. Su reconocimiento de la China comunista, natural y lógicamente, tuvo que caer mal entre los miembros del Comité Central, que estaba contra la política de Mao.

Pero volvamos a la táctica y estrategia que usa el general. No consulta a nadie, no tiene "padre José" ni favoritos. No usa diplomáticos tipo Talleyrand. Es sorpresivo y audaz para dar sus golpes psicológicos en los momentos menos previstos. Usa el referéndum o el plebiscito para que el pueblo (la *concierge*, la dueña de casa, el *flic*, el estudiante, el soldado, el pequeño burgués, el rentista, el jubilado, etc.) lo apoye en las urnas.

Pues bien, si por desgracia De Gaulle muriera, el sucesor lógico

sería Pompidou, que quedó con las riendas en la mano mientras el general estuvo en América.

Si no fuera él, se pensaría en un hombre como Chaban Delmas o Malraux. No hay muchos nombres que barajar. Pero De Gaulle, que tiene ya setenta y cinco años, está mejor que nunca y llegará a las urnas. Sus opositores más seguros serán el actual alcalde de Marsella, Defèrre, que goza de fama de gran orador y que tiene detrás al Partido Socialista (SFLO) y parte de la izquierda. Los comunistas levantarían, en la primera vuelta, al secretario general del PC, Waldeck Rochet. En la segunda, se buscaría una carta común a toda la izquierda. Y en caso de que no haya posibilidad alguna (si De Gaulle no se presenta, naturalmente), se ha pensado en el viejo Antoine Pinay.

Esta es la sucesión del poder en Francia, tal como yo la veo.

DE GAULLE, ORADOR Y ESCRITOR

Como orador el general De Gaulle no tiene nada que ver con la tribuna corriente francesa. No recuerda a Gambetta, Clemenceau, Herriot, Mirabeau, Danton, Robespierre, Guizot, Thiers, etc. Desde luego, no habla en la tribuna, ni desde la ventana del Hôtel de Ville, sino que lo hace cómodamente sentado ante el micrófono, o en el estudio de la TV.

Es paternal, con algo de abuelo de los buenos franceses, pero seco y firme al mismo tiempo. No concede nada y sólo sonríe de vez en cuando. No se equivoca jamás e improvisa todo el tiempo. ¿Improvisación? . . . Es una manera de decir. Estudia largamente lo que va a decir, porque sabe mejor que nadie que Francia, Europa y el mundo lo están escuchando. Usa la frase corta y clara de acuerdo con la mejor tradición gala. Bebe lentamente un vaso de agua que tiene siempre al alcance de la mano, y maneja la ironía, tan cara a los franceses, con una habilidad sorprendente. Cuando les habló en alemán a los alemanes, lo hizo con la facilidad de un hombre que estuvo tres años prisionero en Alemania durante la Primera Guerra Mundial, y que conoce perfectamente la lengua de Goethe. Cuando se dirigió a los mexicanos, se aprendió el discurso del Zócalo tan bien de memoria, que la gente creyó que era efectivamente una improvisación.

Como escritor, basta leer sus "Memorias" para darse cuenta de que es un estilista de primera línea, que maneja el idioma con una claridad deslumbrante. No aburre jamás y tiene la velocidad y la precisión del mejor comentarista periodístico. Su francés es matemáticamente exacto y no cae jamás en el "cantinflismo" ni en el lugar común. Dice lo que tiene que decir, y lo dice bien. Con los años las páginas de sus célebres "*Mémoires*" (tres tomos) quedarán como una obra clásica

y muy superior a las "Memorias" del viejo Churchill, o a los recuerdos que han dejado el resto de los generales franceses, incluyendo a Foch, que escribía admirablemente.

Este es el Presidente de Francia que usted escuchó y vio en Santiago.

El De Gaulle que estuvo noventa y seis horas en Chile ha estado siempre solo contra todos.

Estuvo contra la táctica y la estrategia del Estado Mayor francés, después de la Primera Guerra Mundial. Su libro "El ejército del porvenir" lo prueba. Sostuvo la guerra relámpago y motorizada a base de olas de tanques y de aviones que más tarde iban a usar los generales alemanes Guderian y Von Rundstedt contra los propios franceses, en 1940. Prácticamente es el verdadero padre de las ofensivas ultrarrápidas, más que los propios tácticos alemanes. Estuvo contra la política de la Tercera República en los días en que los nazis estaban ya a tiro de cañón de París, y Reynaud lo llamó urgentemente como Subsecretario de Guerra.

Estuvo contra el armisticio y la rendición, en contra de su ex ídolo, el anciano mariscal Pétain, que había ganado muchas glorias en Verdun, pero que ya estaba demasiado viejo para entender a la dinámica Europa de la Segunda Guerra Mundial.

Estuvo contra Vichy desde Londres. Desde el solitario micrófono de la BBC, lanzó la célebre frase: "Francia ha perdido una batalla, pero no ha perdido la guerra"...

Estuvo contra Churchill cuando éste se daba el lujo de no tomarlo en cuenta y se permitía coquetear con Vichy. Igualmente estuvo contra el general Giraud y el almirante Darlan, cuando éstos eran alfiles yanquis e ingleses. Estuvo contra los comunistas en los días de la Liberación, y se burló hábilmente de Thorez en agosto de 1944, y le ganó la mano a la "FT".

Estuvo contra la política del mediocre Coty y de su descolorido y pintoresco antecesor, Vincent Auriol. Luchó solo contra la política de la agonizante y piruetera Tercera República y de la pobre y anónima Cuarta. Y cuando llegó la hora de la verdad, estuvo contra el gobierno, y, más tarde, en los días de la independencia de Argelia, estuvo solo contra los mismos generales y capitanes que lo habían llevado al gobierno, al grito de: "De Gaulle al Poder".

Ahora está solo contra Estados Unidos y se ha conquistado el corazón de diez naciones americanas.

DE GAULLE, ESTRATEGO MUNDIAL

Con razón el general formaba parte de los nuevos Tres Grandes, entre el gordo Nikita y el dúctil Presidente Lyndon Johnson.

El plan del general De Gaulle es complicado en apariencia, pero bastante claro y sencillo en el fondo.

Ha levantado a Francia, restableciendo su poderío económico, pero entregó la dominación política sobre Argelia, a pesar de la violenta oposición de los generales que contribuyeron a su exaltación al poder en 1958, y que más tarde formaron la temible OAS.

Argelia es la principal fuente de abastecimiento de Francia, tanto en la paz como en la guerra. Es su granero y su río de petróleo, y su cantera de minerales estratégicos.

Los generales de la OAS consideran que la dominación de Argelia es vital para Francia; pero De Gaulle ha sabido distinguir entre lo fundamental y lo accesorio. Ha entregado lo que no se podía conservar, y ha conservado, mediante un trato justo, lo que es indispensable para los intereses superiores de Francia. Argelia ha obtenido así su independencia política, pero continúa siendo una aliada económica de la antigua metrópoli, en un trato de conveniencia que por el momento lleva el visto bueno de ambos.

El mismo sistema lo aplicó en la liquidación del imperio colonial de Francia, que ha pasado a ser la llamada "Comunidad Francesa".

Por otra parte, reconoció a China comunista, contra la opinión general del mundo occidental y con el aplauso de la izquierda de todo el mundo. El acto dio aliento a Mao, que aprovechó para alejarse rápidamente del alero de Moscú y declararle la guerra a muerte a Nikita.

Finalmente viaja por diez naciones de Sudamérica, para establecer contactos políticos, comerciales y diplomáticos con doscientos millones de posibles amigos que mañana pueden ser aliados en todos los terrenos, y se enfrenta abiertamente a Estados Unidos con la llamada "tercera posición".

AU REVOIR, MON GENERAL!

A través de cuatro días trepidantes le monté guardia a De Gaulle en Valparaíso, Rancagua y Santiago. Fui la última persona, acompañando de mi hermana Lucy, que le dio la mano en la escalerilla del avión, cuando partía a la Argentina.

Vi y supe las siguientes cosas...

En Quito, la caballería de la guardia presidencial se encabritó y golpeó el auto del general. En Colombia, el Presidente Valencia leyó un discurso en el cual les dedicó, por lo menos, veinte minutos a las

relaciones entre Colombia y... Estados Unidos. En Caracas, el auto oficial del general entró en una callecita tan angosta, que no pudo avanzar ni retroceder. Tuvo que cambiar rápidamente de coche, y tomó uno de color celeste, que llevaba únicamente la bandera venezolana y le faltaba la francesa... En Cochabamba lo recibieron cinco mil campesinos armados, pero con fusiles viejos... En Arica lo que más le impresionó fue la estampa del Morro. Preguntó cuánto se habían demorado en tomárselo los chilenos, y demostró su admiración —como general y guerrero, protagonista y actor de dos guerras— al saber que la hazaña había durado solamente cincuenta y seis dramáticos minutos. Fue con los Presidentes Belaúnde y Alessandri con los que habló más en privado, pero se entendió más fácilmente con el mandatario chileno, que se educó en París. En Valparaíso lo impresionó la gallardía de la Escuela Naval, y felicitó, especialmente, a su comandante. El general se acercó espontáneamente a un grupo de obreros que lo aplaudían colgados de unos faroles y les estrechó calurosamente la mano. No le fue difícil, dada su excepcional estatura... Deslumbró a los rancagüinos hablándoles al detalle de la batalla en que O'Higgins rompió heroicamente, sable en mano, el cerco de los españoles... A la vuelta, los estudiantes le hicieron una broma genial. Uno de ellos, disfrazado de De Gaulle y trepado en una vieja y destartalada "burra", saludó a la multitud con los brazos abiertos. La imitación fue tan perfecta, que desde lejos muchos creyeron que era el general... En Santiago, lo saludó un niño, al pasar, y el general le tendió la mano, emocionado, a través de la ventanilla del auto. En la recepción de la Embajada francesa, me dijo que el champaña Valdivieso, con el que brindó, le parecía tan bueno como el francés... Madame Yvonne se conquistó, en un segundo, la simpatía de hombres y mujeres, por su graciosa espontaneidad. Y ella misma me contó que las únicas personas que tratan de "tú" al Presidente eran sus nietos... En Los Cerrillos, al partir, no cesó de decirle a Jorge Alessandri que le había impresionado la belleza del paisaje y que sentía verdaderamente no haber conocido el sur de Chile. Dirigiéndose a los jefes del Protocolo les dio la mano y les dijo: "El recibimiento ha sido perfecto". Mientras el general esperaba la partida del avión, se le acercó un niño de siete años y le dio la mano, saludándolo en francés. Madame De Gaulle lo besó con lágrimas en los ojos...

Y, finalmente, cuando sonaba la última marcha, se cuadraban los generales y se agitaban los pañuelos de unas monjitas francesas que habían ido especialmente a despedirse de su Presidente, este periodista, saltándose ágilmente todas las reglas del Protocolo, le daba la mano al Presidente de Francia en la escalerilla del avión, después de haberle

tomado varias fotos y de haberle regalado el libro que escribó sobre su vida, una lejana noche en París, hace algunos meses...

Churchill

LO VI POR última vez hace siete años; yo iba invitado por el gobierno inglés a ese pedazo de bruma tan policial que se llama Londres. Lo único que yo quería conocer era al viejo dogo, que había creído en Inglaterra cuando ya nadie creía en ella.

En su despacho del Partido Conservador, sobre un fondo de bruma gris y de retratos de antiguos Primeros Ministros, se destacaban su calva, sus ojitos pequeños y vivarachos, su mentón prominente y el eterno puro, fumado nerviosamente. No sé por qué Churchill me recordó a don Arturo Alessandri. Los dos, oradores. Los dos, demagogos. Los dos, teatrales. Los dos con algo de grandes tenores de óperas dramáticas. Los dos habían triunfado, habían sido derrotados y depuestos, y luego habían vuelto al poder. Los dos se entendían como nadie con la gente sencilla del pueblo; con esos ciudadanos que no necesitan de frases demasiado brillantes para dejarse convencer.

Inglaterra produce siempre esta clase de líderes. Un día se llaman Wellington, Nelson, Baldwin, Disraeli, Gladstone, Peel y tantos más. Cuando esa vieja lancha llamada Gran Bretaña está a punto de irse a pique, surge siempre un político genial y la lleva a puerto.

Cuando Churchill habla, lo hace con una mezcla de palabras vulgares y de ideas brillantes. No es fino en el sentido literario de la palabra, sino fuerte y deslumbrante.

Yo lo observé mientras él me ofrecía uno de sus puros, con dedicatoria, que le enviaban desde Cuba, antes de Fidel. Comprendí perfectamente el terrible año 1940, las bombas sobre Londres, los *Stukas* arrasando con los barrios obreros y con la periferia de la capital inglesa.

Después lo vi en un mitin y volví a acordarme del viejo León. El público lo interrumpía, le hacía preguntas, se reía de él, le hacía bromas y le lanzaba pullas. Lo interrogaban sobre todos los problemas, y el viejo Churchill, con una agilidad de gimnasta o de equilibrista, contestaba en forma ultrarrápida, en el mismo lenguaje de la gente que lo interrogaba. Es uno de los hombres más hábilmente vulgares y finos, al mismo tiempo, que yo haya conocido.

Fue Inglaterra, vestida de coraje, bajo las bombas alemanas en el dramático 1940.

Por eso, me ha dado un poco de pena el saber que ahora lo han retirado de la circulación y lo han hecho estatua en vida.

PARADOJA VIVIENTE

No hay nada más paradójal y contradictorio que Churchill. Por algo nació en el país de la paradoja misma. Y dio los primeros pasos en la nación que vio pasar a Shaw y a Oscar Wilde. No hay nada que les guste más a los ciudadanos de las Islas Británicas que ir contra la corriente y hacer exactamente lo que menos se imagina el ciudadano común. El genio de Chaplin es hacer estallar la carcajada, justamente, porque hace lo que no suponía el espectador de platea. Carlitos es la paradoja con bigotes, y de allí el éxito rotundo de su país. Y fuera de él.

Pues bien, no hay nadie más paradójal que el hombre que tuvo en sus manos la suerte del Imperio Británico en los días de hierro y de sangre de la última guerra.

Según todos los manuales escolares, hay que ser buen alumno para triunfar en la vida. Winnie fue el peor que haya pasado jamás por un colegio inglés.

No hay que fumar, porque detrás del cigarrillo y del habano avanzan el cáncer y la muerte.

Los médicos aseguran muy gravemente que una cajetilla de humildes cigarrillos al día es una fórmula matemática para llegar rápidamente al cementerio más próximo. Se habla del pulmón, del corazón, del hígado, de la vesícula, del cerebro. El que fuma adelanta su camino hacia la tumba, dice la optimista fórmula médica que todos hemos escuchado alguna vez.

¿Y qué hace el gran viejo? Fuma de la noche a la mañana. Se desayuna con un gigantesco puro y tiene una vela a la mano para encenderlo cuando se apaga. Y los manda a fabricar especiales. Antes de Fidel Castro, Batista le enviaba al Jefe del Estado inglés una caja con unos habanos que eran los mejores y al mismo tiempo los más fuertes que se producían en la isla. Y Churchill despertaba con el puro en la mano. Y se dormía con él entre los dedos. Diez, quince, veinte puros al día... , a través de setenta años, por lo menos, y no le pasó nada. No llegaron el cáncer ni la muerte a través de una enfermedad fatal que venía envuelta en el fúnebre uniforme de la nicotina. No, señor. El cigarro no le hizo nada, y habría podido fumar otros setenta años más sin parar.

Finalmente, queda el trago. "No hay que tomar", dicen los papás. "No hay que beber", agregan los jefes de oficina. "Abandona la copita", sugieren los amigos (mientras no hacen un brindis). Y en esto, como en todo, el viejo Winnie los ha contradicho matemáticamente. Nadie ha tomado como él. Bebía una copa de vino blanco en el desayuno y después desfilaba a través del champaña, del whisky y del coñac.

Y no un vaso ni dos, sino un largo batallón de traguitos de todas las marcas, gracias a los cuales, en vez de morir de cirrosis a los treinta años, llegó feliz a los noventa sin ella.

En una palabra, el León británico probó hasta en esto que era tan paradójal y contradictorio como sus hermanos de raza. Y lo probó con un puro y una copa en la mano.

LAS DOS "C"

En vez de inventar la ya clásica "V" de la victoria, Churchill debía haber inventado la "C" del coraje y de la contradicción. Vivió para dar clases de coraje y su vida misma fue una contradicción permanente. Fue mal estudiante, le costó llegar a dominar la lengua inglesa, llegó atrasado a la guerra de Cuba; cayó herido y sin sable en la única carga de caballería en que le tocó intervenir; los bóers le hicieron la máxima falta de respeto al ofrecer una despectiva recompensa por su cabeza; fracasó como estratega en los Dardanelos (doscientos mil muertos); saltó de un partido a otro dos veces; fue alejado rápidamente del gobierno apenas terminó la Primera Guerra Mundial, y le costó mucho ponerse de nuevo de actualidad; tartamudeó sus primeros discursos; ceceó hasta el último momento, y el mismo declaró que le costaba mucho escribir. Alguien le gritó en plena Cámara de los Comunes que "el honorable Sir Churchill *recitaba* sus mejores discursos improvisados después de ensayarlos largamente ante el espejo", y durante años nadie, absolutamente nadie, creyó en él. Desilusionado de todo, se dedicó al periodismo amarillo (como lo llama engoladamente esa prensa que se pone frac y colero para opinar...) y dijo que "el peligro se llamaba Hitler".

No le creyó nadie y se rieron en la calle de él. Le tiraron huevos podridos. Le dijeron "loco". Nadie habría dado un penique por su futuro político. Unicamente había alguien que creía fanáticamente que su hora volvería. Era uno solo en todo el Imperio. Uno solo entre los miembros de la Cámara de los Comunes y de la Cámara de los Lores. Un solitario náufrago que remaba, como de costumbre, solo en medio de la corriente. Un Robinson Crusoe que no tenía ni un Viernes con quien poder charlar a bordo de su desolada isla, a la sombra de esa palmera simbólica que se llama la Torre de Westminster...

Era él...

Y contra todos levantó la "C" de la contradicción y la otra "C", del coraje. Y cuando viene la Segunda Guerra Mundial y se prueba que únicamente él tenía la razón contra toda la pesada seriedad y solemnidad de la prensa seria, de los políticos profesionales y del fúnebre "hombre del paraguas", le llega su hora. Y lo buscan desesperadamente

para que ladre a la hora de ladrar. Y para que muerda a la hora de morder.

Y en ese momento histórico, en el que nadie cree en la suerte de la pobre isla, quemada desde el cielo por los aviones de la *Luftwaffe*, hace el milagro y salva a su país con un puro en la mano y una "V" entre los dedos...

Pero no debía ser ésa su letra. Esa "V" no es Churchill. Es demasiado poco para Sir Winston. Le queda chica. Se ve enana a su lado. Necesita algo más. Necesita esa "C", esa inmensa "C" del coraje y de la contradicción que él vivió y practicó como nadie.

Inicial de su propio apellido, fue también la mágica inicial de su existencia misma a través de la sangre, el sudor y las lágrimas. Y lo que es más grande, de la soledad de noventa años, luchando solo contra todos, con un alegre *scotch* en la mano.

LA ORATORIA DE SIR WINSTON

Los futuros oradores criollos que se ensayan actualmente en la escuela o en la Universidad para llegar a ser un día una gloria de la Cámara, el Senado o la Corte Suprema, no podían elegir peor ejemplo que los comienzos de Mister Churchill. Claro que no cabe la más ligera duda de que nunca en la Cámara de los Comunes —que vio pasar a Peel, Gladstone, Disraeli, Lloyd George, y tantos genios más de la palabra— se había escuchado un inglés más perfecto que el del "hombre del siglo". Basta leer sus discursos de la época de la guerra del 39 para darse cuenta de que la lengua inglesa jamás había llegado a cumbres más perfectas y a cimas más altas. O escucharlo por radio, ahora que se han reproducido sus frases más famosas en la última contienda y sus más dramáticos llamados al pueblo inglés cuando los pájaros de Goering estaban sobre el cielo de Londres y no quedaba ni la mitad de una libra de esperanza.

Su "Sólo puedo ofrecer sangre, sudor y lágrimas". O "Nunca tantos debieron tanto a tan pocos". O, finalmente: "Lucharemos en las playas, en las colinas, en las calles, en las montañas, pero jamás nos rendiremos", están a la altura de lo mejor que se haya oído jamás en ningún Parlamento del mundo.

Sin embargo, a Churchill le costó llegar a ser orador. En primer lugar, cuando muchacho tenía una ligera tartamudez, y, por si fuera poco, ceceaba. Aun al final de su vida, uno puede darse cuenta, a través de las transmisiones y de los programas de radio, de que el ceceo se mantuvo hasta el último momento. No tenía facilidad de palabra, según propia confesión. Le asustaba el público y tenía temor de enfrentar a los viejos consagrados y a las respetables calvas de la Cá-

mara de los Comunes. Se ensayaba ante un espejo y cada frase famosa suya no fue producto del momento, de la improvisación y del golpe milagroso o de la intuición, sino que fue largamente estudiada, escrita en un papel, revisada, pesada en forma cuidadosa y, finalmente, dicha a solas en una habitación vacía para estudiar el gesto justo que necesitaba comunicar realmente al público.

Churchill no lo niega. El mismo ha dicho que le costaba hablar en público y que tuvo que hacer esfuerzos para vencer la timidez natural. Como los grandes oradores, no fue producto de la facilidad, sino de la dificultad. Luchó contra sí mismo, venció a la tartamudez y el ceceo y, finalmente, al abrir los labios dejó con la boca abierta al mundo entero al tocar, como nadie lo haya hecho en los últimos tiempos, el sensible corazón de las multitudes.

COMIENZA LA AGONIA

La calle en que está la vieja casa de Winston Churchill tiene luz de gas. De gas, como dice el título de la famosa comedia de Hamilton. Tenebrosa luz de gas en pleno invierno y con la niebla al alcance de la mano. Hace frío en la calle, y el pequeño grupo que monta guardia en la puerta de la casa del gran estadista, que está descansando —por primera vez en su vida—, tiene que hacerles frente al *fog* y al hielo. El clima no puede ser más de Londres. La gente habla en voz baja y recuerda. Recuerda la guerra y los terribles días de los grandes bombardeos del año 40. Recuerda al viejo genial, con la “V” de la victoria en el puño y en la mente. En el coraje y en la acción. La voz quebrada a través de la radio, en las trincheras, en la Cámara de los Comunes y en la calle, bajo la ducha de muerte que cae desde el cielo. Lo ve doblado bajo el paso de los años, asomado a la ventana de su casa la tarde en que cumplió noventa largos y combatidos años. Y piensa que ahora está definitivamente solo y, por primera vez, vencido.

Lo adivina tendido en la vieja estancia victoriana, a la luz de esa terrible lamparita que siempre está encendida junto a los agonizantes, esperando la muerte que ya le ronda implacable. Y al mismo tiempo espera. ¿Espera qué? Que termine el último acto y se ruede el último rollo del fabuloso filme que ha escrito, interpretado y dirigido a través de la época más apasionante de la historia del mundo.

Afuera cae la noche. No hay estrellas, no hay luna, no hay nada. Hay sólo un grupo que murmura oraciones y que aguarda con la mueca tallada en el rostro. Nunca la escena final de un drama ha tenido más fúnebre color y clima más londinense. Es la vieja Inglaterra la que espera nerviosamente, mientras a lo lejos escucha el Big-Ben que cae de la vieja torre de Westminster. Y cae la niebla y avanza policialmente el

invierno, con pasos de fantasma, a través de las calles solitarias hasta la casa mediatibunda. ¿Cuánto habrá que esperar? Los médicos hablan de una semana, de diez días, de un ya imposible milagro que estire un poco la vida del genial anciano, pero la gente —ese breve resumen de la población de Londres que está junto a la casa en espera de la gran noticia— sigue aguardando a pesar del hielo y de la niebla. Y espera únicamente que la simbólica lamparilla encendida se apague para dejar caer las primeras lágrimas.

Lágrimas de impotencia y de coraje como las que prometiera el Primer Ministro en los días de hierro de la última guerra, cuando nadie —salvo él— tenía confianza en la victoria.

LA ULTIMA "V" DE LA VICTORIA

Sólo tres tomos tienen las geniales "Memorias" de Churchill. Tres tomos enormes en letra chica, casi minúscula. Y no bastan para contener la vida del hombre que acaba de cerrar los ojos bajo la niebla de Londres. Es muy poco para una vida tan intensa y para una serie de aventuras tan fabulosas. No bastan para compendiar los hechos del Primer Ministro, del líder de oposición, del miembro de la Cámara de los Comunes, del orador, del escritor, del periodista, del corresponsal, del soldado de la guerra de los bóers, del díscolo estudiante universitario ("el más malo que ha pasado jamás por una escuela británica"), del pintor, del memorialista, del estratega militar y del Lord del Almirantazgo. Y menos para pintar su carácter, su facultad para responder las pullas y para hablar el inglés más perfecto que haya escuchado un Parlamento en los últimos años. Para describir su vida solitaria, contra todo y contra todos, y menos para que quepa holgadamente la serie de frases célebres que salieron, a través de noventa años, de sus labios. Es mucho. Es demasiado. Da la sensación de varias vidas en una. Y cada una de ellas, plena de emoción y de colorido. Aristócrata nato, no acepta un título que le quiere conferir la reina por seguir en la Cámara de los Comunes. A última hora, cuando ya está doblado por los años, toma la pluma para enfocar la época en que le tocó vivir, sin medias tintas. Sin diplomacia ni suavidad. Con despiadada franqueza, caiga quien caiga, sea amigo o enemigo. Y más tarde para coger el pincel y trasladar el vacilante cielo romántico de un pueblecito de la vieja Inglaterra hasta una tela. O para charlar con Chaplin o hacer un breve viaje en yate por la piel azul del Mediterráneo. O para encender los últimos puros junto a una ventana, en medio de las postreras ovaciones de sus vecinos y admiradores. O para alzar la cerviz, abrir los labios, agitar la mano, cerrar el puño y dejar caer una frase que estremece aún al mundo.

No. No cabía una vida, así, tan intensamente vivida, a mil kilómetros por hora, en medio de un mundo que se derrumbaba. Son tres guerras, una contienda casi perdida, una invasión casi lista, una muerte que cae desde el cielo en una ciudad quemada por el fuego y por la metralla; una victoria increíble más allá de toda lógica, y, finalmente, una ancianidad salpicada de apasionantes páginas autobiográficas y de acuarelas a medio hacer.

Y ahora, Londres, su Londres; el Londres que él tanto amó en la hora de la duda y del terror, y en la de la victoria y de la ovación cerrada, se quedará más huérfano, más triste y más viudo, sin este anciano único en la historia, "el hombre del siglo", como se le llamó, que acaba de encender por última vez su pesado habano, de lanzar una columna de humo de despedida y de esbozar, con los dedos helados ya, la postrera "V" de la victoria.

Kennedy

EN 1957 VIAJÉ a Estados Unidos invitado por el Departamento de Estado. Esto lo conté en mi libro "De Chile a China", pero ahora le voy a agregar otros detalles.

Era verano en Washington. Un cielo con enormes y pesadas nubes, un calor verdaderamente infernal y unas ardillas alegres y juveniles que aprendían historia mirando los ojos de mármol del Lincoln Memorial. Llegué a pie por la Avenida Pensilvania hasta el Capitolio. Allí vi una placa que decía:

"Mr. Mundt, Senador de USA. Adelante. No sea tímido."

Yo me llamo Mundt, no soy tímido y acepté la invitación. Entré y vi, tras la mesa, a un senador que no tenía el más remoto parentesco físico con mi ilustre bisabuelo que un día vino de Alemania a pasar un fin de semana a Chile y se quedó para siempre.

Eramos primos lejanos. Así me lo dijo el senador y parece que era cierto. Unos Mundt vinieron a Chile y otros fueron a Estados Unidos. El fue senador norteamericano y yo resulté periodista chileno.

Fue mi "primo" el que me dijo:

—Te voy a presentar a uno de los políticos con más futuro que hay en Estados Unidos.

Me llevó a otra sala en el mismo Senado y nos salió a recibir un muchacho alto, con el pelo revuelto sobre la frente, ojos claros, aspecto deportivo, vivaz y alegre, que se llamaba John F. Kennedy.

Conversamos durante veinte minutos en inglés y en español. Bastaba estar con él un momento para darse cuenta de que tenía todos los

elementos necesarios para llegar a ser un día Presidente de los Estados Unidos.

Aspecto de galán de cine, gustos de "niño bien", velocidad mental de periodista, hijo de millonario que había sido Embajador en Inglaterra, héroe de la última guerra y una sonrisa que bastaba para ganar miles de electores con sólo entreabrir los labios. Además había montado una maquinaria fabulosa y había logrado combinar la habilidad maquiavélica del político nato con la cultura académica y universitaria, y los relámpagos del genio.

Pasaron los años. Cuando era Presidente de los Estados Unidos conversé con él en la White House en una entrevista colectiva de prensa. Nunca antes había visto responder con mayor rapidez e inteligencia las preguntas de los más sagaces periodistas y columnistas norteamericanos y extranjeros como lo hacía Kennedy. Contestaba todos los interrogatorios; no dejaba una sola pregunta en blanco, disparaba como una ametralladora, y todo esto sin perder la sonrisa, el buen humor y la elegancia.

Un día de noviembre de 1963, la empleada de mi casa, que estaba escuchando radio, se equivocó de tango y oyó la increíble noticia de que alguien había disparado contra Kennedy. Vi el reloj: tres de la tarde. Yo estaba diez minutos después en la Radio Minería frente a un micrófono y contaba cómo había conocido a Kennedy. Mientras iba desde mi casa a la emisora, el Presidente moría en el hospital de Dallas. Eran las tres veinte de la tarde. Yo salí de gris de mi casa. Entré de negro a la radio. No trabajaba en ella. Fui sólo a buscar noticias. Alguien me preguntó en medio de la feroz nerviosidad del momento:

—¿Tú conociste a Kennedy?

—Sí, hace cinco años...

—¿Te gustaría decir dos palabras?

—¿Por qué no?

—Tienes cinco minutos.

Hablé veinte y dejé llorando a los locutores, libretistas, técnicos, grabadores, al "Cojo" Videla y a mucha gente más...

Lo mató un pequeño tarado, un pobre reptil, un triste coleóptero que no entendía lo que había hecho; que no comprendía que había asesinado, en un momento crucial de la historia, al Presidente más grande que ha tenido Estados Unidos después de Abraham Lincoln.

¿Después?

No sé. De otra manera, entre el antiguo leñador de los Estados Unidos y el brillante técnico, periodista y político norteamericano hay miles de puntos de contacto, y me explico perfectamente por qué empapé el micrófono y por qué, a esa misma hora, miles de hombres y mujeres del mundo entero lloraban silenciosamente la pérdida irrepa-

rable de uno de los más grandes hombres de esta época, que era el único que podía haber impedido que algún día se disparara la bomba atómica...

¿Quién lo mató? De los labios de millones de hombres surge la misma acusación: la cavernaria ultraderecha norteamericana.

No importan Oswald ni Ruby.

El otro asesino no tiene carnet de identidad, ni foto con ojos, ni cara ni boca. No camina por la calle, no entra a un bar o se toma un whisky.

Está en los bancos, en las cadenas de diarios, en los estudios de cine, al pie de las torres de petróleo, circula en la TV, se desliza por los pasillos del Congreso y llega hasta la White House o hasta la callejuela fatal de una ciudad sureña.

Ese es el que apretó el gatillo de la carabina en Dallas.

Stalin

NO LO CONOCÍ. Nikita tuvo el buen cuidado de impedirme que le diera la mano y le hablara en ruso, y desapareció antes de que yo llegara a Moscú.

Sin embargo, cuando estuve en la capital soviética, a pesar de que habían borrado cuidadosamente sus estatuas, descolgado sus retratos, cambiado los nombres a las calles, alterado la historia y guardado cuidadosamente al pobre don José bajo siete llaves, para que no lo conocieran los nuevos ciudadanos soviéticos, lo sentí y lo palpé en todas partes.

Esa Avenida Gorki, esa tumba de Lenin, donde él mismo había estado un tiempo antes que lo confinaran al destierro y al olvido, esas calles rectas y desoladas, esas universidades pesadas y grandiosas, esos edificios públicos, esos teatros en que no daban ganas de reírse ni aplaudir porque producen más susto que admiración, esos jardines tan limpios, esos departamentos para obreros tan escrupulosamente iguales, esos soldados del ejército rojo que parecen más alemanes que rusos desfilando, y lo que es mucho más grave: alemanes de la época del Kaiser o de Hitler; ese Metro tan deslumbrante, tan lleno de mármoles y dorados, esas facultades universitarias y esos estadios inmensos, hablaban de Stalin aunque hubiera sido borrado del mapa de acuerdo con el último versículo que escribiera el papa oficial del comunismo y que se llamó Carlos Marx primero y último.

Todo eso me habló de Stalin sin que yo hubiera tenido la suerte, o mala suerte, de haberlo conocido personalmente.

Por eso lo recuerdo en estas líneas.

Roosevelt

LO VI UN día durante veinte minutos en la Casa Blanca, cuando era Presidente de Estados Unidos. Me dio la sensación de un aristócrata norteamericano de Boston o Filadelfia, que habría estado mejor en las páginas de "Lo que el viento se llevó", combatiendo junto a unos viejos señores de los Estados del Sur durante la Guerra de Secesión.

Elegante de modales, profundamente parlamentario, con una agilidad medida y una suavidad de maneras detrás de las cuales había una verdadera habilidad de estadista, Franklin D. Roosevelt es uno de los pocos políticos geniales que ha tenido Estados Unidos, y en cierto sentido fue el prólogo de Kennedy. Sabía jugar con veinte cartas a un mismo tiempo y burlarse de sus enemigos y sorprender a sus amigos con una maniobra intempestiva y magistral. Calculaba perfectamente lo que tenía que decir ante los periodistas y dejaba caer entre líneas alguna palabra que más tarde habría de ser el remate de la jugada que él había preparado largamente. Con un rostro hermoso de estatua brillando en la penumbra de su pequeño despacho de la White House como iluminado por los últimos fulgores del crepúsculo, de ojos azules y de sonrisa británica, Roosevelt decía cosas verdaderamente extraordinarias mientras jugaba con barcos de juguete, anclas y ruedas de timón que le habían enviado sus amigos.

Le tocó la Segunda Guerra Mundial y supo, como nadie, llevar a su país a la victoria.

No tenía nada de yanqui típico, a pesar de que los norteamericanos lo consideran su gran líder del siglo XX. Era más bien un elegante señor británico, un viejo gentleman con algo de castillo como telón de fondo y un poco de niebla de Londres alrededor. Simpático en el sentido más académico de la palabra, estaba a cien kilómetros por encima de los hombres que lo llevaron a la Presidencia de la República.

Truman

DEBÍA HABER SIDO chileno y amigo del León, de Pedro Aguirre Cerda de Luis Alberto Cuevas, de Isauro Torres y de Gabriel González Videla. Es la perspicacia, la diablura, la cazurrería, el que sabe el cateo de la laucha, la habilidad para ganar un elección, botar una mesa y de paso —entre discurso y discurso— dar la orden de lanzar dos bombas atómicas y dejar 200 mil muertos en fracción de segundo.

Vulgar de aspecto, típico ciudadano medio de los Estados Unidos, se le podría confundir fácilmente con uno de sus 200 millones de com-

patriotas. Truman usa ese sombrero disparatado que sólo llevan los yanquis, esas corbatas que parecen banderas y esos trajes brillantes y de metal que nadie se pone, salvo los pacíficos parientes que tienen que hacer sus compras en los *drugstores* de los Estados Unidos. No necesita decir frases brillantes, ni discursos líricos. No tiene nada que ver con la majestad de Roosevelt, la grandeza de Lincoln o el juvenil genio de Kennedy. Truman es otra cosa, y como su país también es otra cosa, fue elegido Presidente de los Estados Unidos.

Fue Babbitt en la Casa Blanca. Ahora sigue siendo Babbitt, pero es sólo ex Presidente.

Eisenhower

TIENE CARA DE guagua. De bebé norteamericano. De niño educado en un colegio de alguna lejana provincia de Estados Unidos, que ha jugado rugby cuando chico y que no ha perdido nunca ese aspecto saludable y rozagante que tienen todos los sobrinos del Tío Sam.

Yo lo conocí después de la Segunda Guerra Mundial y cuando había dejado de ser Presidente de Estados Unidos. Charlé perdido entre 40 periodistas, en la entrevista colectiva de prensa que dio cuando pasó por Chile. Me pareció un hombre vivaz, de pelo blanco, lleno de pecas, recién salido del baño turco y que derrochaba vitalidad por todos los poros. Parecía sólo un general, pero era un político. Un político habilísimo, cazarro y "diablo", que conocía como nadie el teje y maneje de la Casa Blanca, del Capitolio, de los Partidos, de la prensa, de la radio y de la TV de su país.

Había desembarcado antes que nadie en Normandía, el terrible día "D", cuando cambió la historia mundial y Hitler decidió engrasar la pistola con que se iba a suicidar en el *Bunker* de Berlín un año después. Supo manejar hábilmente la estrategia y la táctica guerreras y ganar la contienda como general en jefe. Sus compatriotas, agradecidos, le abrieron el camino hacia la White House.

En la entrevista contestaba rápidamente todas las preguntas. Era una especie de ametralladora humana que funcionaba automáticamente y que sólo decía lo que tenía que decir, sin fallar en una letra, ni decir nada comprometedor. Era una especie de personaje de Sinclair Lewis. O, más bien, un mosquetero de celuloide de Cecil B. DeMille.

Ahora el viejo "Ike" es ex Presidente de Estados Unidos. En las tardes sale con su esposa, sus hijos, sus yernos, sus nietos y algunos veteranos de la última guerra a recorrer los *drugstores* de su pueblo. Sabe que en determinado segundo histórico fue una figura de talla

mundial, decidió la suerte de la guerra europea y fue el artífice del esperado Segundo Frente.

En Santiago de Chile me pareció un buen veterano, feliz e imaginativo, que contestaba las preguntas de los periodistas con mucho mayor inteligencia que la habitual de los hombres que han ganado alguna guerra o dirigido a una gran nación.

No era Roosevelt, no era Lincoln, no era Kennedy, pero, por suerte, no era Truman, que es lo más importante.

Goldwater

DE LOS PERSONAJES que oí hablar más en Europa, la última vez, fue de Fidel y de Goldwater. En la magnífica librería La Joie de Lire, de la Rue Saint-Séverin, en París, encontré más de veinte estudios sobre el barbudo jefe de Cuba. En favor y en contra.

En los quioscos, el candidato del Partido Republicano, que ha saltado al primer plano en tiempo record, estaba en las portadas de todas las revistas. La tónica general de la prensa francesa —de derecha a izquierda— es ferozmente contraria. Truman lo llamó un “siniestro imbécil”. Un diario francés lo calificaba de “Hitler en miniatura”. Una revista política le decía irónicamente “Führer al alcance de los niños”. Un periodista francés llegaba a sostener que si lograba ganar el candidato de la extrema derecha norteamericana, había que pensar sólo en la fatídica palabra guerra. En los corrillos de estudiantes, cerca de Luxemburgo, en los mismos días en que los negros eran cosidos a balas en Harlem, los estudiantes decían que ni en 1939, antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, el globo terráqueo había estado más cerca de la bomba atómica que ahora.

Un comentarista radial afirmaba:

—Si logra vencer el fascismo de Goldwater, no será el fascismo a la italiana o la alemana. Será el fascismo a la yanqui, que no vaciló en matar a Lincoln y que asesinó hace poco a Kennedy. Ahora será la lucha integral contra los negros y judíos en Estados Unidos, primero, luego la liquidación de los sindicatos, la persecución a los escritores, a los católicos, a los protestantes, a los elementos vagamente progresistas y liberales, a los inmigrantes, la invasión militar a Cuba, la guerra preventiva contra China y el avance arrollador sobre América del Sur, del cual, lo que pasó en Brasil hace poco, fue únicamente el siniestro aperitivo.

Esta fue su opinión. Ahora voy a copiar otra que recogí en un café de Madrid, cerca de la Gran Vía:

—Lo que pasa en los barrios negros de Nueva York es una maniobra dirigida por la extrema derecha que usa a los negros. Quieren crear el pánico racial para que el país se divida entre blancos y negros y hacer que estos últimos salgan a la calle, ataquen y maten, como un medio hábil y sutil de crear entre los blancos un temor enfermizo y criminal que los lleve más tarde a votar por Goldwater y su bomba atómica.

MacArthur

EL GENERAL MACARTHUR, que murió en Washington, dijo una serie de frases que se hicieron famosas, y algunas de las cuales serán eternamente históricas. A los cuatro años declaró: “Seré soldado, como mi padre y como mi abuelo”. A los quince, cuando era el primer alumno de la Escuela Militar de West Point: “No me gusta la guerra, pero no es problema de gusto... Hay que hacerla...”. A los veinte: “La única manera de ganar una batalla es atacando, sin mirar hacia atrás”. A los treinta: “No conozco la palabra capitulación”. A los cuarenta: “No hay soldados valientes ni cobardes... Se trata únicamente de ser más valiente que los más valientes...” En plena guerra contra los nipones: “Los japoneses pueden llegar a ser personas humanas si sufren una derrota...” En Estados Unidos, cuando fue depuesto por el Presidente Truman: “Estamos cometiendo el error básico de la guerra. Ahora les podemos ganar a los chinos... En unos años más será trágicamente tarde...” Fuera de su célebre “Volveré”, que la repiten los niños de Estados Unidos desde los días de la guerra en el frente filipino, hay que citar lo que dijo, viejo ya, y cuando escribía su autobiografía: “Mi mayor orgullo es haber sido cadete de West Point”.

Se le llamó en la Primera Guerra Mundial “el general más grande de la contienda”. En la Segunda se le designó como “El Napoleón de Luzón”. Y, al morir, el primer comentario del Presidente de Estados Unidos ha sido: “El país se queda huérfano y sin su más grande figura bélica...” Porque el general nació para la guerra y participó personalmente como jefe en tres: la Primera Guerra Mundial, la Segunda y la de Corea. A los cuatro años le zumbó junto a la oreja la flecha de un indio en el legendario Oeste de Estados Unidos. En 1900 sintió el silbido de los “bolos” en las Filipinas. Como ayudante de su padre, que era observador de Estados Unidos en la guerra ruso-japonesa, se acostumbó al lejano tableteo de las ametralladoras. Y escapó de los máusers mexicanos, en Veracruz, el año 14. Cuando llegó la Primera Guerra Mundial, fue enviado como comandante al frente de Argonne. Jamás usó el casco, y sus únicas armas eran la pistola siempre lista y su

célebre fusta, con la que se paseaba elegantemente en medio de las trincheras. Personalmente atacó una a la bayoneta. Le gustaba pelear al frente de su regimiento en las cargas y estar en primera fila. Escapó de la muerte en siete ocasiones y ganó trece medallas, aparte de una docena de citaciones en la orden del día. Fue gaseado, y, herido ya, se levantó pesadamente en el campo de batalla, saltó sobre una alambrada, en medio de un fuego endemoniado, y regresó a las líneas norteamericanas. Comentó: "Eso es un infierno... , pero lo echo de menos..." Sus soldados de la Primera Guerra lo adoraban por el coraje que derrochaba en la batalla misma. Jamás pidió permiso ni vacaciones; le gustaba dormir en el suelo, con su pistola a mano. Miraba despectivamente los mapas y decía, tocándose la nariz: "Con esto me basta... Es infalible". Entre las dos guerras fue nombrado director de West Point, realizando la hazaña de ser el jefe más joven que había tenido la Academia. Impuso una disciplina de hierro, pero los cadetes lo adoraban. Sostuvo que la política seguida por Estados Unidos, en materia de armamentos, era anticuada, y que Alemania daría en cualquier momento una sorpresa. Pidió aviones, ametralladoras pesadas y livianas, cañones y todo el material bélico ultramoderno que se estaba usando en Europa en esos mismos momentos. Chocó, naturalmente, con los políticos y la burocracia. Más de una vez lanzó un fuerte epíteto contra los congresales que "no entendían lo que iba a pasar..." Predicó la guerra mecanizada y el uso de los tanques en gran escala.

Llegó la guerra del 39, y se vio claro que el general tenía toda la razón. Comandante en jefe en el frente oriental, contestó en seis ocasiones los ultimátum japoneses con un nuevo ataque. Ante la fuerza numérica tuvo que reembarcar sus tropas en Bataan, lanzando entonces la célebre frase "I will return". Y volvió. Hizo que los soldados yanquis perdieran el complejo de temor ante el fanatismo de los nipones, y para ello peleó en primera fila, sin ponerse por motivo alguno el casco de acero. Ganó batalla tras batalla y llegó a ser el ídolo máximo de los soldados norteamericanos corrientes. Cuando la victoria cambió de campo, MacArthur le envió una carta secreta al Presidente Truman, sosteniendo que no bastaba con el Japón liquidado ya por dos bombas atómicas, sino que había que seguir la guerra "ahora mismo" contra los chinos. Sostuvo que era la ocasión precisa, porque Rusia estaba sangrando y no podría hacer nada en favor de los comunistas orientales. Había que ayudar a Chiang Kai-shek y llegar hasta Pekín. Su frase decisiva fue: "Ahora o nunca".

No lo escucharon, y tuvo que contentarse con cambiar el Japón de arriba abajo. Porque la ocupación del imperio nipón por los soldados yanquis, dirigidos por MacArthur, fue la más grande de las revoluciones que había experimentado la vieja potencia de los ojos tirantes. Realizó la reforma agraria, entregó personalmente parcelas y granjas a los

campesinos que jamás habían tenido algo propio; liquidó las castas feudales y borró a los “Señores de la Guerra” que gobernaban detrás del emperador. Más aún, logró que el jefe del imperio fuera un hombre sencillo y familiar, querido y respetado por todo el mundo, y no un dios de frac al que había que contemplar de rodillas. Les enseñó a los nipones la palabra “democracia” y la manera de practicarla a la usanza occidental. Y el Japón actual le debe al anciano general norteamericano lo que es en el terreno político y su conocimiento personal de la libertad. Su política hizo que un senador de USA lo calificara como “un estadista, más que un general victorioso”.

Sin embargo, el héroe, que reunía sobre el pecho la más completa y deslumbrante colección de estrellas y medallas, fue removido de su cargo por el Presidente Truman, que lo consideró “excesivamente personalista y falto de respeto para los poderes civiles”.

Sus últimos años los dedicó a su familia (se había casado dos veces), y a recordar sus hazañas. De lo segundo salió el libro de “Memorias”, que veremos en breve. Como dato final: hace años le tocó condecorar a un joven oficial que se había distinguido en Guinea. El oficial se llamaba John Fitzgerald Kennedy...

Su tenacidad para sostener puntos de vista violentamente opuestos a los de su gobierno recuerda a Churchill. MacArthur sostuvo que había que atacar a China y llegar a Pekín, para ganarle el quién vive al comunismo. Churchill, entre chupada y chupada de su inmenso habano, afirmaba, contra la interesada opinión de Stalin, que había que abrir el segundo frente en el “vientre blando de Europa”, o sea, en los Balcanes. El jefe ruso quería que se hiciera en la parte más defendida y artillada de Francia, para desangrar a las tropas aliadas antes de la victoria y quedarse —al impedir el ataque de los Balcanes— con la Europa oriental, como ocurrió realmente. Ambos tuvieron la razón contra los napoleones de escritorio.

Medía un metro noventa, y en sus años mozos fue considerado el oficial de mejor figura del ejército. Su muerte fue llorada no sólo por los doscientos millones de norteamericanos y vencedores, sino por cien millones de japoneses derrotados por él. Y en la estatua que se levantará en breve en su país, junto a la de Washington, Grant, Lee, Pershing, y otros bravos capitanes, se ha de colocar una sola palabra: “Volveré”.

Y Estados Unidos puede estar seguro de que si mañana hay peligro de guerra, y los muchachos del Tío Sam tienen que colocarse los viejos cascos de combate, seguramente oirán una voz que les dirá, desde algún punto del horizonte: “Volveré”.

Y volverá.

De Gasperi

AL VIEJO De Gasperi no lo mató un ataque al corazón, ni sus 73 años, ni la intensa actividad política que desarrolló hasta el último segundo; ése es el aspecto circunstancial, el pequeño detalle, la anécdota sin profundidad ni relieve. Al líder demócratacristiano, siete veces Ministro de Estado, luchador contra el fascismo, jefe máximo de la nueva línea socialcristiana que trataba de llevar a la realidad las Encíclicas papales y las modernas tendencias sociales de la Iglesia, lo mató Europa. Así, como suena.

Es decir, no el continente, sino la dramática situación que vivía en ese momento el Viejo Mundo, cuando se jugaba la suerte de la Comunidad Europea de Defensa; los últimos tiros de Dien Bien, lanzados a miles de kilómetros y apagados momentáneamente; la evacuación de Hanoi, los últimos refugiados que marchaban entre brezas y zarzales, huyendo de las tropas de Ho Chi-minh, hicieron impacto en el viejo y gastado corazón de De Gasperi. Pocas veces alguien cayó más en la brecha. Mientras Alemania resurgía en forma sensacional, en los mismos momentos en que Pierre Mendès-France aparecía como una especie de segundo volumen de Clemenceau, luchando por salvar las últimas reservas de su país, mientras una hábil campaña sincronizada de comunistas y neofascistas italianos pretendía derribar a Scelba, correligionario de De Gasperi, en los mismos instantes en que USA se ajustaba el cinturón hasta el último ojal, para ver el modo de detener el desborde de la Cortina de Hierro, cayó derrumbado el ex Ministro.

Yo he pensado un poco en Gambetta, liquidado físicamente a los 44 años por la política; en el viejo Clemenceau, en la solitaria casa de la Rue Franklin en París, leyendo dificultosamente los últimos boletines de la Asamblea General y los diarios con la tinta fresca aún; en Napoleón, que repite en los últimos instantes en Santa Elena, como una especie de trágico *ritornello*, la frase "Cabeza de Ejército"; en O'Higgins, diciendo en la Hacienda Montalbán, "Magallanes... Magallanes"; en Juan Antonio Ríos, dictando de memoria decretos en plena agonía, y en tantos más.

De Gasperi murió con el fono, prácticamente, en la mano, mientras le corrían abundantes lágrimas por el rostro y escuchaba a través del hilo la frase que le comunicaba su amigo y colega Mario Scelba:

—En Bruselas nos pueden destruir el tratado de la CED.

Desde ese momento el político italiano quedó herido. Roto. Hecho pedazos. Se trizó la misteriosa maquinaria que lo había empujado a través de 73 años, a través de los más espinosos y tristes senderos de la política, para conducirlo siete veces a la victoria. Y sólo en el último segundo abrió los labios para dejar caer una palabra que, para él, resumía toda la vida.

—¡Jesús! ¡Jesús!

Yo lo conocí. O más bien dicho, lo vi un día en la Plaza Colonna, en junio de 1953, en la parte más quemante de la lucha electoral. Delgado, con algo de llama mística o de personaje del Greco, con las manos erizadas como llamas, hablando con una voz cálida y vibrante y haciendo temblar a cincuenta mil democratacristianos concentrados; aún veo las banderas de su partido, desplegadas al viento, y los inmensos carteles con la gran cruz en fondo rojo.

Yo no sabía italiano, y De Gasperi hablaba rápido y cortante. Los micrófonos y anunciadores lanzaban su voz a las cuatro esquinas de la plaza como una pelota de pimpón. Sin embargo, era tan claro, tan nítido, tan penetrante lo que decía, que entendí perfectamente lo que quería expresar, sin conocer su lengua. Comprendo que el Santo Padre se haya encerrado a orar ante la muerte del que fue, sin duda, el mejor de sus amigos. Y hay algo más que seguramente ustedes no conocen y que yo supe en Italia, de la mejor fuente. Después de una entrevista secreta en Castel Gandolfo a la que asistieron Su Santidad, De Gasperi y Scelba, se acordó impulsar por todos los medios imaginables la campaña electoral, mover los conventos y escuelas, agitar a las mujeres, volcarse a través de toda la península, para atajar a la izquierda, que ya se sentía triunfante. De esa entrevista secreta ha dependido el último año y medio de la vida política de Italia.

Y vuelvo a repetir: a De Gasperi lo mató todo un continente, una guerra cuyas heridas aún no se notan en los caminos y en las casas de Italia. Y otra en ciernes, que ya se nota en el aire. A De Gasperi lo mató la CED, y lo que vendrá en los próximos años. Por eso murió llorando.

Con Lincoln en el mármol

EL 9 DE ABRIL de 1865 había terminado la guerra del Norte contra el Sur, y el general Lee había entregado su espada al general Grant. Lee era de la aristocracia sureña. Tenía su casa de ladrillo rojo y blancas columnas a las orillas del río Potomac, a menos de dos kilómetros de la Casa Blanca. Estuvo a punto de ganar la larga y sangrienta contienda en la primera semana, tomándose la capital —la guerra iba a durar cuatro años—, y llegar hasta Gettysburg, donde Lincoln pronunciaría la mejor oración de su vida. Lee era la finura, la elegancia, el refinamiento. Era el caballero del Sur desde la raíz del pelo hasta las uñas.

Grant era exactamente todo lo contrario. Lo habían expulsado del Ejército en la campaña de México, por mala conducta y por tenerle demasiado cariño al whisky. Era tosco de maneras y no tenía brillo

alguno. Apenas se conocía los rudimentos de la técnica militar y se había leído malamente la Biblia. Tenía mala fama entre los oficiales y se le miraba como un sujeto burdo y mal educado. Como si fuera poco, había sido expulsado de West Point. Cuando se lo recomendaron a Lincoln durante la guerra, un general le escribió una carta privada al Presidente, en la que le decía textualmente que "era borracho". El Presidente le contestó, irónicamente: "Dígame qué marca de whisky toma Grant para mandarles un barril a mis generales, que lo único que hacen es perder batallas". Grant había formado, en los primeros días de la guerra, una compañía, de la cual se proclamó jefe. Sin planes estratégicos y basándose únicamente en su olfato, ganó combate tras combate. Lincoln se entendió rápidamente con él y lo nombró general en jefe, en medio de la indignación de los jefes salidos de la cerrada Academia Militar de West Point. Lee era casado con una de las mujeres más finas y bonitas del romántico Sur. La mujer de Grant era vulgar, ligeramente bizca, apenas sabía escribir y jamás había estado en un salón. El general del Sur usaba un uniforme celeste impecable y una espada de oro que le habían regalado las damas del Sur. Grant fumaba como una chimenea, tomaba gin y andaba con la guerrera abierta. Lee era el Sur bucólico y romántico, con los viejos caserones que ha pintado magistralmente Margaret Mitchell en "Lo que el viento se llevó". Grant era el Norte, los inmigrantes, los mineros, los buscadores de oro, los luchadores contra los indios, los futuros millonarios y la industria que un día iba a cambiar a Estados Unidos y a transformarlo en la potencia que es actualmente.

Pues bien, el buen gusto y la delicadeza versallesca de maneras fueron derrotados por la vulgaridad aparente, detrás de la cual había algo que se llamaba genio militar.

El 14 de abril de 1865 se celebra la victoria del Norte, en el Teatro Ford. Lincoln, que odiaba el chaqué, tuvo que vestirse de etiqueta para asistir a la función de gala. Estaba todo lo más brillante del Norte y resplandecían los collares y las pulseras de las mujeres más bonitas de Washington. Se daba una obra chistosa y el público reía a mandíbula batiente. El Presidente conservaba esa mueca melancólica y distante que llevó toda su vida. Bruscamente se abrió el palco, entró un hombre armado de una pistola y le disparó en la nuca al viejo Abe. Luego saltó al escenario, pero se le quedó enredada una espuela en la bandera norteamericanas. Cojeando avanzó hasta las candilejas y gritó: "*Sic semper tyrannis!*". En medio de la expectación de los actores, huyó. Corrió por un pasillo. Afuera lo esperaba un caballo y montó en él. Una semana más tarde lo encontraron en un granero y, literalmente, lo asaron vivo.

Era el actor Booth, fanático sureño que había jurado matar al Presidente. Lincoln fue conducido a una casita que quedaba al frente

del teatro. Lo colocaron en posición oblicua sobre el lecho, porque no cabía en él. Allí agonizó entre los sollozos de las mujeres y de los generales que vestían la guerrera azul del Norte. No abrió los labios. Murió sin decir una palabra. Sólo entonces se dio cuenta el Sur de lo que había perdido el país entero. Sus funerales fueron una apoteosis nacional. Y, naturalmente, fuera de saberse que el asesino material había sido J. Wilkes Booth, hasta la fecha, y pasados cien años, se ignora aún cuál fue la mano oculta que dio la orden del asesinato.

Cuando yo estuve en Washington, tuve en mis manos la pistola que había usado Booth, los dos revólveres y el puñal que llevaba la noche fatal para actuar contra el Presidente. Vi el trozo de la puerta del palco del Teatro Ford, que había horadado pacientemente, durante varios días, para disparar a través del hueco. Me mostraron la amarillenta bandera de las barras y las estrellas que estaba colgada en el palco de Lincoln, y que aparecía rota por las espuelas del criminal. Posteriormente entré, con el corazón en un puño, a la sombría estancia en la cual agonizó el Presidente más grande de los Estados Unidos. Más tarde hojeé la vieja Biblia en la cual aprendió a leer cuando vivía en la humilde choza de su padre. Y, finalmente, me detuve en el Lincoln Memorial, en Washington, frente a su gigantesca estatua en que aparece solemnemente sentado en el sillón presidencial.

Estados Unidos es Lincoln. La grandeza de la nación del Norte está resumida en la vida del leñador que llegó a Presidente de la República. Su figura desgarbada, la dulzura de sus ojos, la invencible melancolía de su sonrisa, el tono bíblico de sus discursos, el sentido puro e ingenuo de su humor, la sombría firmeza de sus decisiones, su soledad política, que le permitía marchar solo contra todos, cuando creía tener la razón; su misma juventud, pobre y triste, su lucha en favor de los negros, su brillante actuación en la Casa Blanca y, finalmente, su trágica muerte en la hora misma de la victoria, están tallados en la mentalidad del ciudadano corriente de los Estados Unidos. Es un hombre que no necesita estatua, porque cada norteamericano le ha erigido una personal en el recuerdo.

Cuando salí del Lincoln Memorial, vi a un negro que llevaba unas flores. Un estudiante, igualmente negro, rezaba a media voz. Una negra vieja y arrugada lloraba silenciosamente.

Afuera brillaba el sol y jugaban los niños en los prados de la White House. En la Avenida Pensilvania corría una larga culebra de autos en dirección al Capitolio. En el Obelisco de Jefferson se había quedado prendida una nube. En la penumbra de la rotonda se veían apenas los ojos de mármol del Presidente, que miraban hacia el infinito, y sus labios estaban inmóviles, pero yo sentí, mientras caminaba solitario y triste hacia la calle, una frase, que decía con una vieja y antigua voz de leñador:

“Que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparezca jamás de la faz de la Tierra.”

Couve de Merville

ES UN ARISTÓCRATA. Un aristócrata francés, lleno de castillos y de leyendas. Fino, delgado, de pelo gris, suave, amable, diplomático. Tiene el encanto, para las señoras francesas, de los actores cinematográficos que, además, se dedican a la política. El 24 de julio de 1964, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, contestó la andanada de preguntas que le lanzaba una serie de periodistas sudamericanos que venían de todos los extremos de un mundo nuevo que los franceses no conocen ni de vista, y que se llama, oficialmente, América del Sur.

América no era noticia en los diarios antes de que el general De Gaulle —con el cual había estado el día antes bajo las luces de las viejas arañas, estilo Napoleón III, del Elíseo— hubiera entreabierto los labios. Hay gentes que se enojan porque no se habla de América en los diarios. Los franceses son lógicos y justos, y Chile aparece en un pequeño parrafito a una columna cuando lo merece. Igual ocurre con los demás países del mundo.

Esta vez, a las seis de la tarde, con un sol que agonizaba elegantemente sobre la explanada de Los Inválidos, conversé media hora con el Canciller de Francia, me tomé un aperitivo con él, y después charlé libremente sobre mil problemas.

No es fácil. Es tan inteligentemente diplomático, que no habla, y está lleno de silencios, repleto de sugerencias y de *nuances*.

Se le nota demasiado el “De”. Es “De Merville” hasta la punta de las uñas.

Es un noble por donde se le mire. Pertenece a otra sangre, a otro estilo, a otro barrio, a otro mundo. Sabe que las relaciones exteriores de Francia las lleva en sus manos el anciano general, pero él tiene una habilidad diplomática suprema para contestar las preguntas como sólo se da en Francia.

No se compromete. No concilia. Apenas contesta las preguntas. Sorteas los problemas difíciles que se le plantean. Tiene algo de mosquetero de Alejandro Dumas, para dar una estocada o para escurrir el bulto y no presentar el pecho. Está construido de esa fina sangre diplomática que le permite hacer de los silencios una respuesta, y de las vagas afirmaciones, una fuga oportuna y una hábil maniobra.

Conoce vagamente América, pero sabe la importancia que tiene la visita del general De Gaulle a estas tierras.

Tiene algo de caballero de la Edad Media. Es un poco pariente de

ias gárgolas de Notre-Dame y de los castillos del Loira. Mientras conversó —consumiendo un café en el Quai d'Orsay—, trató de ser simpático con los periodistas sudamericanos, sin decirles, en el fondo, absolutamente nada.

Couve de Merville sabe que las relaciones diplomáticas de su país no las maneja él, en el fondo. No es Briand. No es Reynaud. No es Daladier. No es ninguno de los cancilleres brillantes y audaces que hicieron la diplomacia francesa.

Esto no quiere decir que sea comparsa o extra en manos de De Gaulle.

No.

Es tan inteligente, tan fino, tan hábil para manejarse ante los periodistas internacionales, que no dice lo que tiene que decir, pero, en cambio, calla en forma sensacional lo que tiene que ocultar.

Es el Couve de Merville con que estuve de nuevo en la Embajada de Francia, entre mujeres estupendas, políticos hábiles y arribistas y trepadores de frac, el 3 de octubre de 1964 en la noche, en Santiago de Chile.

André Malraux

EL 23 DE JULIO de 1964, en el viejo Quai d'Orsay, estuve con el hombre que le cambió la cara a París, y que es la figura intelectual más brillante de Francia del momento. Se trata de André Malraux, que casi no necesita presentación. Autor de "La condición humana", "La esperanza", "El tiempo del desprecio", "Los nogales de Altemburg", etc. Premio Goncourt y actual Ministro de Cultura del general De Gaulle, es capaz de decir las cosas más brillantes e inesperadas, cambiarle el rostro a una ciudad que tiene dos mil años, colocar estatuas de Mayol en los jardines de las Tullerías y, al mismo tiempo, enviar a la Gioconda a la Feria Internacional de Nueva York y a Tokio, contra la opinión de todo el mundo, y darles un impulso a los escritores jóvenes que ahora salen de las bohardillas del "Boul Miche", para llegar a las editoriales y las librerías, en gloria y majestad.

A un periodista argentino que le preguntaba, ingenuamente, su opinión sobre Buenos Aires, el Ministro le contestó, mientras trataba de vencer los mil tics nerviosos (recuerdos de China), con esta frase:

—Buenos Aires nació para ser la gran capital de América del Sur. ¿Y qué resultó? Nada. Una mezcla extraña de París, Londres y Berlín. Una ciudad sin alma y sin estilo, que no es precisamente América, ni nada.

Respecto a Chile, me dijo:

—Conozco bien la poesía de ustedes (Huidobro, Neruda y otros). Me falta conocer a los pintores. Son los pintores los que le dan el alma y el rostro a un país. La próxima vez que vaya a Chile, trataré de estar en contacto con pinceles y paletas. Allí tiene que estar agazapada el alma de la nación...

¿Qué edad tiene? Por lo menos sesenta años. Representa menos de cincuenta. Cara de pájaro, ojos de pájaro, mirada de pájaro, Malraux es un pájaro de lujo que ha bajado de un castillo lejano y que ha puesto su brillante nido en medio de este París veraniego y quemante, en el que las viejas catedrales tienen hoy el mismo color blanco y el mismo sello de hace diez siglos, gracias, precisamente, a él.

El, que fue uno de los novelistas más brillantes que tuvieron los comunistas hace treinta años, es, actualmente, un violento anticomunista.

Comenzó estudiando filosofía en París, y fue compañero en la Sorbonne de un chinito con cara de filósofo que se llamaba Chou En-lai. La amistad iba a tener una importancia decisiva en la agitada vida de ambos. Malraux estudió chino y decidió salir a dar la vuelta al mundo y buscar los restos de la ciudad de la Reina de Saba. Trabajó en mangas de camisa bajo un sol de fuego y se familiarizó con la vida oriental que lo habría de conquistar definitivamente. El mismo dice: "El Asia tiene el valor de un imán que coge para siempre". Hurgó en la tierra, buscó las narices quebradas de las estatuas de hace veinte siglos, y los ojos ciegos de los antiguos dioses. Y fue entonces cuando comenzó a escribir.

Pero lo tentaban la política y la revolución. Con sus antiguos amigos chinos trabajó en el Kuomintang, en los días de sangre, en que se mataba a los estudiantes nacionalistas y comunistas colocándolos en la trompa de una locomotora que se hacía chocar con otra que, a su vez, llevaba amarrada una nueva víctima. Los restos de los estudiantes así triturados eran calcinados despiadadamente en las calderas. Como es de uso y costumbre en tales casos, la palabra suplicio la escribían por igual ambos bandos, en lucha a muerte. Malraux fue designado jefe de propaganda del Kuomintang y trabajó cinco años con los activistas soviéticos que luchaban en las filas revolucionarias. Como recuerdo de todo este clima infernal, escribió "La condición humana", y conoció la celebridad en París, de la noche a la mañana. Malraux sigue siendo comunista hasta que estalla la guerra civil española. La República no tiene aviones de combate ni de bombardeo. Malraux los inventa. Y compra en Francia viejos aparatos postales a los cuales hay que abrirles el vientre con cuchillo para arrojar las bombas a mano. Esos fueron los primeros aparatos que tuvo el bando republicano. Y los mismos que hacían frente a las poderosas y rapidísimas máquinas que habían entregado Italia y Alemania a las tropas de Franco. Eran enanos contra gigantes, pero enanos cargados de heroísmo. En ese tiempo el escritor

crea en el comunismo aún y tiene fe en Rusia. Y no le basta escribir. Nunca le ha bastado. Lleva la doctrina a la acción. Y prefiere pelear en el cielo que estar silencioso frente a unas carillas en blanco.

Terminada la guerra civil española, Malraux publica "La esperanza", en que se ve el culto, que comienza a asomar en él, por el ser humano y la libertad. Su personaje central viene de vuelta del comunismo, y comienza a pensar. Revisa los viejos ideales a la luz de lo que ha visto en España. Los fusilamientos ordenados fríamente por los comisarios soviéticos que operaban en el frente lo llevan a dudar del comunismo y a rechazar con repugnancia su viejo amor por la causa de la hoz y el martillo.

Se transforma en libertario y rebelde. Allí lo sorprende la Segunda Guerra Mundial. Y entonces lucha físicamente contra los nazis, como comandante de una unidad-tanque. No tiene necesidad de la tinta y le basta con la sangre. Y con ella escribe más y más libros, en los que asoma el nuevo Malraux, que no tiene el menor parentesco con el antiguo jefe de propaganda del Kuomintang. Lucha como simple francés contra el terror de los nazis, y del escritor sale un héroe, y, lo que es más importante, un hombre que ahora tiene fanática fe, no en unos monstruos amaestrados y al servicio de una secta, sino en el ser humano y en su dignidad como ciudadano.

Es entonces cuando se encuentra con De Gaulle, que comprende rápidamente lo que puede hacer por Francia con este novelista brillante, este explorador genial, este piloto cargado de glorias, este personaje mítico que ha hecho la guerra en tanques, con este Lawrence francés que conoce, como nadie, la literatura y la pintura francesas y que ha vivido personalmente la gran desilusión de una fe rota para siempre en los campos de batallas de la guerra civil española. Y el ex comunista pasa a ser Ministro de Cultura de la V República.

Desilusionado y de vuelta de todo, con una mueca de aparente cansancio y desilusión en los labios, el novelista trabaja para Francia como Ministro de Cultura, pero aprovechando la experiencia de haber conocido a los comunistas en su esencia. Y no en los fríos gabinetes de trabajo, sino en el feroz escenario de la acción directa, con la sangre y la muerte a la mano.

Por eso los comunistas tienen en él al más hábil e implacable de los enemigos: porque los conoce como nadie. Y ha aprendido a combatirlos después de haber trabajado codo a codo junto a ellos.

Pero, conociendo el genio político del país de Talleyrand y de Fouché, cabe preguntarse: ¿No habrá alguna lejana relación entre el actual ministro, hombre de confianza de De Gaulle y educado políticamente en China, con el sorpresivo reconocimiento de la patria de Mao Tse-tung por el actual gobierno de Francia?

Sólo Malraux podría contestar la pregunta.

Mendès-France

LO VI POR segunda vez hace diez años, en la Embajada de Chile en París. Antes había estado con él en Santiago y en Viña del Mar.

Hernán Santa Cruz se lo trajo al ex Presidente de la República, don Gabriel González Videla. De paso, Santa Cruz se había traído al Consejo Económico Social de las Naciones Unidas a Chile.

Estaba estrictamente de incógnito, pero la frase clave fue: "Aquí te traigo al futuro jefe político de Francia". Yo también lo conocí de paso en el Hotel Carrera. Únicamente dos palabras, pero los periodistas tenemos por lo menos la virtud de calar rápidamente a los hombres que tienen porvenir. Lucía la mirada, el gesto y la sonrisa de los hombres que van a llegar lejos.

Sólo dos palabras, pero bastaron. Se sabía de memoria la situación política y económica de Chile. Conocía al dedillo la importancia de Argentina y de Brasil. Entendía la estrategia americana. Sabía las razones por las cuales el amigo número uno de Chile es el Brasil. Y dentro de la misma línea táctica, el número dos es Ecuador. Entendía la importancia de Perú, de Argentina, de Bolivia y de las demás naciones americanas.

Esto fue el año 48. Mendès-France es pequeño, rápido y ágil. Tiene la mirada de los hombres que saben mandar. Sabía que era cuestión de tiempo, como otros ministros que han pasado y pasan por la historia del mundo y de Chile, y que tienen que esperar.

Después corrieron los años. Yo fui como Agregado Cultural a la Embajada de Chile en París. Conversé muchas veces con Hernán Santa Cruz, que me sigue pareciendo uno de los hombres más inteligentes que hay en Chile. Además, conocía a todos los políticos franceses de alto rango. De la derecha y la izquierda. A los desterrados españoles, como Alvarez del Vayo, que manejaba el ala izquierda del Partido Socialista; a Alvaro Albornoz, a Diego Martínez Barrios, a Varela, actual Canciller de la República; a Luis Araquistain, que fue el gran periodista de los días de sangre que se inician con el trágico 18 de julio de 1936, etcétera.

Pero sigamos con Mendès-France. Cuando nadie creía en él, a mí se me ocurrió que ahí estaba EL HOMBRE. No era De Gaulle, que había perdido el momento. No era Daladier, que se había jugado la carta de la Segunda Guerra Mundial. No era el viejo Herriot, alcalde honorario de Lyon, que ya había pasado los ochenta años y que estaba *gagá*. Era un hombre joven y ya se dibujaba rápidamente detrás de Auriol, de Bidault y de Laniel. Era más que Coty, Presidente de Francia en ese momento.

Tenía más rango.

Francia tiene siempre estos rasgos geniales. Saca del fondo del polvo a los hombres claves. Era el segundo tomo de Clemenceau. Un Clemenceau más joven, pero igualmente visionario. Francia estaba sola. Alemania se armaba, con Estados Unidos a la espalda. Inglaterra se hacía hábilmente a un lado; España ya no le servía al Tío Sam, dentro de su estrategia. Quedaba Francia. La misma, desangrada, pero eterna. La que salió a los campos de batalla de Valmy y de Jemmapes a atajar a los prusianos con la bandera tricolor y la Marsellesa. Y de allí nacieron la Revolución y el Imperio.

Por algo Francia se parece a Chile. Un Alessandri, una Mistral o un Encina habrían sido de todas maneras valores franceses primero, y luego le habrían dado color y estilo a Europa.

El que esté en desacuerdo con lo que acabo de decir, que se tranquilice, médite, y después se coma las uñas.

Mendès-France, con el que almorcé varias veces en la Embajada de Chile en París, se lanzó CONTRA Estados Unidos, primero, y AHORA va a Estados Unidos.

Así son los políticos de rasgos universales. Me gusta poder decir: "Yo conocí personalmente al joven Premier de una Francia que viene de vuelta de la ligereza y que se acaba de montar de nuevo en la vieja carroza de la historia, que no debió olvidar ni abandonar jamás".

Claro que pasaron los años, llegó el golpe del 13 de mayo de 1958, creció De Gaulle y comenzó a declinar Mendès-France. Y hoy es la sombra del personaje que yo conocí, es galeno cenit; pero todavía es una carta que se baraja en la penumbra...

1964. Vengo llegando de París. Mendès-France ya no es ni la sombra de la sombra de lo que fue. De Gaulle lo desconectó como un enchufe cualquiera, y está apagado por el momento.

¿Volverá a brillar algún día?

¡Ojalá! Le hace falta a la escena francesa.

Paul Reynaud

LO PRIMERO QUE recibí al llegar a París, en julio de 1964, fue una carta autógrafa de Paul Reynaud, el célebre Primer Ministro de la época de la última guerra. Era una invitación para asistir a una ceremonia fúnebre en honor de Georges Mandel, el compañero y secretario de Clemenceau, que fue asesinado por los fascistas franceses, cerca de París, hace veinte años. Reynaud está viejo, pero perfectamente al día en todos los problemas. Tiene ochenta y seis años, y acaba de publicar, con gran éxito, sus "Memorias", en las cuales trata de defen-

derse de los cargos que se le hacen de no haber continuado la guerra en el Africa, en 1940.

La ceremonia fue al día siguiente. Asistieron doscientas personas. Eran las diez de la mañana. Yo estaba listo a las nueve y partí en un taxi a un cementerio que es tan elegante que da la impresión de que los muertos usan smoking dentro de los respectivos nichos. Allí estaban los viejitos, los ex ministros, ex senadores, ex diputados. Era una reunión de ex que iban a recordar a otro ex. Y allí estaba Paul Reynaud, el ex Ministro de 1940, cuando Francia fue vencida, ocupada y rendida. Allí estaba el ex amante de la condesa de Portes. El que había llamado a De Gaulle a la Subsecretaría de Guerra en el último momento, cuando ya no había caso de hacer nada.

El acto fue en el Cementerio de Passy. La vasta colección de ancianos con la roseta de la Legión de Honor en la solapa pronunció varios discursos de corte académico para exaltar la personalidad de Mandel y, al mismo tiempo, hacerles un sutil ataque al gobierno y a la política de la V República. A la salida charlé con el anciano ex Ministro, y le pedí que me trazara un cuadro de la política de su país. En tono finamente diplomático, trató de excusarse, pero alguien le insinuó que, como las elecciones presidenciales se realizarían el próximo año, y aún no se sabía si De Gaulle se presentaría a ellas, la izquierda y el centro, que no tienen un gran líder de talla nacional, podrían lanzar su nombre.

Sonriendo, contestó Reynaud:

—No. Ya estoy viejo para volver a la política. A mi edad sólo se vive de recuerdos y de viejas cartas perfumadas... En las tardes camino por el Bois tratando de reconstruir el París de mi tiempo y de imaginarme que vivimos aún en la gran época de los Clemenceau, los Poincaré, los Mandel, los Herriot y tanto más... Ahora es otra Francia. Y en esta Francia de 1964 yo soy sólo un fantasma que se pasea entre otros fantasmas.

Efectivamente, él es la antigua Francia, la liberal y jacobina, la de los grandes salones y los discursos impecables bajo la cúpula de la Academia. Un veterano de tanta campaña parlamentaria, en el ocaso de la vida, sólo puede contemplar melancólicamente el Sena, recordar un poco, tristemente, los viejos tiempos ya definitivamente idos, y releer ajadas cartas de amor...

Porque ese viejito era el pasado. Se veía tan natural destacándose sobre el perfecto decorado de los cipreses, entre tumbas célebres, estatuas y nichos distinguidos, que parecía que ya estaba próximo a ingresar a ese último cuartel general que son los cementerios.

Conversamos largo rato. En casi todos los países, los hombres de ochenta y seis años están *gagá*. En Chile están "cucú". Apenas ha-

blan, vacilan, tropiezan, tartamudean, y buscan desesperados las ideas que se les escapan como mariposas.

Reynaud tiene ochenta y seis años. Reynaud no se equivoca. Reynaud está perfectamente lúcido y armado de una cultura artística, astronómica y amorosa que le permite mantenerse, en 1964, con la misma agilidad mental de hace cuarenta años.

Es un hombre apenas maduro. Para eso hay que haber nacido en Francia, haberse educado en la Sorbonne, haber sido diputado a los veintitrés años, periodista de combate, Subsecretario, Ministro (innumerables veces), con varias amantes en el recuerdo; y tener, por lo menos, dos guerras mundiales en su archivo personal.

Y este viejito genial, vestido tan simbólicamente de negro, me pareció uno de los hombres más jóvenes que yo haya conocido jamás.

Ortiz, Lagailarde y Massu

ESTA FUE MI última experiencia en la Argelia convulsionada, cuando De Gaulle estaba recién en el poder y sus generales y coroneles se levantaron contra él.

Sabía que el ejército estaba al lado de los *'emeutiers* de Lagailarde y de los hombres de Joseph Ortiz. La caja, o sea, el capitalismo francés, estaba detrás de la insurrección. El diario más importante y serio, "L'Echo d'Alger", estaba junto al golpe, y su director, el millonario Serigny, había empujado con habilidad la llamada, pomposamente, revolución. En París, los ultras y los nacionalistas del Frente Nacional estaban listos para actuar.

Había de todo. Desde los falangistas, que querían repetir la aventura de Franco en París, a los monarquistas, que nunca pierden de vista al Conde de París; a los ex poujadistas, que habían dejado solo al fracasado demagogo y ex librero; a los ex combatientes de Indochina; a los estudiantes franceses nacidos en Argelia, que tienen complejo de héroe y que quieren desayunarse todos los días con una bomba o, por lo menos, con una dieta de balas; a los corporativistas, que creen que el fascismo a la italiana no ha muerto aún; a los ex francistas, ex Croix de Feu, los ex camisas azules y ex *jeunesses patriotes*. Y, finalmente, los que habían sido amigos del anciano mariscal Pétain y que habían colaborado prácticamente con los nazis en los días de la ocupación. Lo único realmente importante de todo este mosaico era la *Jeune Nation*, de reciente data, que había levantado, a falta de cruz svástica, la vieja cruz gálica a céltica.

En una palabra, era el fascismo en marcha.

Ortiz, que era el político, y Lagailarde, que era el militar, pensaban sencillamente lo siguiente: nos levantamos, el ejército no dispara, De Gaulle cede... Y Soustelle llega al poder y, naturalmente, nosotros somos el eje definitivo en Argelia.

¿Y Massu?

Massu era únicamente el pretexto. Un pretexto que quedó tirado en el camino apenas De Gaulle lo destituyó y se negó despectivamente a recibirlo.

Pero hubo balas y quedaron veintiséis cadáveres y más de cien heridos.

Los cálculos habían fallado y el ejército no se movió.

¿Por qué...?

Veamos las razones básicas de esta curiosa actitud. Según me contaron los colegas con quienes hablé en Argel, la razón fue la siguiente:

—El FLN esperaba la lucha abierta para desencadenar una nueva ofensiva.

—Bourguiba se estaba moviendo rápidamente en la frontera de Túnez para conquistar la decisiva base de Bizerta.

—El ejército sabía —de capitán para arriba— que los cuadros inferiores, de sargento para abajo, estaban trabajados y no se podía contar, ciento por ciento, con ellos.

—En la metrópoli, el PC había creado, junto a los socialistas autónomos y la SFIO, comités antifascistas que esta vez iban a funcionar.

En el plano mundial, De Gaulle había ganado la batalla y había dejado en el aire a los ultras.

—Finalmente, los terribles y temidos extremistas se habían quedado sin jefe al partir ingenuamente Massu a París, y al haber pisado el palito, como decimos en Chile.

El ejército estaba solo, y De Gaulle se les había adelantado a marchas forzadas y con técnica Bonaparte en la fulgurante campaña de Italia.

Y como no podía moverse, so peligro de quedar solo CONTRA la nación, no se movió, no disparó, les sonrió a los insurrectos, pero los obligó a entregarse.

Y por eso ahora Ortiz está prófugo (probablemente en Alemania... o en España) y Lagailarde está preso en la novelesca cárcel de la Santé...

Después Lagailarde salió de la cárcel y se fue a vivir a Madrid. Allí lo vi en un restaurante netamente francés, que se llama Le Bourbon. En la tarde charla y recuerda, mientras Ortiz, aprovechando que su madre era francesa, ancló también en la capital española. Allí aguardan ingenuamente que algún día caiga el general De Gaulle y puedan regresar a la patria. A pesar de lo jóvenes que son, parecen veteranos

de la terrible guerra de Argelia, que ya terminó, pero que los dejó, a ambos, en calidad de testigos de una época que creo se fue para siempre.

Madame Pétain

NUEVAMENTE LA anciana viuda del mariscal Pétain hace noticia. Tiene más de ochenta años, pero insiste en que se hable de su marido. Pétain sigue siendo la figura más discutida de Francia. Para los pro nazis, pro fascistas, pro monarquistas, o simplemente derechistas, con flor de lis y todo, Pétain es una gran figura. Para la izquierda, es sencillamente un traidor que entregó su país a Hitler. Para la inmensa mayoría de los franceses, indiferentes y olvidadizos, es sólo un caballero viejo que murió en prisión porque se equivocó. Porque jugó mal. Porque le dio la mano al enemigo eterno.

No hay nada que hacer. Aunque De Gaulle se entrevistó con Aeneas, allí está la sangre vertida en los días de Federico el Grande, de Napoleón; en 1870, en 1914 y en 1939.

Eso no se olvida. No se puede olvidar. Mientras los diplomáticos de colero se dan las manos en las fronteras e intercambian flores y discursos, los franceses recuerdan a los muertos en Verdun, en el Camino de las Damas, en Beaumont y en Deaumont, en la ofensiva contra París. Y recuerdan, naturalmente, los días de luto de Alsacia y Lorena, con la estatua de las "cautivas" en la Plaza de la Concordia. Y para el francés medio, el alemán, nazi o democrático, es únicamente el *boche*. El odiado *boche*.

Y, naturalmente, un mariscal de Francia que a los ochenta años entrega su país al enemigo es un traidor.

Sobre esta base montó su propaganda la Resistencia de todos los bandos, los católicos de Bidault y los comunistas de Thorez.

Y el chivo emisario, el "pato de la boda" —como diríamos nosotros—, la víctima propiciatoria, como insistirían los clásicos, es Pétain.

Pero a Pétain le quedan amigos aún en Francia. Gente vieja y melancólica que vive de recuerdos y quiere justificarse antes de bajar a la tumba.

Y periódicamente asoma en las murallas del Metro de París el grito: "¡Pétain volverá!"

¿Cómo volverá, si está muerto...?

Naturalmente, se trata de una imagen simbólica. No se trata del anciano mariscal de los bigotes blancos y de la mirada dura como el mármol, sino de las ideas de Pétain.

O sea, el paternalismo, el corporativismo, el fascismo suave, y a la francesa, que esperan ingenuamente todos los monarquistas de Francia, que leen, puntualmente, "Les Aspects de la France", heredero restringido y minúsculo de la vieja "Acción Francesa", o las páginas de "Rivarol".

Para ellos, precisamente, ha hecho la viuda de Pétain un emocionante relato de los últimos días del mariscal. Para justificarlo ante la historia y para tratar de probar que no se vendió a Alemania, sino que tomó el UNICO camino posible entre una Resistencia que no tenía — según ella— grandes posibilidades de triunfar, y una Francia desagrada y vencida.

Sus "Memorias", que se llaman "Mi marido, el mariscal", han sido publicadas con gran despliegue de propaganda en la prensa francesa, italiana, inglesa y española, y han provocado realmente expectación. Pero no la que esperaba la anciana viuda, sino el recuerdo, un poco caritativo y deliberadamente olvidadizo, de los que insisten en hablar del viejo defensor de Verdun y de la frase "¡No pasarán!", y no al hombre que llegó ante Hitler para tratarlo como amigo y para iniciar "eso" que se llamó el Estado Nuevo y que fue barrido por los fusiles de la Resistencia.

Como gesto de fidelidad al recuerdo y de amor más allá de la tumba, es emocionante. Como testimonio histórico, no convence gran cosa. Pero ha sido la sensación periodística de la temporada.

Skorzeny

EN MADRID VIVE una página de una novela de aventuras que recuerda a ratos los mejores folletines del siglo pasado. Un hombre que se robó a un líder fascista y secuestró al hijo del regente de Hungría para que Alemania no perdiera un millón de hombres en los momentos más críticos de la última contienda. Un creador de las célebres "misiones especiales", que se pusieron de moda en los días del 39 al 45, y que le significaron la Cruz de Hierro, la Orden de los Cien Mosqueteros de Italia y la Cruz de Oro Especial. Una especie de sobreviviente de una época que se llevó el viento el mismo día que se mató Hitler, se suicidó Goebbels, huyó Bormann, fue colgado Mussolini y Truman lanzó sus dos bombas atómicas sobre los espantados nipones.

Mide exactamente un metro noventa y cuatro, y, visto de cerca o de lejos, es el perfecto *junker* que conocimos en el cine a través del inolvidable Erich von Stroheim. Tiene tantos tajos en la cara que dan ganas de parodiar la famosa frase y decir: "Las cicatrices no dejan

ver el personaje". Un personaje sensacional que fue noticia de ocho columnas en toda la prensa mundial cuando se raptó al Duce en el Gran Sasso y luego fue enviado a Hungría a secuestrar al hijo del almirante Horthy.

Es Otto Skorzeny, de cincuenta y siete años, que vive actualmente en uno de los departamentos más lujosos del aristocrático barrio de Salamanca. Fue aviador y artillero. Ahora es comerciante. Fue una de las cartas decisivas de la Alemania nazi, pero es austríaco de nacimiento. Lo pudieron colgar en Nuremberg. Está sano y salvo en Madrid. Fue experto en misiones especiales. Ahora ve crecer burguesamente una montaña de pesetas a través de negocios cada día más prósperos, sin arriesgar, en lo más mínimo, el pellejo.

Le encantaba la política. Ahora, apenas crucé la primera palabra con él y el primer whisky, me atajó rápidamente y me dijo:

—¡Por favor! No hablemos de política. No me interesa... Eso se acabó.

Es que eso era él precisamente. Por lo menos el que conocía el público. Ahora no tiene interés. Lo miro como un recuerdo de algo que quedó definitivamente archivado. Como un libro leído. Como un filme de suspenso cuyo final conocemos antes de sentarnos en la penumbra de un cine. Como algo sobre quien comienzan a crecer la pátina, el moho y las telas de araña.

Pero el decorado habla por él. Una carta autógrafa de Hitler, un reloj pulsera que le regaló Mussolini con las iniciales "B. M.", un casco de acero de la Segunda Guerra Mundial, unos lentes de aviador, una guerrera blanca de estudiante de Heidelberg, una colección de insolentes monóculos, unas borrosas instantáneas de la guerra, un par de pistolas, una metralleta liviana, dos espadas, tres puñales, etc.

Sólo me hace una declaración antes de tenderme la mano desde lo alto de su metro noventa y cuatro:

—Le voy a hacer una confidencia, amigo periodista, sobre un hecho que a lo mejor usted ignora. El mismo día que rapté a Mussolini, él se iba a suicidar. Lo tenía todo calculado, porque sabía que los italianos pensaban entregarlo a los aliados y no quería enfrentar la befa y el ridículo. Yo le salvé la vida, pero no podía impedir lo que vino después: la horca de Milán.

Y se agazapa nuevamente en sus recuerdos, como en un apasionante librito de la *Série Noire*.

Thorez

EN MAYO DE 1964, el PC cambió de directiva. Thorez, a los 71 años, y con el corazón fallando desde hacía tiempo, entregó el bastón de general en jefe del comunismo francés a Waldeck Rochet. De hecho seguía como presidente y líder de la fracción de extrema izquierda que controla el Sur y el Oeste de Francia y que mantiene el llamado "cinturón rojo" en torno a París.

Se dijo que estaba mal. Los comunistas respondieron que no había tal. Que se trataba de un cambio de rutina. Thorez, ex Vicepresidente de la República Francesa, detrás de De Gaulle, después de la liberación de París, acusado de desertor y condenado a muerte en ausencia, niño regalón de la extrema izquierda en los días del Frente Popular en 1936, hombre de confianza de Moscú, pro ruso y antichino, orador de primera línea, saludable de aspecto, líder número uno del PC a través de veinticinco años de lucha, partió de Francia en dirección a Rusia en un barco soviético. Iba a Bulgaria. La muerte lo esperaba en el camino.

El 12 de julio, en la misma noche, llegaban los restos a Le Bourget. Había diez mil comunistas esperándole. Nunca fue más religiosa la Internacional. Al día siguiente lo llevaron a su casa y más tarde a la alcaldía de Ivry, de la cual era jefe. Una larga y solemne cola de camaradas llegó a echarle la última mirada. Había una selva de banderas rojas. Lo cubrieron de flores. Hubo guardia permanente de muchachas con pañuelos color sangre. El jueves en la mañana salía el cortejo. Una mezcla de seriedad y de propaganda política. Tres discursos. Hablaron el jefe del SFIO, Waldeck Rochet y el Secretario del Comité Central del PC soviético. De nuevo la Internacional. Puños en alto. Y, finalmente, la urna cubierta de rojo, chorreante de sangre, desbordante de púrpura, ingresó oficialmente en el nicho, en el legendario Père-Lachaise.

Con él se va el líder más brillante del PC en Francia y uno de los más importantes de Europa.

Ahora le toca a Waldeck Rochet, mientras el enano Duclos espera aún.

En 1965, hay elecciones presidenciales. Si no postulara De Gaulle, el PC tendría importancia capital. La suerte futura de Antoine Pinay depende de si el general quiere seguir en el Elíseo. En ese momento era decisivo Thorez. Era más fino, más clásico y más elegante que Duclos. Con más peso que Waldeck. Más importante que los elementos que forman la primera línea del PC. Tenía historia y resonancia internacionales.

Ahora, sin él, el partido más parlamentariamente fuerte, después

del degaullismo, se queda huérfano de valores para jugarlos en el primer plano.

Von Papen

FUE EL AÑO pasado en Madrid. Me llegó una misteriosa invitación para asistir a un pequeño club íntimo, a una conferencia que daba Herr Franz von Papen, sobre política internacional.

Von Papen tiene 85 años. Nació en los días de nuestra guerra del 79, y, como buen hijo y nieto de *junkers*, entró al ejército y usó el casco imperial y el monóculo en la Primera Guerra Mundial. Aprovechando su habilidad maquiavélica fue enviado como agregado militar a la Embajada de Alemania en Washington, antes de que Estados Unidos entrara a la guerra. Vino el hundimiento del *Titanic* y el Tío Sam marchó a los campos de batalla, y el general Pershing carraspeó un poco y dijo la famosa frase: "Aquí estamos, La Fayette".

Von Papen había trabajado hábilmente y dirigido el sabotaje en gran escala en las fábricas de municiones. Financió huelgas en las grandes usinas y estuvo a punto de paralizar la producción bélica de USA. El gobierno norteamericano pidió secamente la salida del pequeño Fouché alemán.

Von Papen volvió a Berlín, y cuando terminó la guerra, se dedicó a los negocios. Fue socio de Hugenberg y de Seldte, jefe de los Cascos de Acero. Especie de "padre José" del viejo Hindenburg, y especialmente de su hijo, se entendió secretamente con Hitler y preparó el camino a los nazis. El Führer lo nombró embajador, durante la Segunda Guerra Mundial, en uno de los puntos vitales: Turquía. Allí se dedicó, lo mismo que en la Primera, a sabotear la producción turca y a cortarles los abastecimientos de petróleo a los rusos.

Jamás mostraba la cara. Actuaba en la penumbra y se paseaba entre las sombras. Tenía el sello del diplomático clásico, con una sonrisa permanente entre los labios, una elegancia impecable para vestir, y la puñalada lista para darla en el momento oportuno. Traidor a la República, a Hindenburg, a la derecha alemana, a los *junkers* y a los Cascos de Acero, traicionó a Hitler en el momento oportuno, y así escapó de las horcas de Nuremberg.

Ahora estaba en Madrid, como simple turista. Se las había arreglado para que no lo molestaran, y, al mismo tiempo, según cuentan, recobrar sus castillos medievales junto al Rin y su jugosa cuenta en varios Bancos.

Pero el personaje que tuve durante una hora al frente, apoyado en

una mesita y con una botella de agua a la mano, era un perfecto recuerdo del pasado. Pelo gris, ojos grises, corbata gris, traje gris, personalidad igualmente gris. Todo en él acusaba una falta de relieve impresionante. Seguía siendo el hombre de pasillo, de gabinete, de *hall* de hotel, de puente barroco, de club cerrado, de directorio o sociedad anónima, de antiguo castillo gótico.

Estaría mejor en un cuadro, y colgado de una vieja muralla del siglo XVII, que en un decorado relativamente moderno. Daba la sensación de un cigarrillo que alguien hubiera olvidado sobre una mesa y que se hubiera ido consumiendo totalmente, dejando sólo el blanquecino tubo de ceniza.

Lo que decía no tenía mayor interés. Criticaba al gobierno, a la Alemania de Hitler, a la vieja República, y a la nueva. Lanzaba pequeños dardos envenenados contra todo. Y dejaba la sensación, desagradable y molesta, de una anciana que vive de recuerdos nostálgicos y que "pela" a todo el mundo, para justificarse un poco, históricamente.

¡Pobre, Von Papen! Ya no juega papel alguno. A los 85 años es un sobreviviente, un fantasma, un cadáver en vida, al que le falta únicamente caminar los metros exactos para llegar al único lugar honorable que le va quedando en el mundo: la tumba.

Gagarin

UN 12 DE OCTUBRE de 1492, Colón llegaba a América. Otro 12 de abril, en 1961, el primer ruso vencía la ley de gravedad, salía al espacio y regresaba sano y salvo a la tierra. El 12 fue el vuelo. El 14 recibía a seiscientos cincuenta periodistas de todo el mundo, para hacer la primera declaración oficial. Entre esos periodistas estaba yo. Vestido de uniforme de comandante del ejército soviético y con cinco traductores al lado (alemán, francés, inglés, italiano y chino), habló durante veinte minutos, contando cómo había sido el viaje.

EN EL KREMLIN

Esa misma noche hubo recepción de gala en el Kremlin, a la cual asistieron Gagarin, su padre, Alexei; su madre, Anna; su mujer, Valentina; el hermano del héroe, Valentin; su esposa, Zoia; la hermana de Gagarin y su marido. La tenida fue de estricto civil, y de traje de calle, salvo el héroe, que lucía orgullosamente la Orden de Lenin, que le había sido concedida ese mismo día.

Nikita abrazó, nuevamente, como lo había hecho dos horas antes, a Gagarin, en medio de ovaciones cerradas, y se lanzaron al aire los

vasos, de acuerdo con la vieja tradición rusa. Sobraban los vistosos uniformes de los generales y comandantes del ejército, la marina y la aviación soviéticos, pero no se veían damas elegantes a la manera occidental. La propia Valentina, esposa de Gagarin, estaba con un sencillísimo traje negro, y la madre del piloto no llevaba una sola joya. Nikita estaba radiante. Abrazaba y besaba, al estilo ruso, al nuevo héroe de la aviación soviética y lo mostraba orgullosamente a los periodistas. No había libertad para tomar fotos especiales o "distintas". El corresponsal de "Paris Match" estaba desesperado. El gobierno ruso había repartido treinta fotos oficiales y no quería que los buscadores de noticias pesquisarán demasiado la vida íntima del piloto. Se repartió una especie de aburrido boletín oficial, con fotos de Gagarin cuando niño, de sus padres, de su mujer y de su pequeña hija.

Resultaron vanos todos los intentos de sitiarlo estratégicamente y hablar con él.

ASI ES

Gagarin es amable, pero se nota que está cumpliendo instrucciones precisas y que dice sólo lo que el gobierno quiere que diga.

Ustedes saben de sobra lo que dijo. Lo importante fue lo que NO dijo. Y las preguntas que quedaron en el vacío, tales como: ¿Es el primero que ha volado al espacio, o ha habido antecesores suyos sin suerte? ¿Aterrizó directamente en la cápsula "Vostok", o se lanzó en paracaídas? ¿Dio una sola vuelta a la Tierra o varias? ¿Tomó fotos o películas desde la ventanilla de su cápsula mecánica, y, en caso afirmativo, dónde están esas películas y cuándo las conocerá el mundo entero?

Un corresponsal italiano me preguntó:

—¿Y qué pruebas concretas tenemos de que efectivamente Gagarin haya salido de la órbita de la Tierra y que todo esto no sea una gigantesca fábula?

Un inglés me dijo:

—Yo estoy contando el cuento tal como él lo cuenta, pero sólo creeré en él cuando vea las películas del vuelo... , o cuando vaya con el mismo Gagarin a dar otra vueltecita al espacio.

El hecho es que nunca una noticia más sensacional había apasionado, simultáneamente, a toda la humanidad.

LOCURA EN MOSCU

Los hoteles de Moscú estaban repletos de extranjeros o de provincianos, que habían acudido a ver y a tocar al héroe. Los precios del Ucrania subieron, a pesar del comunismo y de los controles del Estado, al doble. Las pensiones de la Avenida Gorki estaban llenas de estudian-

tes. Se repartieron fotos gigantescas de Gagarin, tomadas en el año 1953, cuando era sólo un modesto estudiante de la escuela técnica. Tuve en mis manos otras, en que aparece jugando básquetbol. Y otra, que luego se amplió a veinte metros de alto, que se colocó en la Plaza Roja, junto a la del propio Nikita y en que se ve a Gagarin, en 1959, en los momentos en que sale como oficial piloto. En las calles, los estudiantes tiraron al aire a todos los pilotos aviadores que encontraron a mano. El júbilo era total.

El diario "Pravda", que tiene cuatro modestísimas páginas, lanzó una edición especial de seis, repletas de fotos, de datos, sobre Gagarin. Se repartió gratis a la salida de las fábricas y se agotó en veinte minutos. Se cometió la ingenuidad de ir a la Universidad de Moscú, para ver la reacción de los estudiantes y hacer una encuesta. No había nadie. Los muchachos se habían dado feriado por su cuenta. A las seis de la tarde del día sábado desfilaron frente al Planetarium con guitarras, balalaikas y acordeones, cantando una canción que se ha hecho famosa en veinticuatro horas: el "Himno del espacio".

Los árboles tenían todavía un poquito de nieve, pero la temperatura, para ser rusa, resultaba suave y amable. Yo me vi obligado a hacer lo mismo que hacía todo el mundo; tirar el sombrero al aire.

Pero la apoteosis fue el momento en que avanzaron en correcta formación militar los pesados coches del gobierno, en medio de una banda de motos y presididos por el propio Gagarin, y por Nikita, que iba a su lado. Un solo grito atronaba el aire: ¡Viva Gagarin! ¡Viva Krushev! ¡Viva Rusia!

El héroe saludaba modestamente, mientras Nikita lo mostraba con el dedo, como dando a entender que, por esa vez, él no era el festejado. En el auto siguiente iban Valentina y Elenita, una niña de dos años, hija del piloto.

EL HIJO

A esa misma hora, en el modesto departamento de Gagarin, en Moscú, habilitado rápidamente por el gobierno, para que pase las vacaciones en familia, el pequeño Galya, de un mes, dio un grito de gusto al ver a su papá en la TV. Acudieron todos los del barrio, y los que no tenían aparatos de TV y que querían saber cómo era el héroe en la intimidad.

Nada de técnica occidental, con entrevistas, preguntas, encuestas, interrogatorios periodísticos, etc. . . .

No. Simplemente Gagarin volvió a repetir ante la cámara lo que había dicho con Nikita a su lado.

El domingo hubo más material periodístico. Gagarin, acompañado de toda su familia, fue al Kremlin, para tomarse unas fotos históricas.

En ellas aparecen alineados: los mariscales Malinovsky y Vorochilov; los padres de Gagarin, Nikita, el piloto, su mujer, el Presidente de Rusia, el Vicepresidente del Consejo de Ministros y dos hermanos de Gagarin (hombre y mujer), con sus respectivos cónyuges.

No se dejó entrar a periodista alguno... y a los diez minutos se entregaba una foto oficial, que era la misma que horas más tarde aparecía en la primera página de "Pravda".

Los corresponsales franceses y americanos estaban desesperados. Gagarin dio una sola conferencia de prensa y, después de mil ruegos, accedió a una segunda el lunes en la mañana, con el compromiso de no aceptar preguntas.

HABLA

Semicegado por la luz de los inmensos focos, y en tenida militar, fue colocado en una mesita estratégica, como un zar sobre un trono, y allí leyó, de nuevo, sin variar una coma, el relato del viaje.

Los periodistas estábamos a quince escasos metros y desde ahí pude estudiarlo al detalle. Tiene veintiséis años, pero representa treinta. Es una especie de Gary Cooper soviético. Rubio, ojos azules, con cara de galán de cine. Se explica perfectamente el estallido emocional de las muchachas rusas, que además de encontrarlo héroe, lo hallaron varonil y buen mozo. No es el ruso corriente, pesado y un poco grandote, sino un hombre joven, sencillo, claro y directo. A pesar de que su relato estaba lleno de adjetivos poéticos, que más parecen dichos por un Pablo Neruda ruso, tiene una concisión seca y militar, que hace recordar inmediatamente que estamos frente a un soldado.

No deja lugar a interrupción alguna, habla en un solo bloque y, cuando termina, hace una pequeña venia, se levanta y desaparece.

Los soviéticos están felices con él, pero lo tienen celosamente escondido y bajo régimen casi militar.

La casita en que vive está bloqueada para el público y enormes soldados rojos montan guardia en las esquinas.

Cada media hora la radio repite las palabras de Gagarin, sin cambiarles una coma.

Pero a pesar de ese cerco policial, logramos saber más de una cosa.

Utilizando todos los medios imaginables y con la terrible desventaja de no saber ruso, hablé con periodistas y hombres de ciencia, con sus padres, y tuve en las rodillas a la pequeña Elena, el único día en que la mostraron rápidamente a los periodistas para que esbozara su primera sonrisa "pública". Por un momento fue la Carolina Kennedy soviética.

El doctor Alejandrovich, de la Facultad de Medicina de Moscú, dijo:

—Lo más importante para mí de este vuelo es la buena disposición orgánica que ha mostrado el piloto al saltar al vacío. Esta será la base de los futuros vuelos dirigidos por otros hombres que irán directamente, manejando ellos sus propios cohetes, en dirección a la Luna y a otros planetas.

Un geógrafo ruso, con un nombre más largo que un ferrocarril, dijo:

—Ahora sabemos positivamente y por primera vez cómo es la Tierra, los verdaderos colores que luce, cómo es nuestro planeta visto de lejos y de cerca, el achatamiento de los polos, etc. . . .

Un periodista francés agrega, en el *hall* del Ucrania, y fumando un mal cigarrillo francés:

—Lo que necesitamos urgentemente no es Gagarin hablando, sino la película en colores de su viaje.

Un italiano convida a los periodistas para salir, a las siete de la mañana y con un frío que corta, a ver modo de charlar dos palabras con los padres del héroe.

Un colega de "Pravda" facilita el camino en un cochecito más viejo que un mujik, se cruza un Moscú casi vacío, y con escasos niños que van a la escuela, uniformados militarmente con pesados gabanes azules.

El padre de Gagarin no vive en Moscú y es la cuarta vez que llega a la capital rusa. Se llama Alexei y viste severamente de negro. Más que un campesino ruso parece un campesino español. Junto a él está, con sus rudas y fuertes manos de labradora, su mujer, Anna. En la pared, la indispensable foto de Lenin y otra de Yuri, tomada hace apenas cuarenta y ocho horas. El ambiente es sencillo y, más que eso, de una modestia digna e impresionante.

Por supuesto que silenciaron a la prensa por miedo a las terribles maquinitas fotográficas. Pero papá Gagarin no es Gagarin y puede hablar libremente. Mientras le brillan los ojos de orgullo al hablar de su hijo, Anna prepara el indispensable samovar, que no puede faltar en ninguna casa rusa.

Con lágrimas en los ojos, el viejo Gagarin habla de los comienzos de su hijo, los primeros libros de Julio Verne, de Wells, las fantasías astronáuticas, los primeros modelos de aviones hechos por Gagarin con cajas de zapatos y trozos de cartón.

—Siempre quiso ser piloto, desde que vio, a los siete años, el primer avión alemán durante la guerra, que bombardeaba nuestra casa. Era un *Stuka*. Tenía siete años cuando comenzó la guerra. En 1959 salía de piloto con uniforme y diploma. Se había leído todo lo que se podía encontrar en Rusia en materia de aviación y tenía proyectado presentarse como voluntario para los vuelos al espacio.

"Contaba a su favor con una salud de hierro, un corazón perfecto, un hígado y unos riñones que no conocían las enfermedades, la tensión arterial era normalísima, y no recuerdo haber visto nunca a Yuri enfermo. Tenía tres pasiones en su vida: su mujer, la aviación y el básquetbol.

"Yo he venido a saber ahora, y sólo ahora, que mi hijo no estaba en Rusia, sino en el aire, dando vueltas al mundo a trescientos kilómetros de distancia.

Toma lentamente un poco de té que le acaba de servir la vieja Anna y continúa:

—Pero habría sido lo mismo. Igual me encanta que haya hecho el viaje, y no lo digo con orgullo de padre, sino simplemente como ciudadano ruso. —El viejo habla pausadamente, para que el intérprete Iván, de la Intourist, vaya traduciendo cuidadosamente sus palabras.

Es simplemente un padre que está orgulloso de tener un héroe en la familia y que lo dice con la mayor soltura.

La madre no. Anna es terriblemente tímida y es la primera vez que se ve ante periodistas, con sus fotos en los diarios y la propia imagen del hijo repetida hasta el cansancio.

Porque Gagarin persigue por todas partes. Está en la radio, en el cine, en la calle, en las tiendas, en los diarios, en las revistas que han lanzado números especiales.

LA MODA "GAGARIN"

Se ha proyectado una moda Gagarin, para las mujeres soviéticas, con un gorrito de cuero de forma de casquete de piloto. El mismo día, 12 de abril de 1961, se inscribieron cincuenta y tres niños soviéticos que recibieron el nombre de Yuri. Ha habido concursos especiales en los colegios para que los niños digan por qué les gusta Gagarin y si quieren ser como él. Hasta a los perros se les ha cambiado los nombres, y la palabra "Gaga" está en todas partes. Ha aparecido una serial especial, contando a los niños cómo fue la infancia del piloto, su comportamiento heroico durante la guerra, cuando era sólo un niño. Sus actos de sabotaje a los nazis cuando andaba de pantalón corto, cómo conoció a Valentina y cómo son sus hijos Elenita y Galya. Este último nació veinte días antes de que el piloto saltara al espacio.

EL HIMNO

Nadie trabajó en Rusia el lunes 18 de abril. Los estudiantes se volcaron a las calles cantando el nuevo himno del espacio.

El himno, que es coreado hasta las diez de la noche por policías y soldados, dice:

*Ha llegado la hora de los grandes vuelos,
nos esperan las grandes estrellas.
Ya no nos basta la Tierra.
Ahora queremos ir al cielo.*

Y las palabras "cielo" y "espacio" andan en todas las bocas.

Orgullosamente la prensa rusa dice que se han recibido más de cinco mil inscripciones de voluntarios para ir al espacio y hacer nuevos vuelos.

YA TIENE UNA ESTATUA

Apareció la primera estatua de Gagarin, fabricada y colocada en un día frente al Planetarium de Moscú. Veinticinco pueblos han pedido cambiar de nombre y ponerse "Gagaringrado". Hasta la fecha el gobierno no ha contestado las solicitudes, pero es un hecho que, por lo menos, uno llevará el nombre del héroe.

Se conoce hasta el último detalle minucioso de la vida de Gagarin, pero el héroe no habla y se mantiene celosamente al margen de los posibles interrogatorios periodísticos.

PREGUNTAS

Dan las cinco de la mañana en la Catedral de San Basilio y los periodistas siguen especulando con las eternas preguntas:

—¿Es el primer vuelo con éxito?

—¿Gagarin dice toda la verdad?

—¿Hay pruebas fotográficas y filmes de la Tierra, vista por él?

—¿Habrá algo de cierto en el rumor que corre de que YA se ha lanzado otro hombre al espacio, un segundo Gagarin que habría ido concretísimamente a la Luna o a otro planeta lejano?

—¿Se daría acceso alguna vez a los investigadores extranjeros para que estudien a Gagarin y conozcan los detalles de su viaje?

—¿Tiene relación alguna el vuelo de Gagarin con el tono contundente que ha tomado Nikita después de lo de Cuba y a cuarenta y ocho horas escasas de haber regresado Gagarin a la Tierra?

En una palabra, se especula y se especula hasta el cansancio. Y se toma vodka y se toma té. Una nieve sutil y fina cae perezosamente frente al hotel. Pasan los buses repletos de obreros que van cantando el "Himno del espacio" y que gritan "Gagarin" por cualquier motivo.

Esto es más que el vuelo de Lindberg. Más que el de Italo Balbo.

Más que nada. Esto es el delirio elevado al cubo. Un delirio de doscientos millones de hombres dentro de Rusia y de otros tantos millones fuera de la inmensa URSS.

Las revistas científicas se han agotado por primera vez en la historia.

Gagarin viene en las cubiertas de todos los diarios del mundo, pero las fotos distintas, sin pose, son muy escasas. Si el vuelo fue misterioso, mucho más misteriosos son los comentarios del mismo.

Prácticamente Gagarin ha hablado una vez en público y ante seiscientos cincuenta periodistas de todo el mundo, pero ya ha recibido las ofertas más raras. Los equilibristas de un circo lo nombraron su patrón, por haber vencido la ley de gravedad. Un director de cine norteamericano quiere filmar su vida, con el mismo Gagarin como protagonista. Le han ofrecido miles de dólares por hacer una gira relámpago por Estados Unidos. Una radio le brinda un contrato millonario por hablar sólo cinco minutos. Los yanquis quieren que desfile por Broadway, como los grandes triunfadores. Ya existe el batallón "Gagarin" en Rusia y... en Cuba. El propio Gagarin, que apenas tenía cuatro escasas fotos en su archivo, que fueron multiplicadas en cinco horas por millones de ejemplares, ha tenido que posar ante miles de cámaras de periodistas, de simples ciudadanos rusos, que las muestran orgullosamente.

Es el único ciudadano soviético que ya tiene estatua en vida, antes de una semana de haber bajado sano y salvo a la Tierra. Su brevísima existencia de veintiséis años la conoce en este momento hasta el último ciudadano ruso.

Recibió, oficialmente, la Orden de Lenin y fue ascendido a comandante del ejército soviético.

Nadie lo conocía el 11 de abril. El 12, en la tarde, no había quién no lo conociera y repitiera su nombre.

EN EL EXTRANJERO

En Londres se lanza la moda "Gagarin" para hombres, siguiendo la línea de su uniforme de piloto. Hubo colas ante los aparatos de TV en todas las capitales del mundo.

Hasta el último niño soviético sabe lo que le dijo Nikita al piloto, cuando lo abrazó en público: "Estoy tan emocionado que no sé qué decirle". Y la respuesta de Gagarin: "Simplemente cumplí la misión que se me había encomendado". El 12 de abril fue declarado día nacional en toda Rusia y ya se está filmando su vida, secretamente, en un estudio soviético.

Hay cigarrillos "Gagarin" y en breve correrá un auto de cuatro caballos, que se llamará "Gaga" y que están montando en las grandes fábricas de Moscú.

Y no sólo eso. Dicen que es príncipe y que está emparentado con los zares. Otros dicen que no se llama Gagarin. Algunos agregan que el abuelo fue fusilado en los días de la revolución. En otra palabra, la noticia misma está siendo superada por el mito y la fantasía.

El croquis oficial de la nave "Oriente", que usó el piloto, es analizado con lupa, para ver qué fallas puede tener y qué se podría aprovechar antes de que los rusos lancen la segunda nave.

Lo más agudo es lo que ha dicho un comentarista inglés:

—Estoy seguro de que el vuelo fue cierto y que duró, exactamente, noventa minutos, pero no tengo por qué creer que la nave que nos muestran los rusos sea la que efectivamente usó. Los rusos son unos genios en esto de decir lo que quieren decir y callar lo que les interesa.

Una revista militar alemana se pregunta: "¿Y si mañana estalla la Tercera Guerra Mundial, y así como los nazis lanzaron sobre Bélgica y Holanda los primeros paracaídas, los rusos cien mil Gagarines que pueden dar vuelta a la Tierra en menos de ochenta minutos?"

Gagarin no es sólo el final de una hazaña victoriosa, sino el comienzo de algo que aún no sabemos lo que podrá significar en el futuro. Todo depende de que haya guerra o haya paz.

El sargento York

LO ÚNICO QUE yo sabía cuando muchacho sobre el célebre sargento York, era que lo había interpretado en el cine un gringo alto y delgado, físicamente igual al mapa de Chile, y que se llamaba Gary Cooper. Más tarde conocí su vida a fondo, y cuando viajé a Estados Unidos, hace años, traté de conocer personalmente al viejito que había rendido —él solo—, en la batalla de Argonne, en los campos de batalla de Francia, en 1918, a un batallón completo de soldados alemanes.

No hubo caso. El viejo sargento estaba fuera de circulación y no recibía a nadie. Pero a través de los apasionantes relatos de periodistas y compañeros de armas, conocí al detalle lo que había sido su portentosa, su increíble hazaña.

Fue al final de la guerra. Un joven montañés que odiaba la guerra se alistó cuando supo que el Tío Sam debía dejar el colero estrellado para ponerse el casco. York era un lector infatigable de la Biblia y odiaba la guerra.

Al presentarse al cuartel, dijo, simplemente: "No sé, ni quiero pelear".

Luchó bravamente contra su voluntad. Fue soldado en las trincheras y saltó en medio de la bruma con el fusil en la mano y la bayoneta calada...

Un día le tocó enfrentar solo a un batallón de soldados del Kaiser y los dominó con una pericia y sangre fría admirables. Obligó a rendirse a ciento treinta y dos despectivos soldados alemanes, y los llevó, con los brazos en alto, hasta el retén más próximo.

Pershing, al colocarle la máxima medalla militar, le dijo:

—Usted es el soldado más grande de esta guerra.

El viejo Foch agregó, con la voz quebrada por la emoción:

—Lo que usted hizo fue lo más sensacional que haya realizado cualquier soldado de todos los ejércitos europeos.

York no se arrugó. No se emocionó ni dejó caer una lágrima. Volvió a su casa como si tal cosa, y se casó con la novia que había dejado una tarde lluviosa, allá en su pueblo, cuando estalló la guerra.

Pero fue más que un soldado. A los setenta y ocho años se había transformado lentamente en un símbolo viviente. Era un hombre que reflejaba mejor que nadie el verdadero espíritu de su país. Tenía algo de la sombría majestad de Washington y la grandeza de ese leñador de mármol que se llamó Lincoln.

No sabía pelear. No quería pelear. Odiaba la guerra, pero cuando llegó el momento, no vaciló. Y fue héroe con la misma serena tranquilidad, casi irónica, con que el viejo Abe había cruzado los relámpagos de la guerra del Norte contra el Sur y había hecho una gran nación.

Fue la bandera humana de un país que odia la guerra, pero que, cuando llega el momento de hacerla, no vacila ni duda, sino que se pone el casco y la gana sencillamente, sin aspavientos ni gestos de más.

Jean Jaurès hace cincuenta años

LO MATARON hace cincuenta años justos. Lo mataron vilmente unos nacionalistas exaltados que querían que Francia fuera a la guerra. Jean Jaurès era la paz. Era un socialista que había llegado a ser el mejor orador de la Cámara francesa. Un día antes habló en un mitin y les tendió las manos a los alemanes por encima de las fronteras, por encima de los bigotes del Kaiser, de los cascos prusianos y de los discursos belicistas.

Habló con esa voz musical y única que fue orgullo de la tribuna francesa durante los treinta años de su agitada vida política. Con su cerrada barba blanca, tenía algo de perro guardián, de estatua en vida, de página de historia de la Convención y de los tricolores tiempos de la Revolución.

Había algo de Robespierre, en la inflexibilidad de los principios;

de Danton, en la feroz vitalidad para actuar; de Gambetta, en la fuerza latina de sus oraciones tribunicias.

Estas líneas, que escribo ahora en la pieza de mi hotel en París, las pensé largamente en el mismo café en que lo mataron. Leo una placa que dice: "Aquí fue asesinado el gran Jean Jaurès, el 31 de agosto de 1914". Hay una corona de flores que todavía está fresca y que le han colocado sus camaradas de partido. El 31, a la misma hora, habrá una ceremonia fúnebre. Hace poco se realizó un desfile en su honor. Los diarios vienen cargados de artículos dedicados a su memoria.

¡Último día de agosto de 1914! El mundo al borde del precipicio. Sarajevo, los tiros de Princip, el asesinato del archiduque de Austria y su mujer, la movilización, los ultimátum, los gritos de "¡A Berlín!"... "¡A París!"... La guerra, en una palabra.

Y el tiro que derribó a este coloso fue el primero de la dantesca serie que iba a arrojar, como trágico saldo, diez millones de muertos en cuatro terribles años, y el silencio sobre los campos de muerte con el bosque de humildes cruces de madera.

Todo esto lo palpo esta tarde de fines de julio, en París, mientras consumo un *café crème* y miro largamente la placa de bronce, pulida, brillante, condecorada de rosas...

José Antonio Primo de Rivera

LA PRIMERA vez vi su tumba en El Escorial. Poco después lo sacaron algunos monarquistas apolillados que le mostraron a Franco el peligro de levantar un fantasma peligroso, y se lo llevaron al Valle de los Caídos. Allí llegué una tarde llena de relámpagos y con el cielo color humo a conocer su nueva tumba. Sobre ella se veía un crucifijo de madera, humilde y sencillo, y en la losa decía, simplemente: "José Antonio". Veinte minutos antes le habían colocado una gran corona de hojas de roble en la que se leía: "A José Antonio, sus camaradas de la Legión Cóndor". La Legión Cóndor estaba formada por los alemanes que habían combatido en España durante la guerra civil.

Allí abajo estaba el jefe de la Falange que, con sólo diez mil fanáticos partidarios, incendió España, asustó al viejo calzonudo de Gil Robles, llevó al país a la Revolución del 36 y, en cierto sentido, inició la Segunda Guerra Mundial.

Más tarde lo fusilaron en Alicante, nadie sabe por orden secreta de quién, y tampoco por qué no fue canjeado por el hijo de Largo Caballero, y a la Gran Vía le cambiaron nombre y le pusieron ceremoniosamente en todas las esquinas una plancha que decía: José Antonio.

Es curioso no tener apellido en la historia. Es curioso que la gente lo conozca a uno sólo por el nombre. Es curioso irse de este mundo dejando miles de muchachos fanáticos que aún recuerdan —en 1964— que un día caminó por las calles de España un hombre joven, de camisa azul, salpicada por la sangre, que fue fusilado en una borrosa madrugada de hace ya 28 años y cuyo nombre repiten tantos millones de españoles.

Sí... Es curioso. Muy curioso.

En busca de Mussolini

LO COLGARON en 1945. Lo colgaron en Milán, en una bomba de bencina, unos asesinos que le odiaban, entre otras cosas, porque había hecho grande a Italia durante veinte años. Lo colgaron después que una nación entera anduvo en cuatro pies clavando en las puertas unos carteles que decían: "El Duce no se equivoca".

Lo asesinaron, lo befaron, lo escupieron unos pobres muchachos que eran dirigidos desde las sombras por algunos partisanos que habían peleado en cuevas, tugurios y alcantarillas durante cuatro lustros contra él, lanzando panfletos y escribiendo insultos en las murallas.

Mussolini quiso hacer de Italia una gran potencia, una nación de primera línea, una especie de nuevo Imperio Romano entre el 22 y el 45, pero le fallaron el material, la arcilla, el ladrillo, el mármol y el cemento. Quiso vencer a unos pobres negros heroicos en Abisinia para poder tener también él su imperio colonial, como Inglaterra y Francia, y para que los italianos no tuvieran que marcharse con cuatro liras en los bolsillos y en la tercera clase de un barco a buscar nuevos horizontes en Estados Unidos y en Argentina. Se metió de mala manera en la guerra civil española y les dieron a sus soldados —y no a él— una buena lección en Guadalajara.

Lo engañaron el rey —el pobre rey Humberto, que ya tenía cara de estampilla antes de nacer—, su yerno Ciano, los curitas que rondaban a la sombra del Vaticano y los vacilantes arzobispos y cardenales. Lo traicionaron algunos de sus más fieles partidarios, y los otros, los últimos, sacaron la cara por el fascismo y por Italia en los días en que Mussolini se acordó de que había sido socialista en 1914 y que nunca hay que meterse con la aristocracia podrida, las condesas dedicadas al espionaje y las princesas que barajaban a sus amantes con los agentes británicos durante una guerra en que se jugaba un mundo.

Hitler le fue fiel hasta el último momento. Lo hizo raptar por Skorzeny en el Gran Sasso y le entregó los fusiles con los cuales pe-

learían los Camisas Negras hasta el último segundo contra los partisanos armados por las potencias aliadas y con ametralladoras que llevaban la marca de fabricación inglesa o norteamericana.

Yo no lo oí hablar en el balcón del Palacio Venecia, en Roma, ni vi los grandes desfiles de la época del triunfo. Llegué en 1953.

Los italianos habían preferido hacerse demócratacristianos, ir a misa los domingos, combinar un comunismo descolorido y un socialismo vacilante con una democracia trabajada con los mejores versículos de la Biblia y adaptada a las Encíclicas papales, y vivir haciendo películas amargas en que los caballeros se levantan de la cama sólo para afeitarse de vez en cuando, y las señoras para cambiar de sostén en escena.

Mussolini murió de pie. Murió junto a Clara Petacci, fusilado por un pueblo que le quedó demasiado chico; pero en mi último viaje, en 1960, a Italia, me di cuenta de que es recordado aún por los *bambini* de Italia, los estudiantes universitarios, los antiguos soldados, los veteranos de dos guerras, los cocheros de la Plaza Colonna, los guardias que se pasean cerca de la Fontana de Trevi y en algunas calles sombrías de Milán, Pisa, Florencia y Nápoles.

Lo recuerda una voz, que le dice al que la quiere oír, llamándole: "Il morto qui parla".

Juan XIII

Esto lo escribí hace pocos años, cuando Juan XXIII estaba vivo aún y saludaba a la multitud desde la Plaza de San Pedro. Más tarde vino un fantasma, trepó silenciosamente los tres pisos del Vaticano, llegó a su estancia y le cerró los ojos...

NO HAY NECESIDAD de ser católico de comunión diaria para tener interés por ver al Papa, que, mal que mal, es el jefe de la cristiandad y que política y espiritualmente tiene una importancia básica en el mundo actual.

Juan XXIII es el Papa más notable y original que ha tenido hasta hoy la Iglesia. Pio XII era una estatua en vida. Tenía carne y color de estatua y podía estar perfectamente en cualquier museo de la vieja Roma. Tenía una piel de color mármol y un aura de misticismo que ya se la quisieran algunos de los santones que pintaron el Giotto o Rafael. Juan XXIII es otra cosa. Es el campesino que llegó desde abajo. Una revista italiana publica fotos de la familia del Papa. Son campesinos pobres que labran la tierra y que no tienen prosapia, tradición ni liras. Son gentes humildes que saben lo que es cultivar mala-

mente un pedazo de terreno, ¿grafando?, día y noche para tener un poco de agua.

Un hermano del Papa es un hombre de la masa, con la piel curtida y las arrugas profundas, que debe conocer los aviones por fotos. Las sobrinas, igual. Es la democracia, que llega definitivamente al serio y grave Vaticano.

Y esto es justamente lo que ha conquistado popularidad en tiempo record. Juan XXIII es únicamente "Juanito". Una revista humorística se atreve a llamarlo *Johnny Walker*. Circula un chiste en voz baja en Roma. Así como Pío XII tuvo a Sor Pascualina, al actual Papa le habría gustado tener a Sor...Aya.

Pero dejemos los chistes a un lado. El hecho es que el nuevo Papa tiene un calor humano, una sencillez, una simplicidad que le hará mejor a la Iglesia que cien Encíclicas, por bien preparadas que estén. No le importa salir a la calle y llegar hasta una cárcel a ver a los presos. No vacila en ponerse casco y bajar a una mina. No se enoja porque la revista "L'Europeo" le publica una foto de hace cuatro años, cuando era únicamente cardenal, en que aparece de pantalones y tenida de civil, con calañés y todo. Sale a la calle. Camina por Roma. Anda solo. Pasa frente a los teatros y mira las fotos. Conversa con la gente. Bendice en cualquier esquina. No es técnico en idiomas, como su antecesor, pero contrata a un profesor de inglés para que lo deje al día en la materia.

El día Sábado Santo en que yo estaba en Roma, lo vi asomarse a la ventana de San Pedro a las doce del día y decir algunas palabras ante la multitud delirante, que gritaba hasta enronquecer:

—*E viva il Papa!*...

Juan XXIII es como todo el mundo. Es un Papa para la era de la atómica, de Argelia y de la sorda lucha por Berlín. Es un Papa que tiene interés en estar al día en lo que pasa en política y en avance científico.

La Democracia Cristiana actualmente en el poder ha sido bastante hábil para quitarles clientela a los comunistas en el terreno político. Juan XXIII, más sencillamente, entrando a una cárcel sin previo aviso, diciendo misa a las gentes más pobres de Roma, no tomando excesivamente en cuenta a la vieja nobleza italiana, siendo sencillamente un cura más, pero vestido de blanco, está haciendo más por la Iglesia que cien sermones y varios milagros... con el perdón de los católicos excesivamente a machamartillo que puedan leer estas líneas.

Lo que yo vi en la Plaza de San Pedro ante cincuenta mil peregrinos era más que una manifestación de fe. Era una victoria conseguida en menos de un año por el ex cardenal de Venecia, que les ha robado el corazón a los italianos. Y a los miles de fieles que comien-

zan a llegar a Roma ahora que la primavera se acaba de descolgar sobre Villa Borghese.

Hitler

¿QUIÉN ERA Hitler?

Cerca de veinte años después de su suicidio en el *Bunker* de Berlín, la pregunta sigue sin respuesta, a pesar de la montaña de libros, memorias, folletos, novelas, biografías, ensayos y estudios que se han hecho sobre el jefe nazi. Para algunos era únicamente un loco. Para otros, un genio de la talla de Napoleón. Para los últimos nazis que van quedando en el mundo, la gran carta contra el bolchevismo. Para los ex generales del ejército alemán, un alucinado que llevó a Alemania al despeñadero y al caos.

Pero la duda sigue. Hitler no dejó "Memorias" ni cartas personales. La gente que estaba cerca de él no tenía acceso a su verdadera intimidad. Y, además, la mayoría está ya bajo tierra. Murieron en la guerra o los fusilaron. Sus secretarios privados ya no existen. No hay archivos de papeles privados, ni *kardex* secretos que se puedan consultar. Lo único que queda es el sensacional y apasionante proceso de Nuremberg, en que declararon durante meses los ex jefes nazis y los últimos jefes del ejército alemán.

Y ha sido un periodista genial —Raymond Cartier—, que fue testigo del proceso, el que ha escudriñado a través de la selva de papel impreso que contiene las declaraciones de los últimos nazis. Y justamente a través de ellas, Cartier ha buscado policialmente la pista de Hitler. Y lo ha hecho con total objetividad, prescindiendo de prejuicios y de odios, y tratando de ver únicamente la verdad.

Esto está en las páginas de un libro titulado "Hitler y sus generales", que ha aparecido recién, provocando sensación en Europa, y que fue traducido hace poco al español.

No vamos a contar la obra, sino a resumir brevemente las conclusiones a que arriba su autor, después de revisar innumerables testimonios y declaraciones.

Según los generales y jefes nazis que lo conocieron y que fueron interrogados en Nuremberg, Hitler era un genio militar. La campaña contra Polonia y Checoslovaquia, y más tarde las ofensivas contra Francia y Noruega fueron obra exclusivamente de él. No consultó a los jefes del ejército para nada.

No había estado jamás en una escuela militar ni en una academia. Apenas leyó libros especializados y no tenía más experiencia que los

cuatro oscuros años en el frente durante la Primera Guerra Mundial. En materia bélica era un aficionado, pero un aficionado con genio, que sabía anotarse puras victorias, por encima de los cautos y tímidos consejos de sus generales, que miraban espantados cómo los hechos le daban la razón al ex cabo de ejército.

Según Cartier, el error, el error básico, la monstruosa equivocación de Hitler, está en el terreno de la psicología más que en otra parte. No entendió a Inglaterra, creyó que Francia no pelearía y que Estados Unidos no participaría en la guerra. Y cuando llega la aventura en el frente ruso, se desplomó totalmente su prestigio, y comenzó la agonía.

Claro que esto es únicamente un diez por ciento de lo que dice Cartier a través de este apasionante libro. Lo notable es el "otro" Hitler que asoma en sus páginas. Un Hitler que él no vacila en calificar como un monstruo ebrio de sangre y al borde de la locura, pero como uno de los grandes capitanes de todos los tiempos.

Y no lo analiza como agitador, político y jefe de partido, diplomático ni estadista, sino exclusivamente como militar. Y sostiene un punto de vista absolutamente nuevo en la materia, del cual emerge un Hitler con ojos de demente, pero con un genio militar casi napoleónico.

Jacqueline Kennedy

ES LA MUJER más bonita y más joven que haya llegado jamás a la Casa Blanca.

Y la White House debe ser la casa más exigente del mundo. Aunque los buenos norteamericanos se ríen teóricamente del protocolo y de la gravedad, han mantenido hasta la fecha una tradición de Presidentas, o de *first ladies*, perfectamente británica. La señora de un Presidente de Estados Unidos tiene que ser grave y seria. Y ojalá con lentes. Y ojalá descendiente directa de los fundadores de la Unión y de los veteranos del viejo George Washington. Tienen que ser más primeras damas que madres. Y más madres que mujeres.

Jacqueline Bouvier de Kennedy, ex fotógrafo, hija de franceses, periodista nata, elegante como tapa de "Vogue", delgada como modelo de Dior, es justamente todo lo contrario.

Es madre perfecta. Buena fotógrafo. Dama fina y elegante. Pero antes que nada es la combinación justa de la muchacha ultramoderna que escala montañas y bate records..., y que es capaz de caminar embarazada, de mitin en mitin, para ayudar políticamente a su marido. Y de hacer discursos. Y de escribir proclamas. Y de llamar mil veces

por teléfono al día a la señora tal o cual para ganar votos y más votos para John. O de montar en auto y saber poner la sonrisa justa. O de agitar la mano, pensando en la foto ganadora. O de sacarle pica a la de Nixon a través de una asombrosa polémica pública. O de atorarse tomando té con aburridas damas entradas en años, pero que representan maridos con votos... O de desfilar a través de la vasta geografía de la Unión, sacando votos y más votos de las piedras, o de las calcinadas arenas del Colorado.

Jackie es justamente eso. Es la victoria del nuevo estilo, que lo mismo usa el traje más audaz para un coctel que teclea a máquina una proclama que puede ser decisiva sin consultar casi a su marido. O de tener una guagua preciosa en una clínica. O de ir a misa. O de llegar de la mano de Frank Sinatra a la Casa Blanca, en medio de la simpatía general... , y seguramente de los comentarios un poco ácidos de la sección "vejentud" de las damas típicas de la aristocracia norteamericana.

Por eso Jackie es la mujer justa para su marido.

Después vino lo que ustedes saben. Canallescamente mataron a Kennedy en Dallas. Jackie se vistió de negro y de coraje. Fue la mujer fuerte de la Biblia, y partió de la Casa Blanca. Y nunca fue más grande y más Primera Dama de Estados Unidos que en esos momentos.

Gil Robles

¿SE ACUERDAN ustedes de Gil Robles, ese transpirado gordo que tuvo en sus manos la suerte de España en los días de la República, por allá por 1934, cuando sonaban los tiros en Oviedo y octubre chorreaba sangre por todos los costados?

Gil Robles fue la gran carta de la Democracia Cristiana en España. La carta de los monarquistas y los católicos que habían sido vencidos en las urnas por la izquierda del Frente Popular. De la derecha, que no quería la reforma agraria ni la reforma laica de la enseñanza, y que ante cada argumento progresista levantaba los muñones humeantes de un convento quemado. El Gil Robles que fundó la célebre CEDA, para quebrar la República por dentro y traer en el momento oportuno a la monarquía. Gil Robles, que tomó del fascismo —que estaba "de alza", como se dice en términos bursátiles— las exterioridades, con desfiles, antorchas, canciones y gritos de batalla, pero que mantuvo celosamente un interior católico cerrado, jesuítico y de extrema derecha; Gil Robles, que colocó estratégicamente a Franco en un puesto llave del ejército para después, y que cuando vinieron las elecciones de 1934

creyó que había llegado su hora, pero no la hora que esperaba la extrema derecha para liquidar definitivamente la República, sino para organizar un gobierno de centro con vista a la derecha.

Y cuando vino la guerra civil del 36, y corrió la sangre como agua, Gil Robles tuvo que huir rápidamente a Portugal, acusado de traición por no haberles entregado el poder desde ARRIBA a la derecha, a la Iglesia y al ejército. Y si Gil Robles no huye rápidamente, le disparan desde los dos lados. Los derechistas, por traidor; los izquierdistas, por haber sido el hombre de la sangre de octubre.

Y Gil Robles se quedó con sus cien kilos, su sonrisa bovina, sus tres papadas de obispo bien alimentado y su falta de brújula política, en el destierro, hasta que lo dejaran volver.

Y volvió. Actualmente trabaja como abogado en Madrid y nadie lo molesta. O, más bien dicho, nadie lo toma en cuenta. ¿Para qué? . . . No representa nada, ni es nada. Los antiguos cedistas ya no existen, absorbidos por el franquismo mismo. El *Opus* lo odia.

Pero Gil Robles trabaja aún políticamente. En escala menor, pero trabaja. Como abogado tomó recientemente la defensa de Cerón Ayuso, el joven diplomático que acaba de ser condenado a ocho años de prisión por haber traído octavillas (proclamas) para la huelga del 18 de junio del año pasado, y por haber sido uno de los ejes vitales de un presunto golpe que tenía preparado, según versión de la prensa oficial, naturalmente.

En una palabra, Gil Robles, viejo y enfermo, fuera del foco fundamental de la vida política española, trata de justificarse antes de morir.

Y allí está solo —definitivamente solo, como diría Neruda—, entre una derecha que lo olvidó ya hace tiempo y una izquierda exiliada que lo usa, pero que no lo traga.

Fidel Castro

EL 1.º DE ENERO de 1959 Fidel entraba con sus barbudos a La Habana. El 5 me llegó un cable en el que no creí y que me invitaba a ver la revolución.

Recibí el cable a las doce del día. A las tres de la tarde estaba en el avión. A las siete, en La Habana. Y a las ocho, Fidel me recibió en su despacho provisorio, donde no había ni un teléfono, ni un sillón, ni una mesa, ni una secretaria ni nada.

Detrás de un inmenso puro estaba Fidel. Fidel mide un metro noventa, y cada vez que abre los labios para lanzar una carcajada, quie-

bra, por lo menos, siete cristales de las ventanas del Palacio Presidencial. En ese momento era tan joven que si se hubiese cortado la barba no lo habrían dejado entrar a la matinée por menor de dieciséis años.

Era un niño. Un niño grande, alegre, dicharachero, como son los habitantes de Cuba. Los cubanos son indiscutiblemente las personas más simpáticas y cordiales de toda América.

Pero Fidel era un niño que había hecho una revolución con el fusil en la mano, con el puro en la boca, con su uniforme verde oliva; durmiendo en el barro y aprendiendo táctica y guerrilla en los días de la canallesca policía de Batista, de la "botella", los escándalos y los crímenes. Llevaba una medallita al cuello y decía que era católico. Lo acompañé en un jeep a un mitin. Un muchacho lo invitó a tomarse un "tinto" (café cargado cubano), y Fidel se bajó de un salto, se tomó cuatro tazas en vez de una y no le importó correr el riesgo de que lo hubieran envenenado. Después habló en una concentración entre Raúl, el "Che", y Camilo Cienfuegos. Tenía una oratoria muy particular. Hablaba machacando la misma idea con veinte giros diferentes para que se fuera clavando lentamente en el cerebro de los guajiros y obreros que lo escuchaban con la boca abierta.

Habló durante cuatro horas. Se quedaron dormidos más de la mitad de los periodistas extranjeros que habían sido especialmente invitados, y a mí me despertó una ovación cerrada cuando ya eran las once de la noche.

Después pasaron los años. Fidel se sacó la medallita. Peleó con Urrutia, militarizó Cuba, la hizo comunista. Fue a Estados Unidos. Fue a Rusia. Fue amigo de Nikita. Juega ahora entre Pekín y Moscú, pero nadie puede negar que el muchacho de otra época es noticia cada veinticuatro horas en todos los diarios del mundo, haga lo que hiciera; y que, pase lo que pase en el futuro, no lo sacará nadie de la historia de América.

Perón

CUANDO España quedó sola y bloqueada en Europa, la única mano amiga que tuvo en todo el mundo fue la de Argentina. Perón mandó el trigo para que comieran los españoles. Cuando Eva Duarte llegó a Madrid, la recibió una apoteosis fabulosa. Le regalaron cuarenta trajes regionales, para indicarle que España no había olvidado el gesto.

Pero fue derrotado y partió al Paraguay. Más tarde, España le devolvió la mano y le ofreció asilo en Madrid. Desde entonces está en España, y no se ha movido de ella. Con la única persona importante

que se ve es con Jorge Antonio, el millonario argentino que todas las tardes se toma lentamente un coñac en el bar del Palace... Allí lo conocí y allí planeamos el guión de la película "La paz empieza nunca", de Emilio Romero, director de "Pueblo", que se estrenó hace tres años en Chile.

En Argentina se habla de la vuelta de Perón a cada momento. Los peronistas están divididos en diez fracciones, que se atacan día y noche entre sí, pero que, reunidos, podrían volcar a cualquier gobierno. Perón actúa papalmente a la distancia. No se pronuncia por ninguno de los bandos que llevan su nombre. Está más allá de las fracciones. Se mantiene aislado en una nube y no apadrina a ninguno de sus impetuosos partidarios. Recientemente lo entrevistó un diario italiano. "¿Volverá usted algún día a Buenos Aires?..." La respuesta fue vaga y diplomática: "Regresaré sólo cuando me llame el pueblo".

Pero el Perón del año 48 no es el Perón del año 64. Murió Evita, y los descamisados se pusieron la chaqueta y comenzaron a buscar un nuevo líder, que estuviera, naturalmente, bajo la sombra simbólica del ex Presidente que vivía en Madrid...

¿Y cómo está?

Gastado. Es una especie de nostálgico turista, que mira desde las orillas del Manzanares las diabluras de sus hijos. Me cuentan que en las tardes, a pesar de sus sesenta y tantos años, que en breve serán setenta, sale a dar una vuelta en bicicleta por el Retiro... No creo. Ya no está en edad de hacer estas cosas. En la media hora que conversé con él me dio la sensación de que ya no espera nada, ni piensa volver, ni hacer las maletas. Que está feliz bajo el buen sol español... Que terminó su vida política y que no quiere meterse en líos.

Le dije:

—¿Volverá usted?...

No hubo respuesta. En vez de eso, me miró largamente, le brillaron fugazmente los ojos y puso el mismo gesto nostálgico de los compadritos de La Boca cuando oyen un lejano tango romántico.

Pero su mejor respuesta era justamente ese silencio. Detrás de esa excesiva discreción estaba toda la verdad. No quiere volver. Está viejo y vive de recuerdos. No sueña con barricadas ni huelgas en las calles. Está lejos de los tiros y de las bombas. Es un veterano de otra guerra, que no quiere volver a ponerse las botas de una nueva. Vive, con su joven mujer, entre libros y recuerdos. Mira indiferente cómo marcha la política argentina que se hace en su nombre, pero sin él.

En Madrid está bien. En Buenos Aires tendría que pelear, salir a la calle, jugarse. Y le interesa mucho más ver cómo caen las campanadas de la torre de Correos, en Madrid, que divisar a lo lejos la punta del Obelisco en Buenos Aires. Y en el fondo tiene terror de que lo

llamen. Y verdadero pánico de ser su líder y de encabezar oficialmente el peronismo. Es un veterano de una guerra perdida, que no quiere ponerse de nuevo el uniforme, calzarse las botas y arriesgarse en una batalla.

Prefiere tararear el tango "Nostalgia".

La intentona reciente de volver a la Argentina y que le fracasó al llegar al Brasil, fue una maniobra para probar que quería regresar... , sin regresar realmente. Avisó el día y la hora en que llegaría. Dijo en qué avión, y finalmente anunció la vuelta, como quien pone un cable previo que diría más o menos: "Tal día llegaré Buenos Aires hacer la revolución y liquidar gobierno *gorila*".

Lo detuvieron en Río y lo despacharon nuevamente para Madrid. Y allí, bajo su firma, ha tenido que prometer —con lágrimas en los ojos— que no intervendría en política... por ahora.

Evita

PERÓN era Evita. Mientras Perón pensaba y hablaba desde los balcones de la Casa Rosada, o en el local de la CCT, Eva actuaba en la calle. Porque han de saber ustedes, amigos lectores, que Eva es una de las mujeres más hombres que ha producido América. Y esto lo digo aunque se enojen todos los almirantes, generales, coroneles, y niños bien que hay en Buenos Aires. Aunque se indigne el Barrio Norte y se moleste el actual gobierno argentino, y sobre todo aunque le dé un infarto al enano Rojas. Sin Eva, no hay 17 de julio y los descamisados tienen que ponerse chaqueta para dejar de ser descamisados.

Ella los lanzó a la calle. Ella barrió con los generales. Ella hizo salir a los "grasas" de la fábrica y caminar como tromba por Corrientes y Avenida de Mayo.

Yo la conocí en 1948 cuando era la Primera Dama de la República Argentina. Era una mujer delgada pero firme, con un vulgar sweater y una falda suelta, que trataba de tú a los Ministros y que los mandaba con el dedo meñique.

—¡A ver, niños, muéstrenle a este periodista algo de lo que hemos hecho!...

Y mientras trabajaba catorce horas al día, mientras desmontaba piedra por piedra todo el gobierno de la oligarquía argentina, mientras era una mujer ejemplar en su vida privada, iba dejando jirones de su salud en los barrios bajos, en las poblaciones callampas y en los suburbios.

Un día la vi en el Colón en traje de gala. Era una reina en los movimientos, los modales y los gestos. Más tarde conversé con ella durante más de una hora en el local de la CCT, en Buenos Aires, y la vi derrochando una espontaneidad arrolladora, una pasión feroz en la voz, una especie de llama que ardía en todo el cuerpo, citando estadísticas de memoria, mostrándome fotos y folletos, planos y números, y presentándome algo de lo que era la revolución argentina, tal como ella la entendía.

La odiaron como a nadie. La sitiaron a punta de chismes, comentarios canallescos y esas cosas venenosas y sutiles que sólo saben decir a media voz las ociosas e inaguantables señoras bonaerenses, expertas en hablar de niños, tíos, enfermedades y mucamas.

Cayó en la brecha y ese día Perón perdió el Poder y quedó viudo para el resto de su vida.

Si la tarde de 1958 que se levantó la escuadra y atacó la aviación, Eva hubiera estado en la Casa Rosada, habría armado al pueblo, habría lanzado a la calle a los descamisados, habría quemado el Barrio Norte y habría pulverizado la revolución.

Pero ese mismo día Eva estaba dentro de un ataúd con los ojos clavados mucho más allá del Río de la Plata...

Por suerte para la derecha argentina.

Fronidizi

UN DÍA EN Buenos Aires, en 1947, un periodista argentino con gomina, cuello duro, corbata gris perla, voz de doctor, engolado y solemne al mismo tiempo, me dijo:

—¡Che, te voy a presentar a uno de los hombres claves de la política argentina!

Me llevó al Congreso y después de cien mil ceremonias y de mostrar como catorce tarjetas de visita, me presentó a un hombre alto, delgado, con cara de pájaro y enormes anteojos que se llamaba Arturo Frondizi.

Don Arturo no me impresionó gran cosa. El futuro Presidente de la República Argentina, que en ese momento luchaba a muerte con el gobierno de Perón, me dio la misma impresión de algunos descoloridos radicales que yo conocía de memoria en Chile. Pensaba cada frase siete veces antes de decirla y luego la traducía en palabras corrientes que podían ser muy precisas y muy exactas, pero que no tenían nada de brillantes ni de ingeniosas. Frondizi no era Sarmiento, ni Mitre, ni Alberdi, ni nada que se le pareciera. Era sólo un hábil político, un ita-

liano de segunda generación, un diestro parlamentario, un tramoyista de asamblea que, si algún día caía Perón, podría aspirar trabajosamente a llegar a un puesto importante en la República Argentina.

Fue Presidente. Pero a mí me quedó la sensación del hombre que había conocido aquella tarde, cuando lo vi responder en tono muy engolado el cuestionario que le presentara velozmente un típico periodista chileno.

Y así lo recuerdo.

Getulio Vargas

EN 1953 PARTÍ por primera vez a Europa, pero al pasar por Brasil me acordé de que el Presidente se llamaba Getulio Vargas y decidí saludarlo personalmente.

Era imposible, pero Fernando Lorca me consiguió una entrevista y al día siguiente, con un calor endemoniado, en el viejo Palacio O Calete, entre guardias que transpiraban en sus viejos cascos de bronce, le di la mano a un viejito chico, igual a Humberto Alvarez Suárez, que era el Presidente de Brasil.

Pasaron los años. Un día vino la revolución de la más canallesca extrema derecha brasileña y lo empujaron al suicidio. Getulio escribió un testamento emocionante en un billete de Banco que llevaba su efigie. Pero ese testamento no lo conoció ese pueblo que lo había adorado por encima de todas las cosas. Se lo ocultaron cuidadosamente los triunfadores.

Nunca olvidaré a ese gaucho de piernas arqueadas por el caballo y que había nacido en los Estados del sur de Brasil, que medía apenas un metro sesenta, pequeño, barrigón, cordial y simpático, que estuvo a punto de cambiar la historia de Brasil.

No se suicidó como dicen los diarios. Lo mataron a mansalva los mismos que un día iban a echar a Joao Goulart.

Paz Estenssoro

EN EL VERANO de 1948, partí a Buenos Aires como aventurero, sin un centavo en el bolsillo y dispuesto a seguir la vieja tradición chilena de ganarse la vida fuera del país, sin más cómplice que la buena suerte.

A los veinte días supe que vivía desterrado en la capital argentina Víctor Paz Estenssoro, jefe del MNR boliviano.

Era una gran noticia. Yo era corresponsal de la revista "Vea" y quise golpear a la opinión pública chilena y americana con una entrevista exclusiva. Le llamé por teléfono a su casa de la calle Charcas 2243 y me citó a un café español de la Avenida de Mayo.

Yo no tenía idea de cómo era Paz Estenssoro. Apenas lo conocía por foto. Sabía que era parecido al novelista chileno Reinaldo Lomboy, y eso me bastó. Lo reconocí a los cinco minutos. Era un hombre bajo, delgado, de lentes, piel oscura, ojos miopes; de voz suave, pero entera. Nos hicimos amigos rápidamente y creo que nos servimos diez tazas de café, mientras yo tomaba apuntes de las cosas estremecedoras que me contaba de su país.

Escribí la entrevista y la mandé a Santiago. Apareció a ancho de página. Salió de Chile, llegó a La Paz y fue quemada, públicamente, en la Plaza Murillo, dejando una estela de incidentes, tiros, presos y heridos.

Cuando vino el Año Nuevo, Paz Estenssoro, que sabía que yo vivía incurablemente solo y soltero en tierra argentina, me convidó a su casa. Allí estaba su primera esposa, la "Chinita", que me atendió con un tono maternal que nunca olvidaré. Salimos en la madrugada con algunos amigos y llegamos hasta el bohemia Tropezón de la calle Corrientes a tomarnos un trago.

Los chilenos tenemos el "cola de mono". Los bolivianos tienen la "leche de tigre", que es lo mismo. Los argentinos tienen la gomina, que no es lo mismo, en vista de lo cual mandamos preparar el trago chileno-boliviano con leche de las más nobles vacas de la otra banda y con azúcar y aguardiente bonaerenses. Resultó una cochinateda intomable que nos bebimos alegremente pensando que se iba un año y que llegaba otro que tenía que ser mejor.

Pasaron tres. Siles hizo la revolución de Semana Santa en el 52. Llamó a Paz Estenssoro y le entregó el Poder. El jefe del MNR al cual yo había visto trabajando modestamente detrás de una pobre máquina de escribir para una revista económica que editaba Perón, con el objeto de ayudarlo en alguna forma, asumió el Poder y tuvo la gentileza de enviarme una invitación para conocer Bolivia.

En otro libro he contado la impresión que me produjo ese pueblo altivo, misterioso y fascinante. Ahora hablaré sólo sobre Paz.

A las cuatro de la tarde llegué al Alto de La Paz. Me alojé en un hotel. A las cuatro y media, perfectamente disfrazado de persona importante, llegué hasta el Palacio Quemado. En la puerta me atajaron dos milicianos armados de ametralladoras. Me acordé de la revolución mexicana, de la guerra civil española, de la revolución francesa. Esta era igualita, pero con calañés y poncho.

Se notaba que hacía muy pocos meses habían sonado los tiros y corrido la sangre por estas calles sombrías, bajo este cielo color añil,

entre estas catedrales solemnes y salpicadas de balas. Di mi nombre y subí lentamente la misma escalinata por la cual las turbas en 1946 habían arrastrado al Presidente Gualberto Villarroel, para colgarlo en forma soez en un farol que hay frente a la Plaza, después de pincharle, siniestramente, los ojos con agujijones, después de desnudarlo en la vía pública.

Se notaba la revolución. Una placa decía: "Aquí murió el Presidente Gualberto Villarroel, después de disparar el último tiro de su ametralladora".

Los vidrios estaban quebrados, las lámparas rotas, los sillones destruidos. Paz Estenssoro estaba reunido con el gabinete, pero salió un momento a darme un abrazo.

Ahora se notaba que era Presidente. Tenía esa aura invisible de los hombres que ejercen el mando, pero no había perdido la vieja cordialidad de otros tiempos.

Estuve una semana en La Paz. Recorrí con él los pueblos vecinos bajo la lluvia de *confetti*, entre los fusiles de los indios que se sentían por primera vez dueños de su país. Recorrí los comandos revolucionarios en la madrugada y almorcé la última tarde con Paz Estenssoro en el mismo comedor por el cual habían cruzado tantas revoluciones, tanto golpe de Estado y tanta sangre. Junto a Paz estaban Walter Guevara, que era su Ministro de Relaciones Exteriores; Hernández Parker, al frente Manuel Mayo, a mi lado el Edecán y afuera un sol de fuego que quemaba implacablemente a los indios con poncho que vendían sus semillas y sus ídolos de barro en el mercado.

Víctor me dio la sensación de un político habilísimo que no se dejaría tomar el Poder.

Regresé años después. Conversamos nuevamente y noté que la revolución se estaba desviando francamente. Se lo dije a Siles, a Lechín, a Fellman Velarde y a muchos más, al propio Paz. Víctor se sonrió y se encogió de hombros.

Después pasaron los años, los hombres y las cosas. Murió su primera mujer. Víctor se casó de nuevo. Subió Siles. Víctor Paz Estenssoro partió como Embajador a Londres. Volvió a la Presidencia.

Ahora sus mejores amigos están en el destierro. Paz sigue en el Palacio Quemado. Hay desterrados en Paraguay, en Uruguay; Lechín está en contra. El Vicepresidente Barrientos viene saliendo de un atentado.

La oscura sangre boliviana está latiendo con el mismo ritmo en octubre de 1964 que en otras ocasiones trágicas y hay un siniestro fermento en los campesinos que yo vi armados, en las milicias con fusiles y ametralladoras, en el nuevo ejército, en la oligarquía que producen fatalmente todos los movimientos revolucionarios, en las nuevas clases, en los triunfadores que fueron pobres y que ahora son ricos, en los ene-

migos que ahora son amigos, y en los viejos camaradas que están tan lejos del que fue su jefe.

¿Pensará en esto, alguna vez, ese pequeño, hábil y sombrío personaje que dirigiera dos veces los destinos de Bolivia y que siguió con el timón en la mano y con Fellman Velarde a la diestra?

Paz cometió un error trágico. Organizó nuevamente el ejército para paliar a las milicias que se le iban a la extrema izquierda. Y en un país como Bolivia, en que el ejército es el partido político número uno, éste comenzó a conspirar y lo echó finalmente del Poder. Se levantó Barrientos y Paz tuvo que salir rápidamente para el Perú. Allí conspira actualmente y prepara la vuelta. ¿Cuándo? . . . No se sabe, pero, desde ahora, cada golpe y cada cuartelazo que se produzca en el país del norte llevará indudablemente su firma . . .

Y en esto sigue también la tradición químicamente boliviana.

Hernán Siles

HERNÁN SILES ZUAZO está desterrado desde hace tiempo en Paraguay, Fue el mismo Hernán que yo conocí, hace 12 años, en Santiago, cuando trabajaba en la AP, tecleando a máquina en la tarde y conspirando en la noche. El actual senador aprista Barrios (con veinte kilos menos) me dijo un día por teléfono a la Radio del Pacífico:

—Te voy a presentar a un boliviano que realmente vale la pena.

Esa noche llegó a las diez, cuando yo terminaba “Yo lo conocí”, con un muchacho delgado, moreno y de lentes, aparentemente tímido, de voz suave y que vestía de negro.

Fuimos a conversar al “Black and White”, que quedaba a media cuadra.

Siles habló largamente. Yo le conté cómo había conocido a Víctor Paz Estenssoro, jefe del MNR boliviano, tres años antes, en Buenos Aires. Siles me dijo, entre otras cosas:

—Haremos la revolución que necesita Bolivia. La haremos de todos modos. Queremos que nos entienda. Será una revolución boliviana, pero americana al mismo tiempo. No andaremos con paños tibios. Iremos de frente al problema. La nuestra será la primera revolución realmente auténtica que tendrá América.

Estuvimos muchas veces juntos. Una noche llamé por teléfono, como todas las noches, a la AP, y me dijeron que estaba enfermo. Llamé a su casa y me dijeron que no estaba. Telefoneé tres días seguidos: no aparecía por ninguna parte. Por el cable supe que mi amigo de charla había cruzado, disfrazado de indio, la frontera chileno-boli-

viana, y que era el jefe de la revolución de Semana Santa, que le dio el Poder.

Fue leal. Se lo entregó a Paz Estenssoro, que estaba esperando en Buenos Aires, cuando se podía haber quedado con él. No se quedó. Dueño de la situación, verdadero jefe de las milicias armadas, tenía todo en la mano para haber sido un caudillejo cualquiera. No lo fue.

Fue Presidente de la República después de Paz Estenssoro y le "guardó" el sillón del Palacio Quemado para la segunda Presidencia.

Después cambió el aire. La revolución fue modificada, desvirtuada, traicionada.

Un día me llegó un cable de Siles para ir a La Paz. Fui. Charlé largamente con él cuando era sólo presidente de la Cámara de Diputados. Había ya algo triste en sus gestos. Presentía lo que iba a venir.

Luego fue Presidente de la República. Fue leal a Paz hasta donde podía serlo.

Ahora está desterrado en el Paraguay. Pero hay algo que creo no habrá cambiado. La frase aquella que dijo en el "Black and White", de Santiago: "Ahora haremos NUESTRA revolución".

¿Estará en vísperas de hacer la auténtica alguna vez?

Haya de la Torre

EN 1946 ASUMIÓ el gobierno Gabriel González Videla, y vino Víctor Raúl Haya de la Torre, a Chile, a la transmisión del mando. Se alojó en el Crillón, con sus "búfalos", que eran la guardia de choque del aprismo peruano. Yo conocía a casi todos los jefes del APRA, pero nunca había hablado con Haya.

Me recibió en su departamento, entre taconeos de botas, brazos izquierdos desplegados y todo ese aparato exterior que usaba, en esa época por lo menos, el aprismo, y que ahora creo que ha dejado de lado.

Charlé con Haya de la Torre en el segundo piso del Crillón. Parecía un hombre brillante, gordo y fofo, que había dejado de ser joven y que entraba ahora en el campo de la madurez física y mental. Lo encontré demasiado intelectual, demasiado ampuloso, excesivamente teórico. Se miraba demasiado las uñas y movía unas manos, largamente cuidadas, en el aire, para afirmar el giro de una frase o para subrayar un pensamiento. Exhibía en cada uno de sus modales las largas estadas en Eaton, Oxford y otras universidades inglesas. No era el caudillo de masas que yo suponía, sino una especie de laborista inglés

traducido al peruano, que a ratos confundía el Machu Picchu con la Torre de Londres.

Después lo vi en una librería que existía en los bajos de la Editorial del Pacífico. Allí dio una conferencia muy brillante, llena de ideas novedosas, de cifras estadísticas y de imágenes literarias. Asistieron don Arturo Alessandri, Cruz Coke, algunos líderes socialistas, etc. Me pareció un gran profesor, un estupendo académico, cualquier cosa, menos el líder de izquierda de Perú que me había imaginado.

Ahora sólo sé algo de él a través de las veces en que lo cita Luis Alberto Sánchez en cada artículo que escribe.

Manuel Seoane

LA PRIMERA VEZ que vi a Manuel en mi vida fue en el viejo Teatro Septiembre. Unos comunistas insultaron el nombre del APRA y Manuel sentó a uno de una bofetada.

Más tarde lo divisé en "Ercilla", en los días del terremoto de Chillán. Yo trabajaba en "Vea", pero de vez en cuando intruseaba en la publicación rival. Manuel venía llegando de la zona sísmica, sin dormir desde hacía cuarenta y ocho horas. Estaba pálido y con la barba crecida. Se sentó a la máquina, junto al negro Solano, que ponía una nota de luto en la sala de redacción, y escribió las veintidós carillas a máquina del suplemento extraordinario, sin levantar la cabeza ni fumarse un cigarrillo. Le pasaba las páginas a Solano, y éste las revisaba rápidamente. De allí saltaban al taller.

Fuera de esto, éramos amigos. Todo lo amigos que pueden ser un veterano de la prensa y un joven oficial, al que recién comienza a salirle el bigote.

La tercera fue en París, en 1954.

Salimos a recorrer esas calles que yo conocía de memoria. Manuel era mejor periodista hablando que escribiendo. Yo había leído "El gran vecino", "Mirando a Bolivia con el ojo izquierdo", "Rumbo argentino", y cien crónicas a doble página, en la revista "Ercilla", y sus magníficas entrevistas en "Hoy".

Su manera de mirar la vida tenía un sentido del humor que ocultaba discretamente un profundo sentimentalismo. Adoraba a su mujer, que estaba en Chile; a su hijo, que se educaba en Estados Unidos, y y su hija, Nora, que era secretaria de Rossetti, en la Embajada de Chile en París, y que estudiaba ballet con la famosa Provayenska, la que había hecho clases a Serge Lifar.

Pero antes que nada adoraba la política. Conocía las fallas de la

táctica de Haya de la Torre. De la necesidad de no vivir con la mirada puesta en Eaton y en Oxford para solucionar a fondo los problemas peruanos. Se conocía de memoria la política chilena. Era amigo de los jefes de la izquierda y, en determinado momento —durante la campaña presidencial del 38—, había actuado como el mejor contacto entre las distintas fracciones de izquierda, y junto a Schnake y a Jorge González von Marées.

Allí conocí a otro Manuel. Más tarde almorzaba día por medio en su chalet del barrio alto, cuando preparaba un nuevo libro, y trabajaba ocho horas burocráticamente, como gerente de una aburrida firma suiza, en la calle Catedral.

Lo nombraron embajador a Holanda. Yo partí a Madrid. Después le ofrecieron un decisivo cargo internacional.

Linda oportunidad para preparar su candidatura presidencial y llegar a la casa de Pizarro, como se merecía de sobra.

Llegó, pero de otra manera.

Le salió un infarto al camino, y se desplomó lejos de su patria...

Y entonces arribó, por fin, después de tantos años de lucha, al Palacio de Gobierno, pero horizontal y mudo, bajo un bosque de flores y entre coraceros de la Guardia y la masa anónima del pueblo, que lloraba en silencio.

Fue un lejano 10 de septiembre de 1963.

Arnulfo Arias

UNA NOCHE, hace muchos años, quise entrar como periodista a "La Opinión". Rosseti me exigió que le llevara un "golpe", a pesar de que tenía ya diez años trabajando como reportero.

Salí a la calle con las manos vacías. Llegué hasta el viejo Tap, que quedaba en Estado, entre Huérfanos y Agustinas. No había nadie. Un camarero me dijo:

—¿Se fija, don Tito, en esa pareja que está al fondo?

Efectivamente, cerca del escenario había una muchacha encantadora conversando con un señor alto y de traje oscuro. El camarero agregó:

—Ese caballero es extranjero y me dijeron que era muy importante.

No lo conocí. No tenía por qué conocerlo ni saber de memoria todo lo que pasaba en las siete mil ochocientas cuarenta y cuatro revoluciones que sacudían a América cada 24 horas. Fui a la esquina, y por suerte encontré un ejemplar de "Time". Allí aparecía una foto

de un señor moreno, de pelo crespo, debajo de la cual decía: "El Presidente de Panamá, Arnulfo Arias, que fue derrocado por un golpe de Estado". Era él. Volví como tromba y me acerqué a la mesa del desconocido, usando cualquier pretexto, lo saludé y le dije:

—Buenas noches, Presidente...

Entre paréntesis, cuarenta y cuatro horas antes este señor había sido expulsado por una revolución, pero nadie sabía que estaba en Chile.

Conversamos media hora y yo volví a "La Opinión" y escribí en media hora una información sensacional, diciendo, en forma exclusiva, que Arias estaba en Chile y contando lo que me había dicho.

Más tarde, aprovechando que era médico, hablé con unos amigos y le conseguimos una cátedra en la Escuela de Aviación. Tres meses más tarde partió de Chile, y le dimos una despedida en el Padre Negro, que quedaba al otro lado del Parque Cousiño. Fue apoteótico. Arias lloraba como un niño y decía:

—Nunca podré olvidar este momento...

Gritamos: "¡Viva Panamá! ¡Muera el imperialismo! ¡Viva la revolución!", y varias cosas más, que se dicen generalmente a las tres de la madrugada, después de haber consumido algunas botellas de Santa Carolina Tres Estrellas.

Partió de Chile. Intentó algunos golpes. Se presentó de candidato. Fue Presidente. Lo echaron. Hace poco le robaron la elección, y a lo mejor en estos mismos momentos se acuerda de dos palabras: "Tap" y "Padre Negro", mientras prepara el próximo golpe.

Lázaro Cárdenas

FUE MINISTRO de Guerra de México durante la última contienda. Lo conocí en 1943.

Cárdenas sí que era la revolución. La que se había montado a caballo y había manejado el fusil. La que había galopado a través de la sangre, del 10 al 20, entre campesinos que parecían pintados por Diego Rivera y obreros filmados por Eisenstein en "Trueno sobre México".

Era un hombre alto, moreno, de pelo negro, que había sido reluciente y que ahora era gris, y de un bigotito espeso. Conversamos con él largamente, en su despacho del Ministerio de Guerra, y dijo algunas cosas inolvidables sobre el curso de la contienda. Los nazis habían volado un submarino mexicano y el pueblo pedía fusiles para marchar al campo de batalla.

Cárdenas me impresionó. Era un líder en el ancho sentido de la palabra. Más allá de las etiquetas políticas y de los cargos oficiales. Había huido de su casa a los doce años, sin saber leer ni escribir, en pelo, "al monte" —como dicen los mexicanos—, cuando entre tequila y tequila hacen una revolución.

Por lo poco que hablé con él, comprendí el inmenso prestigio de que gozaba en el pueblo mexicano, y por qué había sido Presidente de la República de ese enorme amigo que tenemos tan lejos de Chile y que se llama México.

Avila Camacho

EN 1943 VIAJÉ con once periodistas a México, en el *California*, a conocer el sensacional país de los aztecas. Entonces era Presidente Avila Camacho, un gordo con cara de empleado público chileno y al cual los amigos le decían cariñosamente "El Paperudo". Era un sub-producto típico de la revolución que ya se había establecido y burocratizado.

Habían asesinado a Pancho Villa, a Emiliano Zapata, a Obregón, y a tantos más. Ahora llegaban los vivos, los diablos, los calculadores y los cazurros.

Entre ellos figuraba "El Paperudo" en primera fila. Nos recibió en el Palacio de Gobierno. En un discurso de veinte minutos hizo desfilar militarmente algunos lugares comunes y algunas frases de buena voluntad. Lo que estaba claro.

En el fondo no gobernaba él, sino la formidable máquina engrasada del Partido Nacional Revolucionario, que más tarde se llamó PRI.

No fue un gran Presidente ni un hombre muy brillante, pero lo cito aquí porque después de todo se terció la banda que usó un día Benito Juárez.

Ahora debe estar tostándose en Acapulco, junto a su palacete, y cerca del de Miguel Alemán, que en ese tiempo era su Ministro del Interior, y que estaba comenzando a ahorrar los dólares que un día lo iban a transformar en uno de los cinco millonarios más grandes del mundo.

Isabel II

ISABEL II TIENE cara de todo, menos de reina. Es una mujer suave, amable, distinguida y burguesa. Buena esposa, buena hija, buena madre, buena tía y buena reina: tiene perfil de sello o de estatua.

La vi revistando la Guardia Real en los jardines del Palacio de Buckingham, en medio de sus soldados de inmensos morriones negros, guerreras rojas, pantalones de luto y movimientos tan perfectamente mecánicos, que parecían salidos de la juguetería. Isabel pasó montada a caballo, de lado, entre espadas y estandartes.

Se le veía tan familiar, tan dulce, que no parecía hecha para tiempos de guerra, para tratados, visitas diplomáticas, viajes internacionales, ni nada de eso que se le exige a un monarca tan importante como es la reina de uno de los más grandes imperios del mundo. Daba la sensación de ser una señora a la que le gusta jugar con niños frente a la chimenea, tejer calcetas, oír radio o mirar la televisión. Me recordó un poco a la reina Victoria, con la diferencia de que su regordeta antepasada había sido un genio de la política y le había impreso a Inglaterra un sello de clase media que no ha perdido jamás.

Después la vi en el Covent Garden, con traje de gala, diadema de brillantes y banda roja de terciopelo, escuchando un aburrido coro que venía desde el Cáucaso.

En ambos casos era la misma. Se sabía reina y actuaba como tal. La pequeña burguesa había dado paso a la Jefa del Estado. Sus movimientos tenían una distinción, una nobleza y una elegancia que estaban perfectamente a tono con lo que es.

Luego, en una entrevista con la prensa, Isabel II tuvo la gentileza de decirnos algunas palabras amables. Tenía como telón de fondo los inmensos espejos, las arañas de luces, los candelabros, los retratos de sus reales parientes, el brillo de uniformes, corazas y espadas. La tuve a dos metros de distancia y le besé ceremoniosamente la mano. Es la única vez que le he tocado algo a un monarca, y la comprendí perfectamente.

Ahora estaba junto a su marido, el duque de Edimburgo, que lucía su mejor sonrisa cinematográfica. Estaba sencillamente en familia. Ya no era la reina. Era simplemente una mujer enamorada de Felipe, que adora a sus hijos y que en las tardes les narra cuentos de hadas como todas las madres del mundo. Pero si hubiera que definirla en dos palabras, diría que es la más real de las burguesas y la más burguesa de las reinas.

La princesa Margarita

MARGARITA ES todo lo contrario de Isabel. Margarita es la colérica de la familia. O, por lo menos, lo era antes de casarse con un fotógrafo que retrataba a todas las cantantes indochinas y a todas las negras relucientes que llegaban —transpirando— a Londres desde el Congo.

La conocí soltera. En ese tiempo, Margarita era el escándalo de la corte, porque iba a los restaurantes elegantes y a las boîtes, le gustaba el jazz, adoraba a Picasso y tenía algo de Barrio Latino de París en la sangre. Había nacido para todo, menos para ser hermana de una reina y tener que conservar el más escrupuloso protocolo en todas sus cosas, vigilada día y noche por los impertinentes de esas viejas tías vestidas de polilla y terciopelo, que son las ladies inglesas que describiera maravillosamente Oscar Wilde.

A ella le gustaba la vida libre. Le encantaba ver amanecer sobre los puentes del Támesis, y, en el fondo, prefería cualquier *bistró*, pequeño y encantador de París, para tomarle la mano por debajo de la mesa a su enamorado de punto, que toda la pompa de la corte.

Pequeñita, regordeta, sin mayor atractivo en materia de figura, tenía en cambio una cosa pícaro, simpática, y desafiante en los ojos.

A Margarita le asomó la sonrisa; y después de la sonrisa, la expresión de la mujer coqueta y enamorada.

Ahora la princesa es esposa y madre. La antigua Margarita desapareció, para dar paso oficialmente a la princesa Margarita.

Los diez minutos que la estuve observando en un restaurante cerca del Tammamy Hall, me pareció una muchacha sudamericana disfrazada de inglesa. Hablaba rápidamente, con los ojos, con la boca, con las manos y con los hombros.

Ese momento no lo olvidaré jamás.

Ahora sólo podré verla alguna tarde, desde lejos, cuando pase en una inmensa carroza rodeada de coraceros, mirando a una multitud que la ovaciona.

Esa es la otra Margarita.

Yo me quedo con la primera. Con esa niña "bien" y bohemia que, en el fondo —muy en el fondo—, tiene que aburrirse de tener que hacer, las veinticuatro horas del día, el papel de princesa.

Hemingway

LO HABÍA conocido en Cuba y hasta había pescado con él cerca de La Habana. Es uno de esos raros ídolos que uno tiene en la vida y que

raramente tiene ocasión de conocer. Es como cuando hablé, por última vez, con el viejo Baroja, que había sido el eje de mi infancia.

Ahora sé nuevas cosas de "Don Ernesto", como le dicen en España, que vale la pena comentar. Hemingway vivirá largamente en Madrid y luego se instalará en Málaga, con la misma facilidad que se instaló en su vieja casa de Santa María, en Cuba. Siempre le ha gustado lo español y lo que tiene que ver con la lengua de Cervantes, a pesar de que él mismo habla un español bastante débil y vacilante. . . La gente lo conoce en la calle y lo saluda con afecto. Se le llama "El viejo americano". O "El viejo del mar". El escritor anda con boina y la barba al viento. A ratos parece un joven profeta de vacaciones. O un muchacho bohemio que se ha dejado deliberadamente crecer la barba. Entra a las tascas y se toma un chato con un par de gambas. O penetra en las viejas capillas del siglo XIII en busca de inspiración. O conversa con los viejos toreros de la calle Victoria. O compra los cigarrillos más increíbles del mundo. O se sumerge en los viejos tratados de toreo de hace siglos. O simplemente camina al atardecer por la Puerta del Sol.

Y hace algo más. Choca en auto y no le pasa nada, salvo que se lleva de recuerdo una herida, que es la número 467 que tiene sobre la piel. O toma un niño herido por un auto en los brazos y se lo lleva a la Casa de Socorro en su propio coche. O prepara una gran novela sobre el sur de España. O no se pierde corrida de su amigo Ordóñez, y le brindan media docena de toros. O le paga alegremente la multa a un espontáneo. O se toma veinte manzanillas sin parar y silenciosamente en la vieja tahona de Antonio Sánchez, a la sombra de un cuadro de Zuloaga. O prepara una revisión de su discutida novela "Por quién doblan las campanas", que escribió en los días de sangre de la guerra civil.

En una palabra, vive "inmerso", como diría un cursi, en la vida española.

Y el placer máximo de todos los tiempos es caminar por la calle de la Luna o del Codo, con este viejo genial que hace diez siglos más joven al que tiene el privilegio de ser amigo suyo.

O semiamigo, como yo.

Pasaron los años y agregué lo siguiente:

La última vez lo había visto en La Habana, hace años. Tres años para ser más exacto. Había pescado con él en pleno mar Caribe y le había oído de sus propios labios la primera escena de "El viejo y el mar".

Ahora me tocaba darle la mano en la casa de un amigo en el Bloque Americano, al norte de Madrid, y más tarde en el Hotel Sue-

cia, en que se hospeda oficialmente, a pesar de que la fiel telefonista contesta siempre la misma frase:

—¿El señor Hemingway? No está en el hotel... No, señor, no sé quién es.

Es la consigna que ha dado el viejo más joven del mundo. Viene a Madrid únicamente a ver toros y a darle la mano a su socio Ordóñez (que es casado, entre paréntesis, con una hermana de Dominguín).

Y no es la primera vez que viene Ernest a España. Ni será la última. En los días de la guerra civil fue corresponsal de guerra y escribió de paso una novela que llevaron malamente al cine y que se llama "Por quién doblan las campanas".

La última vez que estuvo fue en los días en que Pío Baroja estaba "malito", como se dice aquí. En realidad, el genial padre de "César o nada" agonizaba. El novelista norteamericano, que lo admiraba fanáticamente, se consiguió que lo recibiera.

El diálogo, que es de primera mano, fue el siguiente:

—¿Quién?

—Yo, don Pío... Ernest Hemingway.

—¿Y qué quiere?

—Saludarle.

—¿Y para qué?

—Para decirle que el Premio Nóbel que me gané yo lo merecía usted más que nadie.

—Deje esas cosas, hombre. ¿Y para qué más?

—Para entregarle estos modestos regalitos... (unos calcetines finísimos y unas botellas de coñac).

—Déjelos ahí, hombre, y no se sienta comprometido.

—Igualmente quería decirle, don Pío...

—¿Qué, hijo?

—Que en sus libros aprendí a escribir.

—Gracias, hijo, y ahora déjeme dormir un rato, que harta falta me hace.

—Hasta la vista, don Pío.

—No. Adiós, hijo mío.

Esto fue lo único que hablaron y que más tarde el genial autor de "Adiós a las armas" me recordaría en su casita cerca de La Habana, mientras fumaba su quinto puro netamente cubano.

Y cuando estaba aún Ernest en Madrid, murió don Pío. El primero en llegar a la casa del novelista fue él. El segundo, Camilo José Cela. El novelista norteamericano solicitó el alto honor de bajar su ataúd hasta la calle. Los escritores españoles y la escasa familia que tenía don Pío accedieron emocionadamente. Y Ernest Hemingway, Premio Nóbel, con unas espaldas de atleta y cerca del metro noventa de esta-

tura, bajó, él solo, con sus recios hombros, los restos del que había sido su lejano maestro.

En una palabra: un Premio Nóbel auténtico bajaba en el nebuloso Madrid de hace tres años los restos del hombre que había merecido cien veces ese mismo premio, y que jamás lo consiguió, por la larga recua de mediocres que le cerraron el paso.

Luego vino lo que usted sabe. Cansado y de vuelta de todo, Hemingway se dio muerte con una vieja escopeta de caza.

Y todos los periodistas del mundo nos quedamos huérfanos.

John Dos Passos

FUE EN EL Hotel Continental de Buenos Aires, hace diez años. Supe que estaba el padre de "Manhattan Transfer" en el hotel y lo llamé rápidamente por teléfono. Me citó a las siete de la tarde. Yo monté guardia desde las seis.

Un hombre alto y calvo. Fabulosamente alto e incurablemente calvo. Una especie de mocetón que podía haber sido camionero antes de sentarse frente a la máquina de escribir. Igualmente podía haber trabajado de pistolero en Chicago y hecho la Primera Guerra Mundial, como sus propios personajes.

Me dio los siguientes consejos literarios, que anoté en la memoria:

- Escribir rápido.
- No inventar nada...
- Pintar nada más que lo visto personalmente...
- No tenerle miedo a nadie ni a nada.
- No perder nunca de vista al pueblo...
- No abandonar jamás la mentalidad de reportero.
- Ser buen periodista para ser buen escritor.

Una vez dicho esto, me quebró la mano derecha al darme un feroz *shake-hands*.

Ben Hecht

A LOS SETENTA años murió el escritor Ben Hecht. Tenía escritos sesenta y cinco argumentos de cine, veinte obras grandes, doscientos cincuenta cuentos cortos y más de cuatrocientos artículos famosos. Era autor del argumento del film "Primera plana" ("Front Page"), que es la biblia del

periodismo moderno y el homenaje más cálido que se le puede hacer al reportero actual. En él surgía el periodista que anda con el sombrero torcido, se alimenta de sandwiches y de café, llega a las seis de la mañana a su casa, conoce a sus hijos por fotos y vive mordiendo un cigarrillo. Escribía velozmente y en una máquina vieja.

—Me cargan las modernas —decía—, porque no saben escribir.

Necesitaba una casi sin teclas ni cinta, que tartamudeara y lanzara voces de auxilio, pero de las cuales salían los mejores artículos. Jamás se sacaba el sombrero y trabajaba en mangas de camisa, en medio de un ruido infernal. Odiaba la calma, la serenidad y el silencio. Necesitaba la asfixiante atmósfera de la sala de crónica, los teléfonos, los teletipos y las carillas tiradas en el suelo. Le gustaba ver amanecer sobre Nueva York después de haber escrito toda la noche. Y descansaba solamente cuando había despachado ya la entrevista hecha al criminal que marchaba hacia la silla eléctrica, o después de haber enviado al taller la crónica sobre la pobre muchacha que se había lanzado a las aguas del río Hudson.

Fue una especie de símbolo del periodista moderno, que estampó para siempre las escenas de "Primera plana". Se reía de los exquisitos que hacen piruetas sobre una palabra o buscan con lupa un adjetivo en el diccionario. El mismo dijo de su estilo: "Creo que es mejor seguir escribiendo como yo lo hago, que trabajar sobre cada palabra, tratando de tornarla en una joya. Tenía un amigo que hacía eso. No escribía nada que no considerara como su esfuerzo máximo; como resultado de ello, su estilo se tornó forzado, poco ágil y marchito".

Esa fue toda su filosofía como periodista. Recuerda a ratos el poema que dice:

*Si llega tarde a la casa,
Si no mira al bebé,
Si tiene los dedos manchados de nicotina,
Si prefiere una noticia al beso de la esposa,
Si camina a saltos por la calle,
Si come a deshoras,
Si adora, por encima de todo en el mundo, su*
[diario,
*Si vive entre nubes de tabaco,
y si muere pobre, con un dato sensacional entre*
[los labios...,
no cabe dudas...
Era un periodista...

El poema está hecho para Ben Hecht, que acaba de morir, a los setenta años con la máquina cerca de la mano y la mirada clavada en el

techo. Tenía la lamparilla de noche encendida y un libro abierto sobre la cama. En el cenicero ardía el último cigarrillo. A esa misma hora salían, con la tinta fresca aún, los diarios, de las mandíbulas de acero de las máquinas. Un sol débil se levantaba lentamente sobre Nueva York. Los rascacielos abrían perezosamente los ojos y había olor a bencina quemada en la calle 42.

A esa hora el periodista Ben Hecht hacía su última noticia, y otros la escribían por él.

Joseph Kessel

JOSEPH KESSEL entró hace poco a la Academia Francesa. Como quien dice, la aventura ha ingresado oficialmente a uno de los sitios más serios y graves del mundo. Porque Kessel, ex soldado, guerrillero, y que peleó contra los nazis en la última guerra y cuando cayó París siguió luchando en los batallones de los franceses libres contra los camisas pardas, ha manejado el fusil y la pistola, y ha caminado con botas de explorador por la mitad del continente negro. Además, como tiene una buena dosis de sangre judía, ha trabajado activamente contra los enemigos de su raza. Ha sido de todo en la vida. Se ha jugado el pellejo en innumerables ocasiones y ha estado a un paso de la muerte entre los negros del Congo, frente a los alemanes, o luchando activamente en favor de la España republicana en los días de la guerra civil.

Sus libros son iguales a él. Libros de aventuras que apasionan desde la primera página. Relatos en que no decae el interés en ningún momento. Trozos de antología para que la gente joven no vaya burguesamente a la Universidad, a quemarse las pestañas para conseguirse un aburrido diploma y a hacer plata en la penumbra de un estudio o detrás del mesón de un despacho perfectamente burocrático.

No. La obra de Kessel es precisamente lo contrario. Hay que salir al aire libre, viajar en avión o en barco, partir a la selva, quebrar la línea del horizonte, no hacer huesos viejos en ninguna parte. Vivir entre la vida y la muerte. Repartir la existencia de los personajes de Salgari, o de Mayne Reid o de Karl May. Y eso, en el terreno literario. En el vital, es la misma cosa; lo ha probado Kessel (con cerca de ochenta años) con su propia existencia.

Ahora ha entrado en la célebre institución que fundara Richelieu en la época de los tres mosqueteros. Y es la primera vez que bajo su tradicional y clásica cúpula surge un verdadero escritor de aventuras

en que la pasión que pone en hacernos saltar por los cuatro extremos del mundo vale casi más que el estilo.

Y, por eso, Joseph ha entrado con el clásico bicornio sobre sus revueltos cabellos (de agitador y de poeta más que de académico), con un espadín simbólico en que lucen un globo, un ala de avión, un león, una estrella judía y la Cruz de Lorena, para recordar que peleó con las armas en la mano contra los alemanes en los días de la Resistencia.

Este espadín, planeado por el difunto Jean Cocteau, es un buen resumen de la vida y la obra de este periodista genial, que ha llevado un poco de bohemio aire de sala de redacción y de rumor de máquina de escribir hasta el clásico y solemne ambiente de la Academia.

Y parece que fuera del siglo actual mismo, con olor a bencina y pólvora, el que hubiera ingresado a ella.

Paul Morand

LO CONOCÍ entre dos viajes, que es la única manera como se puede conocer a este novelista, que más que novelista es viajero. Que, más que viajero, es maleta, y que más que maleta es escalerilla de metal de avión que parte.

Hace años, en su departamento de Neuilly, me recibió cuando yo era Agregado de Prensa de la Embajada de Chile en Francia.

Pelo pegado a la frente con una gomina implacable. Ojos de chino, sonrisa pronta, palabra rápida. Me paseó en veinte minutos a través de los cinco continentes y me dejó transpirando entre los negros del Congo y muriéndome de frío cerca del Polo. ¡Qué cara de hotel tenía Paul Morand! ¡Qué cara de bar elegante, de cable, de *traveller check*, de cambio rápido de veinte monedas distintas en la caja de un Banco lejano!

Nadie ha descrito como él París, Londres, Nueva York, Moscú, Roma, Tokio y tantos lugares lejanos. No era un hombre. Era un guía de turismo. Era un Baedeker. Era un pasaje en avión o en barco que, a través de media hora de charla, me enseñó a entender este pequeño puzzle que es el periodismo y a escribir internacionalmente para cualquier público, y en cualquier país.

Aprendí a salirme de la casita de provincia, montar en un auto tartamudeante y viejo, cortar con tijeras la cuerda del horizonte, viajar en barco o trepar a un avión que iba a desaparecer en medio de la bruma. Me enseñó la técnica de la frase corta, rápida, acezante, detrás de la cual corre el pensamiento sin mostrarse, y la idea profun-

da se pone un sweater de aparente superficialidad para que no aparezca pesada ni pedante.

Sus breves descripciones —mientras quemaba innumerables cigarrillos—, esa manera de decir imágenes como nadie las ha dicho, esa elegancia para vestir, andar, trasladarse y conversar, las he encontrado muy pocas veces en mi vida.

Poco tiempo después lo acusaron de estar al servicio de Hitler, de ser traidor a Francia y esclavo del anciano Pétain. El mariscal lo había nombrado embajador en Turquía. Después vino la liberación de París, y comenzó la lucha implacable contra los colaboracionistas. Paul Morand cayó entre ellos y no pudo volver a sentir el aroma de los castaños florecidos del Bois.

La que perdió fue Francia.

Camus

COMO BOMBA cayó en España la muerte de Albert Camus en un accidente automovilístico en Francia, cerca de París.

Con la muerte de Gérard Philipe, el problema fue distinto. El actor era reconocidamente comunista y había sido el líder del movimiento sindical del teatro francés.

Todo lo que sea comunista es tabú para la prensa española. Y, naturalmente, se habló del galán que había hecho magistralmente "El Cid", de Corneille, y que había interpretado un Don Juan admirable en el Palais Chaillot, pero al hombre se le negaron hábilmente los elogios. Hubo fotos por la noticia sentimental y periodística, pero se deslizó sibilinamente el comentario de que era de la "otra orilla".

Con Camus no. Camus era un agnóstico. Buscaba la verdad, y la muerte lo sorprendió justamente en la búsqueda. El autor de "Calígula" y "Les Justes" era un hombre en camino y no un hombre que había llegado. Su polémica con Sartre, que desfilaba ya hacia el comunismo, fue decisiva en favor del Camus de 1960 para la prensa oficialista española. Camus no había sido comunista ni se había acercado siquiera a los metálicos bordes de la Cortina de Hierro.

Camus no era católico, pero tampoco era ateo. Era un hombre que dudaba y que buscaba desesperadamente la verdad a través del ensayo, la obra de teatro y la novela. Camus podía "pasar". Y pasó. Y el día de su muerte toda la prensa española se volcó a página para darle una sentida y emocionante despedida.

Todos..., menos el católico "Ya", que recordó que el autor des-

aparecido trágicamente a los cuarenta y siete años, no militaba precisamente en los batallones de Dios.

Yo me acuerdo del Camus que llegó a Chile en 1949. Eran los tiempos de la "revolución de la chaucha", y los carabineros afinaban la puntería en la calle Ahumada. Camus estaba alojado en el Crillón y tenía que dar una conferencia en la Universidad de Chile. Hay dos cuadras entre Agustinas y la Universidad. Pero esas dos cuadras estaban bloqueadas y había tiros en las esquinas.

Camus había estado en la guerra y había peleado en la Resistencia antes de tomar bajo su dirección las páginas de "Combat". Conocía las balas y el olor de la pólvora. No le podía asustar la muerte. Pero tuvo que caminar en ese país extranjero, en esa ciudad desconocida, bajo una ducha de balas. Llegó transpirando hasta la vieja Escuela de Leyes, y le dijo a un amigo:

—Ni en los días de la Resistencia, frente a los nazis, habría estado más cerca de la muerte.

Ahora está muerto. Pulverizado estúpidamente a los cuarenta y siete años. Era el Premio Nóbel más joven del mundo. Estaba en plena producción. Caminaba hacia algo más sólido y definitivo. Se estaba creando dentro de él el clásico —y el clásico francés, que es mucho más importante— que algún día iba a ser.

Y, entonces, le salió la muerte al paso.

Pocas veces la dama del sudario ha sido más estúpidamente inoportuna y ha actuado más fuera de lugar.

Colette

"UPI", urgente. Falleció la famosa escritora francesa Colette.

ASÍ DECÍA, escuetamente, el cable. Pero más allá de la frialdad de la noticia surgen los recuerdos...

Fue exactamente hace cuatro años, en París. O, más bien dicho, en su viejo departamento de la Rue des Petits Champs, en pleno Palais Royal. La atmósfera de la revolución. Por allí pasó Bonaparte, y a media cuadra conoció a Josefina. Por allí anduvieron Danton y Marat. Camille Desmoulins, picado de viruelas, saltó, a doscientos metros de aquí, sobre una mesita, el 13 de julio de 1789, para animar al pueblo a tomarse La Bastilla. Y al día siguiente se la tomaron, haciendo saltar varios tomos de la historia de Francia. Ahora vivían cerca de ella Cocteau y Jean Marais.

Pero volvamos atrás. Fue la noche de estreno de su última obra,

"Gigi", cuando invitó a los periodistas a su casa para decirles dos palabras. Recuerdo perfectamente la escena. Llegamos a las ocho. Nos recibió la vieja criada que la acompañaba desde hacía más de cincuenta años. Y sus gatos, catorce gatos que parecían tener patas de fieltro. Todo el mundo caminaba en puntillas. En la salita vecina aguardaba su marido, Maurice Coudet. Y ella estaba tendida como una reina, pero, al mismo tiempo, como una reina agonizante.

Tenía ochenta y dos años. Y estaba postrada desde hacía varios. En los veranos partía en palanquín hacia la Costa Azul. Era amiga de las *concierges* y de los viejos libreros de las calles vecinas, que deben haber sido, seguramente, los primeros que la lloraron. No importa que fuese presidenta de la Academia Goncourt y que haya recibido la Legión de Honor; ni que escribiera más de sesenta novelas, al comienzo, en colaboración con su primer marido, que se firmaba Willy. Novelas picarescas, en que la Colette de los comienzos, con los inmensos ojazos de adolescente torturada por los primeros estallidos del amor, inventó un personaje que un día sería eterno en la historia literaria de Francia: Claudine. Y no importa tampoco el éxito rotundo de obras de teatro. Ni la sensación que provocaron "Mitsou", "La gata", "Retiro sentimental", "Chéri" y tantas más. Eso queda para el comentario biográfico. Lo importante es que Colette era un poco la Francia que se va a ratos con la muerte, pero que regresa fatalmente. Una Francia que no necesita sólo de batallas para vivir y ser eterna. La simple Francia del espíritu.

Esa vieja, tendida en su lecho con cara de estatua en vida, con los cabellos revueltos, acompañada de sus gatos, cuadros y miniaturas, habitante de ese islote de silencio que es el Palais Royal, con la voz quebrada ante los periodistas que la ametrallaban a preguntas, jugando con las sábanas que ya se parecían un poco a un sudario, frente a los micrófonos y a los aparatos de televisión, era sencillamente el París de todas las épocas.

Y cuando alguien le preguntó sobre qué pensaba escribir después del éxito que había alcanzado con "Gigi", estrenada esa misma noche en el Teatro des Arts, dijo estas frases, que quiero recordar simplemente a través de estas líneas:

—Sobre el amor. A los veinte escribía sobre eso. A los ochenta y dos, sigo lo mismo. Creo que es el único tema eterno, aunque la pluma vacile, aunque haya que trabajar tendida, aunque haya que buscar un poco de sol en la Costa Azul, aunque se hayan ido ya todos los amigos de tantos años, y sólo me queden los gatos y los recuerdos...

E incorporándose, repitió ante el micrófono que transmitía sus palabras ante la sala repleta de público delirante.

—Sólo existe el amor...

Así la conocí. Así la recuerdo. Como un trozo, como una moldura, como un viejo artesonado del París que se nos va.

Esa tarde inolvidable atravesamos una cortina de gatos para llegar a ella. Podría parodiarse el título del libro famoso y decir "los gatos no dejaban ver a Colette". Era una selva de ojillos brillantes, pelo de terciopelo, pasos de fieltro y colas paradas, que subían, bajaban, saltaban y brincaban en torno a la escritora.

Colette estaba enferma. Tendida en su lecho como una especie de Madame Récamier, me recibió llena de sales y desmayos.

—Estoy tan vieja, que ya formo parte del decorado de París... Ya nadie se acuerda de mí... Los diarios recuerdan, una vez a las perdidas, que todavía existo... Ya me queda poco en este mundo, en esta Francia, en este París, que es tan mío.

Dijo otras cosas admirables. Parecía una reina bajo su mata de cabellos grises, de cremas y de afeites, y mientras hablaba me pareció escuchar la remota voz de una muerta, de un elegante cadáver en vida, de una mujer que un día lejano también había sido joven y bonita.

Cuando salimos, a las nueve, la noche nos estaba esperando sentada en los bancos del jardín. Y me di cuenta de que, después de mí, sólo llegaría un visitante a este abandonado departamento.

Y que ese visitante sería la muerte.

Pío Baroja

FUE UN gran viejo. Un viejo genial y solitario. Vivió en contradicción perpetua con todo el mundo, pero dejó una familia de personajes que no morirá jamás. Arisco, de mal genio, violento y agresivo, sabía la difícil técnica de estar en desacuerdo con todo el mundo, menos consigo mismo.

Vasco por los cuatro costados, fue médico cuando muchacho, pero no ejerció jamás. Fue panadero, periodista, político provinciano en sus momentos de ocio, impresor, orador de café, viejo cascarrabias, y, antes que nada, aventurero. Conoció cada buhardilla de París y cada jirón de niebla de Londres. Buceó en esa aventura tan típicamente española que fue la guerra carlista, y de sus libros salieron galopando, disparando y rezando, unos curas únicos en la vasta galería de la literatura mundial. Sus solitarios, sus anarquistas, sus bohemios, sus boticarios de pueblo chico, sus solteronas, sus poetas de Ateneo con olor a polvo y a mistela, quedarán para siempre en la memoria de

toda la gente joven que tan lejos de él seguía sus pasos con verdadera unción.

No se entregó jamás a nada ni a nadie. Se reía de los jefecillos de opereta y de los mandarunes de papel picado. Estaba lejos —definitivamente lejos— de los grandes y vacuos triunfadores de la hora, que traicionaban sin elegancia lo que habían sostenido cuando muchos, a la hora de los cargos, las prebendas y los entorchados... Por eso fue un “contreras” en el sentido nuestro. No le gustaban el triunfo ni la victoria. Entendía por igual a los fanáticos vascos, que morían con la cruz en las manos, y a los anarquistas, que iban al patíbulo renegando de Dios y del Diablo. Cuando vino la República, la miró con simpatía. Era una república de intelectuales adobada en los entretechos de los periodiquillos locales y en las sobremesas de los cafés. Pero pronto se aburrió. No le gustaron los escritores transformados de la mañana a la noche en ministros y embajadores. Dejó caer sus más acres ironías sobre los agitadores que ahora se ponían frac y besaban las pálidas manos de las condesas de la víspera. La derecha creyó que podía usarlo. La terrible derecha española, con frailes histéricos, monjas bobas y generalotes con olor a cuadra y a pachulí, se equivocó como siempre.

La guerra civil lo encontró entre los dos frentes, y no se decidió por ninguno. Igual que el viejo Unamuno, estaba enfermo de España, y la herida de la Península le sangraba dolorosamente...

Con su boina metida hasta las cejas, su gabán pasado de moda, sus frases cortantes como tajos de navaja y, antes que nada, con sus libros sembrados de miles de personajes, mantuvo la aventura de su soledad contra todo y contra todos.

¿Qué fue don Pío?

Un solitario integral, con algo de Quijote de mal genio que vivió renegando de todo. Amó a España como nadie, sacándole la piel, la carne y los huesos, y devorando su sangre. Su sombría sangre.

No tuvo las caracoleadas búsquedas de palabras de don Ramón del Valle Inclán, ni ese catolicismo desesperado, lleno de llamas y de infiernos que lucía Unamuno. No fue alemán traducido al español, como don José Ortega y Gasset, ni resentido con genio, como Pérez de Ayala.

Usó la novela de aventuras como medio. Sus bandidos en los caminos más solitarios, con el trabuco a la espalda, dicen cosas monumentales que recuerdan al Quijote. No necesita paisaje ni puestas de sol. No le gustan los cisnes por cursis, ni los atardeceres por gastados por el uso. Su gente, más que habla, vive. Más que pensar, actúa. Tiene algo de genial reportero que busca en el pasado el verdadero rostro y la auténtica mueca torturada de la auténtica España.

Naturalmente no tuvo jamás esos premios por los cuales galopan y transpiran tantos pergenios disfrazados de intelectuales. Ni el Nóbel. Ni los que brindaba generosamente su patria, ni las coronas de papel que se reparten en todos los juegos florales llenos de señoritas transpiradas y de tenientillos bigotudos...

Se ha ido tal como siempre estuvo: solo.

Claro que con una soledad detrás de la cual hay cerca de dos mil personajes y varios millones de fieles lectores.

Estamos seguros de que una guardia de curas armados de mosquetes y unos cuantos anarquistas con bombas en la mano lo habrán ido a dejar al solitario cementerio en que desde ahora reposarán sus huesos eternos.

Esto fue escrito en la cárcel de Santiago, y el día de su muerte. Me tenían en un calabozo por defender esa libertad que tanto le gustaba a don Pío.

Blasco Ibáñez

FUE HACE LA miseria de cincuenta años. En el viejo Teatro Santiago estaba anunciada una conferencia de don Vicente, para las siete de la tarde. Se calculaba que terminaría a las nueve de la noche. A las diez y media seguía hablando, y concluyó a las once. El tema fue: "Los reyes católicos y la conquista de América". El viejo orador republicano, el hombre que le había hecho frente a Rodrigo Soriano en las calles de Valencia, el director del diario "Pueblo", el autor de "Cañas y barro" y de "Arroz y tartana", el diputado antimonárquico hasta la raíz del pelo, había hecho temblar la sala a través de cuatro horas, sin parar un segundo.

Su palabra tenía el mismo colorido que cuando tomaba la pluma. Desfilaban la corte española del siglo XV, la figura vaga y romántica del rey Fernando, la entereza y el carácter de hierro de Isabel, el coraje de los primeros soldados de Castilla, la travesía por mar, el camino a través de la selva americana, las luchas contra los indios, la feroz vitalidad de los bosques, el frío de los Andes, las nieves eternas, y luego, la aparición en lontananza de los desiertos blancos bajo los cuales dormitaba el caliche. Y, finalmente, la marcha hacia el sur, cada vez más hacia el sur, hasta llegar al pie del Huelén; y los recios perfiles de los conquistadores al alzar el pendón de Castilla y de León junto a las vacilantes aguas de un riachuelo que corría junto al llamado "Peñón de la amargura".

Todo esto salía a torrentes de los labios de don Vicente. Había

estudiantes con corbata de pajarita, señoras que parecían estatuas de plumas, caballeros solemnes, novelistas en potencia, poetas pálidos y con aire distante... No volaba una mosca, y al terminar la larga conferencia, todos habían sentido la magia de esa palabra que iba montando el escenario de España y de América en los lejanos tiempos de la Conquista como si lo estuviera viendo, palpando y oliendo. Don Vicente hablaba sin un papel. Apenas una mesita y un vaso de agua. Pero bastaba para transformar el escenario del Santiago en la más brillante tribuna parlamentaria.

Más tarde lo invitaron a comer unos graves señorones que venían saliendo espiritualmente del siglo pasado y de algunos polvorientos retratos a media luz. No les gustó el escritor porque comía como lo habían hecho Balzac y Dumas padre. Como devoraba los platos Gambetta. Como hacía los honores de la mesa el viejo Herriot. Y les cayó mal la sencillez popular, transpirada y un poco tosca del genial escritor español. Querían una fina y delicada estatua, y se encontraron con un hombre que, entre dos montañas de arroz a la valenciana y tres pollos consumidos hasta el último hueso, decía maravillas.

Más tarde volvió a Santiago y habló en la Universidad y en el Club de Señoras. La gente joven lo seguía por la calle y le tocaba los faldones de la levita. A un amigo le dijo:

—Voy a escribir una serie de novelas sobre la conquista de América, y la más importante será sobre Chile. Y sobre el parentesco espiritual que he encontrado entre el soldado andaluz y el roto chileno. La novela será en dos etapas. Una en la época de Pedro de Valdivia, y otra, ahora. El escenario de la segunda será el norte de Chile y la lucha en la pampa.

Partió a Europa, se casó con la dama chilena Chita Ortúzar, vino la Primera Guerra Mundial, escribió "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", trabajó por Francia, fue al frente acompañando a los lacios bigotes de Clemenceau, charló con los *poilus* en las trincheras, recorrió el globo terráqueo, publicó "La vuelta al mundo de un novelista" y se compró una villa en la Costa Azul, frente a las crestas nevadas de los Alpes y cerca de Santa Margarita, en la frontera italiana, que se llamó "Fontana Rosa". Allí tenía la avenida Cervantes, la de Calderón, de Quevedo, de Balzac, de Zola, de Victor Hugo, y de cien escritores más. Allí escribió velozmente las primeras páginas de "El caballero de la Virgen", que iba a ser la primera de su serie americana.

Ya era millonario y no le interesaba la política. Soñaba con Valencia, mirando la mancha quemantemente azul del Mediterráneo. Creía que tendría tiempo aún de terminar, por lo menos, una docena de libros más. Y entre ellos, planeada hasta los últimos detalles la novela que tendría como escenario la lejana tierra de su mujer. Estaba gordo, saludable, quemado, macizo. El pelo revuelto y otoñalmente gris co-

menzaba a ralear, pero tenía tiempo para escribir veinte carillas al día y consumir los viejos platos de arroz a la valenciana como lo había hecho en la casa del pulcro aristócrata que lo había invitado, en los días del Centenario, en Santiago de Chile.

Fue entonces cuando tomó la pluma, que lo había acompañado fielmente a través de cuarenta años de trabajo desbordante, y comenzó la frase: "Allá lejos, al otro lado del mar, hay un país que se llama Chile..."

En ese momento hubo "alguien" que se le puso al frente y no lo dejó seguir. Alguien que le arrebató la pluma, cerró las ventanas que daban hacia la Costa Azul, apagó las luces y colocó tres grandes puntos suspensivos en la carilla recién comenzada.

André Maurois

NUNCA HE VISTO nada más académico y más francés que Maurois. Nació para la vieja cúpula del Quai Voltaire y para las palmas. Y, naturalmente, para la roseta roja que le ensangrienta orgullosamente la solapa del traje gris... Con una sonrisa tímida y amable en la cual hay un fondo de habilidad y de malicia, con gestos lentos y calculados, con la más exquisita suavidad para decir las cosas más finas y más profundas. Me recibió en su casa al pie de unos Picasso y unos Monet impresionantes. No había libros en la habitación. Ni muebles llamativos. Ni luces excesivas. Ni lámparas demasiado encendidas. Ni flores... Nada. Únicamente él en medio de la pieza con una sonrisa colocada oficialmente entre los labios y una pequeña declaración que hacía para impulsarme a escribir algunos libros.

—Antes que nada, joven amigo, tome nota de que lo lee todo el mundo. Gente inteligente y no inteligente. Culta y semiselvática. Vieja y moderna. Actual y otra que viene del pasado. Que fue y que será. Y por eso cada línea tiene que ser pesada largamente antes de llegar al papel. Y más tarde, no olvide que la goma de borrar es el mejor aliado del escritor. Yo borré la mitad de "Shelley" y casi la cuarta parte de "Disraeli", y así y todo, no quedé conforme. Seguía mentalmente borrando al leerlo en la intimidad de mi biblioteca y viendo lo que se me había escapado y que no debió llegar jamás a los tipos de imprenta. Recuerde que Balzac llegaba hasta pedir veinte y más pruebas antes de entregar la definitiva. Y que Proust estaba realmente enfermo de pulir y de pulir cada palabra, cada coma, cada punto y de calcular si la impresión de un color o de una sensación estaba realmente bien dada... Usted es periodista. Doble responsabilidad. Los libros los lee poca gente. Los diarios, millones. Lo que usted dice tiene que ser *mejor* que lo

que piensa el lector medio. No sólo tiene que informar. Debe además dar soluciones e indicar caminos. Cada periodista que entiende su oficio es un pequeño Dios que está creando un mundo a cada momento, que lanza pequeños Adanes y ligeras Evas... Averigüe, documéntese, lea, y antes que nada, mire. Mire con los ojos terriblemente abiertos. No deje nada al azar. Estudie con mentalidad de hombre de ciencia y sólo entonces deje correr libremente la máquina y diga algo nuevo que nadie sepa y que tenga interés, además, para el que lo va a leer. Recuerde que el más exigente de los jueces es el público. Un público que usted no conoce y que no conocerá jamás, pero que se guiará por lo que usted le diga y que no le perdonará nunca ser engañado... Otra cosa: sea usted mismo. No imite ni copie. Su pequeño vaso de vino auténtico vale más que todos los toneles, por finos y delicados que sean. No se traicione. No concilie. No tuerza la verdad. No mienta. Pinte la realidad, pero sobre todo su realidad. Eso es lo único que tiene realmente interés. Y no le importe quemar y hacer pequeños incendios con originales que lo satisfagan. Yo he sido una especie de Nerón de mis escritos, antes de atreverme a publicar tímidamente algunas páginas.

Y luego, tomándome familiarmente del brazo, me dijo:

—Pero no hay nada, ni el amor, ni tener un hijo, que sea más emocionante que ver un libro de uno, de la única persona que lo podía haber hecho nacer, que nos guiñe el ojo desde la vitrina de una librería...

Y Maurois se despidió con su sonrisa de amable abuelo que ha hecho caminar por la vida algunos seres más vivos y más reales que los que tomaban su café en el *bistró* del frente, que se llamaron el mayor O'Grady y el coronel Bramble...

Blaise Cendrars

VIVÍA FRENTE A la cárcel de la Santé, en París. La misma cárcel de la cual se fugaba día por medio ese ladrón de levita que se llamó Arsenio Lupin, hijo de Maurice Leblanc. Era una casita con historia, que le había regalado Napoleón Bonaparte a su hermana Paulina, para que cambiara de amante los fines de semana y se besara desesperadamente con todos los tenientes, capitanes, coroneles y generales de la Guardia Imperial, mayores de un metro ochenta y menores de treinta años.

Allí estaba el enorme Blaise Cendrars. El manco Blaise, con sólo la mitad de un brazo, porque la otra mitad se la había llevado una granada alemana durante la Primera Guerra Mundial. Allí estaba el autor de "El plan de la aguja", "Las confesiones de don Jack", "El oro", "Moravagine", y de los largos poemas como ferrocarriles, que traían el brillo de las cúpulas de la Catedral de San Basilio, la sonrisa de todos

los ríos de Europa, corriendo entre las montañas, y las campanas de Nijni Novgorod.

La cara era un ladrillo a medio cocer, los ojos le brillaban como un acero recién nacido. Las botellas asomaban sobre las mesas, mientras su perro "Whisky" ladraba en francés, como deben ladrar todos los perros que han nacido cerca del Sena, salvo que alguien los haya traducido al alemán o al inglés. Allí estaba entre los libros que le habían robado algunos editores sudamericanos que se saltan a veces a pies juntos los derechos de autor. Allí estaban sus trofeos de caza, sus carabinas, sus escopetas, sus puñales, sus dagas, sus arcos, sus flechas, sus botas de cazador, sus chaquetas de cuero, el casco de *poilu* que había usado sobre el uniforme azul horizonte en los días del 14 al 18. Allí estaba su mujer, y sobre todo, su voz llena de recuerdos que decía cosas electrizantes y que me convencieron de una vez por todas que yo debía dedicarme a cualquier cosa menos al periodismo, porque no era capaz de traerlas a estas líneas.

Eso fue en 1954.

Cuando volví a París, en 1964, Blaise se había embarcado en el último tren, se había tomado el último trago, se había fumado el último cigarrillo y había partido con su fiel "Whisky", después de haberle enseñado cómo se le debe ladrar a Dios en el otro mundo.

Françoise Sagan

ERA UNA ESPECIE de gata regalona cuando a los veintidós años publicó una novela sensacional, "Bonjour, Tristesse". Fue un éxito espectacular. La consideraron un genio, y de la noche a la mañana se hizo más famosa que el Arco de Triunfo. La compararon con Colette, con Simone de Beauvoir, con Madame de Sevigné, con George Sand y con todas las grandes mujeres de la literatura francesa.

No era para tanto.

Lo probó el hecho de que su segunda novela fuese inferior a la primera; y la tercera, inferior a la segunda.

Lo que tiene la Sagan, y que yo lo vi claramente en París cuando le besé el dedo meñique de la mano derecha, en un coctel que ofreció en su casa, es que representa un tiempo desgarrado, una época quebrada, una etapa del mundo sin remedio, que no entiende el *milagro* alemán, el *milagro* francés, el *milagro* italiano, la prosperidad de Europa, el mundo estupendo y sensacional que estamos viviendo y ese signo alegre y optimista que a pesar de todas las amarguras exhibe la época actual. No entiende a China, a Rusia, a Cuba, a Argelia, a Egipto.

A Françoise la admiraron los tontitos disfrazados de pedantes, los

snoobs que pololean con las ascensoristas y los últimos bohemios que quedan como recuerdos del pasado en algunas esquinas de París o de Londres.

Pero quedará en cualquier parte, menos en los tratados clásicos de la literatura francesa, y seguirá en su autito rojo, su marido de punto, y su perro regalón, corriendo por todos los caminos de Europa en busca de sí misma.

Inteligente, vivaz, podía y puede llegar a ser una escritora relativamente importante cuando deje de ser la niña regalona del público que está ya cerca de los cuarenta años. Para ello tiene que dejar la costumbre de cambiar de marido con la misma facilidad que mudar de portaligas en el mínimo de tiempo.

Cocteau

LO CONOCÍ EN Niza en 1954, en un festival de cine. Lo admiraba desde Chile cuando leí su "Infancia terrible" y mi futura mujer estrenó "La voz humana", en el teatro.

Lo reconocí inmediatamente. El mismo pelo blanco como una especie de aureola, la misma juventud permanente a pesar de que ya tenía setenta años, las mismas manos musicales de mago que trazaban signos cabalísticos en el aire, el mismo abrigo de piel de camello y los mismos movimientos felinos para desplazarse en medio del viento.

Me presenté, y, después de charlar un momento, me convidó a su casa de París, que quedaba cerca del Palais Royal.

Cocteau había sido de todo: novelista, pintor, dibujante, director de cine, autor de teatro, escenógrafo, poeta, académico de la lengua y todo lo que puede ser una persona tan genialmente inteligente sin llegar a ser oficialmente un genio.

En la vida corriente, entre sus dibujos, sus cuadros y sus libros, era un pozo de frases brillantes, de imágenes y de cosas deslumbrantes.

Era francés en el mejor sentido de la palabra, y, a pesar de haber sido tan revolucionario en todos los terrenos en que actuó, supo mantener siempre una línea académica que le significaron las palmas en el momento oportuno y un cortejo solemne y distinguido el día en que murió, en medio de la brisa de París. Con razón un poeta recordó este verso estupendo de Vicente Huidobro a la muerte de Apollinaire: "Un pájaro de lujo ha cambiado de estrella".

Eso fue Cocteau: un pájaro que puso su nido en una moldura de París.

Jean Cau

LO CONOCÍ HACE dos años, en una tasca de la calle Echegaray. Andaba entre toreros, aficionados, banderilleros y gente de coleta.

Era un muchacho joven, delgado, con el pelo crespo, simpático y hablador, que venía a estudiar a fondo el problema del toreo en el país de los toros.

Jean Cau, que había sido secretario de Sartre en París, y que estaba escribiendo fuerte en "L'Express", el gran semanario de izquierda francés, había venido a Madrid con el propósito secreto de hacerles la competencia a Hemingway, Blasco Ibáñez, Pérez Lugín y otros novelistas expertos en toreo, pero quiso conocer a fondo los oscuros entretelones de las corridas. Intimó con los empresarios y apoderados, recorrió las placitas de pueblo, viajó en tercera y durmió en transpiradas camas de hoteles y hospederías provincianas.

Con todo este material escribió velozmente en España su obra "Las orejas y el rabo", que es una especie de réplica a la obra "Fiesta", del gran escritor norteamericano.

Y aquí viene lo notable. Hemingway alcanzó a matarse de un tiro antes de ver en las librerías dos obras que se escribieran especialmente contra él: la de Cau y "Cuando suena el clarín", del viejo y experto taurino Vicente Corrochano, que murió hace menos de un mes en Madrid.

Pero el áspero, duro e implacable Cau, ha ido más allá de los estques y las capeas y ha ganado el último Goncourt con "La piedad de Dios", desesperado alegato en defensa de la soledad que recuerda esa luz desolada que cae sobre los tres personajes de "Huis-Clos", de Sartre.

Con un estilo cortante como una navaja y una falta absoluta de descripciones y de literaturismos inútiles, Jean Cau ha entrado en gloria y majestad a las letras francesas y mundiales. Y ha saltado de las plazas de toros, inundadas de sol, a la lóbrega penumbra del calabozo de una cárcel.

Nicolai

GEORG NICOLAI es la figura científica más importante que hay en Chile. Nació en Alemania, y fue quien redactó y firmó, con Einstein y Forster, el "Llamado" a los europeos para responder al "Manifiesto" de los noventa y tres intelectuales germanos en favor de la guerra. El Kaiser reinaba en ese momento en Alemania, y declaraba que el pueblo tedesco era "la sal de la tierra". La misma sal de la tierra ya estaba con el casco prusiano puesto, la guerrera color mostaza y las botas para

marchar a París. Eran los dramáticos días de agosto de 1914. El mundo no sabía aún que los tiros de Sarajevo iban a lanzarlo en la más apocalíptica conflagración de todos los tiempos. Los intelectuales del "Manifiesto" habían dicho guerra. Los que subscribían el "Llamado" de Nicolai contestaban paz.

Nicolai fue a dar a la cárcel en calidad de faccioso y antipatriota. Desde el calabozo escribió una serie de conferencias, que iban a formar más tarde el más célebre de sus libros, "Biología de la guerra", un descarnado ataque pacifista contra los que enviaban a millones de hombres al combate y a la matanza.

Barbusse, autor de "El fuego" y amigo de Nicolai, dijo: "Es el sabio más brillante que tiene la Europa de la postguerra". Bertrand Russell afirmó que el hombre de ciencia teutón le hacía honor a la tierra de Goethe y que estaba por encima de los bombardeos y de las trincheras. Shaw le escribió una emocionada carta, felicitándolo públicamente. Nicolai seguía escribiendo y dictando charlas. En 1929 viajó a América y se instaló en Chile. ¿Por qué precisamente en Chile? Porque como sabio tenía la más alta idea del prestigio cultural de nuestro país. Aquí escribió, a través de los años, las siguientes obras, que alcanzaron fama mundial: "La seguridad científica", "Cómo un biólogo ve la filosofía", "Localizaciones cerebrales", "Mortalidad infantil y natalidad", "Ave y avión", "El poema de don Quijote", etc.

Fue director del Instituto Central de Psicotecnia en la Universidad de Chile, y dictó cursos sobre biología, sociología e historia de la medicina.

Sus discípulos más brillantes fueron el doctor Cruz Coke y el doctor Asenjo. Pero el sabio tenía otros amigos. Le gustaban la bohemia y la charla nocturna. Le interesaban la pintura y la poesía. Fue íntimo de Vicente Huidobro, que venía llegando de París. En la Casa Central de la Universidad dio una conferencia sobre biología; entre el público estaba el poeta Alberto Rojas Jiménez, que se había tomado un batallón completo de vasos de vino. Mientras el grave *Herr Professor* hablaba en la tribuna, Rojas le hacía chistes desde la platea. El sabio era alemán. El poeta, chileno. Nicolai era un biólogo célebre. Rojas, un poeta aficionado a la buena vida; pero el sabio, de fama internacional, supo mantener el sentido del humor, y contestó cada chiste del chileno con una salida que parecía latina por lo rápida e incisiva.

Ahora, Nicolai vive en la calle Sazie. Tiene noventa bien vividos y trabajados años. Sigue estudiando ocho horas al día. La casita en que mora es excesivamente modesta para su prestigio. En la misma viven cinco familias más. Tiene tres piezas para él. Dos para su biblioteca, que es una de las más valiosas de América, y otra que le sirve de dormitorio y comedor. Con la lamparilla encendida trabaja hasta la madrugada. Se le ve alegre y animoso. Sólo piensa en dictar nuevas

conferencias y publicar nuevos libros. Ante un cronista, dijo: "Quiero tener tiempo sólo para trasladar al papel lo que llevo aquí". Y se llevó la mano a las sienes. La Universidad de Chile lo ayuda con una subvención. Nicolai, por su parte, ha legado su biblioteca, que contiene las más brillantes obras científicas, a la misma Universidad, para que se coloquen oficialmente, después de su muerte, en la sala que se llamará, lógicamente, "Sala Nicolai".

Pero, mientras tanto, las tres piezas en que vive no están a la altura de su prestigio ni de su fama internacional. Hay que tener en cuenta que Nicolai es una de las figuras más brillantes de la biología mundial. Y para Chile es un honor que viva y enseñe entre nosotros.

Una casa para Nicolai es una consigna que se debe lanzar, para que el Estado le brinde una vivienda alegre, cómoda, con buena vista, bien instalada, y donde él pueda seguir estudiando y escribiendo. Claro que físicamente no lo puede hacer, porque las manos le vacilan y se cansa rápidamente. Pero necesita secretarias, una máquina grabadora y todas las facilidades elementales para un sabio de su categoría.

Mientras tanto, el viejo de noventa años sigue al pie del cañón. Con la cabeza apoyada en la almohada, tiene algo de Cristo laico. Los cabellos se desparraman sobre la colcha. Los ojos, de un intenso azul acero, mantienen el brillo de sus años mozos. La nariz aguileña se perfila en la penumbra de la humilde pieza. La caudalosa barba le da aspecto de santo de la Edad Media, tallado en madera. Nicolai, en este momento y en su pieza de la calle Sazie, luce ya la cara que tendrá algún día en el busto que habrá que alzarle. Parece de mármol o de bronce. Y algo suprahumano, lejos de esta tierra, desprendido ya de la envoltura material, rodea su rostro como una aureola.

El 8 de octubre de 1964, Nicolai se incorporó en el lecho... , les echó una última mirada a la humilde pieza, a Santiago de Chile y al mundo, y partió sencillamente con la misma dignidad que había vivido.

Francis de Miomandre

ERA UN VIEJITO genial que vivió enamorado de América. Y, concretamente, de Chile.

Estoy seguro de que nadie lo habrá sentido tanto como su amigo Salvador Reyes. El tradujo "Valparaíso, puerto de nostalgia" al francés y lo acompañó mil veces a *flâner* por las calles de París. Era un bohemio en el mejor sentido de la palabra.

En sus tiempos mozos habría sido *dandy* del París de antes de la Primera Guerra Mundial. Se le veía en el Dôme y la Coupole de Mont-

parnasse y en los cafecillos de Montmartre. Estaba enamorado de la última modistilla que veía caminar por el *Boulevard* Saint-Michel y le dedicaba unos versos encendidos que hacían transpirar de emoción a los *snoobs* de hace cuarenta años.

Escribió una larga serie de novelas y de versos, pero, antes que nada, fue un habitante típico de la ciudad literaria, que era amigo de todo el mundo y que estaba al día en lo último que se escribía en París o en el globo. Adoraba a Chile. Tradujo, además de Salvador, a Eduardo Barrios. Se conocía bien a Neruda. Había tratado e intimado con Vicente Huidobro. Recitaba en voz baja a la Mistral. Y, por suerte, hace cinco años, Chile se portó bien con él y le entregó solemnemente el Collar de O'Higgins.

Recuerdo la escena. Fue en la Embajada de La Motte-Picquet N.º 2 y le tocó a Miguel Echenique hacer el discurso de elogio. Miomandre, viejito y simpático, llegó a las siete. Todo el mundo creía que la ceremonia terminaría a las puntuales e inflexibles ocho de la noche. Acompañado de una amigueta (68 años), lo que hizo arrugar la nariz y el gesto a más de una siútica consagrada de la colonia chilena que cree que París es la *Rue* de la Paix y los alrededores de las Galerías La Fayette, don Francis cantó, recitó, bailó, aprendió cueca, contó chistes, bebió el nocturno "vin rouge" de Chile. Y se fue, vacilante y encantado, a las seis de la mañana con unas estrellas tan pálidas que parecían sacadas de algún cuadro impresionista.

No conoció Chile. No caminó por Santiago ni trepó a los cerros de Valparaíso.

No le dio la mano a la gente que le habría encantado conocer. Fue un poco un tímido turista de un mundo imaginario, que vivió una América propia y personal que llevaba detrás de la frente.

Y con ella se fue a la tumba, seguro de que tenía que ser más linda que la que estaba al final de todos los viajes y de los cruceros por el mar.

Por eso, como chileno que lo conoció personalmente, le he dedicado con emoción estas líneas de recuerdo.

Azorín

EN LA CALLE Zorrilla, de Madrid, vive el viejo Azorín. ¿Vive? Más bien dicho, agoniza lentamente... Tiene más de noventa años y ya no sale a la calle. No puede. Le vacilan las piernas, el corazón, la vista, el hígado, todo... Es un cadáver en vida. La última vez que lo vi, hace cinco años, podía caminar aún trabajosamente entre dos amigos. Hace tres, se asomaba, por lo menos, a la ventana, para ver cómo se ponía

el sol sobre el caserío de Madrid que él había pintado tantas veces magistralmente. Era un viejito de rostro fino y transparente. Daba la sensación de ser de cristal y de tener una fina red de arrugas, en las cuales se perdía a veces el lápiz de los muchachos que llegaban hasta su casa a pintar sus rasgos...

Vestido eternamente de negro, tenía algo de muerto en vida. Con una corrección de retrato de familia, lucía una lejanía de daguerrotipo o de dibujo a pluma. No sé por qué me acordé de los personajes de Gutiérrez Solana y de la tendencia general de la pintura española que viene el negro, usa la muerte como medio y anda buscando desesperadamente la otra vida en medio de ésta...

No hay nada más español que Azorín. Es casi más español que Baroja, con la diferencia de que Baroja mira más adentro del alma de su país, y Azorín prefiere quedarse en la superficie... ¡Pero qué superficie!...

No hay pincel como el de este anciano para pintar los pueblos blancos de Castilla, que parecen hechos de harina y de cristal. Nadie como él para dibujar esas viejas de manto negro, que salpican los caseríos de Andalucía. Nadie para buscar de nuevo la huella de don Quijote en los campos de la Mancha...

Azorín es el rey de los castillos llenos de historia. Es el propietario de los fosos, las almenas y las poternas. Es el verdadero emperador del quemante sol castellano. Hay algo de fino hierro en sus páginas inmortales, y nadie ha pintado como él ese cielo sin nubes que cubre, como una bandera, dramáticamente a España.

Este es el anciano que no me dejaron ver esta vez. El viejito genial que ya está conversando con Dios en su sombría casa de la calle Zorrilla, detrás de las Cortes, en su Madrid.

Los Alvarez Quintero

¿SE ACUERDA usted de la vieja compañía de teatro de don Esteban Serrador y de doña Josefina Marí, los padres de Nora, Esteban y la Pepita, allá por los años de 1930 en el viejo Comedia? ¿Sí? ¿Se acuerda cuando se dio "El genio alegre", con Nora en el papel central y con un actor joven y recién estrenado que hacía el papel de Lucio, y que se llamaba Lucho Córdoba, que se iniciaba tímidamente en la escena, a pesar de que tenía la más legítima sangre de actor?... ¿Y que Nora, en el largo monólogo, cuando describe el sonido de las campanas sobre los campos de Andalucía...?

¿Se acordó? Bueno, entonces se explicará que yo llegara un día a Madrid en busca de la huella de los célebres hermanos. Y la encon-

tré, antes que nada, en Sevilla, en Córdoba y Jerez de la Frontera. Y en los pueblos andaluces que brillan de noche como diamantes y que parecen, literalmente, pintados de sol. Los hallé en el Barrio de Triana, en el de Santa Cruz y a orillas del Guadalquivir, que es un río tan andaluz que les lanza saetas de agua y de luz a los demás ríos, como diciéndoles: “¡Qué ríos ni que nada! ¡Esto se llama río! ¡Y esto se llama saber reflejar la puesta del sol! ¡Esto se llama saber copiar la Giralda como si fuera a mano!”

Y en Madrid mismo busqué la estatua de los Alvarez Quintero, en la soledad dorada del Retiro en otoño, bajo la cascada de hojas melancólicas y tristes. Allí estaba la célebre pareja, como si estuviera esperando el ramo de claveles de fuego que les llevaba yo para que se alegraran los ojos de bronce. Y para que se sintieran como en su lejana casa blanca de Sevilla. Allí estaban, en medio de la floresta y de los niños que elevaban volantines y jugaban entre las flores. Allí estaban, con la vista perdida en el infinito, junto al más curioso y notable de los monumentos que he visto hasta la fecha. Porque los hermanos han sido tallados junto a una típica ventana sevillana, al pie de la cual espera una mujer de largos y anochecidos ojos negros. Y a través de la ventana cabalga (de tamaño natural) un típico jinete cordobés.

Allí están la sangre de “El genio alegre” y tanta comedia, a través de las cuales galopa la sangre de la parte más mora de España. Allí están los hermanos, esperando el homenaje que se les tributa todos los años poniendo en escena un breve diálogo de dos viejitos que recuerdan los tiempos idos, aprovechando los últimos rayos del sol otoñal de Madrid.

A su lado sentí esa maravilla que es la influencia andaluza en la literatura y especialmente en el teatro español. Se siente a García Lorca y se ve pasar la larga caravana de sus gitanos y sus lunas de dulce y melancólica miel. Se ve a la Pilarica, la calle de la Sierpe, la plaza de toros de Linares, cerca de Córdoba, donde cayó para siempre Manolete. Se adivina el paso de los moros en otros tiempos y se divisa aún, con un poco de cuidado, a los mucines con los brazos elevados hacia el cielo, en busca de la huella de Alá.

Allí están los hermanos como buscando un rayo de sol, de ingenio y de alegría fanática, bajo la floresta, un poco de cuadro, del Retiro.

No les podían haber hallado un puerto de atraque definitivo más de acuerdo con lo que fueron en vida...

Torcuato Luca de Tena

MADRID ES LA ciudad más sentimental del mundo. Casi romántica y nostálgica. Le gusta mirar hacia el pasado como la bíblica mujer de Lot. Aquí está la prueba. Torcuato Luca de Tena, viejo conocido de los chilenos, autor de "¿Dónde vas, Alfonso XII?", que fue el éxito de teatro y de cine, acaba de estrenar en el Goya la segunda parte, que se llama "¿Dónde vas, triste de ti?"

Una explicación previa. La canción que cantaba la gente en la calle a la muerte de Mercedes, decía:

*¿Dónde vas, Alfonso XII?
¿Dónde vas, triste de ti?
Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi.*

En la primera obra, que llevó al cine el argentino Amadori (que actualmente filma en Palma de Mallorca), tuvo el más resonante de los éxitos. Político y teatral. Presentaba la historia de España en los últimos años del penúltimo de los monarcas españoles, que fue uno de los más queridos. Alfonso XII fue un poco el príncipe romántico de la historia española. Se casó por amor con Mercedes de Montpensier, nieta de Luis Felipe, la que murió joven, y su marido se casó de nuevo, con María Cristina, para morir a su vez antes de los treinta años. Como quien dice la historia y la novela en vida.

Torcuato tiene sentido del teatro. Y de la política. Es monárquico y sabe que hay gente de derecha que suspira todos los días (y varias veces al día) con tener un rey.

Actualmente, el príncipe Juan Carlos está estudiando en una academia militar, preparándose para ocupar algún día —según él— el trono vacante de España. La táctica inteligente aconseja preparar el ánimo para que la gente vaya acostumbrándose a un monarca joven y romántico. Como el otro. Y, naturalmente, Alfonso XII se presta admirablemente para ello. Además, está muerto, y, bien presentado, con habilidad teatral, es la mejor proclama política que se puede lanzar en estos momentos.

El hecho es que la obra de teatro obtuvo el más resonante de los éxitos. Y la segunda parte lo mismo. El Goya estaba prácticamente repleto y la crítica fue unánime. Desde el "ABC" (lo que era obvio) hasta "Pueblo", que le dedicó sus mejores adjetivos.

"¿Dónde vas, triste de ti?" es el "Martín Rivas" de España. Tiene la tónica política, la reconstitución de una época inolvidable, tipos que existieron, fauna popular, música, canciones, etc... Además, provoca

llanto y risas por partes iguales. España se ve un poco en estos actores que pueblan la escena del Goya y que ascienden (tome nota, lector) a más de setenta.

El hecho es que la temporada teatral se inicia con un golpe auténtico. De taquilla, de crítica y de prestigio. El día del estreno, la sala estaba llena. Los días siguientes había que hacer cola tres horas para conseguir una modesta entrada.

Y Torcuato, viejo monarquista, y hombre de teatro de auténtica garra, se ha anotado dos victorias por falta de una. Ha puesto en marcha los viejos fantasmas del pasado con claras y hábiles alusiones a lo que pasa hoy. Y al mismo tiempo ha recibido de los mejores y más exigentes críticos de la ciudad de la corte la más unánime de las ovaciones.

Puede estar satisfecho.

Alvaro de la Iglesia

YO TRABAJÉ en "La Codorniz". Antes lo había hecho, en Chile, en "Topaze", "Pobre Diablo" y otras revistas que tratan de hacer reír. En Argentina escribí en "Rico Tipo", hace diez años. Ahora me ha tocado hacer lo mismo; tratar de que el buen lector esboce una sonrisa, en las páginas de la que, a mi juicio, es la mejor revista humorística del mundo.

"La Codorniz" es nieta de lo que fue "Gutiérrez", de hace treinta años, y que tanta influencia tuvo en la fundación del "Topaze", a la caída de Ibáñez. La dirige Alvaro de la Iglesia y la pequeña oficina queda en la Gran Vía, en el llamado "Palacio de la Prensa".

Una pieza con diez dibujantes adentro basta para contener a los mejores humoristas que hay actualmente en el país. Naturalmente, no es la única, pero es la más importante. Indirectamente es la abuela espiritual de la genial "Tía Vicenta", de Buenos Aires.

Pero vamos a los hechos. Alvaro de la Iglesia, a los cuarenta y ocho años escasos, tiene fama de ser el hombre que más escribe y más gana actualmente en España. Sus libros, entre ellos, "Todos los ombligos son redondos", "Sólo los tontos se mueren", "En el cielo no hay almejas", etc., son record de venta en el país.

Se trata de un humorismo totalmente distinto al que estamos acostumbrados. No es el chiste explicado y largo del "Punch", de Londres, ni la ingenuidad genial, pero ingenuidad al fin, del "Simplicissimus" alemán, ni de lo que era el "Gil Blas" de París. Ni de lo que se hace en la materia en Estados Unidos.

Es el chiste poético y disparatado que me recuerda los dibujos del "Mono" Tejeda en Chile. O las cosas de Alhué. O lo que escribía Osnofla, hace años, en "Sucesos". El chiste porque sí, sin explicación, pero que hace estallar de la risa. Como dice la revista en su lema, está hecha "para la gente realmente más inteligente del país". Tiene cientos de secciones, que actúan con cierta libertad crítica frente al gobierno. Como que se ha pasado varias veces de la raya (de la raya oficial) . . . , y la han castigado por una semana o dos.

Pero la revista sigue saliendo sábado a sábado, y Alvaro de la Iglesia continúa igualmente dándoles a los españoles una ventana de buen humor. Que, por lo demás, sirve admirablemente para volcar el mal genio y el espíritu de crítica que lleva adentro todo ciudadano mayor de dos meses en este país, tenga el gobierno que tenga.

Por eso creo que es un pequeño honor tener una sección firmada "Tito" en sus páginas. . .

¿No les parece a ustedes lo mismo?

Emilio Romero

—UN DÍA será uno de los jefes políticos de España. . .

Esta profecía se la dije en voz baja a un periodista, escritor, ensayista, hombre de teatro y político que vive en Madrid, que dirige el diario "Pueblo", que escribió la novela "La paz empieza nunca" (que protagonizó en cine mi mujer), y que acaba de publicar unas "Cartas al príncipe", que van a provocar conmoción en su país, si no la han provocado ya.

Es un gallego de pocas palabras, que las busca escrupulosamente, las selecciona con mucho cuidado y las deja escapar con cautela para expresar ideas realmente profundas y a las cuales sólo les faltan las comillas para ingresar a un libro.

Representa el ala izquierda de la Falange española, los sindicatos y la juventud. Es un periodista que le ha inyectado un sabor europeo a su diario. Su "Pueblo" está ahora en 180.000 ejemplares; se mudó del modesto edificio de dos pisos que ocupaba en la calle Narváez 70, para anclar en un rascacielos de cristal y cemento de catorce pisos, que queda detrás de la casita en que murió Lope de Vega, y cerca del Hotel Palace.

No es simpático en el sentido manido y vulgar de la palabra. No es un piropero de feria ni un palmoteador profesional que anda conquistando votos con una escudilla en la mano. Es un hombre españolmente serio, que es una de las pocas maneras que hay de ser serio en

el mundo, como decía José Antonio. Cuando escribe lo hace con una gracia, un donaire y una profundidad detrás de los cuales se notan un poco las lecturas de Ortega y Gasset y de Unamuno.

En 1958 me contrató para que escribiera una serie de artículos que se llamaría "España vista por un americano". Escribí veinte y recorrí toda la Península. Me mudé a "Pueblo" con camas y petacas, desde el "Yo lo conocí", que había inventado en Chile, hasta "La entrevista audaz". Desde allí partí como corresponsal a Argelia y allí conté, sin que me cambiaran una coma, lo que había visto en la China comunista.

Estuve con él hace dos meses, cuando no quise cometer la insolencia de pasar un segundo por Barajas sin recorrer las inolvidables y doradas calles de España. Allí les conté a los españoles por qué Frei iba a ganarle a Allende, y en qué forma.

Y sigo insistiendo. Algún día esa profecía que le hice en el café Sésamo, en la calle del Príncipe, en *nuestro* lejano Madrid, será efectiva.

—¿No es así, Emilio?

Agustín de Foxá

LO HABÍA conocido en Chile, hace más de diez años, un día en el Carrera. Iba de paso a la Argentina y creo que estuvo escasamente veinticuatro horas. Más tarde leí su novela de la guerra civil, "Madrid, de corte a Checa", mirada, naturalmente, con ojos franquistas. Luego, en Cuba, hace cuatro años, pasé varias veces a la embajada para ir a tomarnos una copa frente al mar.

Le leí versos graves y sonoros y me tragué en una tarde su libro "Por la otra orilla", en que habla largamente de América, que se conocía al dedillo.

En España tenía fama de ser uno de los hombres más ingeniosos que había en la villa de la corte. Era el hombre de la peña, del café y de la tasca. El rápido para lanzar una frase quemante o un chiste que más tarde daba fácilmente la vuelta a España, en manos de la imaginación popular, que le ponía su color propio.

Por ejemplo, cuando se hizo el Ministerio del Aire en el lugar que había estado la Cárcel Modelo, Agustín de Foxá dijo, al encontrarle cierto parecido con un convento, y de paso con la influencia de la Iglesia en la política y la vida españolas:

—No debía llamarse Ministerio del Aire, sino Monasterio del Aire.

La frase no le gustó, naturalmente, a mucha gente que, políticamente, estaba en la misma línea de Foxá. Era el repentista, el que dice una cosa ingeniosa en el café, que deja con la boca abierta. El hombre de los amigos y conocidos por cientos. El que escribe junto a un vaso de jerez, entre dos misiones diplomáticas y tres maletas internacionales llenas de etiquetas.

La muerte lo comenzó a seguir en Manila, donde era consejero de la embajada de su país. El había dicho la frase: "Para vivir, Cuba... Para morir, España". Y vino, precisamente, a morir a su país. Lo trajeron agónico en avión, y duró dieciséis días en una clínica. Pero quería morir, además, en la casa de su madre, frente al Retiro. Cuando faltaba una hora para el último suspiro, lo llevaron en una ambulancia y, efectivamente, murió en los brazos de su madre y frente a la mancha verde del lugar más madrileño de Madrid.

Y aquí viene lo notable. Al entierro, que no fue oficial, asistió prácticamente *todo* Madrid. El Madrid de día y de noche, seis ministros, todos los jefes de ministerios, escritores, pintores, escultores, duques y marqueses, gente del pueblo, toreros, garzones, muchachas enlutadas y caballeros ancianos que alguna vez, en una lejana tasca, le dieron la mano y le escucharon un chiste.

Cosa notable, que me muestra otro lado de España. Yo estuve en la capilla ardiente. Se había colocado la urna inclinada y abierta en el suelo, y el escritor sostenía un crucifijo de plata en la mano, entre seis cirios, y le habían puesto el hábito negro de San Agustín.

El telón de fondo de la ceremonia no podía ser más español. Tres monjas oraban; la gente vestía de negro; se oían sollozos, oían tristemente las coronas, los caballeros parecían salidos de los cuadros del Greco, y parecía raro ver así a ese gozador de la vida que dijo en una ocasión: "Me habría gustado ser amigo y sentarme en una mesa con Rubén Darío, para ver llegar la madrugada diciendo versos sonoros como corceles de guerra..."

Más tarde la prensa se volcó en elogios. Se le llamó "lo más grande en ingenio que ha habido en España desde los tiempos de Quevedo".

No creo tanto, pero quedará como lo que fue. Como el noctámbulo que enriqueció la vida de Madrid, y sus frases rodarán, naturalmente sin firma, por muchos años, por los sitios que tanto amó: las tascas y los cafés. Y eso basta...

Vintilia Horia

LARGAMENTE vivió en Madrid Vintilia Horia, el novelista rumano que ganó, y renunció más tarde, el Premio Goncourt. Su novela "Dios nació en el exilio" fue escrita justamente en una modesta pensión de un barrio suburbano de Madrid. Escribió igualmente en "Puntaeuropa", en la Radio Nacional de España, y en otras revistas y diarios...

Es un hombre joven, con una terrible cara de intelectual, lentes serios y graves, delgado como un pelo, y que había militado —según cuenta— en su juventud en la Guardia de Hierro, que comandara hace veinte años Codreanu. Además, según "L'Humanité", de París, había escrito una serie de elogios a Mussolini e Hitler, que ahora se los han sacado a relucir en medio de uno de los debates periodísticos más apasionantes de los últimos tiempos, y en uno de los escándalos más sonados.

Resultado: Horia rechazó el premio y desapareció en París. A un amigo español le escribió:

"Es posible que yo haya escrito algo en favor del Duce o del Führer, pero de eso hace tantos años que ya no me acuerdo... Además, en esa época yo era tan incurablemente joven, que tengo derecho a rectificarme y a cambiar de posición..."

El hecho es que el famoso Premio Goncourt (menos de diez mil pesos chilenos) quedó acéfalo y quedará así hasta el próximo año... Claro que la jugada de Horia es magistral. Por un lado NO gana los escasos francos que entregaba el premio, pero ningún lector europeo dejará de devorar su libro, apenas asome por las librerías. Y será traducido rápidamente a veinte idiomas.

"Dios nació en el exilio" es una especie de diario del poeta Ovidio, que fue exiliado, como el mismo Horia, y en que plantea con un estilo apasionante el problema de la pérdida forzada de la patria.

Se rumoreó que Horia había regresado secretamente a Madrid. La noticia es falsa. El joven novelista rumano se ha escondido tácticamente en París, para escapar del asedio de la prensa... Y para prepararle el terreno de publicidad a su libro...

La batalla, en principio, la ganó "L'Humanité", y Horia no recibirá el premio, pero le ha hecho el más hábil de los juegos al discutido escritor, ya que ahora sí que "Dios nació en el exilio" se venderá en forma arrolladora.

Como quien dice una victoria a lo Pirro, pero al revés.

Dominguín contra Hemingway

Esto lo escribí tres años justos antes de la trágica muerte de Hemingway, pero el pleito sigue en pie.

EL VIEJO litigio... , la antigua cuenta... , la tradicional pelea entre los dos ases del toreo español: Dominguín y Ordóñez. O sea, del hombre que dijo en plena plaza que él era el número uno, y de su cuñado, que se ha impuesto en tiempo record y que acaba de ser cogido espectacularmente en la Plaza de Acho, en Lima.

Todo fue por culpa de unas páginas de Hemingway escritas para "Life" en español, bajo el título general de "El verano sangriento", en que, naturalmente, destaca y aplaude a su amigo y socio Ordóñez, para dispararles por lo bajo a Dominguín... y a Manolete. ¿Manolete?... Ahí está lo grave. Tocar a Manolete es como hablar mal de la Cibeles o de la Giralda. O reírse de la Puerta del Sol y de toda la tradición más seria y respetable de la vieja España.

Atacar a Luis Miguel, pase. Está vivo y se puede defender. Además, actúa, domingo a domingo, y se le pueden lanzar algunos tacos... Pero a Manolete, al genio de las verónicas más ceñidas que se hayan hecho jamás ante los "tendidos de sol y sombra"... —¡hombre!—, eso no pasa en España aunque se derrumben los Pirineos...

Y lógicamente la gente ha saltado al ruedo a defender a sus ídolos. El mismo Dominguín ha sido entrevistado por una revista española y lo menos que le ha dicho a Hemingway es que entiende mucho de literatura, pero de toros, ni gota... Y conste que Hemingway es autor de "Fiesta" y "Muerte en la tarde", novelas clásicas de toreo español (a pesar de los rezongos de los viejos entendidos), y que adora a España, país que visita por lo menos una vez al año...

Pero no ha sido únicamente Dominguín. Edgard Neville, un magnífico autor de comedias y director de cine, uno de los mejores humoristas que tiene España en estos momentos, y que pertenece a la brillante generación de Mihura, Tono, Alvaro de la Iglesia, y tantos más, ha saltado al ring con sus ágiles ciento veinte kilos de peso a decirle claramente al novelista norteamericano que la ha "metido" con todas las de la ley.

Ahora falta que Hemingway, que se encuentra en su casa de Idaho y que tiene que volver a España en breve, coja el capote, saque la montera, empuñe la espada y contraataque a su vez...

Carlos Llopis

CARLITOS LLOPIS es uno de los mejores autores cómicos y serios de Madrid. Tiene por lo menos veinte comedias estrenadas, y prepara media docena más...

En Chile se le han estrenado dos. Además, Carlos viajó a Chile, y lo mejor de Carlitos Llopis es Llopis mismo.

Es uno de esos tipos a quienes bastó llegar al Crillon de Santiago, tomar un apartamento, abrir las maletas..., y ya tenían media docena de amigos, que más tarde llegaron a ciento cincuenta, a doscientos, a trescientos, etc.

Fue un día al teatro de la SATCH y vio las butacas con el nombre de los que las habían regalado... No preguntó más. Se compró una corrida completa y tuvo el buen gusto —de castellano auténtico— de no ponerle su nombre a ninguna.

Con Carlos y Américo Vargas nos juntamos algunas tardes de la primavera genial de 1961 a echar un parrafito en el Iruña, la Posada del Mar, la Fuyina o el Montestoril. Como quien dice la brigada de gala de la bohemia teatral y periodística de Madrid... Una especie de mezcla rápida de Il Bosco, el Haití y el Sao Paulo, con breves gotas del resto de los boliches bohemios de Santiago de Chile.

Pues bien, ustedes saben de sobra que yo uso los pantalones como Cantinflas. Como quien dice bajo la línea de flotación, consecuencia remota de una lejana agonía por cinco enfermedades incurables, de las que me salvó ese médico excepcional que se llama Gustavo Girón.

Pues bien, Carlitos Llopis me notó esta anomalía tan poco de acuerdo con la elegancia inglesa, y partió hecho una bomba al frente.

Estábamos en la Gran Vía. Al frente queda Preciados, que es el Gobelinos de Madrid.

Regresó a los quince minutos. Pero regresó con algo. Y con su mejor y más inocente sonrisa, me dijo:

—Ahí tienes este recuerdo de un amigo, para que no te olvides de España.

Yo abrí ingenuamente el paquete. Y encontré el más elegante y discreto —y sólido sobre todo— par de suspensores que haya visto y usado en mi andariega vida.

Por lo cual ya saben ustedes que presenté mi renuncia indeclinable de Cantinflas criollo... Y que ahora ando con los pantalones perfectamente normales...

Gracias a Llopis.

Mauriac contra Peyrefitte

NO HAY NADA más diabólicamente atractivo que las peleas entre escritores y artistas en general. En Chile hemos tenido la lucha entre De Rokha y Neruda, o entre el mismo Neruda y Huidobro. Entre los poetas jóvenes hay luchas a muerte que se traducen en estrofas y tomadas de pelo en verso. Los novelistas escriben obras en clave y presentan a sus adversarios bajo nombres supuestos, pero arrojando una pequeña luz, que permite reconocer fácilmente al personaje aludido. En Francia, Victor Hugo atacaba a Dumas padre, y Lamartine no podía soportar a Chateaubriand. En la época moderna los pintores Picasso y Dalí se ignoran mutuamente. O se pinchan con la punta del pincel lleno de veneno.

Pues bien, ha sido precisamente en París, en el apasionante mundo de las letras, donde ha estallado una lucha sin cuartel, fina y versallesca, al mismo tiempo, llena de reverencias y palmoteos en la espalda, pero cargada de dinamita. Se han enfrentado en la revista "Arts" Peyrefitte y Mauriac. Ambos son católicos y ambos novelistas, pero con una diferencia substancial: Mauriac es el gran teórico del catolicismo galo. Peyrefitte es el comentarista superagudo, el periodista filudo y el estilista que conoce los adjetivos más sutiles y llenos de fina y casi imperceptible maldad para herir mortalmente al contrario. El primero es el delicado autor de "Dido", que pesa cada palabra antes de estamparla en el papel. Pertenece a un mundo de señoras de otra época que invitan a la figura del momento a tomar té con masitas y a "pelar" con una malicia clásica, que recuerda las charlas de las damas de la corte de Luis XIV. Solitario, arisco, engréido y envidioso, prepara como un general en jefe su plan de batalla para dejar ensartado al adversario con una frase que hace pasar previamente por las más exigentes probetas de la maldad, y que luego destila, lentamente, en un comentario ácido que hiere, primero, y luego encona la herida. Forma parte de un mundo de salones viejos y llenos de pesados cortinajes, con la estufa eternamente encendida, los visillos corridos, retratos de familia en las paredes y libros con borrosas y ya lejanas dedicatorias de autores célebres, donde la solterona más importante de la época tiene su rendida corte de admiradores que le presta tributo y que forma su séquito particular.

Peyrefitte viene de la diplomacia y de la prensa. Su "Fin de las embajadas", "Las llaves de San Pedro" y "Los hijos de la luz" son un modelo de malevolencia, que está más cerca del pelambre que del arte, pero que da a conocer con una sutileza sólo francesa los entretelones privados de la vida de sus contemporáneos. Es una especie de limpiador de letrinas. De estratega de los chismes y de los comentarillos

de comadres, minuciosamente anotados y archivados, que el escritor vierte melosamente con una suavidad que sólo se aprende en los encerrados pasillos de las cancillerías y embajadas.

Son dos estilos y dos posturas. El catolicismo doctrinario y punzante de Mauriac ha chocado con el otro catolicismo de entrelíneas y pinchazos del ex diplomático. Y, entonces, ha salido a relucir toda la fina y delicada mugre, la elegante basura y la versallesca bajeza de un submundo que es literario en la superficie, pero intoxicante y deletéreo en las profundidades.

Y se ven la politiquería y la bajeza para ganar premios y entrar a la Academia, la falta de grandeza para escalar situaciones y obtener fama.

Y los escritores, tan agradables para leerlos en la intimidad del hogar, se derrumban estrepitosamente al conocerlos más de cerca.

A ratos se tiene la sensación de que los hechos no hubieran ocurrido en París, sino en Santiago de Chile.

Picasso

FUE EN LA Costa Azul. La Costa Azul es tan azul que la Dirección de Turismo de Francia le echa ocho toneladas y media de anilina violentamente azul todos los veranos, para que los turistas se sientan a gusto.

Hoteles elegantes, mujeres bonitas, homosexuales, millonarios yanquis, reyes derrocados y algunos gangsters en desuso para darle colorido al paisaje. A un lado late el mar. Arriba late el cielo. Al fondo laten los Alpes; allí tiene su casa Picasso. Picasso me recibió —como era lógico suponerlo— en short y tostado como un carbón. Lo único blanco de Picasso eran los ojos y los dientes. Lo demás, una mezcla de alquitrán y chocolate que le quedaba muy bien.

Bajo, rechoncho, macizo, no ha sacado nada con vivir cuarenta años en Francia, porque sigue siendo tan español como cuando dejó Madrid.

Esos ojos vivísimos, agazapados bajo las cejas; esa raya, que es la sonrisa; esos dientes expertos en jamón serrano, esa garganta amiga del Jerez de la Frontera y del Valdepeñas, ese cuello de toro recién llegado a la plaza entre los "tendidos de sol y sombra", esa frente de pequeño burgués, esas espaldas de cargador, esas manos de obrero, esos pies de vecino de la Puerta del Sol; toda su arquitectura, lo hacen español de pura cepa.

Y una tarde, tendido en la playa entre dos morenas sensacionales que jugueteaban con sus amantes, como si fueran perros regalones,

hablamos de su pintura, de Dios y de España. En frases lentas, en un español torturado y torturante, me fue explicando por qué pintaba y cómo pintaba. Me dijo que lo grande era afirmar algo para poder negarlo a continuación, como lo habían hecho todos los grandes creadores. Que él era solemne como Velázquez, espiritual como el Greco y negro como Goya. Que él quería simplificar lo esencial dejando el esqueleto de las cosas, sin pellejo ni sangre, reduciéndolas al hueso y sólo al hueso. Que sus mujeres con dos narices, sus vírgenes de perfil y de frente simultáneamente, su visión del Quijote, sus toreros hechos sólo de manchas temblorosas, de tinta china, sus matronas de inmensas nalgas grandes como catedrales, y sus payasos tristes, estaban hechos con sangre española y de acuerdo con la mejor tradición pictórica en el país.

Después, cuando ya nos hicimos más amigos, me mostró cuadros, esculturas y hasta versos, y comprendí por qué le había regalado al Estado español su obra total, para que ésta fuera colocada en Madrid, una vez que cerrara los ojos para siempre.

También comprendí por qué había dibujado "Las meninas", de Velázquez, aplicándoles una especie de extraños rayos X y dejándolas en paños menores.

Porque Pablo Picasso, con acento en la ó, no ha dejado de ser jamás español hasta la raíz del pelo, y mentalmente sigue estando detrás de los Pirineos.

Salvador Dalí

HACE CUATRO años me tocó estar con Dalí en París. Inauguraba una exposición en el Petit Palais a base de motivos de la Biblia. Yo le dije que debía haber invitado al Dante mismo. Me miró desde lo alto de su monóculo y de sus bigotes engomados, y me contestó:

—No se preocupe... Va a venir, de todos modos.

El pintor asiste con una tenida especial: frac morado con vueltas de astracán, sombrero tirolés y bastón con cache de oro... Bajó de una carroza con caballos y penachos, y le puso una escalerilla un criado que vestía a la usanza de la época de Luis XIV, con calzón corto y peluca empolvada. Dalí no saludó a nadie y entró majestuosamente al salón de la exposición. Lo esperaba un batallón de fotógrafos y una nube de periodistas. El pintor habló brevemente, en un francés quebrado y vacilante. Cada frase había sido estudiada largamente ante el espejo. Hacía juego lo que decía con el movimiento de los ojos. Cada salida estaba calculada teatralmente para provocar mayor conmoción.

Movía los ojos como un par de focos en un set cinematográfico. Los clavaba en los periodistas como un florete, y luego los paseaba suavemente sobre las damas como un amable plumero.

Lo primero fue preguntar con su mejor cara de ingenuidad:

—¿Podría decirme, alguno de ustedes, quién es un señor Picasso, que dicen que se dedica a la pintura?...

Luego hizo una serie de afirmaciones rotundas.

—Mi pintura es única. Es inmortal y existirá cuando el ser humano haya desaparecido del planeta. Eso no importa. Les encantará a los marcianos, que colgarán felices mis obras en los museos de Marte. Esta será la última vez que pinte con pinceles. La próxima lo haré con soplete, que es más cómodo y más preciso para fijar los colores. El Renacimiento fue una época deplorable. Todo lo que hay en la Capilla Sixtina no vale la pena molestarse en verlo. Miguel Angel se daba cuenta algo de lo que podía llegar a ser la pintura. Rafael no entendió nada... La última esperanza que le quedaba a la Iglesia de enriquecer al Vaticano, se la brindé yo al Papa. Quería pintar de nuevo las murallas de la Capilla Sixtina. Se lo ofrecía gratis... Yo ponía la pintura y el genio... El Papa no entendió. Nadie entiende nada...; y, finalmente, se quedaron con esas cosillas del Renacimiento... Se ha hablado mucho de mi Cristo visto desde arriba. Sobre él se han escrito más artículos, folletos y libros que sobre la vida de Napoleón. Pero nadie lo ha comprendido. Dicen unos que se trata de la imagen del Hijo vista por el Padre. O del Divino Crucificado mirado por Dios mismo... No hay tal... Lo notable es que no hay símbolo alguno... No hay interpretación filosófica, ni nada semejante. Lo que pasa es que yo me coloqué mentalmente en un avión y le tomé una vista aérea a Jesús. Eso es todo. Cualquier piloto actual podría haber hecho lo mismo si hubiera vivido en los días de la Pasión y hubiera contado con helicóptero adecuado...

Le presentan algunos programas para que los firme. Sonriente, el pintor detiene a los admiradores con una frase:

—Yo no hago nada gratis... Cada firma mía vale por lo menos mil dólares... Calculen ustedes lo que costará en quinientos años más.

Luego continúa, con el monóculo clavado como un inflexible microscopio sobre los periodistas que toman notas y más notas.

—La gran pintura mía no la he hecho aún. Hasta ahora se ha trabajado con una tela, unos pomos y un pincel. Eso es vulgar, débil, pobre y pasado de moda. Yo usaré metales en el futuro. Pintaré con oro y plata. Los mezclaré, les pondré humo, y los haré moverse. ¿Se han dado cuenta ustedes de que la pintura es la más tonta y aburrida de las artes, porque no se mueve? Los cuadros están escandalosamente

fijos. Bostezan en sus marcos. Hay que hacerlos caminar, agitarse, moverse, actuar, vivir. Trabajaré con humo, con aparatos de relojería y con motores. En el futuro un cuadro mío no será nunca el mismo. Si alguien dijo que el paisaje es un estado de ánimo, yo le agregaría que cada vez que se contempla el cuadro hay que crearle al espectador un nuevo estado de ánimo. Haré cuadros que podrán ser tristes o alegres, según la velocidad que les imprima con palancas especiales. Los mismos llevarán al suicidio o al goce supremo. Creo que mataré más gente con mis obras que con todas las guerras... Ya verán lo que presentaré en breve...

Salvador Dalí se detiene, descansa un momento y luego les hace un amable gesto a los periodistas...

—¿Vamos a caminar un rato por el infierno?

Y con el bastón en ristre, como Satanás en persona, parte dirigiendo la comitiva. Dentro de la sala arde el fuego y se escuchan los lamentos de los condenados. Estos son los burgueses gorditos y bien comidos, que se retuercen y sufren ante las telas de Dalí. Ni el Dante podía haber inventado una tortura y un suplicio semejantes.

Con sus bigotes engomados, el pintor catalán sostiene su fama y su prestigio y clava la vista en el futuro, sujetando despectivamente el monóculo bajo la ceja derecha. Sabe que, diga lo que diga, y haga lo que haga, los *snoobs* del mundo entero lo califican de genio.

Y, lo más grave, es que lo es, sin discusión alguna.

Diego Rivera

LO VI DOS veces en México. Un día, en 1943, al pie de una vieja muralla cerca de la Ciudad de los Muertos, y otra en Xochimilco.

La primera vez tenía una manguera en la mano y trabajaba en mangas de camisa. Diego pesaba, por parte baja, ciento cincuenta kilos. Cada vez que se reía en su estudio, se quebraba un vidrio. Esta vez buscaba algo en la muralla muda y ciega bajo el sol. A lo lejos se veía la punta de la Pirámide del Sol, que tenía quinientos años cuando llegó la barba de Cortés.

—Mire —me dijo—. En esta vieja muralla no se ve nada..., ¿verdad? Mire ahora...

Y lentamente, bajo la acción del líquido, surgían imágenes y símbolos. Cosas viejas como el mundo. Recuerdos de mayas y aztecas... Peces, dioses, flores, ríos, animales... Y finalmente, una hembra y un macho de la Edad de Piedra...

—¿Ve usted?... Ellos también sabían el mito de Adán y Eva y

conocían la historia del diluvio... Y pensar que esto fue pintado hace mil años...

Pocos días más tarde lo vi pintar en Xochimilco. Xochimilco es la Venecia de México. Se camina por canales hechos entre bosques que ondulan al viento. Cada lancha tiene nombre de mujer. Cada bote respira ternura. Se llaman "Lupe", "Margarita", "Lucía", "Dolores", etc...

Nos recibía oficialmente el gobernador del D. C., un mexicano moreno como carbón, al que le faltaba un dedo, que se lo había llevado, naturalmente, la revolución.

Allí estaba nuevamente Diego. Dibujaba frente a una escuelita. Lo hacía rápidamente, ante la mirada sorprendida de diez indiecitos, que seguían infatigablemente cada movimiento de sus manos. ¡Y qué manos! Cada una debe haber pesado una tonelada. Dedos chatos y rudos, hechos para manejar la pala y la carabina. Diego trabajaba para los niños. Para enseñarles a pintar. Ellos preguntaban. El, con una voz de trueno, contestaba cada pregunta. Y no sólo eso. Les enseñaba a mirar, a ver lo que había detrás de cada piedra de la escuela, a reflejar en los humildes dibujos la belleza de cada detalle, de la cruz solitaria, de una nube vagabunda que se había quedado enganchada en los viejos hierros...

Me dijo únicamente:

—Esto es lo que más me gusta. Enseñarles a pintar a los indios. A mis hermanos de raza. De los gringos cargados de dólares... y de incultura, me río a gritos. Y los hago pagar. A éstos les doy clase gratis. Mire usted cómo aprenden de rápido...

Y, efectivamente, las morenas manos de los "chamacos" corrían sobre el papel e iba surgiendo la estampa infantil de la vieja iglesia de pueblo. Y hasta unos animales disparatados e ingenuos...

Yo conocía su fantástica historia. La bohemia de París antes de la guerra del 14, el cubismo junto a Picasso, la influencia de los descoloridos cielos de los impresionistas, la época del Café de los Asesinos, su simpatía por la revolución rusa, la firma con la hoz y el martillo, la vuelta a México y el estallido de la pintura químicamente mexicana. Sus frescos grandiosos en el Palacio de Gobierno, en el Ministerio de Educación, en la Escuela Agrícola de Chapingo, en la casa de Hernán Cortés en Cuernavaca, en los hospitales, en las escuelas, en cuanto metro cuadrado había en blanco en México; su invitación a Trotsky a vivir en la capital que se tiende a la sombra del Popocatepetl, su terrible revista de batalla "El Machete", su viaje final a Rusia, la enfermedad que avanzaba implacable a través de la terrible mole de carne, la curación breve y fugaz, y finalmente, la agonía, siempre con

el pincel en la mano, y esa risa de Pantagruel en los labios hinchados y resecos.

Y, antes que nada, su amor por Frida Kalho, una de las páginas más impresionantes de la época actual.

Nos invitó a su casa y conocimos a su mujer, que parecía una figura de tanagra que estaba como agazapada y escondida en un rincón rindiéndole mudo homenaje con la vista, y que se arrodilló mansamente a sus pies. Allí estaban pintados sus generales, sus indios, sus curas de aldea, sus obispos, sus cardenales, sus dueños de hacienda y sus dioses. Allí estaba México. Esos rostros de azufre, esos ojos de incendio, esas manos de sueño, eran México.

Todo esto me salió de galope al ver el cable y leer su muerte. Pero me queda, antes que nada, su imagen, moviendo el lápiz ante la vieja escuelita de Xochimilco y viendo cómo los indiecitos repetían cada uno de sus gestos.

—A los “chamacos” les enseño gratis...

Un día, seguramente, uno de estos mismos “chamacos”, al ver los inmensos frescos, al sentirse tocado por los rojos más dramáticos, los amarillos más insolentes y lo negros más nocturnos, recordará la vieja lección del maestro que acaba de desplomarse sobre la tierra con el estrépito con que lo haría una catedral...

Siqueiros

CUANDO VINO el terremoto de Chillán los mexicanos nos enviaron una ayuda generosa e inolvidable. Entre esa ayuda venía Siqueiros con su aspecto de relámpago, de dardo lanzado por una mano oculta, con su fama de revolucionario y de posible cómplice en el asesinato de Trotsky. Pintó los inmensos frescos de Chillán, que los niños chillanejos —que no estaban muy al día en cultura pictórica— llamaron “La casa de los fantasmas”. Allí pintó como sólo saben pintar los mexicanos. Los indios araucanos se salieron de los textos escolares y se transformaron en lo que habían sido en vida cuando estaban dirigidos por Caupolicán, por Lautaro, por Galvarino, por Colo Colo y tantos otros héroes que tenemos escondidos al fondo de la historia. Fueron indios con garras, con pelos, con sexo, con pulmones, con hígados y con una sombría catarata dentro de las venas que se llamaba la sangre de nuestros oscuros antepasados. Así pintaba y así pinta Siqueiros. Así está pintada la cúpula de la Municipalidad de Guadalajara, que es casi tan impresionante como la Capilla Sixtina del Vaticano. Allí apareció no “esa América morena”, como la llaman algunos cursis que se dedican

al periodismo y a la política en Chile, sino la América bravía, turbulenta, con alma de río, de volcán y de selva, como la ven los mexicanos, y como debíamos verla todos nosotros. Esa delgada daga, ese puñal brillante, esa espada, se llamaba y se llama David Alfaro Siqueiros.

Foujita

MENOS DE UN metro cincuenta, chasquilla de niña de las monjas y cara de gato. Esto es exactamente el pintor Foujita, con quien estuve brevemente en París en el último verano. Vive, como siempre, en el viejo Montparnasse, cerca del Dôme y de la Coupole y camina por la calle con la *baguette* bajo el brazo, a pasitos cortos y nerviosos. Debe de tener más de setenta años y representa noventa. O nada, como ocurre siempre con los orientales, que tienen un rostro inmutable a través del cual el tiempo camina sin dejar mayores rastros. Cuando yo lo conocí, hace diez años, daba la sensación, en la mañana, de ser un muchacho que andaba disfrazado con quimono por la calle. Con la luz amarilla de las ampolletas y los focos de los cafés se acordaba de que era nipón y se ponía violentamente color marfil. Un marfil de chiche, de miniatura o de Buda, que le quedaba muy bien.

Ahora la chasquilla está gris y las sienas casi blancas. Parece a ratos que alguien lo hubiera nevado para que adquiriera más respetabilidad y decoro.

Nunca volvió al Japón. Salió de entre los lotos y quedó definitivamente anclado junto al agua otoñal del Sena. Allí ha pintado largamente sus gatos de pies de fieltro, sus mujeres de porcelana, sus muchachitas lejanas y vagas que parecen volar sobre el papel, sus miniaturas que llevan un sello que sólo se da en el Asia. Fue budista, ateo, escéptico y ahora es católico. Los pintores bohemios de Montparnasse lo echaron a perder y cayó en el modernismo total. Hizo algunas giras de turismo por el arte abstracto y jugó con triángulos y círculos. Luego volvió lentamente a esas flores mágicas que había visto en su país y cuyo perfume conoce como nadie. Ahora está místico y yo mismo lo acompañé a Saint-Julien-le-Pauvre y lo vi orar de rodillas en la penumbra.

Más tarde me invitó a su pequeña casa, donde tomamos lentamente un té que prepara con esa habilidad única, que sólo se aprende en el Oriente. Y allí conocí a sus gatos, a los mismos gatos que trabajan en sus cuadros, y me presentó a una muchacha con los ojos rasgados que me hizo miles de reverencias antes de sentarse discretamente al borde de un cojín de seda.

Foujita habla con una voz dulce y lejana. Casi no habla. Musita

frases breves en un francés musical, detrás del cual asoma un japonés romántico que apenas le cabe entre los labios. Foujita es filosófico y casi religioso y no dice tonterías geniales, como Dalí, ni frases profundas, como pozos, como el viejo Picasso. Es sutil, ingenioso y dúctil. Parece que usara la palabra como una pequeña espada de samurai y es capaz de poner una idea realmente apasionante en cada declaración dicha aparentemente sin darle mayor importancia.

Más tarde me mostró sus cuadros, y viajé a través de un París que no tenía nada que ver con el París que había visto hacía un momento y que me esperaba detrás de la ventana. Un París visto a través de los inmensos lentes de Foujita y que daba la sensación de un lejano Tokio doblado al francés.

El dibujante Summers

SE LLAMA Manolo Summers y tiene sólo insolentes veinticuatro años.

Y ya es famoso. Famoso como dibujante en España y Alemania, y como director de cine.

Porque este muchacho que tiene cara de noruego o de danés, y que es más tímido que una gacela o una doncella en busca de novio, es actualmente uno de los más grandes dibujantes que tiene España.

Acaba de salir de la "mili", que es el servicio militar español. Y se acaba de casar a la salida. O sea que con cara de quinto (congrio) tuvo que dar el "sí" en una iglesia de Madrid a una muchacha encantadora.

Dibuja unos monos únicos, en los que domina el más perfecto humor negro, que está tan de moda en este triste mundo que viene saliendo de una guerra para asomarse ya a otra. Sus monjas, sus toreros, sus cojos, sus mancos, sus jorobados, sus fantasmas, sus críos de pecho, todos tienen una intención que arranca de la mejor tradición hispánica con el Greco en una punta y Goya en la otra.

Son monos tristemente alegres. O más bien dicho, alegremente tristes. Se ríen de la muerte y del más allá. Son unos millonarios que les ordenan a sus criados o ayudás de cámara que sean felices por ellos. O unas monjas de la caridad a las que se les para una golondrina a cantar, en la punta de la toca, para llamar a la primavera en la húmeda penumbra del convento. O... , pero sigamos con el dibujante. Vamos al director de cine que acaba de mostrarnos en privado "El viejecillo", que, según la crítica, es tan buena o mejor que lo mejor del cine italiano actual...

Y "El viejecillo" es una historia tiernamente maravillosa. Es la historia de un pobre viejo de ochenta años, que no quiere morir. Y la

muerte lo busca por calles y plazas. Lo sigue al café, a la tasca, al cine, monta detrás de él en los buses y hasta le paga el pasaje para llevarlo más pronto.

Pero la misma muerte se convence de que el viejecillo es tan simpático que no merece morirle aún, y finalmente se lo dice con lágrimas —con mortuorias lágrimas en las cuencas vacías—, en una dramática entrevista, a la hora del alba, en medio de la niebla, de la Plaza Mayor.

Pero el viejo no acepta. Ya quiere partir de este mundo, y del brazo con la muerte misma toman un bus —un genial bus—, lleno de ancianos que juegan alegremente tresillo y de viejas que cotillean y hablan de tiempos ya idos...

Y la fúnebre máquina (un simple bus callejero) parte una mañana cualquiera de una esquina de Madrid.

Y al terminar el filme se ve el rótulo del bus que dice sencillamente: "Al cielo".

Nada más, pero basta para trazar la silueta del muchacho que ya tiene listos cuatro temas para filmar en 1961.

¿Genial, no?

Mathius, un pintor sin pincel

MATHIUS ES EL pintor más raro del mundo. Y no únicamente por lo que pinta. O cómo lo pinta, sino por él mismo. Tiene más bigotes que Dalí y más pelos enmarañados que el más bohemio de los bohemios de Saint-Germain-des-Prés.

Pero tiene algo más. Pinta en tiempo record y hace un cuadro completo en menos de cinco minutos... Y lo vende —como lo vi yo— en medio millón de pesetas, que, mal que mal, significan la prudente suma de diez millones de pesos chilenos...

Es joven y rico. En Madrid vive en el Ritz y paga lo mismo que los príncipes de la más exigente sangre azul por una suite. Anda en un auto dorado, que tiene fama de ser el coche más caro de Europa... Se cambia traje cada media hora, a pesar de que en Río de Janeiro pintó ante el público prácticamente desnudo... No usa pinceles, sino que dispara el color directamente de los potes y tubos... Usa pocos colores, prefiere generalmente el rojo, el negro y el amarillo. Tiene un cuadro que se llama "Hernán Cortés", que parece, visto desde lejos, una usina en medio de la noche con todas las luces encendidas. En otro, sólo hay dos manchas, una roja y otra lila. Basta para componer una tela de dos metros de ancho por uno de alto que vende en millones. Cuando llega a un país no lleva cuadro alguno. Los pinta minutos antes de que la sala se abra para el público. No es combativo ni tiene

poses personales, estilo Dalí. Es casi tímido y sonríe continuamente ante las cámaras fotográficas, sin sembrar el terror ni los comentarios malignos... Humildemente tira un pote contra la tela, le pasa la mano rápidamente, dibuja vagamente un triángulo, lo salpica de unas manchas de color rojo sangre y le pone velozmente el título: "Destino", "Porque sí"... , etc.

La gente no sabe si llamarlo genio o loco. O las dos cosas, pero el hecho es que Malraux (que no tiene nada de iluminado ni de *snob*) lo califica sencillamente del primer calígrafo del subconsciente, y que Pablo Serrano, uno de los mejores escultores españoles actuales, me dijo en un aparte:

—Por primera vez veo la verdadera pintura...

Mathius no es jefe de escuela alguna. Y le cargaría serlo. El no pinta la ruptura de la materia, sino la materia dinámica vista a través de una pupila que está igualmente en movimiento continuo.

El mismo me dijo:

—Ahora yo veo esto así... En diez minutos más será otra cosa...

Pinta a una velocidad fantástica y gasta millones de tubos de pintura. Sus cuadros están empastados de color y dan la sensación de que pudieran masticarse casi... Sus negros son los negros de la muerte *más muerte* —según dijo un crítico madrileño—, y sus rojos son mejores y más intensos que la auténtica sangre...

El hecho es que el joven y melenudo millonario está provocando sensación en París, Río y Madrid...

Y no guarda los cuadros. Despectivamente los pinta y los tira alegremente... Claro que previo el pago de un fabuloso montón de dólares.

Y en España, país de la censura y patria de los viejos eternos como Velázquez y Murillo, la crítica ha sido extrañamente unánime: "Un genio que tiene más sentido del color que nadie y que lanza un mensaje que algún día será comprendido".

Mientras tanto Mathius lanza el color, pinta con las manos y los codos, se sienta sobre la tela, la estira con cortaplumas o cuchillo, patina sobre las manchas, y finalmente salpica al público como en un perfecto carnaval.

Chaplin y Nikita

CHAPLIN CUMPLIÓ setenta y cinco años. Nikita únicamente setenta. Charlot tenía cinco cuando la mamá de Nikita declaró que esperaba una guagua. La guagua, andando los años, iba a dirigir a doscientos

millones de hombres, toda la Cortina de Hierro y los PC del mundo entero... , salvo el chino y el indonesio. Chaplin es inglés. Nikita es ruso. El primero es vagamente irónico y gusta de la paradoja. No le interesa hacer reír, sino simplemente sonreír. El segundo viene del campo, lo que le impone dos características: ama la vida simple y la carcajada abierta. El primero cree en el humor. El segundo, en el chiste directo. El primero es simbólico e intelectual. El segundo es un ser humano vulgar y corriente. El primero gusta a todo el mundo, pero es entendido sólo por una minoría. El segundo gobierna con una minoría, pero trabaja políticamente para que sus ideas sean adoptadas por el mundo entero. Chaplin se ríe del capitalismo en sus películas, ataca a los ricos, se burla de los duques y de los condes, hace chistes sobre la disciplina militar, exalta al hombre de la calle. El segundo, como buen comunista, es enemigo a muerte del mismo capitalismo, pero últimamente no ha vacilado en declarar que los campesinos rusos deben tomar en cuenta la habilidad y la técnica de los granjeros norteamericanos. Chaplin combate con filmes; Nikita, en Hungría, combatió con tanques. Chaplin ama la paz. Nikita habla de la misma paz y mantiene hasta la fecha la coexistencia pacífica, y por eso exaspera a los chinos, que insisten en la guerra a muerte contra el capitalismo a la brevedad posible. Chaplin se ha casado varias veces. El gordo y saludable Nikita está casado con la misma mujer con que lo hizo hace años, y ama la vida hogareña. El primero puede decir en inglés: *Home, sweet home*. El segundo no habla inglés, pero puede practicar la burguesa fórmula de la felicidad. Carlitos tiene catorce millones de dólares, pero fue calificado de comunista por los yanquis. Nikita es comunista, pero ha sido tildado de entregado al capitalismo y de traidor a la revolución, por los chinos. Chaplin, en la vida corriente, es triste y apenas habla. Nikita habla hasta por los codos, y es uno de los hombres más alegres del mundo. Chaplin se casó con una muchacha treinta y siete años más joven que él. El líder soviético jamás habría hecho una cosa así. Tiene un respeto fanático por la integridad de la familia, y en el fondo, sus ideales matrimoniales son los del buen burgués corriente. Chaplin es flaco y fino. Nikita es gordo y tosco. Chaplin no habla jamás de sus filmes. Nikita se refiere continuamente a los éxitos de su política.

El cómico inglés es neurótico, complicado y solitario. Los que han trabajado junto a él declaran que es intratable. El jefe soviético, en cambio, es extravertido, charlador, cómico, amigo de la sobremesa, y de relatar viejas historias llenas de refranes moralistas. Chaplin, con sus cuarenta años en Estados Unidos, nunca dejó de ser buen inglés, que hacía películas de éxito popular, pero que no amaba a las masas. Al abandonar Nueva York casi sufrió un ataque ante los entusiastas que querían darle la mano y despedirlo personalmente. Cuando viaja

a Italia, lo hace nada más que con su familia, y trata de pasar totalmente inadvertido. No le gustan las declaraciones a la prensa, las preguntas embarazosas ni las entrevistas sensacionales. Ama el silencio y la soledad. Tiene un mutismo orgulloso y despectivo. Nikita adora a las masas y le encanta vivir en medio de las multitudes. Le apasiona entrevistarse con la prensa y hacer declaraciones bombásticas; Chaplin jamás habría tenido gesto tan poco fino de sacarse un zapato en la NU y pegar con él en la mesa. Se lo impide una tradición británica que tiene siglos. En el fondo, es un noble que fue pobre como rata, en Estados Unidos, y que ahora ha reunido la fortuna con la vieja tradición en una forma perfecta. Del antiguo inmigrante que llegó a Nueva York en 1911, no queda ni la sombra. Nikita es espectacular, y le gusta meter ruido. Si se trata de atacar a los chinos, los trata lisa y llanamente de idiotas. Si quiere burlarse de ellos, les recuerda que andan con el vientre vacío. Es aficionado a la frase vulgar, pero que llegue a su público. Es el ídolo de los campesinos, de los granjeros, de los mujiks. Saludable, gordo, rollizo, respira energía y vitalidad. El gesto de la NU está perfectamente dentro de su estilo. Chaplin, a su lado, se ve como un pergenio —fino y delicado—, pero, de todos modos, pergenio. Nikita es el comunismo glotón, que gusta de la buena mesa, de los tragos entre compadres para hablar de vacas, de cosechas y de mollejas. Chaplin ama la frase fina y punzante y los buenos libros.

Pero ambos tienen algo en común. O, más bien dicho, dos cosas, por falta de una. Ambos son actores. Y ambos son cómicos.

Nikita actúa en el escenario cuando habla contra China o cuando trata de entenderse con Estados Unidos. Siempre busca las candilejas y los aplausos. Es actor cuando le lanza bolas de nieve a Fidel; en Moscú, cuando acaricia a los niños o cuando habla de las faenas del campo con los campesinos yanquis. Instintivamente, busca la cámara y la máquina fotográfica. Tiene alma de actor nato y le gustan la pose y la sonrisa para la posteridad. Chaplin lo mismo. Sus sesenta y siete películas cortas y largas lo prueban de sobra. Siempre es él, y nada más que él. Y lo ha dicho recientemente: "Yo tengo un solo personaje: ande de inmigrante, de detective, de conde o de cura, seré siempre yo y nada más que yo". Sabe más de autopropaganda que nadie... salvo que Nikita.

Finalmente, los dos hacen reír. Chaplin no habla en escena, pero hace estallar la carcajada con sus cintas mudas. Y, más tarde, con las habiadas. Nikita les quita la mueca dura y amarga a los dirigentes polacos y húngaros con sólo abrir los labios. Mire usted, atentamente, las fotos de su viaje reciente. Todos los dirigentes comunistas, de ambas naciones, son secos, duros, militares de aspecto. Parece que los consume una amargura sorda y que no conocen la palabra chiste ni

de vista. Están acostumbrados a la rigidez mecánica del régimen y a la sequedad de la vida en batallón. Tienen algo de autómatas y de monos mecánicos. El único que se ríe es Nikita. El único que come y bebe alegremente es Nikita. El único que se ve toscamente campechano es Nikita. Los demás miran. El goza, se alegra, se indigna, insulta, pero hace algo, en todo caso. Los demás desempeñan a la perfección su papel de extras. ¿A quién le gusta el estilo del jefe ruso?... A la gente vulgar, sencilla, sin mayores problemas intelectuales. El mismo se dio el lujo de decir que la pintura moderna rusa era cosa de locos y de infelices. Eso lo celebra el mujik de cultura mínima, y molesta a los exquisitos que sueñan con Picasso y se desayunan con la poesía ultramoderna.

Y hasta para celebrar sus cumpleaños tienen estilos distintos. El cómico inglés se come rápidamente el pequeño sandwich que le pasa su juvenil esposa, mientras marcha hacia Milán para ver una ópera y huir del desagradable contacto con sus admiradores. Nikita, en cambio, se come varios asados y consume media docena de botellas de vodka, mientras apaga, de un sólo soplado de sus gigantescos pulmones, la torta que le ha preparado su mujer.

El primero celebra la fecha discretamente, como buen inglés. El otro lo hace con el máximo de publicidad, comiendo y bebiendo desenfrenadamente, como un ruso legítimo, al cual el comunismo no ha logrado vencer la roja sangre de mujik de estepa, que le corre impetuosamente por las venas.

Pero hay algo que los distancia definitivamente: Chaplin odia a Estados Unidos, después de haber vivido ocho lustros en el país del Tío Sam. Nikita, que apenas ha estado en USA, siente nostalgia de los mismos Estados Unidos, que conoció a la pasada. Y les teme, en el fondo. Les teme ahora que está solo y triste en una granja, después de que lo sacaron limpiamente del Kremlin y lo echaron al canasto de los papeles.

Maurice Chevalier

GONZÁLEZ PRADA decía: "Los viejos a la tumba... Los jóvenes a la obra". Tenía razón si se trataba del general Bonaparte, de Hoche, Moreau, Saint-Just, Robespierre, Bolívar, O'Higgins, Carrera y otros. Se habría equivocado si viviera ahora. Al viejo Churchill han tenido que retirarlo de la circulación cargado de glorias y en pleno uso de sus extraordinarias facultades. De Gaulle levanta verticalmente a Francia como en los momentos más decisivos de su historia. Franco está desde hace veintiocho años en el Poder. Truman pesa aún, decisivamente, en el

Partido Demócrata, en Estados Unidos. Nikita, que fue retirado sin consultársele, tuvo en un puño a la URSS, con más de setenta años de edad. A Mao Tse-tung no se le notan los implacables años cumplidos, porque es inescrutablemente chino. Adenauer, que fue el padre del "milagro alemán", es bisabuelo, y así sucesivamente.

En una palabra, los viejos, los ancianos, los provecetos, los que parecían ya en el desván de la historia, borrados por la gente joven que trepa alegre y optimistamente las escalas del poder, están dirigiendo a naciones como Francia, Italia, Alemania, España, China, Rusia, etc.

Pero a mí me tocó conocer en mi último viaje a París al verdadero "milagro francés". Un milagro con *cannotier*, que ya tiene más de setenta y cinco años y que trabaja en uno de los mejores cabarets de la Rive Droite, como en sus buenos tiempos de muchacho.

Con la misma voz ronca del año 10, con el mismo pajizo, la misma sonrisa y casi la misma agilidad.

Ha trabajado en cabarets, teatros, películas, operetas, revistas.

Ha sido *poilu* en la Primera Guerra, amigo de la Mistinguette y de Carpentier, escritor a ratos, improvisador de canciones célebres y autor de las mejores letras apaches que se pueden escuchar en los tugurios más infames y novelescos que tiene París. El viejo Chevalier tiene el pelo blanco, pero no ha cambiado. Canta tres, cuatro, cinco, diez canciones que le pide el público. Canta infatigablemente. Sigue siendo *l'enfant gâté* de París, el niño regalón, el apache con smoking que interpreta como nadie lo que lleva el francés medio en el alma. Es un poco el subconsciente de la modistilla, la *cocotte*, el *flic*, la amiguita íntima de ministro o diputado, el banquero, el viejo verde y el apollado académico de la lengua.

Por eso ver a Chevalier, oírlo cantar, mirarlo caminar, saltar ágilmente, danzar y deslizar su voz ronca por el micrófono, es como entender a Francia de otra manera. O de la única manera que se la puede entender. Vieja y joven al mismo tiempo. Como el mismo París que nos espera agazapado en una esquina de la noche, con los antiquísimos sillares de los edificios que vieron pasar a Luis XIV y a Napoleón, deslumbrantemente blancos, como hace tres siglos.

Como fue siempre y como siempre será.

Eso fue lo que dijo, sin decírmelo, la sonrisa del viejo Maurice.

Los Beatles

¿SABE USTED LO que son doscientos millones de pesos chilenos por dos actuaciones en un estadio local? ¿O sea, cien millones por una sola vez?...

¿Y tiene la más remota idea de lo que significa que parte de la juventud de una ciudad, tan importante como Detroit, en un país tan decisivo como es Estados Unidos, no duerma, haga guardia en el *hall* de un hotel o en la calle, haga cola en un aeródromo con un frío que pela, no almuerce, no coma, no beba una cerveza y que pase cuarenta y ocho horas en pie sin lavarse ni afeitarse, sin pintarse los labios ni llegar brevemente a la *toilette*, para esperar a cuatro tonies que llegan desde un lejano país? ¿Y qué, a más de esto, sus respetables padres, que leen la Biblia a la luz de la lamparilla en la noche, que trabajan como enanos en la fábrica, en la oficina o en la tienda, de lunes a viernes, y que apenas descansan el *week-end*, después de haber patinado por la calle el resto de la semana; que se alimentan espiritualmente con una TV comercial y mediocre y con un cine que piensa más en los dólares que en la calidad, dejen su *home, sweet home* por varias horas y acompañen servilmente a sus hijitos para que no se aburran durante la larga y angustiada espera, y además, les faciliten el auto para que sigan por los caminos asfaltados y por las calles a los tonies hasta el hotel en que se alojarán, para pedirles cosas tan importantes y sentimentales como un botón de camisa o un trozo del calzoncillo?

No se trata de Johnson, de De Gaulle, de Churchill, de Erhard, de Nikita, de Fidel, de Picasso, de Dalí, de la Callas, ni de Grace Kelly.

No se trata de un artista genial, ni de un estadista de vuelo mundial. Ni menos de una maravilla femenina, que luce las mejores curvas del globo. Ni mucho menos de un piloto atómico que viene llegando después de pisar la blanca superficie de la Luna.

No.

Se trata, sencillamente, de los cuatro Beatles, que, con unas melenas de muñecas, unos chaquetones absurdos y algunos aullidos que estarían mal hasta en la selva africana, llegaron ayer a Detroit.

¿Qué hay detrás de esto?... Hay cientos de explicaciones científicas. Pueden ser los ancestros cavernarios que asoman bajo la música. O el sexo que se pone de pie. O la soledad sin remedio del hombre de la ciudad, que busca en un ritmo endemoniado alguna compañía en su pequeña isla humana. O, finalmente, es la falta de fe, el escepticismo total, la incredulidad absoluta en doctrinas, religiones y banderas que se refugia en estos estallidos colectivos. Y los Beatles, con sus guitarras y sus gritos rasgan la piel de los muchachos y hacen reventar en ellos una bomba oculta.

Una bomba peor, quizás, que la propia atómica.

En todo caso, el fenómeno merece algo más que una mueca de desagrado o una sonrisa de complicidad.

Hay alguien enfermo. O enfermos. Y esos enfermos a lo mejor, no son los cuatro que están en el escenario, bajo los focos, sino el pobre y desolado ser que aúlla en la platea.

Jean Gabin

JEAN GABIN está ciego. El viejo más francés que ha producido Francia se mueve como sonámbulo y no puede ver las casitas de París que tanto adora. Jean Gabin es una especie de reflejo de los barrios, un resumen ambulante de su ciudad, un eco de sus calles. La última vez que lo vi fue precisamente en *mi* barrio, cerca del Luxemburgo, a dos cuadras del Hotel Saint-Michel, de la inolvidable *Rue Cujas*¹. Estaban filmando una cinta policial en la cual Gabin hacía de pistolero. Claro que un pistolero bien distinto a los que produce Chicago. Un pistolero nacido en Marsella, que gusta de tomarse un buen coñac al atardecer y que mantiene tres amantes, entre baleo y baleo.

Había sido el niño terrible de una época. Era el apache que nació para explotar a las mujeres y hacer el *meé* cerca de Les Halles. Una especie de "cafiche" argentino doblado al francés, que hace estremecerse a las colegialas y apresurarles el pulso a las viejitas que ya caminan apoyadas en un bastón... y en una sólida cuenta de Banco.

Eso era Gabin en el cine. Un veterano de la otra guerra que se había lucido en los campos de batalla y que, naturalmente, había luchado contra los nazis en los sombríos días de la Resistencia. No tenía necesidad de llevar la roseta de la Legión de Honor. No le alcanzaba el pecho para la constelación de medallas que había ganado. Y era una especie de museo humano de toda una época que se fue para no volver jamás.

Ahora, además de viejo, está ciego. Así dice escuetamente el cable. Sus ojos claros, que conocemos tan bien a través del cine, están llorosos y nublados. No ve el Sena. No ve las casitas que se cuelgan de Montmartre. No divisa las placitas de Montparnasse. Y el viejo pistolero ya no puede caminar solo a través del aire de París.

Eso es lo más terrible. El más feroz de los suplicios. La más lamentable de las torturas. No poder percibir esa maravilla que tiene al alcance de la mano y que él conoce mejor que nadie.

Es peor que si lo hubieran tumbado de una ráfaga de ametralladora en una de sus inolvidables cintas policiales.

Fellini

SOY UN HOMBRE común. Un tipo medio. Un Babbitt chileno. No tengo delirios de intelectual, ni me matriculo en minorías ni capillas escogi-

¹Está de más repetir que la placa de la calle la tengo en mi casa, clavada con cuatro clavos de nostalgia...

das. Me gusta ir al cine para olvidarme de la vida habitual y para saltarme, ágilmente, la aburrida existencia cotidiana.

Cuando voy al cine me siento en una butaca y me dedico a soñar. A vivir artificialmente en París o en Londres y a caminar por las calles más lejanas del mundo. En una palabra, trato de no pensar y dejo el cerebro en la casa.

Y con este criterio fui a ver la última película de Fellini. Y tuve que cambiar de sistema desde la primera escena. Aquí no se trata de saber si es buena o mala. O de tratar de entender cada una de las cosas que nos dice al oído el director italiano. Todo es distinto a todo. Es un cine que quiebra todos los moldes que conocíamos. Supera al cine italiano, francés, alemán y ruso. Usa la realidad y la imaginación. Da rienda suelta a la fantasía. Se mete con los sueños y los complejos de infancia. Usa la cámara como nunca se había usado antes. Aburre al que trata de entender lógicamente la marcha y el hilo de la cinta. Avanza y retrocede cuando le da la gana. El presente se hace pasado, y viceversa. A ratos la máquina sigue la pista de la lógica, pero bruscamente se sale de ella y nos introduce en un mundo totalmente extraño que recuerda los delirios de la fantasía más enfermiza. Es una cinta que no tiene sello nacional. Puede ser italiana o francesa. En todo caso, internacional. Sin día, sin fecha, sin hora. Da lo mismo verla hoy que mañana. Es un análisis moral de la conciencia del director, un resumen de su vida y de su obra, y al mismo tiempo una angustiada mirada a lo que podría hacer en el futuro. Se autoanaliza él y al mismo tiempo nos analiza a nosotros. La cámara usa técnica de documental cuando le conviene y nos hace conocer la más cruda y antipoética realidad. Pero al mismo tiempo, casi simultáneamente, vuela hacia el terreno de la más total imaginación. Es antinovela, antiteatro, antidocumento, antitodo. Y antes que nada, no tiene relación alguna con el cine corriente.

¿Alegato?... ¿Defensa?... ¿Explicación de sí mismo y su obra anterior?... ¿Código moral?... Sí y no. Porque "Fellini ocho y medio" es todo y nada en forma permanente. Cala a fondo, hierde, toca, arrasa, vuela con dinamita cinematográfica y deja al espectador totalmente desnudo ante sí mismo... A ratos creemos que vamos a captar algo... ¡Ingenuidad! No captaremos nada, porque no hay nada que captar intelectualmente. Está por debajo, por encima y más allá de la lógica corriente. Rompe con todo lo que se ha hecho hasta la fecha. Surrealista y realista, puede ser romántica y naturalista. Pictórica y fotográfica.

Y un consejo previo: cuando la vea, amigo lector, parta de la base que la cámara de Fellini lo llevará a una zona extranjera, y que usted será por primera vez turista y actor al mismo tiempo. Y que no está sentado en la sala. No. Usted está con Fellini en el estudio mismo. Y

el estudio no es estudio. Es usted que se está desgarrando a la vista de todos y mostrando el pellejo de su propia alma.

No. No se va a entretener. Ni a pensar. Va a sufrir porque le van a arrancar la carne a pedazos y lo van a dejar chorreante de sangre ante un espejo.

Ante su propio espejo.

Eso es "Fellini ocho y medio". No es una película. Es la antipelícula. Y, sobre todo, es usted trabajando en cine por primera y última vez en su vida.

Y, además, otro problema. Aquí andan Dios y el Diablo de la mano. La bondad y la maldad unidas. Y usted no sabe al salir qué es bueno y qué es malo. Y lo que es más grave, si vale la pena ser bueno o malo. O no ser nada. O ser todo. Esta terrible angustia, esta pregunta deliberadamente sin respuesta es "Fellini ocho y medio".

¿Y por qué?... Porque no hay respuesta definitiva a nada, y el hombre —en ese caso usted— nació, vive y morirá sin remedio ni esperanza.

¿Desolador?... Así es, pero Fellini no tiene la culpa.

Y esto mismo me lo explicó hace tres años en Roma, una tarde llena de relámpagos y con un calor de fuego.

Y no entendí una palabra de lo que me dijo.

Chaplin

LA PRIMERA VEZ fue en París, hace diez años. La segunda, en Mallorca, hace tres. Me lo presentaron en La Discoteca, que es una boîte de la Rive Gauche en la que hay que hacerse socio para poder sentarse a una de sus mesitas a tomarse un tibio trago de Beaujolais. Y entonces se le entrega solemnemente una llave que abre la puerta. El que no tiene la llave, sea quien sea, se queda afuera. Dominan el poeta de moda, el novelista que va para genio, la *cocotte* elegante, el director de cine y el diplomático que quiere conocer en París algo más que las reverencias y el protocolo. Y que se aburre con la vida que hace entre cocteles y recepciones igualmente soporíferos.

Allí conocí a Chaplin. Me pareció un viejito simpático y amable que apenas hablaba. Resultaba tan mudo como en sus primeras películas y había que sacarle las palabras con tirabuzón. Tenía horror de que hablaran de él y de sus filmes, y rehuía a los *snoobs* y a la gente que andaba en busca de una declaración sensacional que saliera de sus labios.

Yo traté de ser lo más sencillo posible, y fui deslizándome lentamente hacia el tema que me interesaba: él. El, como creador. El, como director. El, como actor. Y, antes que nada, él como persona humana.

Con ayuda de dos traguillos más o menos tibios, se le abrieron los labios y asomó la confidencia.

—Lo que yo digo en mis películas es lo más simple del mundo. Mi propio personaje no soy yo, sino usted y la gente que camina por la calle. En apariencia, es un emigrante que llega a Estados Unidos. En la realidad, es un hombre común, un tipo de la masa, un ser humano cualquiera que se siente solo en un gran país y que relata su soledad. Y le busca explicación. No es un filósofo, ni un revolucionario. No tiene carnet político ni hace propaganda. Es simplemente un hombre entre otros hombres, al que le pasan las cosas que le ocurren al resto de los bichos humanos que pueblan la tierra. La única diferencia es que él las ve humorísticamente. No hace discursos, sino que presenta hechos. Se ríe de la explotación de la fábrica, del mal trato en las trincheras, de la injusticia en la oficina o en el restaurante. Y se ríe sin amargura, para provocar la terapéutica infalible de la carcajada en el espectador. Su arma de lucha es la risa. Y ahí está la explicación del posible éxito que han tenido mis filmes. Yo ataco la injusticia corriente sin que se note. Levanto la piel y muestro el pellejo sin que se vea la sangre. Al revés. Hago reír al espectador para que le pierda el respeto a una serie de tabúes que hay en el mundo. Mi personaje, el Charlot, o el Carlitos que usted conoce, es el hombre de este siglo viviendo en la máxima expresión técnica de la hora actual: Nueva York. Y el pobre marcha vacilante, con los zapatos abiertos cómicamente hacia los lados, con su humilde bigote, con su hongo y su cañita, al pie de los rascacielos. Siempre es el mismo. Es pobre como la mayoría de la gente. Es triste como el noventa por ciento de los seres humanos. Se ríe y trata de vencer su propia melancolía, como lo hace todo el mundo. No es más, ni menos. Le pasa lo que le pasa a usted o a mí a cada momento. La gente se ríe de él y trata de explotarlo, lo pasa a llevar, lo hace a un lado, lo empuja y lo derrota en la lucha por la vida. El mantiene únicamente su orgullosa dignidad. Otros han hecho lo mismo que yo. La única diferencia es que yo he vestido esa misma dignidad de sencillez. Le he puesto cara de emigrante y de tipo irremediabilmente pobre. No hay alegato político detrás de esto. Defiendo únicamente la libertad del ser humano. De mi pobre emigrante, que esconde su orgullosa soledad debajo del bigote. Me río de lo hueco, de lo grandilocuente, de lo falso. Por eso, mis ricos, mis gerentes de Banco, mis dueños de restaurante, mis notarios, mis jueces, mis *maitres d'hôtel*, están cortados por la misma tijera. Son ridículos porque, vistos desde los ojos del hombre común que nada tiene, resultan artificiales y falsos. Cuando ataco a los dictadores, defiendo al hombre de la calle. Lo mismo hago con los dueños de las grandes usinas, en que el ser humano llega a ser un mono mecánico. No se le busque otra interpretación a lo que he hecho. Y a lo que haré en el futuro, si tengo tiempo y vida.

Eso me dijo Chaplin. Lo que no dijo lo tenía en los ojos. Y en la voz. Unos ojos tristes y lejanos que mostraban el fracaso de algo que no le había resultado totalmente. Sus cuarenta y tantas películas geniales no le habían bastado para hacerse entender. Lo habían interpretado políticamente. Le habían puesto camisa comunista. Lo habían disfrazado de símbolo partidista. No tenía nada de eso. Era como Miguel de Cervantes Saavedra, cuando produjo el "Quijote". Había querido pintar la soledad feroz del hombre. Había levantado la bandera del idealismo, se había reído de la injusticia y había puesto en ridículo la explotación del hombre por el hombre. Había usado la más corriente y sencilla de las armas: la risa. Y por eso lo habían entendido en el Congo y en la China. Porque llegaba a esa zona oculta, profunda y misteriosa que todos llevamos en un rincón del alma. Porque nos había tocado a todos por igual...

Y eso estaba en sus ojos. Los ojos hablaban por él. En cuanto a la voz que le conocí esa noche, era una voz sin palabras. Era casi la voz de la soledad sin remedio. Y era más sola que el mismo monigote de los enormes zapatos, del tonguito y del bastón de caña. Y en esa voz creí reconocer, en la penumbra de La Discoteca, un poco mi propia voz. Y la de ustedes...

No. Chaplin no existe. No ha existido nunca. Lo que pasa es que el mundo está, estuvo y estará lleno de unos seres humanos con bigotitos que pueblan las calles, lloran en silencio, se sonríen por afuera, están desgarrados por dentro y son sospechosamente parecidos a él. Eso es todo.

Walt Disney

ES EL PAPÁ de Mickey Mouse y del Pato Donald. Llegó a Santiago cuando yo estaba con ictericia y era subdirector de la revista "Vea".

Me levanté perfectamente vestido de carro diecinueve y fui a esperarlo a Los Cerrillos. Llevaba un cartel que decía: "La mejor revista de Chile al mejor dibujante del mundo". Aparte de eso le llevaba una rata pariente de Mickey Mouse y un sobrino de Pato Donald, totalmente vivos en sus respectivas jaulas.

Después lo vi dibujar en "Topaze", durante media hora, un esbozo de la laucha, mientras los muchachos de la revista hacían miles de lauchas, mucho mejores, en sólo tres minutos.

Corriendo los años, cuando estuve en Hollywood, lo llamé por teléfono y me invitó a esa maravilla que se llama Disneylandia, y entonces me di cuenta de que todos los habitantes del mundo, sin excepción,

incluyendo a Churchill y a don Pancho Encina, tienen mentalmente ocho años y no han salido de Pulgarcito, Alí Babá y Aladino.

Yo no sé si es buen dibujante. Lo que sé es que, frente a Cecil B. DeMille y a tanto director mediocre de Hollywood, Disney inventó una especie de infantil linterna mágica que ha hecho infinitamente más inteligentes a los consumidores de la coca-cola y del "Reader's Digest" y mucho más tiernos al resto de los habitantes del mundo. Sus monos animados tienen ya una calidad clásica.

Josefina Baker

JOSEFINA BAKER fue llamada "la estatua de chocolate" y la "Venus de ébano". Se le cantó en todos los tonos. Tengo a la vista un poema publicado en 1926, que dice:

*Salud a ti, embajadora de la selva,
amiga de los tigres y de los leones,
corazón del tam-tam y los viejos ritos,
hija negra de los bosques
de paso en la tierra blanca...
Desciendes de plataneros y palmeras...
bailas con ritmo de telégrafo
y eres hermana de neuróticos y epilépticos...
Juegas ajedrez con el paisaje
y llegas con tu carne de luto hasta París...*

Se le cantaba en todos los estilos imaginables. La gente que conversaba en Montparnasse hasta las cinco de la mañana, en la Coupole y el Dôme, la declaró su diosa. Picasso la pintó. El japonés Foujita le trazó un perfil inolvidable. Jean Cocteau le dedicó uno de sus mejores poemas. Los dadaístas le rindieron un homenaje casi religioso. Los cubistas la dividieron, la fraccionaron, la partieron en pedazos y la hicieron bailar en un cóctel de círculos y triángulos. El jazz la declaró su musa oficial.

La negra, que lo único blanco que tiene son los ojos asombrados y los dientes, se sentía feliz en el París de la postguerra.

¡Extraño París! Había terminado la contienda, y los sobrevivientes de la matanza querían divertirse y olvidarse del barro y de los muertos. La negra traía precisamente la receta. Era la amnesia deliberada y la droga justa. Su ritmo, que descendía de la más perfecta raíz africana, tenía el matiz preciso para que los parisienses olvidaran que habían andado vestidos de uniforme azul horizonte, cuatro terribles años,

en medio de las trincheras y saltando las alambradas. Era la selva hecha mujer, o, más bien dicho, la jungla que había tomado un pasaje para llegar al Sena. Los cabarets, los teatros, los *music-halls* y *boîtes* la adoptaron apenas saltó sobre una mesa y se puso a bailar... ¿Qué danzaba? Una mezcla de ritmo africano con jazz. Una música infernal que parecía venir en línea recta de las márgenes de los más oscuros y lejanos ríos, visitados sólo por los tigres color azufre y los animales salvajes. Le hablaba al instinto de los espectadores, y éstos bebían alegremente el quemante trago que les brindaba la negra genial. No era fea ni bonita. Ni salvaje ni civilizada. No era la ciudad ni la selva. O era todo al mismo tiempo. Cuando hablaba lo hacía con la más perfecta ingenuidad, como si no hubiera pasado jamás por una escuela. Era lo primitivo llevado hasta el máximo. Era la niñez o la adolescencia de la humanidad que arribaba justamente a la ciudad más refinada del mundo. Era un delirante manchón negro en movimiento, que se destacaba paradójicamente sobre los viejos muros grises de la capital más clásica del planeta. En una palabra, el instinto puro en la ciudad más racional del mundo.

Pero, antes que nada, era la fuga, el escape, la estampida. Era el reemplazante o el complemento del whisky, del pernod y del absintio. París estaba cansado de las faldas largas, de los sombreros inmensos, de la música llorona, de los versos académicos, de los libros pesados y románticos, y de la vida burguesa. Quería aturdirse, y justamente eso le brindaba la Baker, que bailaba hasta hacerse pedazos en el escenario y que lucía sólo una pequeña falda hecha de auténticos plátanos.

Y por eso tuvo un éxito rotundo.

Hace treinta años viajó a Chile y debutó en el Teatro Santiago ante los fanáticos aplausos de los noctámbulos santiaguinos. Lo hacía espectacularmente, con sus plátanos en la cintura y su agilidad de monití o de ardilla. Descendía en forma sensacional de un viejo tronco, y parecía llegar directamente de la selva hasta las candilejas. Y no bailaba. Se quebraba, se hacía trizas, se dislocaba, y terminaba rendida y empapada de una transpiración brillante y espesa, en medio de los alidos del público, que se transformaba en africano viéndola danzar el ritmo selvático.

Ahora Josefina Baker ha vuelto a hacer noticia. Tiene sesenta y cinco años, y ha regresado a la escena. Su baile tiene el mismo ritmo de antaño y se disloca igual que lo hacía hace ocho lustros. Es abuela, tiene nietos, y espera en breve bisnietos, pero mantiene la infernal agilidad deportiva del pasado.

Las demás abuelas del mundo pueden tejer calcetas y vivir de recuerdos con olor a naftalina. Ella sigue siendo el mismo trago de gin que fue en el pasado. Y se recorta, color ébano, bajo los focos, con una juventud que no ha variado en lo más mínimo. ¿Pacto con el diablo?...

No. Yo creo que lo que tiene es una alianza misteriosa con los remotos dioses de su tierra, y el secreto de su agilidad incomprensible es un nuevo tabú que nos brinda el Africa.

Orson Welles

YO ESTABA enfermo en cama cuando llegó a Santiago. Un amigo, un poco pedante, me había contado con pelos y señales la película "El Ciudadano"; me habló tanto de ella que terminé por admirar fanáticamente el filme antes de verlo. Se lo conté a medio mundo y la mitad fue a verlo para saber si lo que decía era cierto.

Nunca hasta entonces en el cine, salvo el ruso Eisenstein y Chaplin, habían hecho una cosa tan maravillosa. Era el cine como yo lo entendía. La imagen directa, sin cálculos, sin planes, sin estrategia, sin nada, totalmente desnudo. La cámara metiéndose por todos los vericuetos del alma y sacándole el pellejo al protagonista para dejarlo como debía estar: desnudo ante los focos.

Durante años fui hinchado de Orson Welles, y un día di un salto cuando supe que había llegado a Santiago. Estuve en primera fila en Los Cerrillos, lo seguí como Sancho Panza a Don Quijote hasta el Carrera y en determinado momento me acerqué a él para hacerle una sola pregunta.

—¿Qué quiso decir usted cuando usó la palabra "Rosebud" en "El Ciudadano"?

Me miró largamente y me dio una explicación tan complicada, que no entendí una sola palabra y confieso que soy absolutamente incapaz de repetirla por escrito.

Orson era un muchacho gordo y fofo, al que le quedaban grande el cuerpo, los ojos, el traje y el inevitable puro que le colgaba de los labios. Además le quedaba grande el genio.

Habían hecho "La invasión de los marcianos" en la radio, provocando casi una revolución en Estados Unidos. Cuando Raúl Zenteno la hizo en Chile hubo dos heridos. Y cuando Orlando Cabrera la montó en Ecuador hubo varios muertos y quemaron la radio, fuera de un diario y de varias casas vecinas.

Ese día en el Hotel Carrera subimos a la terraza y nos entretuvimos en el más inocente de los deportes: equilibrarnos él y yo por el borde de la terraza del piso 14 sin caernos, como suponía la totalidad del público que observaba espantado.

Después lo encontré en Estados Unidos y charlamos mucho más largo. Era un genio que venía de vuelta, una especie de Dalí que ya no

filmaba, un Picasso sin pincel en la mano, pero que seguía siendo un verdadero genio.

Luego le di la mano en España, donde filmaba una sensacional película sobre la vida en el circo. Ahora tenía cincuenta años y estaba gordo como los mismos burgueses que había caricaturizado en "El Ciudadano".

Esta vez hablamos más largamente, mientras quemaba un habano más gordo y más grande que él.

—Ahora, y únicamente ahora, estoy haciendo lo que había aspirado toda mi vida. Tengo dólares y gente. Me sobran escenario y capitalistas. Cuento con los recursos y los artistas. Y puedo hacer el inmenso cuadro que había soñado siempre. En el fondo soy un clásico y trato de poner en escena una especie de Renacimiento de celuloide.

Ya no era el niño genial. Ni el amateur. Había llegado a la fama y a la madurez. Y había entrado francamente y con el pie derecho en el terreno de los clásicos consagrados definitivamente.

Y de la época de "El Ciudadano" quedaba únicamente el recuerdo, pero un recuerdo que es un hito definitivo en la historia del cine mundial.

Brigitte Bardot

LOS PERIODISTAS franceses se reúnen una vez al año para dar dos premios: el Limón y el Naranja. El Limón, para el actor o la estrella que se haya portado mal educado con la prensa, y el Naranja, para los que han sido amables y simpáticos. Esta vez el primero se lo ganó la curvilínea B. B., en compañía de Alain Delon y Jean-Luc Godard. Ya sabemos de sobra cómo es Brigitte. Le encantan la publicidad y el salir en fotos en diarios y revistas. Tiene un álbum con más de cuatro mil instantáneas en todas las poses imaginables. Al comienzo, desnuda. Después, y a medida que se hacía famosa, menos desnuda. El número de prendas con que se exhibía está en relación directa con los dólares y francos que gana. Los periodistas brasileños han sabido algo de cómo es la estrella francesa, en su reciente viaje al Brasil. Al comienzo, no la dejaban caminar por la calle. Había sesenta fotógrafos en el aeródromo de Galeaos el día en que arribó a Río. Tuvo que bajar con peluca negra y gafas oscuras. Casi se desmayó ante la insistencia para que dijera dos palabras. Lo que dijo no se pudo publicar más tarde, por respeto a los lectores. La artista tiene un lenguaje de barrio bajo, cuando quiere. No se le olvida que comenzó por el último tramo de la escalera social. Cuando le conviene, se pone fina y protocolar. Y trata a la gente de prensa —que le hace propaganda gratis— con los mejores garabatos

de la lengua gala. Alain Delon, lo mismo. Le carga que le comen fotos o le pidan declaraciones. Los periodistas de París le habían hecho "la neumática", por "pesado". El mismo galán, que trata de ser un Don Juan en la pantalla, en la vida corriente les hace competencia a los camioneros de Les Halles. Claudia Cardinale, que recibió el premio Naranja, en cambio, tiene fama de simpática. Jamás deja de contestar una pregunta, y se presta para todo tipo de fotos. Y esto es, precisamente, la diferencia con B. B. La italiana puede responder hábilmente un cuestionario. Le sobran ají y mostaza. La francesa tiene que batirse con lo que lleva puesto. Una Brigitte vieja y sin curvas, surcada de arrugas y con las primeras patas de gallo, estaría perdida. La cámara cinematográfica es inflexible en la materia. La muestra tal como es. Y como sabe que los reporteros gráficos necesitan de ella para brindar algo de interés a los lectores, abusa de su belleza y de su atracción. Es amarga, como el limón. Envidiosa y amarilla, como el limón. Y hace llorar a sus innumerables galanes, como el limón.

Porque, aparte del físico... ¿qué significa Brigitte Bardot como persona?... Una pobre niña, que, a falta de algo más, lo único que tiene son curvas y más curvas, como un camino cualquiera. Exhibe entradas y salidas, penínsulas y golfos, y hasta un par de colinas en que detener los ojos fatigados. Es una especie de lección de geografía ambulante. No le interesa leer, cultivarse, escuchar música, hacer funcionar el cerebritito que esconde coquetamente detrás de la mata de cabellos rubios, que se suelta en escena. Y, lógicamente, se bate con el ropaje de carne que Dios le dio. Y lo exhibe generosamente. Tan generosamente, que termina haciéndose relajante para el gusto de sus admiradores. Es tan excesivamente estupenda que a nadie le interesa que trabaje bien o mal, o que sepa, por lo menos, los rudimentos del cine.

Ahora acaba de hablar sobre el nuevo monokini. Es la primera voz autorizada que lo hace. Nadie sabe más en materia de desnudos, curvas, trajes de baño, calzoncitos, trusas y sostenes que la popular actriz. Su fortuna y su fama se las debe, precisamente, a su historiada anatomía, en la cual hay toda clase de golfos y penínsulas. El busto de B. B. es célebre. Y hasta el hecho de firmarse así: *B. B.*, es precisamente para hacerle propaganda al doble encanto que exhibe entre la barbilla y el ombligo y que evoca el más atractivo de los bustos. B. B. no puede ser tachada de moralista ni de beatunga. La rubia estrella no tiene una gota de pudibunda ni de mojugata. Hace una vida bastante libre y le gusta cambiar de amorcito como de lápiz de *rouge*. Espantó a la gente de Río de Janeiro al usar el bikini más chico, más minúsculo y enano que se había puesto mujer alguna hasta la fecha. Lo que no mostraba era apenas el 0000001% de lo que mostraba. Pero esta nudista sempiterna, esta muchacha que salta de país a país, de amor en amor y de boca en boca, porque está enamorada del amor más allá

del Registro Civil y del curita, es enemiga del nuevo bikini de una sola pieza que está de moda en las playas europeas.

¿Por qué? Porque tiene buen gusto. Porque es francesa. Porque es mujer. Y porque, como mujer, sabe que su clientela son los hombres. Y para atraer a los hombres, se inventaron el perfume, el sostén, las medias, el portaligas, el zapato de taco alto, el *rouge* y el *rimmel*.

Pues bien, esta autoridad científica en materia amorosa, esta decana del sindicato de expertas en varones, esta especialista en todo tipo de galanes, ha encontrado feo el famoso monokini, no porque desnuda a la mujer, sino porque desnuda tanto, que les quita, justamente, la salsa, el ají y la mostaza a las mujeres.

Y yo, en mi calidad de varón, estoy totalmente de acuerdo con ella... Porque hace menos hembras a estas pobres Evas con una modesta y aburrida hoja de parra, sin su complemento natural en la sabrosa parte superior.

Ava Gardner

FUE EN SEVILLA, una lejana Semana Santa. Un día en que yo salía del Hotel Alfonso XIII, bajo ese cielo de terciopelo de la capital andaluza, con la Giralda al fondo, las callejuelas de cuento, intrincadas y absurdas como puzzle, gitanas de ojos tan grandes que podían fácilmente amarrárselos atrás, moños negros como betún y pañolones de fantasía, la vi surgir de una victoria, colgada del brazo de un totero.

Es inconfundible. Entre cien mujeres bonitas, tendría que ser la primera. Y en España, entre las andaluzas que tienen fama de incendiarias en materia amorosa, y que caminan culebreando como riachuelos, la artista yanqui se destacaba netamente.

Ava era el ídolo del cinematógrafo mundial. Venía de la tierra de los rascacielos cuadriculados como tableros de ajedrez. Del país del petróleo, de las grandes usinas, de los records mundiales, de Hollywood, de las ciudades más fabulosamente pobladas del globo, del país en el cual, según Paul Morand, la cruz sólo significa el signo "más". La tierra donde los suplementeros llegan a millonarios y en el que detrás de cada muchachuelo vestido de harapos puede salir un Presidente de la República con banda y todo.

Ella también venía de abajo. Era la niña bonita del barrio, a la que seguían empleaduchos modestos y futuros boticarios. Pero Ava quería llegar lejos. Comenzó por aceptar a Mickey Rooney, que medía un metro cuarenta estirándose sobre la punta de los pies, pero que era famoso en el mundo entero y se gastaba una cuenta bancaria con

ferrocarriles de dólares. El le abrió el camino del cine y de la fama. Se aburrió con él, y saltó al clarinetista Artie Shaw. Tuvo el divorcio que necesitaba como pasaporte obligado para la celebridad del cinematógrafo, y las candilejas de sobremesa en los bares y restaurantes de lujo.

Pero faltaba algo más. Y entonces surgió, pálido y esquelético, Frank Sinatra. El primer amor de Ava había sido por el cine; el segundo, por la música; el tercero, por el canto. El panorama estaba completo. Sinatra es el botón de muestra más perfecto de cierto tipo de mentalidad norteamericana. Si Zarah Leander, con esa voz ronca y pedregosa que se gasta, es un poco la desesperación de la postguerra alemana, y Edith Piaf es el existencialismo ribeteado de tono romántico que simbolizó a París, en determinado segundo; Sinatra — adolescente sin edad, de rostro apergaminado, mejillas hundidas, pómulos salientes, pelo de hilo, lentitud de movimientos— simboliza, más que nadie, el héroe que esperan todas las niñas de catorce a diecisiete años en Estados Unidos. Cuando cantaba, las muchachitas de High-School se desmayaban o se ponían frenéticas. Todo el instinto sexual retenido estallaba al escuchar esa voz que parecía cruzar todas las murallas y llegar junto a la lamparita de noche y a la penumbra de la pieza solitaria, donde una muchacha fumaba nerviosamente los primeros cigarrillos y pensaba cómo organizar su vida futura.

Sinatra es mucho más que un actor. Es un cantor internacional, que significa una hora decisiva en la vida de un gran pueblo. Como Ava Gardner es una mujer de instinto certero, vio en él el puente de plata o de dólares que necesitaba para llegar al estrellato definitivo. Pero Frank tenía crisis histéricas, estallidos de celos, discusiones de sobremesa, que fueron minando poco a poco el amor. Y un día Ava se cansó y se fue a España. Allí se encontró con el reverso de la medalla, y surgió de una plaza de toros, con ángel, gracia y donaire, el heredero más directo de Manolete: Dominguín. Y con él surgió el macho sencillo y directo, sin complejos ni traumas, que ama la vida, pero se la juega domingo a domingo, en las plazas calcinadas al sol. Y Ava se enamoró de él. Fue un romance típicamente cinematográfico. Con fotografías en los diarios, desmentidos y largas conversaciones telefónicas de continente a continente con el pobre Sinatra que pasaba desesperado en su soledad. Y así están ahora. Como decimos en Chile, a media conversación.

Un día llegó a Santiago. Estuvo dos horas. Se tomó un trago; dijo que Chile era muy bonito; el San Cristóbal, admirable, y que le encantaría ir a Pucón. Eso no importa. Eso es propaganda. Huele a réclame obligado. Pero nosotros, en cambio, vimos en ella a una de

las mujeres más sensacionales del mundo, y que, con Rita Hayworth, ha hecho noticia más allá del celuloide.

Pero cuando el avión dijo *chao* con las hélices, la mitad masculina del país se quedó totalmente viuda. Y con razón.

Oyendo aún a Carlos Gardel

HACE 29 AÑOS murió trágicamente Carlos Gardel, en Medellín. Se incendió el avión en los momentos que despegaba y el célebre cantante pereció entre las llamas. Fue peor que si Mitre y Sarmiento hubieran muerto juntos. Fue una tragedia nacional e internacional. Las mujeres se desmayaban en la calle, y los teatros y cines se cerraron a la media hora de saberse la noticia... Cuando llegaron los restos a Buenos Aires, la ciudad, con sus cinco millones de habitantes, se volcó a través de las calles hacia el cementerio. Había gente rica y pobre. Pilluelos de los extramuros y despectivos millonarios de los viejos caserones del tipo *Belle Epoque* del Barrio Norte. No faltaban los guitarristas que lo hicieron con el instrumento enlutado, y los viejos acordeones con cintas negras. La "mina" de la Boca marchaba con la melena sobre los ojos lacrimosos, la falda abierta por un tajo y las medias cuadrículadas... De las ventanas de Corrientes y Florida caía una lluvia de flores. El aristocrático Jockey Club cerró sus puertas como si se hubiera muerto el autor del *Gotha*. Los descendientes de italianos y gallegos lloraban como niños. Lo mismo hacían los gauchos que llegaron a Buenos Aires con el rebenque en las manos.

Porque Gardel fue, en determinado momento, la Argentina. Era el pilluelo, el muchacho desfachatado, que viene del café y marcha al Bajo... , aquel al que le basta abrir los labios para hacer bailar a una nación entera, y más tarde, al mundo. En el París anterior a la guerra del 14, el tango era tan famoso como los bigotes de Clemenceau. Esto lo cuenta sabrosamente Blasco Ibáñez en "Los cuatro jinetes del Apocalipsis". Los argentinos estaban de moda, y las damas que habían llorado con las novelas de Paul Bourget se desmayaban en los brazos de los niños "bien" que venían del Río de la Plata y que anclaban en el Sena con sus insolentes rollos de nacionales.

¿Qué fue Gardel? Antes que nada fue un relámpago, un rayo, un fenómeno de la naturaleza. Aparecía con el clásico *funye* (sombbrero), el *lengüe* al cuello (pañuelo de seda), los *tamangos* brillantes (zapatos), los *leones* (pantalones), con la raya perfecta, y se lanzaba a cantar... Hablaba de la madre, de la novia, de la "viejita" que moría en el hospital, de la pobre "mina" que recorría los barrios del puerto,

y lo hacía como nadie lo había hecho hasta entonces. El tango tiene raíz africana y la selva asoma de vez en cuando a través de sus notas. Cantado, es una cosa sentimental y pegajosa... Bailado es una invitación al sexo... Necesita penumbra o esquinas solitarias. No está hecho para los salones brillantes ni para ser entonado bajo los focos. Tiene cierto encanallamiento ingenuo. Respira bajo fondo. Es la ciudad puesta en marcha. Es lo contrario del campo. No tiene nada que ver con el mar. Necesita aire de río, olor a pescado, casa vieja y que se equilibre caricaturescamente en la orilla. El tango barrió con la Argentina, saltó los Andes, llegó a Chile, tomó un barco en Valparaíso y partió a Europa.

"Caminito", "Mi Buenos Aires, querido". "Leguisamo solo", "El día que me quieras", etc., llegaron a los bares, a los cafés, a la radio, al cine, al teatro, a todas partes. Es el pequeño drama sentimental contado y cantado a media voz. Pero esa voz tiene que ser una mezcla especial. Varonil y brusca por un lado, y sentimentalona por otro. Tiene que hacer llorar a la "viejita" y estremecerse a la hembra que busca desesperadamente al *choma* (macho). Exige un ritmo arrastrado y sexual, y un tono sentimental que toque a la pálida noviecita de provincia... Pero antes que nada, es ciudadano. Es Buenos Aires. El Buenos Aires de hace cincuenta años. El río de la Plata repleto de barcos de todas las banderas del mundo, y los fabulosos "bifes", enormes como un sofá, que se consumían antes en la Argentina. Es una síntesis perfecta de la selva remota que vino con los negros, y de las telas de Quinquela Martín...

Y por eso el país entero se encontró en él. Y se vació a la calle a tararear en voz baja "Mi Buenos Aires querido"...

Y basta hablar con un viejo porteño que conoció a Carlitos en la gran época, para que se ponga pálido al acordarse de él, y repita emocionado:

—¡Como el Zorzal Criollo... no habrá jamás!

Elsa Maxwell

CUESTA CONTAR esta historia. O más aún, los detalles de la misma. Ustedes saben de sobra quién es Elsa Maxwell, la cotillera o "copuchenta" N.º 1 del globo. Elsa estuvo en España, y asistió, como invitada de honor, a la finca de Dominguín. En la finca estaba toda la gente llamada interesante que hay en el toreo, el cine, el teatro y la radio. Amén de que no faltaban la condesita joven y apasionada, el aristócrata en decadencia y el fotógrafo en busca de "la foto".

Elsa bebió como de costumbre. Tiene una de las gargantas más aguantadoras que se han visto hasta la fecha en la Península y no deja botella tranquila. Hubo de todo. Desde los mejores vinos blancos y tintos hasta los coñacs "Soberano" y "Carlos I", pasando por los más auténticos jereces que había enviado generosamente mi amigo Domecq.

Naturalmente Elsa bebió, habló, se dejó entrevistar, lanzó algunos tacos (garabatos) y finalmente se puso una tenida que vale la pena describir al detalle. Llegó con sombrero cordobés, chaquetilla de rejoneador, blusa bordada, falda de cuero y botas que indudablemente habían viajado de Texas hasta la casa de Luis Miguel.

Y Elsa, que tiene una cara más dura que la que usaba en sus buenos tiempos el anciano Buster Keaton, no vaciló en brindar, lanzar unos olé muy de turista poco viajada, y, finalmente, pidió el alto honor de torear en la plaza provinciana que tiene Dominguín para sus tientas.

Y aquí viene lo grande. Elsa, que pesa 140 kilos, apareció en el ruedo con unos tragos de más. En la puerta surgió la alegre y simpática estampa de un becerro que no llegaba al metro de altura. Un empleado de Luis Miguel lo sujetaba del rabo para que no le hiciera nada a la periodista de fama internacional. Y la gorda, con sus kilos a cuestras, su sombrero ladeado, las botas llenas de barro y una monita de cuarta clase, hábilmente disimulada ante el público, le hizo algunos pases que estarían mal para un chaval de cinco años, y finalmente le dio lo que ella llamó "la estocada de su vida".

Pero el becerro era español. Español de pura sangre y no le gustaba que lo tomaran para la chacota. Y clavó las pezuñas en tierra y arremetió con la cabeza baja. Claro que la gente se rió y le lanzó algunas pullas...

La única que no se rió fue la gorda. Porque Elsa Maxwell, la periodista más temida del mundo, que le basta tocar una tecla para ganar un dólar, que es amiga de Faruk y de Ava Gardner y de la mitad de los reyes cesantes que hay en el globo terráqueo, tuvo miedo. Un miedo terrible. Cerval. Y le pasó lo que le tenía que pasar. Es decir, lo que les pasa a los críos en España y a las guaguas en Chile cuando han tomado demasiada leche o se les aparece el "cuco".

Sí, amigo lector. Justamente lo que usted se imagina. Eso que no se puede decir. Y menos oler tratándose de una dama. Y hubo que sacarla rápidamente, pasarla al baño y prestarle un traje nuevo. Y unos calzones igualmente nuevos...

¿Qué me dice usted?...

Y lo que es más grave. Dominguín, que tiene alma de periodista,

no perdió la ocasión y le tomó la foto en el momento más perfumadamente cumbre...

Y la foto sensacional y única existe. La tiene Dominguín en "La Paz", y está listo para usarla si la gorda, que tiene fama de mala leche y de mala uva, lanza algunos de sus comentarios malignos contra España.

En una palabra, la tiene entre la espada y la pared. A ella que se ríe de los Presidentes de la República y amenaza despectivamente a los millonarios más famosos del mundo.

En una palabra, me la tienen "de la sogá"...

Y yo he visto la foto. Y ésta es la primera vez que se publica el poco afortunado percance de la célebre gorda.

Feo el cuento, pero valía la pena contarlo. ¿No es así?

Una vez escritas estas líneas, la "gorda" hizo la última noticia de su azarosa vida: se murió. Pero a pesar de ello me he atrevido a contar la historia, porque es la más sensacional que protagonizó en su existencia. Y ella, como periodista sensacionalista que fue en vida, me perdonará que yo haya hecho sensacionalismo post mortem a costa de ella...

Harpo Marx

ERA EL MUDO de la familia. El mudo de los ojos de loco o de poeta, que tocaba románticamente el arpa. Arpa y Harpo formaban una combinación perfecta. Esa lluvia vertical, esa tempestad hecha de finas cuerdas, esa especie de cabellera musical que es el arpa, se sentía tocada y herida en el alma por los dedos del hermano Marx que acaba de morir.

Cuando la gente vio por primera vez a los hermanos en el cine, no los entendió. Estaba acostumbrada a los chistes vulgares de Laurel y Hardy y a las astracanadas del cine norteamericano. Sólo Chaplin había sido otra cosa. Chaplin era la carta melancólica del humorismo. Harold Lloyd, "Tripitas" y Buster Keaton no le llegaban al talón de los inmensos zapatos de Carlitos. Los Marx saltaron la barrera del humor y le mostraron al mundo una nueva cara, mucho más intelectual y pura al mismo tiempo.

Harpo era el único que no hablaba. Que se expresaba por gestos. Que hacía los disparates más geniales e ingenuos al mismo tiempo. Que deslizaba sus veloces dedos por las cuerdas o el teclado del piano y que, bajo la apariencia de un chiste, llamaba, sin voz, las lágrimas a los ojos.

Con él se va una etapa, del humorismo mundial. Desaparece en los momentos en que no existen ya los grandes cómicos del pasado y

que Chaplin ya no trabaja. Se fueron sus hermanos. Por lo menos, la parte más importante de esa genial familia judía que le dio un nuevo hito al cine universal.

En estos momentos todas las arpas del mundo tienen que estar llorando por la muerte de Harpo.

Y llorarán como sólo ellas saben hacerlo: a través de las lágrimas de metal de sus cuerdas tristemente verticales.

Elizabeth Taylor

LA MEJOR CINTA que ha filmado hasta la fecha Liz Taylor es la accidentada historia de su matrimonio. O, más bien dicho, de los repetidos intentos de llegar hasta la oficina del Registro Civil a dar el ansiado "sí", ante una avalancha de fotógrafos. En México se le puso toda clase de dificultades, porque el divorcio con su anterior marido no era válido ante las leyes del país. No sacaron nada con viajar tomaditos de la mano hasta la capital mexicana. El Código podía más que el amor, y tuvieron que regresar a Estados Unidos. Liz y Richard Burton consultaron a los mejores abogados de USA para contraer el historiado vínculo. La respuesta fue negativa. No había caso. Liz no podía decir el emocionado "yes" en la ciudad de los rascacielos. Parecía que toda la legislación que se había inventado hasta la fecha, en un país en que domina aún el viejo espíritu cuáquero y puritano, impedía que la apasionada pareja pudiera vivir oficialmente bajo techo común.

Entonces ambos hicieron las maletas de nuevo y partieron al Canadá. En el país de James Oliver Curwood los esperaba una nueva negativa. Y más seca que antes. Las leyes canadienses son infinitamente más rígidas que las norteamericanas. En Toronto el ¡No! fue contundente. No había caso de llegar hasta la inalcanzable oficina del Registro Civil. Toda una selva de leyes le impedía a Richard decirle oficialmente *my wife* a Liz y a ésta llamar *darling* a Richard.

Y así están las cosas por el momento. En los viejos tiempos había que batirse a espada a la luz de la luna por una dama. En Verona los padres de Romeo y Julieta le ponían la proa a la inflamada pareja. Hasta hace poco había que contar con el visto bueno del papá y la mamá para llegar al altar. Los novios desesperados se raptaban a las pálidas novias, usando novelescas escalas de cuerda. Pero se podían casar, después de todo.

Con la estrella de cine pasa, justamente, todo lo contrario. Parece que el mundo entero se hubiera confabulado para impedir la sonada boda.

Y resulta paradójal que un matrimonio que no existe sea la más comentada y discutida de las bodas.

Lo que debían hacer Elizabeth Taylor y Richard Burton es sacarle el jugo a su caso y ganar una millonada de dólares extra, filmando su propio problema. Una película que hablara del amor que NO llegó al altar y que fue rechazado legalmente en tres países, es un argumento apasionante que llegaría a todos los públicos y que interesaría bastante más que la larguísima y soporífera "Cleopatra", que filmó la misma Liz.

Y con una ventaja desde la partida: que no hay compañía cinematográfica, por millonaria que sea, que pueda hacer una propaganda mundial como la que ha hecho la apasionante pareja con su romance, que no logra concretarse en un frío documento legal.

Cantinflas

¿POR QUÉ LA gente se ríe en Chile con Cantinflas? . . . ¿Qué tiene el cómico mexicano que llega tan matemáticamente a la sicología nuestra y hace estallar en carcajadas? . . .

La pregunta no es tan tonta como parece. Hay cómicos y cómicos. La gente encontraba ingenuos a Laurel y Hardy, y reaccionaba poco ante una serie de actores norteamericanos que tenían éxito rotundo en Estados Unidos. Y es fácil darse cuenta de que lo específicamente yanqui llega poco al público nuestro. El chileno exige algo más que el chiste de cajón o la salida vulgar. Somos un país en que se dan fácilmente la diablura y la rapidez mental, y no se les pide a los actores cómicos que tengan un sentido del humor que rime con el espíritu nacional. No se quiere el chiste porque sí a base de costalazos, traspies, equivocaciones, etc. Lo que tiene éxito es, justamente, lo que trepa un poco más arriba y llega a la zona del cerebro. Chaplin tiene que gustar en un país tan exigente como Chile. Y no sólo por la parte estrictamente humorística que derrocha el cómico inglés, actualmente en Suiza y en guerra declarada contra Hollywood. No. Lo que pasa es que Chaplin tiene una fase sentimental y una filosofía de la vida que están muy cerca del modo de ser de los chilenos. Somos una mezcla de románticos con picarescos. Nos gusta la talla con ingenio, pero al mismo tiempo nos agrada dejar algo a la parte exclusivamente sentimental. Los artistas que se lanzan tortas, se caen y hacen chistes vulgares y de almanaque, nos dejan fríos, porque los hallamos obvios y baratos. Queremos trabajar mentalmente para poder reírnos.

Claro que el cine se ha hecho justamente para dejar de lado las preocupaciones y vamos a ver una película para olvidar. Pero queremos que se nos dé algo que signifique alguna labor de la zona mental para

contestar con una carcajada. Chaplin es eso. Ridiculiza a los de arriba, y está, sentimentalmente, con los de abajo. Cantinflas igual. Con la diferencia de que la distancia geográfica influye y que un cómico que viene de Inglaterra, aunque haya pasado por el colador de Estados Unidos, sigue siendo extraño y extranjero. En cambio Cantinflas es netamente latinoamericano.

Se ha dicho infinidad de veces que los mexicanos y los chilenos nos parecemos. Ellos, en el norte, y nosotros, en el sur, tenemos más de algo en común. Y es cierto. El fatalismo, la manera irónica de mirar la vida, el sentido trágico de la existencia, la talla filuda, la frase de mala leche, el chiste amargo, se dan igual junto al Santa Lucía que al pie del Chapultepec. Y esto lo tiene Mario Moreno en grado sumo. Su personaje es el *pelado* que equivale al roto nuestro. Le carga el trabajo, le gustan el trago y el juego, le encanta "pitarse" a la gente, es donjuanesco, no le da importancia al dinero, vive al día, no tiene el menor sentido del ahorro, no piensa en el futuro, etc... Esto será escrito en el chiste del actor mexicano y flota en la vida nuestra en todos los ambientes. Y por eso la gente del pueblo se ve interpretada magistralmente en la sicología de Cantinflas. Parece un chileno hablando en mexicano. Y lo que le pasa a él le podría ocurrir a cualquier "rotito" nuestro.

Siempre en Mario Moreno hay una picardía que se impone a la tontera ajena. Es más inteligente que sus rivales. Les gana por K. O. en materia de ingenio. Además le cargan los prejuicios y las leyes establecidas, es un poco *outsider* de todo y mantiene su orgullosa solemnidad desde la primera escena hasta la última.

Y triunfa porque es más "gallo" que los que se le ponen al frente. Cuando habla no termina las frases... ¿Para qué?... Basta con lo que dice para hacerse entender, y hasta ese rasgo gusta en Chile, porque exige una nueva tarea intelectual. No da nada hecho. Es fácilmente difícil. Y a todo le agrega una gota de optimismo que levanta el ánimo al final de la cinta y deja al fondo una lección alegre y afirmativa. Podemos entrar tristes a una película de Cantinflas, nos reímos mientras lo vemos en el *écran*, y a la salida nos damos cuenta de que, entre chiste y chiste, nos ha entregado algo que nos permite irnos más ligeros, pero al mismo tiempo cargados de un enfoque infinitamente más constructivo para ver la vida.

Y sentimos también que la oscura piel nuestra está más cerca de la suya que del pelo rubio, los ojos azules y la filosofía *time is money* que nos viene del país del norte.

Y reconocemos el perfil del chiste chileno a través de la humorada mexicana. Y por eso nos gusta tanto. Y nos reímos tanto con él. En el fondo nos estamos riendo a la chilena de algo que sólo podría pasar en Chile o en México.

Cuando vino a Santiago, nos tomamos un trago en La Quintrala.

Me pareció tímido y corto de genio. Parecía un seminarista asustado. Le jugaron una broma macabra. Le dijeron que probara un trago típico... , y le dieron brillantina.

¡Casi murió en Chile!

Enrique Serrano

HA MUERTO UNO de los viejos más verdes que hayan existido. Porque Enrique Serrano, que se vistió de smoking la semana pasada para partir al otro mundo, fue un genio en el cine para interpretar a los caballeros sesentones que gustan de las Lolitas, y que prefieren la carne fresca a los gigantescos "bifes" que les gustan tanto a los argentinos. En "Los martes, orquídeas", "Los maridos engañan de 7 a 9", y tantas más, se lució con la misma estampa de caballero calvo, sonrisa picaresca y elegancia impecable.

Hace años, cuando yo vivía en Buenos Aires, el gran Kartulo, que dirigía la revista "Sintonía", me mandó a hacerle una entrevista en grande. Cuatro páginas por lo menos y veinte fotos íntimas. Yo cometí la ingenuidad de llegar a su departamento en la calle Charcas a las once de la mañana. Toqué el timbre más de media hora. Ya me iba cuando salió don Enrique totalmente desnudo y con el pitillo en la mano y me dijo indignado:

—¿Cómo se le ocurre despertar a un caballero tan de madrugada?

Volví en la tarde, y nos hicimos íntimos amigos. Caballero a carta cabal, tenía el corazón de una monja y era más bueno e inocente que una galleta de agua, en la vida privada. Se le colgaban romances y amores tempestuosos. Yo creo que jamás le tocó el dedo meñique a una muchacha menor de cincuenta años. Viejo, cargado de gloria, regalón del público argentino y americano, se ha ido en el momento más oportuno. No le gustaban los ancianos y le encantaba la gente joven.

Se ha ido seguramente al Limbo a engañar de siete a nueve y a llevarles orquídeas a todas las muchachas del mundo, puntualmente, los días martes.

Clark Gable

EN 1934 YO no era periodista ni pensaba serlo. Era un cabro que discutía de política hasta las dos de la mañana y que le contaba a todo el mundo que estudiaba leyes.

Ese año llegó Clark Gable a Santiago y armó una verdadera revolución. Las mujeres se desmayaban por estricto orden alfabético, y a Gloria Lynch, que se alojaba en el Crillón, casi le dio un infarto. Después se descubrió que el infarto era fingido y que lo único que quería era tocar, palpar, revisar y conocer personalmente al famoso actor norteamericano.

Una noche, en que le daban una comida en el Club de la Unión, me colé por la puerta falsa y vi desde lejos al célebre Clark.

Era un hombre moreno, alto, macizo y simpático. A los fotógrafos les había hecho una broma.

—¿Quieren una foto exclusiva? Fíjense. Cuenten así: uno, dos, tres... ¡ya! —Y cuando los fotógrafos dispararon las cámaras, el célebre galán se sacó la dentadura postiza como quien se saca el pitillo de los labios.

Y así salió en los diarios.

En la guardarropía le pedí a un mozo que me mostrara el sombrero del actor. Era inmenso y cabían por lo menos tres cabezas en él. Me lo probé con todo cuidado y en ese momento sentí que alguien me lo metía hasta las orejas. Era el propio Clark, que no encontró nada mejor que regalármelo como recuerdo.

Es el único *souvenir* que guardo de un actor.

Greta, la eterna

EL PRIMERO QUE entendió lo que era realmente esa cosa sutil y profunda que se llama el tiempo, fue Marcel Proust. Como la mujer de Lot, volvió la vista hacia el pasado y buscó el perfume de otra época en pequeños detalles familiares. Esos detalles estaban conectados entre sí y abrían el paréntesis de nuevos detalles y de nuevas evocaciones. "A la busca del tiempo perdido" fue la Biblia en la materia.

La otra Biblia es esta muchacha sueca, delgada y rubia, sin edad, que llega puntualmente a las siete de la tarde a un cine de Santiago, sale un momento a comer al Nuria, regresa a las diez de la noche y parte a su casa, totalmente sola —*alone*— a la una de la madrugada.

Greta Garbo no tiene edad. Es muchacha aún en estos momentos en que camina fácilmente por los sesenta años, como cuando se dejaba besar media hora, por reloj, por John Gilbert o por Charles Boyer. Greta tiene una mímica única. No necesita tener caderas ni usar sostén. Está más allá del cuerpo y de la materia. No peca, porque está por encima del pecado. No camina por la calle, sino que flota en el viento. Es más aérea que un *jet* y más romántica que una puesta de sol. Tiene dos ojos que están más allá de los más cursis poemas de los más intolerables poe-

tas. Está libre de las comparaciones más idiotas, y su alta silueta se mueve en medio del cine sin fecha y sin época determinadas. En 1965 es la misma que en 1934. Lo mismo en el cine mudo que en el cine sonoro. Igual en la época de la bomba atómica que en los lejanos años de los Ford con bigotes.

Y por eso, las maduronas de hoy, las abuelas jóvenes, las madres llegadas un poco tarde a la maternidad y las solteronas de barrio, van a verla —igualita a lo que era—, para sentirse treinta años más jóvenes.

Y no Greta, sino ellas mismas.

No quiero recordar a la anciana con aspecto de paraguas que divisé en Estados Unidos hace siete años. Ni su peluca postiza, ni sus lentes ahumados. Ni sus grandes pies que taconeaban pesadamente por la calle.

¿Para qué?

Prefiero quedarme con la muchacha rubia que sigue besando en el recuerdo a un galán que ya es abuelo...

Lauren Bacall

ES MUCHO MÁS flaca que en los filmes, pero tiene infinitamente más gracia. ¿Edad? Cualquiera. Más de treinta y menos de cuarenta. La vi en los toros, en la corrida inicial de San Isidro, y más tarde brevemente en el *hall* del Hotel Ritz, que es el Carrera de Madrid. Tiene una inteligencia rápida que permite saltarse todos los detalles inútiles. No hay necesidad de preguntarle si le gusta el clima de la villa de la corte. Si está feliz en España o si tendrá fatalmente que llegar hasta Sevilla a tocarle la piel de piedra a la pobre Giralda, que está escamada con los extranjeros y con los catorce millones de turistas que visitan España cada año... Contesta velozmente y resume brevemente la situación:

—Estoy de paso en Madrid y parto inmediatamente a Granada, para filmar "La India", que es un filme que se desarrolla al pie de los leones de la Alhambra y que tratará de ser una cinta sobre España sin la "española habitual". ¿De amores?... Nada. No tengo informes especiales que darle a la prensa. Todavía conservo el recuerdo del hombre más hombre que haya conocido hasta la fecha: Humphrey Bogart, al que tuve la suerte de tener por marido. Es difícil volver a insistir cuando se ha pasado años de años hablando de temas que valían sinceramente la pena con un macho totalmente tal, que estaba bastante más allá de los figurines habituales que nos brinda Hollywood.

No ha vacilado en decir la frase. No tiene nada preparado ni responde a las estrellas habituales de la ciudad del cine, que son previa-

mente *amaestradas* antes de colocarse frente a la ametralladora de la infatigable gente de prensa.

Alta, delgada, con una cintura inverosímil, elegante, con una elegancia sobria en que no asoma el más ligero detalle de mal gusto, vestida a la última moda, con un traje gris piedra y unas enormes gafas negras, Lauren Bacall, que estará dos meses en Granada y que tomó el mismo día que llegó (después de dormir escasamente un par de horas en las mullidas camas del Ritz) entradas para los magníficos toros que lidiarían Ordoñez y Aparicio, es una especie de sinopsis de la muchacha moderna que sale de los rascacielos de Estados Unidos. Ni una gota de pose. Sencillez total. Cultura aprendida a través de los viajes, más que en medio de la montaña de libros devorados ágilmente en taxis y aviones. Es una buena síntesis de la actual *girl* norteamericana. Le cayó bien a la prensa y a la afición taurina. Le brindaron un par de miuras y de paso firmó medio centenar de autógrafos. No posó oficialmente para las cámaras ni dijo la frase de rigor que ya habían pronunciado oficialmente la gorda Maxwell y más tarde Grace Kelly. Tiene algo de secretaria ideal y de ciudadana del mundo. Se ve la rapidez para captar sobre la marcha un país y para no "meter la patita" donde no debe. En el hotel, en la plaza, en la calle, ante la prensa y frente al público, fue siempre lo mismo: ella.

¿Lo de Sinatra, que la acompaña a todas partes en Estados Unidos? No tiene importancia. Es un amigo más y no hay tal romance novelesco entre ellos. Lo que se levanta detrás de Lauren es el recuerdo de un hombre seco, que fumaba pitillo tras pitillo en la soledad de Chicago, mientras ladraba a lo lejos una ametralladora y gemía tristemente una sirena de la policía.

Humphrey Bogart

ERA LA MÁS exacta expresión del machismo. Del hombre de Estados Unidos o de Chile. Feo, brusco, seco, duro, bueno para la guantada a tiempo, o para la bala colocada matemáticamente entre las cejas del adversario en una callejuela de Chicago.

Había nacido para gangster, pero fue actor. Y uno de los mejores que hayan desfilado jamás por la historia del cine. Pasará mucho tiempo hasta que entre los galanes bonitos de Hollywood, o los tontitos estilo Robert Taylor, surja un hombre tan entero como Bogart.

Yo lo vi en "Casablanca", cuando escuchaba, con lágrimas, esa maravillosa Marsellesa. Lloraba con los ojos secos. Apenas una mueca débil y vaga se le dibujaba entre los labios. Más que lloraba, estaba di-

ciendo a gritos que ahí estaba Francia de pie, detrás de cada nota, a pesar de los nazis y de la insolencia de la svástica.

Más tarde lo vi hacer el amor. Pero de una manera totalmente nueva. A lo Humphrey Bogart, precisamente. Sin darle cuartel a la mujer. Sin tomarle, finalmente, por el talle y decirle frases al oído. No. Venciéndolas, barriéndolas, pulverizándolas, haciendo tabla rasa y dejando únicamente una pradera desolada, pero llena de amor.

Se le veían en los ojos los barrios bajos de Nueva York, el departamento gris lleno de mocosos salpicados de pecas, jugando béisbol en la calle. Se adivinaba al vendedor de diarios que había saltado entre los autos, que había entrado a empujarse al *subway*, que se había hecho hombre a los 14 años.

Más tarde vinieron el cine y la fama.

Tenía que ser algo tan delgado y femeninamente diabólico como Lauren Bacall, con sus maravillosos huesos, que forma uno de los cuerpos más audaces de los Estados Unidos, la que sitió, asaltó y venció esa plaza fuerte y solitaria que era Humphrey. Y le ganó la pelea. Se casaron y fueron felices.

Hasta le cambió la cara. Desapareció el rictus de amargura. Conoció fugazmente la felicidad. En la casa hasta había niños y perros. Descoloridas fotos del actor se asomaban entre ceniceros y yates en miniatura.

Ahora se lo ha llevado el cáncer. Silenciosamente fue creciendo el mal dentro del cuerpo, dominándolo lentamente.

No se lo llevó una bala en la guerra. Ni el tartamudeo de una ametralladora en un barrio bajo. Ni un choque espectacular. Ni el decorado sangrante de un avión en llamas.

No.

Se lo tuvo que llevar una enfermedad cobarde y aleve.

Estoy seguro de que han llorado millones de mujeres al saber la noticia.

Los hombres nos hemos limitado a echar una sola mirada de simpatía y solidaridad de sexo sobre su recuerdo.

No. No lo conocí. . . , pero cómo me habría gustado haber sido su amigo.

Lana Turner: una película sin director

LA PRIMERA VEZ que la vi fue en Los Cerrillos, hace doce años. Estuvo menos de una hora en Santiago. La vi de cerca con la fanática admiración del que la había seguido años desde la penumbra de un cine.

Era una *rucia* rechoncha, con los ojos cubiertos por dos pesados

lentes, que no hablaba una palabra de castellano. En inglés repitió las mismas cosas que les enseñan antes de salir de Hollywood:

—Santiago tiene que ser bonito... Me encantaría quedarme unos días... Los periodistas chilenos son muy simpáticos...

Le tomaron cuatro mil fotos. No quedó rincón del cuerpo que no fuese enfocado, captado, cogido al detalle. Mostró las piernas. No era un par de piernas. Eran las piernas por definición. Los tobillos más finos que haya visto jamás. Se sacó, un segundo, los anteojos. Nuevas fotos. Una sonrisa estereotipada. Unos dientes deslumbrantes que eran una sarta de perlas auténticas... o falsas, y cambiadas a los veinte años por una placa, como lo hace la mayoría de las estrellas... La piel no se le veía bajo el maquillaje. Tenía kilos de las cremas más famosas del globo. El pelo le brillaba como metal auténtico... En ese tiempo tenía veintiséis años y estaba ligeramente gorda. Cuando se levantó resultó más chica que en el cine. Estiró una manita que parecía zarpa, montó en el avión, mostró por última vez las piernas (varios se tiraron al suelo... para ver algo inédito...), y entró a la máquina.

Pasaron once años hasta que la vi por segunda vez. Fue en mayo del año pasado, en los estudios de la Universal en Hollywood. Filmaba una cinta de aviación que no ha llegado aún a Chile. Usaba un "doble" para las largas latas en que tenía que estar dentro de la cabina metálica del avión de utilería. La observé un momento. Estaba delgada, alta, fina. Caminaba como no he visto caminar jamás. Era la muchacha yanqui, sin prejuicios, que sabe manejar al marido con la misma facilidad con que maneja la aspiradora mecánica. Era un poco el ímpetu arrollador de la mujer yanqui, resumiendo en un metro sesenta y cuatro a cien millones de mujeres. El pelo era de oro fino. Parecía que cada cabello había sido trabajado como quien hace una miniatura. Se fumó diez cigarrillos en una hora. Estaba nerviosa y agitada. El director (menos de treinta años) le daba las últimas indicaciones. Entendía inmediatamente. Sobre la marcha. Cuando bajó la "doble" y se encendieron veinte focos, Lana Turner avanzó hacia la cabina de juguete, se sentó ante las palancas de mando y puso cara de temor, de miedo y de terror, con todos los matices imaginables. No tuvo necesidad de repetir un solo detalle. La toma resultó perfecta. Bajó como María Antonieta por las escalinatas de Versalles. Como una reina...

Me dio despectivamente la punta de las uñas y se fue a su millonario camarín.

Ahora hace noticia. La feroz noticia. Su hija mata a su amante: la muchacha tiene catorce años. El amante, además, era pistolero y había sido guardaespaldas de un rufián. No se sabe si hay algo más en la sombra. Pero con lo que hay basta y sobra para que la prensa yanqui se alimente durante un mes. Es el más espectacular de los filmes. Una estrella célebre, con cuatro matrimonios quebrados y una docena de ro-

mances famosos. Una muchachita de catorce años que ya se había mandado cambiar de la casa y había vivido como existencialista en los barrios bajos de Los Angeles. Un pistolero que se rió de la muerte veinte veces y que termina bajo un cuchillo de cocina manejado por una mocosa que recién se estira las faldas...

¿Qué más?... Están todos los ingredientes justos de la película famosa. Eso es "Semilla de maldad" (la hija); "El enemigo público N.º 1" (la víctima); "Sunset Boulevard" (ella)... No hay director ni máquinas, pero se nota que lo único que falta es que enciendan los focos y se escuche la voz de: ¡Cámara!... ¡Acción!...

Marlene Dietrich

POR UNA CASUALIDAD se ha sabido la edad exacta de Marlene Dietrich. La mujer que en sus buenos tiempos tuvo la fama de poseer las piernas más lindas del mundo. Es abuela, y, naturalmente, se quita los pícaros años que anota, sin ninguna galantería, el carnet de identidad. Un periodista averiguó el dato preciso: sesenta y tres años. O sea, que nació casi con el siglo y es lo que llama la generación actual una viejita. Una viejita que cuando abría los ojos en "El ángel azul" bastaba para hacer pecar al pobre Emil Jannings; que derrumbaba hogares y que era la vampiresa N.º 1 en la era del cine mudo. Tenía un par de muslos que obligaban a la censura de la época a ponerle la frase típica: "Aprobada sólo para mayores de 21 años". No había viejo profesor alemán, calvo y distraído; gerente de Banco, elegante y canoso, y embajador de la época del Kaiser, que no cayera bajo sus encantos. Ahora los mismos encantos tienen sesenta y tres años, y se han producido algunas ligeras variaciones en la belleza internacional que fue cuando tenía sólo veinte. Han asomado las primeras arrugas, han surgido las terribles "patas de gallo", el número de cremas que tiene que ponerse cada noche ha aumentado notablemente, la cantidad de *rimmel* ya no es la misma, y no le basta con un par de lápices de *rouge* a la semana.

Pero con sus sesenta y tres años se mantiene aún con gallardía para caminar y mostrar provocativamente las célebres piernas que la hicieron ganar tantos dólares, y para exhibir el busto, que sigue siendo de antología.

Los años pasan, llegan nuevas estrellas al cine, se pone de moda la nueva ola, pero la sensacional viejita queda como el símbolo de la vampiresa típica. Las actuales —las jóvenes, para llamarlas de alguna manera— tienen seguramente mejor facha, son más ágiles y deportivas, corren en auto a doscientos kilómetros por hora y se tuestan en las

playas de moda, con minúsculos bikinis, pero les falta eso que le sobraba y le sobra aún a Marlene. Esa manera de mirar con ojos de espía internacional, esa voz ronca que está hecha para los grandes engaños con varones, que van de emperadores o reyes para arriba, y esa forma gatuna de engañar a media docena de maridos, que sólo ella tenía, las mantiene aún.

Con sesenta y tres años o con veinte, es inimitable. Las actuales parecen aprendices a su lado. Les falta la malévola experiencia de la estrella y la felina manera de coquetear con un general alemán, para sacarle finamente unos planos decisivos.

Es la única abuela del mundo que no anda de negro, que no tiene gatos, que no teje calceta, que no sigue una novena, ni se levanta con el canto de las diucas para concurrir a la provinciana capilla de barrio.

En una palabra, es abuela, pero una abuela con las mejores piernas del mundo.

Peter Lorre volvió a casa

NUNCA HAN ESTADO más felices Drácula, Frankenstein y Fantomas que al saber la noticia de la muerte de Peter Lorre. La noticia era triste, pero únicamente en la tierra y para su familia y los admiradores del extinto. Para el Sindicato de Fantasmas Unidos, más conocido por el FANTASMACH, era la noticia más alegre que había recibido en los últimos tiempos. Peter Lorre, el general intérprete de "M. el vampiro", "El halcón negro", y otras cintas de terror, no era un actor, sino un colega. Y uno de los más perfectos desde el punto de vista cadavérico y mortuorio. Porque el pequeño y barrigón Peter, con sus ojos capotudos, su aspecto ligeramente repulsivo, sus manos nacidas no para el amor, sino para el terror, y su paso lento y pegajoso, mandado hacer para descender escaleras crujientes de antiguos caserones llenos de telas de araña, era en el cine el jefe máximo de la sección fúnebre y el más cadavérico de los actores. Se le notaba que llevaba la maldad en el alma y que estaba listo para la puñalada por la espalda y para la zancadilla mortal. No se le concebía en papeles de galán, sino de malo profesional. Personaje nacido para un cuento de Edgar Allan Poe, tenía algo de los trágicos versos de "El Cuervo", hasta en la manera de abrir los labios. No hablaba. Hacía crujir los dientes y lanzaba una carajada que helaba la sangre.

Era inglés. Tenía que serlo. Su clima era el viejo Londres, con la niebla cubriendo oscuras pisadas de Jack el Destripador. No podía haber nacido en una ciudad alegre y blanca, como Córdoba o Sevilla. No era amigo del sol ni de la luz. Su atmósfera era la penumbra, en

medio tono, la vaguedad y el *fog*. Había algo policial en su manera de mirar, de deslizarse, más que caminar; y de aparecer siempre como surgiendo de las tinieblas. Bastaba que asomara en escena para saber que iba a ocurrir algo. Y que había un crimen en perspectiva. Indudablemente se nutría de sangre humana y le hacía competencia a Drácula desde el punto de vista alimenticio. Necesitaba material fresco, hecho de niños recién nacidos y de guaguas, con sangre liviana y tibia, para poder comer. No podía vivir en una casa corriente, en un *home*, *sweet home*, sino en un castillo en ruinas, con puentes levadizos defendidos por esqueletos y con un *hall* en que cada sillón, de la época de Carlos II, se desplomaba estrepitosamente al sentarse en él, para caer quién sabe en qué sótanos siniestros.

Con él se va una etapa del cine. Se acaban las historias de terror, y hasta los viejos caserones fantasmales quedarán ahora tristes y huérfanos.

Peter Lorre, el actor británico de cincuenta y nueve años, que acaba de morir en Hollywood, ha cambiado de estado civil, al revés del resto de los seres humanos. Los demás cuando mueren pasan a ser fantasmas. El era fantasma en vida, y sólo ahora comienza a existir, al ser enterrado en un ataúd.

En la vida corriente, donde sólo estaba prestado por una breve temporada, fue un buen burgués, tímido y amable, que gozaba haciendo vida familiar y leyendo, en bata y con pantuflas, novelas optimistas a la luz de la chimenea. Buen amigo, buen padre y buen marido; en la vida cinematográfica era el delincuente que no podía ocultar su siniestra expresión de asesino profesional.

Estamos seguros de que, en estos momentos, en las profundidades del Averno, se está realizando el más alegre de los cocteles para celebrar la llegada de uno de los socios más impacientemente esperados.

Y que nunca se habrá bebido sangre más deliciosa, en exquisitos cráneos de niño, como la con que se ha saludado la llegada del Vampiro N.º 1 del cine a su verdadero domicilio.

Martine Carol en Chile

HABRÍA QUE REPETIR la vieja y manida frase: Martine Carol es un poco Francia. Naturalmente, no la gran Francia oficial, cargada de gloria, de monumentos cubiertos de polvo, de Presidentes de Consejo con perita en punta y de generales con largos bigotes. No es la Francia de los textos de historia, cruzada de banderas tricolores, de Marsellesas y de cargas célebres.

No. Es la pequeña Francia, íntima y menuda, que todo el mundo

ama, la conozca o no la conozca. O más bien dicho, París. El París con olor a *muguets* y a *boudoir*.

Porque la Martine Carol que hace de Caroline, de Lucrecia Borgia, de la vieja cortesana que tiene los amantes por docenas, de la muchachita que busca afanosamente el eterno amigo que le arriende un departamento de lujo frente al Sena, para poder tener cómodos amores con un coracero o un teniente de la guardia, es justamente la gracia, la sonrisa misma de París.

La *midinette* que galopa con sus estupendas piernas por los grandes bulevares y suspira ante las vitrinas de las Galerías La Fayette, es Martine. El estudiante de la larga melena que se baña una vez a la semana y que sueña con llegar a ser el médico inmortal, es Martine. El existencialista esquelético que pasea su orgullosa miseria por los cafés del Boul Miche, también es Martine. Como lo es el pintor que tiene que comer tres veces por semana para dar a luz el cuadro que lo hará célebre en el Museo de Arte Moderno, la muchachita que anda colgada del brazo del robusto negro que viene de Argel o de Tombuctú, los viejos eternos con boina que tratan de pescar inútilmente en el Sena, las inolvidables *concierges* llenas de mal genio y de ternura.

Eso nos trae la muchacha del estupendo cuerpo y de la generosa anatomía que provoca andanadas de silbidos a donde llega. Es una especie de embajadora sin espadín, del París eterno que era viejo hace dos mil años y que ahora, en 1965, lleno de polvo y de recuerdos, está más joven que nunca.

Porque los muslos de Martine, los hombros, las pantorrillas, la boca, y antes que nada, la sonrisa, valen por mil afiches de turismo y por montañas de folletos de propaganda de su país.

Basta verla para que bajen ganas de tomar un barco o un avión y descolgarse sobre la capital del Sena. Detrás de cada pliegue de su piel están las callecitas del viejo París. En cada cabello que se le pliega sobre las orejitas pequeñas y coquetas, están los viejos *bistró* donde todos hemos tomado un poco el coñac de la nostalgia.

Por eso no nos extraña en lo más mínimo que la llegada de la maravillosa Carol Charie provoque una verdadera revolución.

Y en este caso, una verdadera revolución francesa.

Luis Sandrini

SANDRINI, CON ESA cara de asustado que le conocemos en el cine, está nuevamente en Madrid. Es la tercera vez en varios años y esta vez viene, únicamente, a trabajar en cine.

—Seis semanas de trabajo intenso y dejaré listo el filme “La rueda de la fortuna” —me dijo, a la salida del café Gijón.

Sandrini ha hecho sesenta filmes en total y tiene su propia productora. Su ritmo de trabajo es de una cinta al año. Esta es la primera vez que lo hace en España, a pesar de que, como él mismo dice:

—Sé hacer a todos los tipos españoles de memoria y me sale tan fácil un gallego como un baturro...

Pero no sólo le resultan los españoles. Es experto, según él, en veinte tipos de italianos, de ingleses y de franceses, y hace unos estupendos rotos chilenos, que le parecen los personajes más espontáneos y simpáticos de todos...

Es amigo de Rafael Frontaura desde 1928...

—La última vez que lo vi fue en Santiago, hace tres años, para un coctel de la Embajada argentina. Estuve con él y lo hallé perfectamente en forma... Lo único malo es que no toma un trago...

Me hace una confidencia básica:

—Me carga la política y jamás en el escenario o en el set he dicho un solo chiste político. Es excesivamente fácil como recurso... Y otra confidencia final... No creo que los actores cómicos tengan, fatalmente, que ser tristes. Lo que pasa es que encontramos en la vida pocos tipos graciosos que nos diviertan en realidad y nos hagan reír. Eso es todo.

—¿Y usted se encuentra personalmente divertido?

—No. Yo soy cómico profesional y nada más. Claro que me gusta tomarle el pelo a la gente, por la sencilla razón de que, como usted ve, no cuento con el mío para hacer el experimento...

Y se acaricia irónicamente la vasta calva donde brillan burlonas las ampolletas de Gijón...

Sarita Montiel

YO LA HABÍA visto en "El último cuplé", y más tarde en "La violetera". La primera vez en Chile. La segunda en Cuba, hace algún tiempo. Ahora me tocó hablar personalmente con ella. Darle la mano y echarle un piropo. Y una mirada general. Y estar sentado a su lado con Raúl Matas, el día de la entrega del famoso "Disco de oro", en el jardín del Fénix, que es una especie de Hotel Carrera, con algunas gotas de Crillon.

Sarita es mejor que en el cine. No tiene nada que ver esta muchacha moderna de ojos verdes que tengo a mi lado, con la noviecita romántica del cine. Nada con "Carmen, la de Ronda", que terminó hace poco y en la que encarna a una muchacha de fuego que pelea contra los franceses en los días de la invasión.

El cine la saca más sólida, más llena, más gusto de caballero viejón, al que agrada echar una mirada picaresca a las mozas. Tiene en la pan-

talla casi el gusto exacto que se le supone a los españoles en materia de mujeres y que, seguramente, era cierto hace veinticinco años, pero no tiene nada que ver con la chica que camina por Alcalá o se tira de bikini, en una piscina de Barcelona.

Sara es moderna, espigada, afinada. Es un poco en la vida real la estilización de la Sarita del cine. Y cuando habla se nota inmediatamente por qué ha llegado tan rápidamente a la fama. Tiene eso que los franceses llaman *encanto* y que nosotros bautizamos de *dije*. Tiene simpatía, que derrocha a montones, y, antes que nada, es tan castiza como la Cibeles. No es ni podía ser otra cosa que española mil por mil.

Es la muchacha corriente que mira la vida cara a cara y no se asusta de nada. Que va a los toros, que sabe manejar un auto y, al mismo tiempo, es capaz de caer a los pies de la Pilarica antes de una corrida, en el caso de que el torero que se juega la vida tenga algo que ver con ella.

En la vida corriente, es la buena burguesita que adora a su marido (que apenas se divisa junto a ella), y que sabe mantener una charla en francés e inglés con la más perfecta facilidad.

No tiene pose. No vive con la cara mirando a las cámaras, ni firmando automáticamente cientos de autógrafos. No. Es natural hasta justamente el límite que le gusta a la gente de la calle que hace cola a la salida del hotel.

No anda ni se mueve como *star*. No es estrella hasta para tomar una copa o para tender la mano. Es, antes que nada, un "churro", o un "budín" como diría un che de la otra banda. Y un "monumento", como dicen en Madrid.

Me consta porque la tuve a mi lado y pasé un cuarto de hora en la gloria, tirándome a nado en sus grandes ojos verdes.

El inolvidable Manolete

ESCRIBÍ ESTAS líneas hace algún tiempo y dije:

"Hoy hace justamente doce años que cayó para siempre Manolete. Manuel Rodríguez fue el mejor torero que haya habido jamás en España. Era superior a Lagartijo, a Bombita, al Gallito, etc. Los actuales no le llegan al talón. No tenía mayor virtuosismo para actuar, ni trataba de lucirse. Era un andaluz que prefería hacer la gracia en la plaza que hablar de ella. Hablaba apenas. No hay media docena de frases ni de anécdotas de él. Cuando murió, costó hacer la biografía. Únicamente un amigo poeta le hizo unos versos que están actualmente en su tumba en Córdoba".

Se ve al matador, tendido en la arena, con la cabeza definitiva-

mente derrotada, tal como lo dejó la muerte. La muerte que fue, como la de Ignacio Sánchez Mejías, a las cinco de la tarde. "A las terribles cinco en punto de la tarde" de que habla García Lorca. Claro que Sánchez Mejías era el torero intelectual; que decía frases ingeniosas y provocaba versos. Manolete no. Nunca dijo un verso ni una frase brillante. Le bastaba con actuar —como lo hacía sólo él— en la plaza y frente al bicho. Un toro de Miura que se llamaba "Islero" lo mató en la plaza de Linares, que es una plaza de cuarta clase que tiene mala suerte. Yo he ido solo, hace una semana, a dejarle una corona. Había mujeres enlutadas y la arena no se veía bajo las flores. Un cura oraba en voz baja. Había sobrinos y parientes silenciosos. El cielo estaba huracanado. Había llovido y a lo lejos cantaba una campana. La eterna campanita mística y triste que dobla a muerte. Y a muerte española.

Manolete no dejó grandes amigos. No era hombre de peña ni de tertulia. No tenía nada que ver con los "mataores" de la calle Victoria, que se pasean hablando horas de horas de los grandes espadas de otro tiempo. Manolete no bebía manzanilla ni fumaba enormes habanos. Era la sobriedad en persona. Únicamente era grande en la plaza. Físicamente tenía cara de personaje del Greco. Habría estado bien en la muralla de una capilla de Toledo, cerca del conde de Orgaz. La gente lo admiraba fanáticamente, pero no lo quería como a otros matadores aficionados a trabajar para el público. Nunca nadie ha sufrido más que Manolete cuando le tocaba un bicho malo. Se descomponía y esa piel amarilla o verdosa que Dios le había dado, se le ponía más verde aún. Parecía hecho para Gutiérrez Solana y para sus colores mortuorios. Tenía cara de santo, de conquistador, de cualquier cosa, menos de torero de cine.

La gente aullaba cuando toreaba con menos gracia que otras veces. Le decía de todo. Le lanzaba tacos. Lo insultaba. Le sacaba a la madre y al padre. Lo ponía cruelmente contra la pared de la plaza. O sea, contra la barrera.

Manolete no se inmutaba. Sabía que era el precio de la gloria, y se acercaba al toro como nadie lo ha hecho hasta la fecha. Con un valor salvaje y suicida. El público estallaba en los "tendidos de sol y de sombra".

Únicamente alguien no sonreía. Ni hacía un gesto. Se iba silencioso y huraño, distante de todos, a decirle unas oraciones a la Pilarica.

Era Manolete.

Así cayó para siempre en la arena, ya definitivamente granate, de su Linares...

Y desde entonces, todos los toros de lidia odian a "Islero", el bicho asesino.

Viendo bailar a Antonio

FUE EN SANTANDER hace tiempo. En Madrid hacía 38 grados a la sombra. En Santander apenas unos 20. Y en la noche menos de 18. El cielo, el clima, la gente eran el decorado justo para ver a un bailarín.

Y a un bailarín de genio. Porque este pequeño ser de elástico, de goma, de cuerda, o de chicle, que se mueve en el escenario haciendo el genial ballet "Jugando al toro", es uno de los mejores, si no el mejor danzarín que hay actualmente en el mundo.

No tiene nervios ni músculos. Tiene sencillamente dinamita en el cuerpo. No se mueve ni baila, sino que vuela, despega y aterriza como un vulgar avión sobre la pista. Tiene ruedas invisibles bajo la planta de los pies y se desplaza con una agilidad que marea. Parece la música misma puesta verticalmente de pie, de repente, y que va improvisando sobre la marcha... Porque no baila de acuerdo a cánones ni reglas, sino sencillamente se mete dentro de sí mismo y se deja arrastrar por la tempestad sonora de la música. El mismo parece una nota; una pequeña nota vestida de rojo y oro que salta del piano a la batería y se desliza sobre las flautas y los pistones. El día menos pensado se quedará definitivamente atrapado entre las cuerdas de una guitarra, como un pobre niño en medio de los largos cabellos de la lluvia.

Verlo actuar es más que un espectáculo. Recuerdo los cuadros clásicos y las sinfonías inmortales. Y lo mejor es que, como la música, muere con la última nota y se la lleva el viento...

¿Se la lleva? No. Queda ahí, dibujada en el aire mismo con unos signos finos e invisibles. Tiene algo de borrador, de apunte, de boceto, de algo que se va a hacer más definitivo, y que está ahora sólo en la etapa de la creación.

Su "Jugando al toro" es la mejor interpretación que yo haya visto, leído o escuchado de la Fiesta Nacional de España. Es la muerte jugando con la vida. Es la sangre del hombre frente al chorro caliente de la sangre de la bestia. Es la muerte española, roja y morada, definitiva en una palabra, que se despliega triunfalmente en escenario. Es más muerte que la de la plaza misma. Tiene una dignidad que sólo asoma de tarde en tarde en Solana y en las aguafuertes de Goya. Es el negro y el rojo, bailando frente a uno, con la majestad de los antiguos inquisidores y los conquistadores más sombríos.

Sí.

Había estado cerca de tres años en España y ahora me parece sentir la —después de haber visto bailar a Antonio—, como si le viera por primera vez...

Chicote

PERICO CHICOTE tiene fama de ser el mejor barman del mundo. Se le cálcula que tiene más duros que la mayoría de los españoles y una simpatía única. A base de simpatía se ha levantado la fortuna. En la calle José Antonio se levanta el barcito que lleva su nombre. Simplemente "Chicote". En la noche llegan al primer piso las alegres compañeras de la noche y algunos ociosos en busca del indispensable chato de manzanilla.

Pero es en el subterráneo donde está la maravilla de Chicote. Y de España: el museo. Por parte baja, tiene diecinueve mil doscientas botellas, entre las cuales encontramos bebidas chinas a base de flores, té y arroz y vinos netamente chilenos. Desfilan los Tarapacá, los Santa Carolina, los Rhin Undurraga y la chicha nuestra. Sonriendo, nos dice:

—Hay un error. La famosa chicha de Curacaví no es chilena, sino colombiana.

Chicote es el único español que exhibe la hoz y el martillo en toda la España franquista. Efectivamente, tiene varios licores y billetes de la URSS, con la efigie de Lenin y el símbolo comunista que está estrictamente prohibido en el resto de la Península. Tiene trescientas sesenta y seis clases distintas de whisky. Y la maravilla de las maravillas: un barril de vino que lleva una fecha increíblemente histórica: 1492. O sea, cuando el amigo Colón partía de Palos en busca de nuestros lejanos y emplumados abuelos. Hay coñac de la época de Napoleón y de Josefina, que no se ha abierto jamás; los mejores rones de Cuba, los licores japoneses tal como salieron de Tokio hace doscientos años. Y hasta un trago especial que le regaló nada menos que mi tocayo, el mariscal Tito, cuando pasó por Yugoslavia. Hay un vino alemán cuyo valor reside en el envase: una maravillosa estatua de porcelana recubierta de oro.

Pero eso no es nada. Chicote tiene una radio que es... una botella finísima. Y un teléfono que funciona perfectamente y que es un tonel.

Se calcula que le hacen cuatro a cinco entrevistas al día. Cuando llegué el lunes en la mañana (previa cita), había varios colombianos que tomaban fotos. Y acababan de salir unos mexicanos que le habían hecho hablar para la TV. La semana anterior había estado aquí mismo, en el museo, Martine Carol. Y hace poco tiempo, el futuro emperador de Japón. La revista "Life" le dedicó nada menos que doce páginas a todo color. Y es el personaje mascota de la prensa mundial que pasa por Madrid.

Chicote tiene sólo sesenta años. Salió, prácticamente, de la nada y se hizo famoso inventando cocteles originales. Tiene siete libros publicados, pero no piensa escribir sus memorias.

Nos dice:

—Los pueblos que más beben en la tierra son los del norte de Europa: Finlandia, Noruega, Dinamarca y Suecia. Y en América, ustedes y los mexicanos. No hay caso. Los mejores vinos del mundo son los franceses, pero le siguen inmediatamente, a continuación, los chilenos...

Nos muestra, entre manzanilla y manzanilla (la mejor del globo), un bastón de los días de la Ley Seca en Estados Unidos. Aparentemente es un bastón corriente.

Chicote nos explica el truco:

—Por allá por el año 30, en Nueva York, llegaba un buen señor cojeando hasta un bar clandestino. Entraba y salía igual. Naturalmente, nadie se daba cuenta de nada..., pero llevaba la parte interior del inocente bastón llena con dos litros de whisky.

Pero lo notable es que el mejor barman del mundo toma... únicamente vino tinto con sifón. Y eso... Un poco de agua no le viene nada de mal, de vez en cuando.

—¡Qué quieres, chico!... Con los años me ha dado por los vicios chicos...

Ingenuamente le preguntamos un dato, que a lo mejor le puede servir a alguno de nuestros lectores.

—Y, ¿qué le daría usted como remedio infalible para el día siguiente a un curadito internacional?...

—Mira, sinceramente, no creo que se haya inventado hasta la fecha ni en la China, el Japón ni la India, algo mejor que el vulgar Gin-Fiss...

Y nos tiende la mano, mientras le pido a uno de los treinta o más camareros que trabajan en su negocio:

—Mira, Manolo, dame un poco de agua mineral...

El Cordobés

TIENE ALGO DE relámpago en medio de la oscuridad que surge de cualquier esquina y de cualquier café. Es la carátula obligada de las revistas, de los diarios de Madrid y de París. Se le inventa un amor, puntualmente, una vez por semana. Se dice que, en todo momento y a toda hora, hay una condesa con casa en la Castellana y cortijo en Andalucía, que lo espera a la salida de la última corrida, para llevarlo en su auto... Se cuenta que hasta la hija de Chaplin, resguardada militarmente por Raimundo Larraín, cuando fue a España, se enamoró de él. Se insiste en que la mitad de la nobleza femenina española está loca por

este muchachito delgado como navaja, ojos de fuego y pelo de quisca, que se llama el Cordobés y que es la sensación del momento.

Yo lo conocí en la casa de un amigo que vive en Toledo, en una vivienda fantasmal y extraña que se equilibra sobre las aguas mortuorias del río Tajo. Entre paréntesis, el Tajo nació para ser pintado sólo por el Greco y nadie más.

No interesa lo que habla el Cordobés, ni lo que piensa, ni lo que calla. Es uno de esos hombres de acción que existen únicamente en el ruedo, con el bicho al frente y la muerte a la vera... Es simple como el agua de Madrid, cortante como el cierzo helado del Guadarrama y reposado como los buenos coñacs que bostezan en las bodegas de Chicote.

Si yo hablara con lenguaje de "niña bien", diría que tiene "buena facha". Lo que digo es que su figura es la de un cuadro que se olvidó colgar en las murallas del Prado. Hay algo de muerte en la mirada y en los gestos. Se le nota que se tutea con la terrible muerte española (tan cara a Gutiérrez Solana y al Greco), domingo a domingo.

Bebió un jerez, dijo ocho palabras justas. Me acordé del Gallo, de Lagartijo y de ese fúnebre personaje que nació vestido de cementerio desde la cuna, y que se llamó Manolete.

Este es *mi* Cordobés. El que yo veo. Un personaje que debía estar colgado en la capilla de Santo Tomás, en Toledo, junto al conde de Orgaz.

Pero hay otro. El que ha creado el público. El que han inventado las revistas superficiales y los periodistas sin mayor calado. Un torero de vitrina, hermano de la radio y de la TV. Un amigo de condesas y de hijas de actores famosos. Un torero de pega, de plástico y de cartulina.

Ese es el otro Cordobés. El que a mí no me gusta. Por eso me quedo con la primera imagen de este muchacho genial, de este Manolete en potencia que, como buen español, anda buscando a la muerte a las puntuales trágicas cinco de la tarde, en el ruedo, bajo el sol de sangre de Madrid.

El negro Armstrong

LOS CHILENOS tienen fama de generosos y de manirroto para gastar el dinero. La billetera del más modesto habitante del país pasa eternamente abierta. En los bares hay guerra por pagar. En otras partes, por no pagar. El tipo más pobre del país no vacila en saltar sobre el garzón para saldar la cuenta antes que lo haga el amigo que ha invitado a la mesa. En los ranchos pobres puede faltar lo más indispensable, pero si llega el pariente, el amigo, el afuerino, se le abre la casa de par en par

y se queda a vivir para siempre. ¿Influencia árabe a través de la sangre española? . . . Puede. Lo básico es que tenemos fama de ser los individuos más abiertos del mundo. No falla la palabra generosa ni el billete a tiempo.

Esto es en todos los terrenos, menos en los elogios personales. En Chile nos carga hablar bien de la gente. Y menos, naturalmente, de los compatriotas. Un escritor que hable bien de otro escritor es una cosa rara. Casi de museo. Hay críticos que son famosos en el arte de pelar. Les basta citar un nombre para caer como perros de presa sobre él. Si Neruda no fuera tan grande, no habría poetita al dos por mil que no se lanzara en picada sobre él. Alguien dijo: "Aquí hay que morirse para recibir un elogio". Los mismos que lloraron desconsoladamente al León cuando murió fueron los que no dejaron palabra del idioma que no le lanzaron encima cuando estaba vivo. A Balmaceda le hicieron estatua en el Parque Japonés, pero antes lo llevaron al suicidio y casi le entregaron la pistola para que se matara.

Nos cuesta y nos carga hablar bien. En una sobremesa, el que tiene más éxito es el que sabe más cosas malas de alguien. No se escapa nadie. Los artículos negativos en los diarios son los que tienen más éxito. Los *palos* superan lejos a los elogios. El que habla bien de alguien adquiere rápidamente fama de ingenuo. Chile es el país de los vivos, de los que ven debajo del agua o del alquitrán. Hay una frase típicamente nuestra que tiene gran popularidad: "El que sabe, sabe". No quiere decir nada, pero lo dice todo. El que tiene compadres y cuñas, trepa. El otro, el que se basa en su propio esfuerzo, está perdido. Los partidos políticos son selvas de compadrazgos, zancadillas, maniobras y maquinatas. Hay genios de la estrategia para tumbar a los demás. El que triunfa de la competencia tiene que ser un supervivo que le haya hecho la cama a la mitad de sus competidores. A los demás les hace únicamente la "pata" . . .

Y que un artista elogie a otro artista parece cosa de cuento, de novela o de leyenda. Generalmente la envidia está de por medio. Y echa a perder cualquier cosa. Todo el que triunfa tiene que hacer frente a esa conspiración del pelambre, del chisme o de la baja que forma una especie de subconsciencia nacional.

Cuando uno se encuentra en el extranjero con chilenos, la primera frase es: "¿Cuándo te vas?" Hay que saber rápidamente qué día hará las maletas para que moleste menos. En las embajadas y consulados existe el terror ante el compatriota que llega y que puede pegar un sablazo . . .

Por eso tenía que venir un genial artista negro de fama mundial y más allá de las navajitas de los chilenos para darnos una lección. Es Louis Armstrong, que al llegar a Estados Unidos y regresar de una larga gira por América del Sur y haber recorrido Argentina, Brasil,

Colombia, Venezuela y Chile, dijo ante los periodistas, que naturalmente eran yanquis y no tenían nada que ver con Chile:

—Lo que más me emocionó en mi viaje fue un muchacho chileno que tocaba magistralmente la trompeta. Tenía catorce años y me recordó mi propia infancia.

Esta frase no habría salido jamás de los labios de otro artista nacido en estos lados. Habría calculado la competencia y que el muchacho que comenzaba podía desplazarlo en el futuro. El negro no vaciló en estampar su auténtica admiración, que es la más sensacional consagración del muchacho. Por encima de los pedantes que practican el jazz y hablan horas de horas en la penumbra de una sala cargada de humo sobre el sentido profundo de la música negra, a Armstrong le impresionó ese muchacho pobre que manejaba la trompeta como Dios.

No se quedó en la cosa pequeña y mediocre. Dijo de frente lo que le había gustado. Y quién le había gustado. Si hubiera nacido por estos lados, ni Dios le saca una declaración de esta clase.

En realidad el negro nos dejó dos recuerdos: el de su generosidad y el de un ojo generoso y sin reticencias.

Grock

YO HE CONOCIDO a algunos grandes cómicos en mi vida. Me encantan el humor y la gracia y me carga la gente grave y seria que tiene que vivir con cara de padre de la patria y con una frase entre comillas en los labios.

El chiste es la mejor claraboya del alma. Y la puerta de escape lógica de los problemas internos por graves que parezcan. Un tipo que no se ríe y que no es capaz de tomar un poco "en joda" la vida, es un infeliz que nada tiene que envidiarles a las graves vacas que miran inalterablemente el paso del tren.

Me conozco bien a Chaplin, a Harold Lloyd (Cacaseno), a Larry Semmon (Agapito), a Chester Conklin, a "Tripitas", a Laurel y Hardy, y me tocó darle la mano hace cuatro años en el Circo Medrano, en París, cerca de la Place Clichy, al hombre de la cara de palo, al viejito genial de Buster Keaton. Con Chaplin he cruzado por lo menos unas 200 palabras y me he dado cuenta de que una gota de legítimo buen humor vale más que un Himalaya de grave y serio talento.

Por eso la muerte de Grock me llegó al alma. Se trataba del payaso más genial que haya pasado jamás por la pista de un circo o por un escenario. Chaplin me dijo en Mallorca: "Creo que es la pérdida más grande que sufre la escena cómica en los últimos años". Y

es la verdad. El payaso no es el tony. El tony es gracioso y hace chistes. El mismo es un chiste en persona y se viste como tal. Se usa a sí mismo como argumento cómico y se pone libremente en ridículo. El payaso no. El payaso es el arte en el circo. Es la elegancia, la melancolía, el romanticismo. Desde luego, la cara. La cara del payaso es suave y triste. No se ríe. Hace reír con sordina. Y antes que nada, meditar. Chaplin es payaso, Laurel y Hardy eran tonies. El payaso canta y toca violín. El violín nació para el claro de luna y para la declaración apasionada de amor. El tony goza y se ríe. El payaso sufre. Sufre y toca su violín, que es tan triste y tan romántico como él. Pues bien, Grock, que acaba de morir, era el payaso por definición. El payaso N.º 1 de la escena mundial. Cuando aparecía en escena, la gente no se reía. Sonreía, que es muy distinto. Tenía una elegancia tal, que parecía que siempre andaba de etiqueta. Y una cara que daba la impresión de que venía de suicidarse hacía diez minutos.

Ahora ha muerto, cerca ya de los ochenta años. Todos los circos del mundo han guardado un emocionante minuto de apretado silencio.

Ha sido el peor de los dolores. El arrastrado, el mudo y terrible silencio de los circos.

Y con la mueca incomprensible de los payasos, en los labios, toscamente pintada.

Pelé

HACE ALGÚN tiempo estuve con Pelé en el Crillon. Tenía que hablar con Frei, pero se quedó dormido y le cancelaron la audiencia. Claro que Pelé no tiene idea de política, y menos de la política chilena, pero sentimentalmente estaba con Frei antes de la elección. Oportunamente le mandó un cable poniéndose futbolísticamente a sus órdenes. El Presidente es tan experto en fútbol como en planes, nuevas estructuras y revoluciones en libertad. Y si el negro brasileño es el más rápido genio de la pelota que se haya producido en Sudamérica, y posiblemente en el mundo, Frei está resultando un verdadero rayo para sacar votos, derrotar a la cátedra, conquistar hinchas y meter goles por la puerta de La Moneda, como lo demostró deportivamente en el clásico del 4 de septiembre de 1964 y más tarde el 7 de marzo del 65.

Pero veamos cómo es este negro que se lanzó a la fama hace años, bajo el fog de Londres, y que ha llegado a ser la verdadera Brigitte Bardot del futbolismo moderno.

Antes que nada, es menos negro de lo que yo suponía. Es de un

color que recuerda más el pálido chocolate español servido en una tasca de la calle de Alcalá, en la madrugada, que al brillante charol de los negritos de Harlem. Tímido, corto de genio, sencillo como un niño, tiene una elegancia natural para desplazarse por la calle, que cuando lo vi trepando ágilmente por la escalera del Hotel Crillon, en medio de los aullidos de los hinchas que montaban guardia en la calle, me acordé del carnaval de Río.

Claro que le faltaban a la escena el calor pegajoso, el blanco batallón de rascacielos de Copacabana, las maracas, la presencia perfumada del mar, las palmeras y algunas mulatas agitando lentamente el coctel de las caderas al ritmo de una remota machicha... Pero Pelé evocaba la escena con sólo saltar los escalones de dos en dos, con algo de bailarín más que de deportista.

Y el célebre "Diamante Negro", as deslumbrante de la pelota en el mundo entero, me dio la sensación de una especie de carnaval carioca ambulante, que el día menos pensado le va a dar un puntapié a la luna y va a meter el más poético y genial de los goles en las nocturnas canchas del cielo.

Di Stéfano

LO HE VISTO cien veces. En la cancha y en la calle. En Madrid, bajo la nieve y la niebla, y en Santiago de Chile, en la más invernal de las tardes.

Pero aquí viene el cuento. A mí personalmente no me gusta mucho el fútbol. Lo entiendo poco y me carga hablar de lo que no entiendo. A Di Stéfano lo conocía de nombre en España porque su fama saltaba en todas las esquinas y estaba detrás de cada gamba que se consumía en la tasca del barrio.

Pero un día...

Y ahora sí que hay que contar toda la historia. Era invierno en Madrid. Yo tenía —¡no asustarse, amigos lectores!— una fábrica de empanadas en la gloriosa calle La Gasca número 15. Trabajaba los domingos y me ganaba 200.000 pesos chilenos a la semana. Tenía los clientes más geniales del mundo. Desde el embajador Fernández, que llegaba en Cadillac, hasta Raúl Matas, que llegaba a pie, pasando por Bobby Deglané, los periodistas madrileños, que jamás les dijeron empanadas a las empanadas, sino "tortitas"; el personal del Instituto de Cultura Hispánica, los becados chilenos en el Guadalupe, gente de cine, teatro y radio y hasta, hasta, las curvas de Sarita Montiel.

Como quien dice, era la fábrica de empanadas N.º 1 de la Península. Era una especie de subembajada. O sea superembajada.

Todo depende del cristal con que se mirara la escena. Yo trabajaba en mangas de camisa desde las diez de la mañana hasta las doce.

Entre paréntesis, las empanadas chilenas *made in Madrid* se llamaban castizamente "El Descueve".

Y lo eran. Lentas, jugosas y tostadas. Si Neruda las ve y las prueba les dedica la más emocionada de sus odas...

A las doce el negocio estaba listo. Crecían las pesetas en los bolsillos de este periodista chileno, y se extendía el olor a pino por las invernales calles de la villa de la corte.

Y fue entonces cuando Lucho Gatica, entre dos canciones pegajosas como *tangle-foot*, me presentó a un muchacho alto y gimnástico que casi me quebró la mano.

—Di Stéfano..., el mejor futbolista del mundo...

No. Yo no lo vi únicamente en la cancha lanzando una pelota hacia las nubes.

Lo conocí en una barojiana tahona de Madrid hace cuatro años viendo cómo le corría el joven y alegre jugo chileno por el brazo hasta llegarle al codo.

Para mí no fue el campeón internacional, sino únicamente el inolvidable cliente que consumía puntualmente todos los domingos a las doce las mejores y más criollas empanadas que se hayan fabricado jamás junto al Manzanares.

La guagua astronauta

"LOS NIÑOS VIENEN de París", decimos los buenos burgueses occidentales que creemos aún en el capitalismo y no nos desayunamos con la lucha de clases... "Los niños vienen del espacio", contestan secamente los soviéticos desde que la simpática Valentina Tereskova tuvo su astronáutica guagua.

Porque todo cambia con la llegada al mundo del nuevo crío. Se trata del primero que fue preparado, concebido, engrasado, alimentado y atornillado a bordo de un cohete espacial. Los mismos padres lo confiesan: "Cuando estábamos volando fuera de la órbita de la Tierra pensamos en él y hasta le teníamos nombre. No sabíamos si ponerle Halcón o Gaviota... Habíamos pensado con Valentina en el nombre de un ave para indicar la sensación de vuelo que tendría el niño. Ahora que nació, le pondremos sencillamente el nombre de mi mamá; se llamará Yelena".

Es la primera vez en la historia que estamos ante el producto de un vuelo más allá de la costra terrestre. Una guagua que fue planeada entre las estrellas y cuya madre había saltado en un cohete para quebrar todos los records mantenidos hasta entonces por sus colegas masculinos. Es una guagua que no huele a polvo de talco ni a leche, sino a bencina y a aceite. Es una niña casi mecánica, cuyos padres se decían cosas amorosas y lanzaban piropos cifrados de acuerdo con la clave soviética, y que fue soñada mientras la Tierra se perdía en la lejanía, y asomaba por la ventanilla el raudo paso de los astros y de los cometas. Es un crío que ya sabe —a los dos días de nacer— que estuvo en calidad de “pavo” en medio de los espacios y dentro de su madre, bajo un overol de mecánico y cuando Valentina movía nerviosamente unas palancas de mando...

Toda la vieja poesía del *home, sweet home*, de la casita entre los pinos, de la primera cuna, de los pañales, y del primer arrurupata ha sido superada por esta proeza romántico-espacial. Y Yelena tiene que ser distinta a las guaguas del globo que llegan aburridamente colgadas del pico de la cigüeña y que dicen *agú* entre las sonrisas de los abuelos y la mueca profesional de la matrona. Esta guagua tiene sabor a cielo, a nubes, a astros y a cometas. Literalmente llega a la Tierra en el sentido preciso y matemático de la palabra. O más bien dicho, aterriza. Porque lo que ha hecho la simpática guagüita es patinar sobre la losa de un aeródromo, detener lentamente las hélices, parar los motores y deslizarse majestuosamente ante sus padres que la esperaban al pie de la torre de control. Sus ojos no pueden tener el cómico asombro de los ojos de las guaguas corrientes. Son ojos que ya saben, que ya han visto, que están entrenados en los espacios vacíos y los cielos libres. Son ojos, en una palabra, más celestes que terráqueos... Y por eso Yelena, cuando tenga unos dos años y pueda balbucear algunas palabras en ruso, dirá en su simpática media lengua:

—Una noche, cuando mi mamá me hacía viajar por el cielo...

Lo malo es que el día en que la guagua se enferme no se llamará a un médico para que le revise la guatita, sino que se le enviará a un taller de reparaciones, para que le arreglen el motor...

Y como se trata de un crío mecánico y astronáutico que anda más rápido que sus colegas de chupete, no tiene nada de raro que llegara dos meses antes de lo legal...

Tamara, la rejoneadora

LO QUE ES el Cordobés entre los toreros, es la Tamara entre las rejoneadoras de España. Es una especie de Manolete con faldas. O un Gallito que se pinta los labios. Actualmente está cotizada por la revista "Ruedo" como la sensación toreril de España. Rubia, bonita, audaz para vestirse, con cara de actriz de cine, basta verla una tarde cualquiera en la calle Echegaray para comprender por qué tiene el éxito que ha alcanzado en tiempo record.

Nació en la Guinea española y se le nota que tiene el Africa debajo de la piel. El Africa caminando entre los cocoteros, y bajo el sol disfrazado de fogata. Cuando habla, no lo hace como una muchacha de cortijo corriente, sino que le pone una nota de entusiasmo que no es ni siquiera la de un país en el que la pasión es todo como España, sino que es la pasión en sí misma, sin apellido ni carnet de identidad.

¿Qué habría dicho Hemingway si la hubiera conocido? Estaba hecha para una novela escrita por el genial autor norteamericano, con España como telón de fondo. Tiene algo de "Por quién doblan las campanas", traducida y adaptada al momento actual. Viene de los cortijos y las tientas, pero lleva el sello del barrio de Salamanca. En una palabra, es popularmente aristocrática y capaz de rejonear a caballo con la misma facilidad con que se bebe un jerez en el bar del Palace, que es uno de esos hoteles típicos de la *Belle Epoque* que van quedando aún en Madrid y que le dan un sello único a la ciudad del oso y del madroño.

¿Bonita?

Más que eso. Pasionalmente atractiva, tiene una sangre que le camina por las venas con una temperatura especial. Se nota que es africana, aunque hable el español correctamente. Hay algo de aristócrata que busca en el juego mortal del hombre y de la bestia el color, el sabor y el sello de esta tierra quemante. Según la crítica técnica, es la mejor torera que ha producido el país de "Sangre y arena" y de "Currito de la Cruz". Le sobra coraje y tiene esa mezcla de desprecio a la muerte, de agilidad felina y de gallardía que se necesitan en el ruedo para levantar una tempestad de aplausos en los "tendidos de sol y sombra".

Esta no sólo es mi opinión. Como en el caso del Cordobés, lo grande de esta muchacha de pelo rubio y trenza echada despectivamente a un lado es su carácter virginal, su primitivismo elemental, pero con *rouge* y *rimmel* de 1964, que ha superado la vieja estampa de los cuadros de Goya. Que es la *otra* España que viene montando a caballo y avanzando al mismo tiempo hacia la "cordillera de pitones" que se le pone al frente, como dijo el poeta. Es una mezcla de trage-

dia y de frivolidad, de profundidad y elegancia que tiene mucho de las viejas corridas de la Plaza Mayor, y, al mismo tiempo, un tono, una línea y una leve hebra de los tiempos actuales. Y a pesar de su nombre tan ruso y de haber nacido en la Guinea española, es más *cañí* y *calé* que las majas de Goya.

Los Windsor en Madrid

LA PRIMERA VEZ que vi al futuro Eduardo VIII fue en Santiago, hace la miseria de 35 años. Fue exactamente en la vieja Alameda, que en aquellos tiempos tenía álamos aún. Había llegado el día antes, y lo vi pasar en la vieja carroza de los Presidentes de Chile, junto al León. Entonces era únicamente el príncipe de Gales, heredero de la corona de la vieja Albión, que se caía día por medio del caballo y estaba de visita oficial en Santiago. Era chico, colorín y apenas se veía bajo el uniforme de gala. Junto al León se divisaba únicamente el morrión negro de los guardias de Su Majestad. Saludaba maquinalmente, y yo creo que se daba cuenta en el aire que había "ruido de sables", y que esperaban únicamente que se fuera para dar el golpe que le costó la presidencia a Alessandri, el viaje a Europa con los famosos ciento ochenta pesos, los cables de Roma y el regreso triunfal por la misma Alameda.

Ahora lo he vuelto a ver en Madrid. Claro que han pasado algunas cosas. Fue rey, perdió la corona por Wallys Simpson, viajó a través de todo el mundo, lo nombraron simbólicamente duque de Windsor, se casó, dejó de caerse del caballo, y se transformó en un viejecito que tiene más arrugas que un barquillo. Ahora ha pasado una temporada en Madrid, y lo vi a la salida del Ritz. Naturalmente lo recibió la gente "high" de España, a quienes deslumbran aún los títulos. Eduardo se ve cansado, viejo, pero sencillo y modesto. Es un gringo más que no se distinguiría fácilmente en medio de la niebla de Londres. Wallys siempre trata de mantener la fama de ser la mujer más elegante de Europa, a pesar de que los años le han hecho algunos impactos. Pero hay algo que conquista rápidamente en ambos. Se les notan la clase y la sencillez natural, lejos de la pose calculada de otras testas coronadas que han descendido en Barajas. El es un inglés que viste traje gris, ojos grises y hasta una sonrisa igualmente gris. No saluda en estrella ni mira mecánicamente las cámaras. Hay algo de lord, o de muchacho diablo que se sacó el terrible fardo que era la corona del imperio, que ajustaba mal en un jugador profesional de golf y en un pésimo jinete que adoraba la hípica. Wallys mantiene

aún algunos de los viejos encantos de otro tiempo. Mirándola con calma y con galantería, se explican la renuncia al trono de la nebulosa Albión y la vida andariega y vagabunda que han hecho ambos desde la famosa tarde de 1936 que estremeció a Inglaterra.

Son gente de otra época. No tienen nada que ver con los viajes a la Luna, los "sputniks" ni la visita de Nikita a Bonn. Cierran un período de la historia elegante de Europa que murió oficialmente en el barro de la última guerra. Detrás de ellos se levantan el fantasma de la Costa Azul de otros tiempos, el casino de Montecarlo, la selva de reyes que aún lucían corona, la sangre que trataba de mantenerse lo más azul posible. Son una página de las revistas de moda de hace 30 años, de las jugadas espectaculares en la ruleta, de los viajes en yate por el Mediterráneo. Asoman una India en manos de los británicos y un Londres puntual y conservador bajo la marcha impecable del Big-Ben.

Así lo he visto pasar como una especie de borroso noticiario de un tiempo que efectivamente el viento se llevó...

Los vi apenas unos minutos, pero me bastó. Sentí caer inflexible la arena del tiempo, y se metieron al inmenso Cadillac que los aguardaba, como quien huye de una época con la que ya no se tiene nada que ver.

Ni con dentaduras postizas, maquillajes ni pelucas empolvadas.

Grace y Rainier

POR FIN LOS conocí de cerca y en su salsa. Tal como son. Al margen de lo que dicen la propaganda y la cursilería internacional que agoniza ante las palabras "conde"... , "duque"... , "príncipe"... , o "marqués"... Tal como llegaron a Madrid a pasar los días de San Isidro y ver las mejores corridas de la Monumental (veinte mil personas de capacidad...). Llegaron de estricto incógnito. Es decir: ella, con gafas enormes; y él, con unos anteojos que parecían de caballo de carrera. En los toros, los tuve cerca y los vi en detalle. Grace es fina. Menos fina que cuando filmaba en Estados Unidos y le bastaba con ser la afortunada hija de un magnate de la construcción que había comenzado haciendo ladrillos al por mayor. Claro que está ligeramente gordita, y que no comió gambas, ni paella, ni cigalas, ni nada, en la cena del Ritz, para no aumentar unos pícaros kilos...

El, el gran Rainier de Mónaco, parece un buen oficinista de traje nuevo en día de pago. Gordito y mofletudo, tiene que ser "muy rey de Mónaco" para que la rubia Grace, que tenía candidatos a montones, le haya dado el ansiado "yes"... Ambos —ella y él— se ven como un

par de burguesitos con plata que pasan sus vacaciones en España, porque la vida está más barata que en Mónaco y los trajes de niño valen la mitad comprados en la calle Recoletos, en La Montera o en Preciados.

Naturalmente, se les brindó un toro que ella agradeció con una sonrisa helada, que más parecía lolipop. Ni una gota de la simpatía de Lauren Bacall, en la misma plaza, en la corrida siguiente.

Antes que Grace Kelly, ex artista de cine, ex amor de Gérard Philipe, en Cannes, hace tres años, es la princesa Grace de Mónaco, Alteza Serenísima, ante la cual hay que doblar la rodilla y hacer una venia.

No... No me gustó la pareja. Me dio la sensación de unos nuevos ricos que están pidiendo a gritos que se escriba una novela sobre ellos. O una comedia punzante e irónica. O que se filme una cinta que haga reír a medio mundo.

No. Una cosa es pescar al vuelo, con una ágil caña de pescar, una corona real de un principado de opereta. O tratar de prolongar una minúscula casa real a través de una sana muchacha norteamericana. Y otra muy distinta tener lo que en Chile llamamos clase. Y que aquí se llama *solera*.

Sí, muy fina ella con sus escasos cincuenta y seis kilos y sus visones que valen una fortuna. Muy gordito él, con sus gafas de gran figura internacional, que trata de pasar inadvertido, pero ambos, tal como los vi en los toros, a diez metros de distancia, me dieron la impresión de una escena que se le olvidó al autor de "El duque de Luxemburgo" y de "La princesa de las czardas".

Se les ve el oropel a la legua, y a los palacios del remoto Montecarlo les asoman el yeso y el papel pintado.

EN CHILE

Don Pedro Aguirre Cerda

EN 1925 MI padre, que era corredor de la Bolsa de Comercio, se quedó en la calle por haber sido honrado. Yo estaba tan chico que no pude llegar hasta la casa del bandolero que le había hecho la jugada para pegarle un tiro como se merecía. Y cuando pude hacerlo ya se había muerto el culpable.

Mi madre fue a hablar con don Pedro y le pidió un puesto para mi papá, que era hijo de uno de los jefes del radicalismo del siglo pasado. Don Pedro le dio un pequeño cargo en la Contraloría, ganando 300 pesos al mes. Trabajó veinte años sin faltar nunca y asistiendo a la oficina los sábados y domingos y sin pedir jamás vacaciones.

En 1938 don Pedro fue candidato a la Presidencia por el Frente Popular. La derecha había levantado a Gustavo Ross Santa María, y dos partidos (nacismo y Unión Socialista, unidos en la Alianza Popular Libertadora) alzaron el nombre de Ibáñez. Si se hubiera dado entonces la elección, habrían ganado Ross y la extrema derecha. Una noche don Pedro se vio tan perdido que invitó urgentemente a su casa de la calle Mac-Iver al llegar al Parque Forestal a los viejos radicales con plata y les dijo:

—La caja de la campaña está agotada. Yo he puesto todo lo que tenía. Tengo metida hasta la última parra de Conchalí. Si ustedes no me ayudan esta misma noche y juntan algunos pesos, presento la renuncia mañana mismo.

Les dejó diez botellas de vino y se fue a dormir a su pieza.

Los jefes radicales barajaron el naípe, firmaron cheques y letras y se juntó algo que servía apenas para dar las primeras maniobras de la batalla.

Vinieron el 4 de septiembre y la Marcha de la Victoria de Ibáñez.

Los jefes del Frente Popular se dieron cuenta de que Ibáñez tenía más gente que ellos. Al día siguiente (lunes 5 de septiembre de 1938) se producía el crimen del Seguro Obrero y se masacraba a los 63 muchachos rendidos en la "Torre de la Sangre". Esa misma tarde don Pedro ganó la elección. Jorge González von Marées, en la cárcel y condenado a muerte, le pidió a su gente que votara por Aguirre Cerda. Olavarría y Pedro Enrique Alfonso llegaron al local del MNS en la calle Huérfanos 1540. Y entre banderas nacistas escucharon al gran Mauricio Mena, que proclamaba la candidatura de don Pedro por TODA la izquierda.

Vino el 25 de octubre y ganó don Pedro por poco más de 3.000 votos. Esa batalla fue la más dramática que yo haya visto jamás. Los aguirristas nos trezamos a bofetadas y a balas en todos los barrios y volamos con bombas las "encerronas" rossistas. Ese día perdió el gobierno la derecha, por lo menos en apariencia. Andando los años, se coló nuevamente por la puerta de Morandé 80. Ni los radicales eran de izquierda, ni se cumplían los programas. Lo que triunfó fue un arribismo disfrazado de izquierdismo, y los nuevos ricos partían a Zapallar y entraban oficialmente a la diplomacia y a los negocios. El país no cambió de alma, sino de smoking. . .

En agosto el general Ariosto Herrera quiso dar un golpe. Era ingenuo y buena persona, pero no entendía nada de política y conocía vagamente el fascismo que pretendía implantar. Le falló la máquina. Lo detuvieron después que pretendió levantar un regimiento. Ibáñez, que, como de costumbre, llevaba velas en el entierro, se refugió en la Embajada del Paraguay. Yo vi en la mañana a las masas salir a la calle a defender su gobierno en camiones y pidiendo armas. Si la cosa crece, tenemos la guerra civil española en miniatura, y el gobierno le entrega armas al pueblo.

Supe por el gordo Sagüés, que era jefe de Investigaciones y que fue mi director en "La Nación", hasta hace poco, que don Pedro le dijo mientras la situación estaba incierta:

—¿Tienes un revólver?... Pásamelo... De aquí no me sacarán vivo. . .

Y se sacó la chaqueta, y se colgó un enorme pistolón por las dudas. Yo estuve en La Moneda, en la calle, en el cuartel del Tacna y, finalmente, al llegar la noche, y cuando estábamos terminando un suplemento de emergencia de la revista "Vea", me fui con Renato Labra a ver a Ibáñez a la Embajada del Paraguay. Y fui el único periodista que lo entrevistó y se tomó una foto con él. Me dijo solamente:

—Me falló... Mala suerte... Otra vez será...

Bastaba. Era la confesión total.

Los doscientos mil ejemplares de la revista se agotaron al día siguiente.

Pasaron dos años. Fui cien veces a su viña Conchalí y probé sus ricos caldos.

Allí charlé con ese hombre moreno, bajito, con el eterno cigarrillo entre los labios y que hablaba mansamente. Tenía algo de huaso ladino que se había propuesto desde la cuna llegar a la Presidencia de la República. Que había subido con la izquierda, a pesar de que en el fondo era hombre de centro, y que trató de hacer el máximo por su país. No alcanzó a pelear con los comunistas ni a virar a la derecha. La muerte llegó antes, pero dejó la impresión de que le sobraba algo que el pueblo intuyó enteramente: su auténtica buena fe y su indiscutible honorabilidad.

Por eso dejé caer una lágrima el día en que pasó, entre banderas y cañones, por la Avenida de la Paz en medio de una masa que realmente lo despedía con el corazón en un puño.

Yo no sé si fue un gran Presidente de Chile. Sólo sé que fue un pequeño gran hombre.

El León

EN 1924 MI papá me enseñó a gritar ¡viva el León!

El día en que Alessandri gastó los ciento ochenta pesos que se había conseguido para poder volver a Chile desde Roma, casi me asfixié en el desfile por la Alameda con que un pueblo frenético, que creía haber ganado una guerra, recibía a don Arturo, en medio de la más formidable manifestación de masas que se haya visto en Chile desde el día en que el general Baquedano volvió de Lima el año 1881.

Mi papá perdió la hallulla, yo perdí mi gorro marinero y además se extraviaron cuatrocientos veintidós niños en la Alameda y algunas distraídas ancianas de manto.

En 1931, don Arturo decidió volver a “la casa donde tanto se sufre” —que era la misma que ocupara después de la campaña del año 20, y donde el pueblo se había comido tres murallas, creyendo que era hierba milagrosa—, desempolvó su viejo corazón, le echó naftalina y partió en campaña. Lo apoyaba la izquierda, que creía haber vencido a Ibáñez.

Las señoras de Santiago lanzaron a don Juan Esteban Montero, que dijo melancólicamente: “Me someto”.

Yo estaba una tarde en calidad de intruso profesional frente al Teatro Recoleta y me dispuse a ver una concentración en que iba a hablar el León. Sólo lo conocía de vista, y por fin vi aparecer en el escenario a este hombre tan discutido y por el cual mi papá había perdido la hallulla, un diente y un puesto público. Había unas cuatrocientas personas, y el León comenzó a hablar. Yo conocía de oídas a Demós-

tenes, a Cicerón, a Gambetta, a Danton, a Clemenceau y a otros oradores, pero nunca he visto mayor magia para decir las cosas más vulgares y más inteligentemente dichas. Tenía una voz musical, chilena en la forma e italiana en el fondo, como una especie de violín mágico, de arpa sagrada, de clarín solitario, que resonaba en los viejos muros del teatro diciendo algunas palabras gastadas por el uso y remendadas y parchadas a través de los siglos. Hablaba de la democracia, de la libertad y de la justicia, como nunca ha hablado nadie y como es muy probable que nunca nadie vuelva a hablar. Cuando usó una imagen comparando la palabra "democracia" con un río que viene saltando entre las breñas, brincando entre las rocas o deslizándose a través de la selva y que se va a derrumbar, el público, fascinado por este encantador de serpientes, por este mago genial, se puso automáticamente de pie y estalló una ovación cerrada como he oído pocas en mi vida.

Entonces me di cuenta quién había sido y quién era don Arturo Alessandri Palma.

Vino la campaña. Las señoras de Santiago le ganaron a los últimos restos de lo que quedaba de la querida "chusma" del año 20, que ahora era la clase media del 31, que no quería correr aventuras y que prefería a un caballero seguro y de buenas costumbres como era don Juan Esteban Montero, a un agitador extraordinario como no ha tenido jamás América, y que se llamaba Arturo Alessandri.

Dos días antes de la elección lo vi pasar en un viejo auto destaralado, con un cuero de león en la mano, saludando a una masa frenética.

Vino la elección y ganó don Juan Esteban Montero. Se enojó el León, se enojaron sus partidarios, se enojó don Pedro León Ugalde, se picó la masa, pero don Juan Esteban Montero fue elegido Presidente de la República por seis constitucionales años.

No se quedó tranquilo el León. Al día siguiente de la votación, su diario, "La Libertad", decía: "Nos robaron la elección".

Y pocos meses después, cuando llegó el 4 de junio de 1932, el León no encontró nada mejor que ir a El Bosque a saludar a don Marmaduke Grove, que había hecho un golpe de Estado y que pensaba apoderarse de La Moneda. Fue entonces cuando dijo esa frase que después desmintió mil cuatrocientas ochenta y ocho veces y que decía: "No afloje, mi coronel".

Grove no aflojó, pero lo hizo aflojar Carlos Dávila, a los doce días justos. Mandaron a don Marma a Pascua y comenzó el desfile de tanques hacia La Moneda.

En 1932 don Arturo era por tercera vez candidato a la Presidencia de la República y esta vez las señoras de Santiago, que habían quedado viudas con la caída de Montero, votaron por él. Ganó el León, y durante seis años hizo un gobierno de centro tirado a la derecha, y uno de

sus más fieles colaboradores y más entusiastas partidarios fue el mismo Rafael Agustín Gumucio que lo había combatido con saña y con odio desde el 20 al 24, en "El Diario Ilustrado".

El 5 de septiembre de 1938 se dio la orden fatal de matar a los sesenta y tres muchachos rendidos en el Seguro Obrero. Lo traicionó el inflamable ancestro italiano, y unos jefes de carabineros, borrachos de sangre, la cumplieron al pie de la letra.

Durante años yo no puse la radio para no saber nada del hombre que se había responsabilizado de la matanza.

En 1941, el León vivió en la calle Phillips, en un departamento lleno de libros y de recuerdos. Había muerto don Pedro Aguirre Cerda, y Juan Antonio Ríos era candidato. Los amigos de Alessandri —y el León en primera fila— decidieron apoyar al ibañista Juan Antonio Ríos para atajar al ibañista Ibáñez. Y don Juan Antonio Ríos fue elegido Presidente. Aparte de su trabajito, don Arturo habló una hora y veinte minutos desde la tribuna que se había alzado especialmente en la Plaza Bulnes y que, según cuentan, tenía dos cargas de dinamita en la parte inferior para volarla con la mitad de la historia de Chile que estaba sentada en la parte superior.

Don Arturo estuvo como nunca. Chistoso, brillante, ingenioso, di-charachero, combativo, acaballado, arrotado, demagogo en todo momento, fue capaz de responder una por una todas las preguntas quemantes que le hacía una masa que no se sentía conquistada por Juan Antonio Ríos, pero que se sentía electrizada aún por don Arturo.

En aquella hora y veinte minutos en la tribuna, el León se conquistó la vieja popularidad del 20 al 31 y volvió a ser esa estatua ambulante que fue a través de su vida.

Con ese solo discurso hizo perder a Ibáñez y ganar a Ríos.

Pasó el tiempo. Alessandri fue senador y presidente de la Cámara Alta. Yo era subdirector de la revista "Vea", y en innumerables tardes pude conversar con el solitario de la calle Phillips. Era tan cariñoso que me decía "Trompeta" y me llamaba por teléfono para desmentirme más de alguna información. Después, en privado, reconocía que había dicho la verdad, pero que no era conveniente que la dijera.

Yo he conocido a Herriot, a Reynaud, a Daladier, a Churchill, a Roosevelt y a otros políticos de fama mundial. Pero nunca he visto en un líder la simpatía arrolladora, la intuición, la facilidad para conquistar amigos y de vencer cualquier resistencia que tenía don Arturo.

Me prestaba libros, me leía viejas cartas, me contaba recuerdos personales que si yo hubiera tenido un gramo de talento periodístico, los habría anotado para hacer un libro sensacional. Me daba veladas instrucciones para que dijera tal o cual cosa en algún comentario periodístico. No puedo negar que la magia de don Arturo también me conquistó. Un día nos tomamos una foto que guardo como recuerdo,

frente a la Embajada de Estados Unidos, en el Parque Forestal. Aparecen el León, "Ulk" y yo. Es tan buena la foto que se nota que "Ulk" está ladrando y que apenas terminen de enfocar lo va a levantar la pata junto a un árbol vecino.

Pasó el tiempo, y un día supe la increíble noticia de que el León había muerto hacía un momento. Esa noche las emisoras transmitieron únicamente música clásica y religiosa. El director artístico de la radio en que trabajaba me permitió hablar y hacer un recuerdo personal de don Arturo. Tenía que hablar durante unos quince minutos, sin papel y sin un vaso de agua a la mano. Hablé casi una hora. Cuando terminé no sabía si estaban llorando los auditores o si era yo el que lloraba. A las diez quince estuve en la casa de la calle Phillips, que era un solo mar de amigos, de flores, de mujeres bonitas y de lágrimas. Allí estaba el viejo León, tendido en el ataúd, como empequeñecido físicamente, pero con un rasgo que ningún escultor le habría podido captar jamás. Se había rejuvenecido el rostro en medio de los llantos de don Fernando, de doña Marta, de don Jorge, de don Hernán, de la Estercita, y muchos más. No era el anciano que había caído a la tumba. Era el muchacho del año 20 que salía de nuevo en busca de la querida chusma a recorrer la pampa nortina.

Después vinieron las honras fúnebres, las cureñas, los cañones, los saludos y la masa lanzando flores.

Lo vi pasar desde una esquina. Fue la última vez que lo vi.

¿Demagogo? ¿Genio de la intriga? ¿Doble, triple, cuádruple? ¿Actor eterno en el escenario de la vida nacional que vivió pensando en el poder y que vivía nostálgico lejos de él? ¿Buen agitador y mal estadista? ¿Chileno o italiano?

Sí, todo eso fue don Arturo, pero sólo él e Ibáñez dominaron la política nacional durante cuarenta años, odiándose a muerte entre ellos.

Ibáñez

LA PRIMERA VEZ que entré en contacto con él fue el 26 de julio de 1931.

Yo tenía doce años y enronquecí gritando: ¡muera Ibáñez!

Pasaron los años, el general vivía en Buenos Aires y yo no tuve ocasión de conocerlo.

En 1938 Ibáñez fue candidato a la Presidencia de la República. Por mi parte, yo trabajaba como el más modesto de los reporteros, en un pequeño diario. Me enviaron a entrevistar lo y conversé solamente diez palabras con él. En el mismo lapso que una persona puede decir unas veinticinco frases, Ibáñez apenas decía una.

Alto, moreno, con la piel un poco cascarañada, suave de maneras,

pelo indiscutible e incurablemente militar, el general daba la impresión de que había salido recién del cuartel y se había vestido de civil sólo para recibir a los periodistas. En ese tiempo estaba de moda la película "Africa habla". Yo titulé mi información "Ibáñez habla".

Lo apoyaba la Alianza Popular Libertadora, formada por el nacismo y la Unión Socialista. La izquierda había proclamado a Aguirre Cerda y la derecha a Gustavo Ross.

El 4 de septiembre fue la Marcha de la Victoria y el general revisó a sus partidarios desde una tribuna que se había alzado en Viña Mackenna al llegar a la Alameda. Allí estaban Tobías Barros, Jorge González von Marées, Santiago Wilson, Rossetti, Barros Castañón y muchos más. El desfile fue verdaderamente grandioso. Don Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Pópular, casi se murió de impresión.

Esa misma tarde los ibañistas creyeron que podían ganarle a don Gustavo Ross en la elección si el ibañismo demostraba tanta potencia en las urnas como la había lucido en la calle.

Ibáñez estaba de acuerdo en preparar un golpe contra Alessandri, pero no sabía que Jorge González tenía preparado el *putsch* del Seguro Obrero. Al día siguiente, sesenta y tres muchachos eran asesinados en la "Torre de la Sangre". Ibáñez se presentó en la Escuela de Infantería de San Bernardo y fue detenido y llevado a la cárcel.

El 25 de octubre ganaba don Pedro Aguirre. El nacismo había hecho triunfar indirectamente al Frente Popular.

El 19 de octubre de 1939, el general Ariosto Herrera trató ingenuamente de dar un golpe. Se movilizó Chile entero en su contra. Salieron los camiones a la calle. Los obreros pidieron armas para defender su gobierno. Desde los balcones de La Moneda habla el jefe de la izquierda. Desde la calle lo hicieron el propio jefe del nacismo, Jorge González, y Oscar Jiménez. Ibáñez se asiló en la Embajada de Paraguay.

Yo lo entrevisté esa misma noche. Me dijo solamente:

—Tuve mala suerte.

Con esta sola frase yo monté una entrevista completa para el suplemento de "Vea", que se agotó al día siguiente.

En 1942, Ibáñez se presentaba nuevamente de candidato a la Presidencia de la República, por tercera vez consecutiva. La primera vez había sido el 27; la segunda, el 38. Esta vez el general había virado hacia la derecha. Lo apoyaban los mismos conservadores y liberales que lo habían expulsado de La Moneda el 26 de julio del 31. Ibáñez aparecía como derechista o, por lo menos, la derecha creía que se había dado vuelta la chaqueta.

Ibáñez nunca se dio vuelta la chaqueta. Ibáñez era ibañista. Uno de los pocos ibañistas auténticos y legítimos que ha habido en este país.

Su íntimo amigo, don Juan Antonio Ríos, e ibañista a *outrance*, durante quince años, fue su opositor.

Gracias a Arturo Alessandri, a la falta de perspicacia de liberales y conservadores y al sensacional discurso del León en la Plaza Bulnes, le ganó el ibañista Ríos al ibañista Ibáñez.

Pasaron los años. En 1951, yo tenía una audición de radio que se llamaba "Yo lo conocí". Por intuición, por deducción o por ese olfato especial que tienen los periodistas para saber no sólo lo que pasa, sino también lo que va a suceder, me hice ibañista, sin avisarle a Ibáñez. Comencé a defenderlo por la radio contra viento y marea y sobre todo contra el gerente de la emisora en que yo trabajaba. Fui ibañista de primera hora, cuando unos militares en retiro, unas dueñas de casa, ciertos diputados, unas señoras, algunos caballeros gordos, algunos ibañistas incurables de la administración del 27 al 31, los parientes, los amigos fieles y una enorme masa independiente levantaba la bandera del general.

No era, precisamente, una bandera. Era una escoba. Una escoba con la cual se pensaba barrer los cinco mil males que tenía Chile, creyendo que el general iba a ser un dictador parecido a lo que había sido durante su primera administración, apenas volviera con doña Graciela a La Moneda.

Un día me pasó a buscar Rogelio Cuéllar, secretario privado del general, y me dijo que éste me invitaba a almorzar. Yo trabajaba hasta las dos de la tarde; Ibáñez almorzaba a las trece treinta, y naturalmente, llegué atrasado, pero tenía un asiento vacío esperándome al lado del ex Presidente de la República. Estaba un poco más viejo, pero tan entero como de costumbre. Sus enemigos a muerte lo llamaban "el Caballo", por lo seco y duro de trato, por lo solitario, por lo inasible a primera vista, pero me encontré con un hombre que era el colmo de la gentileza, de la amabilidad y de la buena educación.

Los viejos pelucones que lo habían atacado, los liberales llenos de fondos y de apellidos, las señoras aristócratas que lo "pelaban" en los salones, parecían gente de medio pelo al lado de la suavidad y el tono de mando que se desprendían, en forma natural, de este hombre que andaba correctamente vestido de civil y de oscuro, pero que parecía que jamás se había sacado el uniforme y las botas. Se le notaban el sable, las medallas, la bocamanga, los botones dorados y las botas debajo del traje que vestía.

Fue la primera vez que conversé largamente con él y entonces me di cuenta de que no tenía nada que ver con el brillo cegador de don Arturo Alessandri.

No decía frases ingeniosas ni hacía chistes, guardaba largos silencios y dejaba escapar de vez en cuando algunas palabras claves que

había que desentrañar apenas salían de sus labios para entender a dónde trataba de ir.

Yo había entrado ibañista a su casa de la calle Dublé Almeйда 2840. Salí superibañista, a continuar la campaña en su favor.

Manejaba tres audiciones de radio en ese tiempo: "Yo lo conocí", en la Pacífico; "La entrevista audaz", en la Bulnes, y "Reportajes", en la Cooperativa Vitalicia. Las tres las puse en favor del general en los momentos en que el 99 por ciento de la prensa y la radio estaban contra él.

Conversé varias veces por teléfono, o personalmente en su casa, sobre los puntos *a*, *b*, o *c*, de cómo llevar la campaña.

El 4 de septiembre de 1952, contra todos los cálculos, Ibáñez arrolló a los partidos políticos, a las agencias que pierden el tiempo haciendo encuestas, a los diarios, a las radios y a todo el mundo.

Esa misma tarde, después de haber trabajado como enano y de hacer un discurso incendiario en la terraza de la Radio Nuevo Mundo, volví a las cuatro y media de la tarde a mi casa rendido a tenderme un rato.

A las seis me despertó mi mamá diciéndome que me llamaban por teléfono.

Ibáñez había triunfado.

Me afeité, me di una ducha y fui a saludarlo a su casa, que ahora no era una mansión solariega, sino una especie de Estadio Nacional, lleno de futuros diputados, ministros, senadores, embajadores, cónsules, secretarios, agregados culturales, vicepresidentes de caja, de parientes y amigos personales.

Le coloqué un cajón de azúcar al general para que pudiera hablarle al pueblo que invadía los jardines, y me tomé una copa de champaña entre Raúl Ampuero, Rafael Tarud, Tobías Barros, Guillermo del Pedregal y muchos más.

A las ocho y media de la noche hablaba por radio en mi programa habitual para decir simplemente: "Los hemos pulverizado".

Dos meses después el general me llamó a su casa a las seis de la mañana.

Yo me había acostado a las cinco y salí vestido de azul, afeitado y listo para partir en auto.

A las seis y media estaba en su casa y el general sacó una libretita y me dijo:

—Lo voy a nombrar cónsul en Alemania.

Le contesté:

—Lo siento, señor Presidente, pero yo me voy a París...

Me dijo:

—Le va a hacer mal esa ciudad, Tito. Alemania es un país más

serio, más correcto, más trabajador, no hay tentaciones, las mujeres no son tan diablas... Váyase a Alemania.

Le repliqué:

—Lo siento, general, pero tengo listos el pasaje que me acaba de regalar el gordo Brumson, de la Panagra, y una beca para irme a París...

Lo convencí.

En enero de 1953, partía a Francia para dar a conocer a Chile en la embajada que en esos momentos manejaba aún Enrique Bernstein y que más tarde dirigiera Juan Bautista Rossetti, como agregado cultural, recibiendo durante veinticuatro meses la astronómica cifra de doscientos dólares al mes, que se sumaban a los pocos que ganaba como corresponsal de "La Nación" y los escasos francos que recibía por la beca.

Volví a Chile a fines de 1954. Las cosas habían cambiado. Mis íntimos amigos eran antiibañistas, pero yo creía aún que el general podía hacer un gran gobierno, barriendo con los partidos políticos y volviendo a ser el coronel de 1925 y el dictador del 28 al 31.

Empecé a defenderlo por la radio, escribí en "La Nación", pero por la fuerza de las cosas, porque la revolución pacífica no era revolución ni era pacífica, me fui distanciando de él, a pesar de que le guardaba aún cierta simpatía y de que me gustaba esa cosa de huaso ladino, de político instintivo y antipersonalista, de hombre serio y como reflejo de la tierra que llevaba puesta en el rostro, en el gesto y en las manos.

Me daba la impresión de ser un caudillo típicamente centroamericano que había estado detrás de todas las intentonas, de todos los golpes y que había estado con Jorge González, el 5 de septiembre, y con Ariosto Herrera, el 19 de octubre, y, luego, cuando fue Presidente, no me llamó la atención, en lo más mínimo, que dijera:

—Primero los parientes, después los amigos.

Y que tuviera perfectamente engrasado y al alcance de la mano el fusil ametralladora que le mandó de regalo Víctor Paz Estenssoro, Presidente de Bolivia en esa época.

El día en que murió, yo estaba lejos de Chile, pero no puedo negar que lo sentí —como lo siento todavía—, ahora que está tan lejos y que me queda un tiempo aún para que volvamos a conversar algún día, como aquella lejana madrugada de fines de 1952.

Grove

LO PRIMERO QUE hay que tener en cuenta en Grove es que era inglés. Tenía ingleses los ojos, el escaso cabello, la simplicidad, la buena fe,

la honorabilidad y un poco la grandeza de los productos de los parsees sajones. De buena fe creyó que bastaba entregarle la Escuela de Leyes al Partido Comunista el 4 de junio, decir que el Club de la Unión iba a ser la Casa del Proletariado y devolverles a las mujeres de las *ciés* y de los conventillos de Chile unas viejas máquinas de coser, para que se estableciera el socialismo en Chile, en circunstancias que el viejito Marx no había podido tomarse Alemania después de haber escrito más de cincuenta libros y que Lenin se quemó sus mongólicas pestañas, durante treinta años, para llegar en un tren blindado a Moscú a realizar la revolución rusa.

Ese fue Grove. Duró solamente doce días en el poder, porque Dávila salió más vivo y más cazarro que él. Lo mandaron a Pascua. Volvió de Pascua como candidato a la Presidencia de la República y más tarde lanzó el lema "de la cárcel al Senado". Llegó al Senado y entonces comenzó a apagarse lentamente.

Coke le hizo en "El Diario Ilustrado" una cruel caricatura en que aparecía, en veinte años más, sentado en un banco de la Plaza de Armas, y alguien le preguntaba a un amigo:

—¿Quién es ese viejito?

—Ese fue un terrible dirigente revolucionario que daba golpes de Estado en otros tiempos.

Grove fue capaz de crear con sus propias manos el Partido Socialista y la verdadera izquierda en la segunda Presidencia de Alessandri. Hombre de pocas palabras, de discursos simples y de ideas sencillas, fue poco a poco siendo archivado en el arcón de los recuerdos políticos y un día desapareció sin pena ni gloria.

¿Sin pena ni gloria?

No creo. Con pena y gloria. No renunció nunca a lo que había pensado. No traicionó. No se vendió. No se entregó. En determinado momento fue el eje de la vida pública de Chile y podría haber sido hasta Presidente de la República. No perdió el tiempo leyendo las complicadas obras marxistas, los folletos de propaganda, ni los pesados libros de filosofía.

Estaba hecho de una madera simple y eficaz, y, por encima de todo, lo dominaba una increíble y admirable honradez. Pobre y honesto a carta cabal, creyó cosas que no eran de este mundo, y en un país como Chile, donde hay que ser sumamente de este mundo y donde la vivacidad, la rapidez mental, la diablura y otras cosas son indispensables para dirigir un país, estuvo siempre un poco fuera de foco.

Yo conversé con él la mañana del 4 de septiembre del 52, cuando Ibáñez ya era triunfador seguro, y me dijo, con la más perfecta buena fe, que ganaría Pedro Enrique Alfonso. Murió y no tuvo el entierro que se merecía. Había hecho un 4 de junio que estuvo a punto de cam-

biar la historia nacional, pero le falló esa invisible palanca, ese pequeño pivote, ese nervio indispensable que se llama la diablura nacional.

Por eso perdió su gran batalla.

Juan Antonio Ríos

A JUAN ANTONIO RÍOS lo conocí poco. Un día se enojó porque quería tomarle una foto de cerca para la revista "Vea". Retó al fotógrafo y de paso me retó a mí. Ríos era un hombre que gustaba de retar a la gente. Unos le aguantaron y otros no. Los que no le aguantaban, se batían con él. Si no, que lo diga Octavio Señoret, que fue al campo de honor por ese motivo. Ríos no se andaba con chicas. Cuando quería a alguien lo hacía ministro y cuando no lo quería lo hacía pedazos. A Gabriel González trató de pegarle en un ascensor. Gabriel se defendió como pudo, pero le había jurado que un día le quitaría la Presidencia de la República. Juan Antonio Ríos no le aguantó y Gabriel tuvo que esperar que se muriera para llegar a La Moneda.

Me contó un amigo que cuando Ríos era un simple diputado partidario de Ibáñez, que controlaba apenas a ocho parlamentarios en la Cámara, le dijo mirando hacia el recinto parlamentario: "Un día seré Presidente de la República". . .

Lo fue, apoyado por los radicales, una parte de liberales, los socialistas y los comunistas que fueron a empujones sin que nadie les pidiera su visto bueno.

Juan Antonio era el típico político chileno, el caudillo de pueblo, el amigo de sus amigos, el enemigo de sus enemigos, el que sabe el cateo de la laucha por experiencia y no por libro, el que sabe sumar en fracción de segundos los votos que necesita para tomarse una asamblea y ganar una elección. Sin grandes ideas administrativas, sin grandes sueños, con una oratoria recia, pero simple y elemental, tenía fama de hombre y de macho desde niño.

Nunca desmintió su fama. Fue diputado, senador, presidente del partido, Ministro de Ibáñez, Ministro del Interior de Dávila, y por último, Presidente de la República.

Duró poco en el gobierno. Había vivido tanto, adoraba tanto a su país, había trabajado tan incansablemente, que a pesar de su impresionante físico —que ha captado como nadie el lente de Jorge Opazo, en una foto extraordinaria que lo presentaba de poncho, como un viejo caballero español frente a un solitario castillo— le falló la maquinaria y un día murió en Paidahue.

Fue radical hasta el último segundo. Fue leal a sus amigos hasta

el postrer momento. Murió con un coraje y una valentía extraordinarios.

Lo trajeron de Paidahue una noche sombría, entre los silenciosos saludos de los huasos de poncho y espuelas, y de la lluvia que caía fúnebremente; lo velaron brevemente en La Moneda. Yo lo vi en el cajón. Estaba inconocible. El rostro estaba disminuido, jibarizado por la enfermedad, y era de un extraordinario color que recordaba los antiguos arcones, las viejas consolas que tienen las abuelitas. Una especie de café acharolado que impresionaba más que ningún muerto. Supe que había fallecido en los brazos de una cuñada suya, diciendo a media voz: "No se olviden de Jorge Matte... Acuérdense de Duhalde... Atajen a ese que ustedes saben... Anoten este decreto ley que será el último que yo dicte..."

Después vino un terrible vómito verde, Juan Antonio Ríos se incorporó como un sonámbulo sobre el lecho, abrió desesperadamente los ojos y se derrumbó como lo que era, como un roble solitario del sur.

Gabriel González Videla

EN 1946 GABRIEL González Videla decidió ser Presidente de la República de Chile y llegar a La Moneda. Antes lo había intentado, pero Juan Antonio Ríos le salió al paso y le impidió llegar a la casa de Toesca. Gabriel era y es un político especial. Simpático, jovial, alegre, habla casi tan rápido como yo cuando dice: "¡Cómo le va, mi amigo..., venga un abrazo!". Tiene una habilidad maquiavélica para actuar en política, y desde que nació en La Serena, hace ya algunos añitos —perdón, don Gabriel—, había decidido viajar en coche y de frac desde La Moneda al Congreso para terciarse la banda.

Cuando fue embajador de Chile en Francia trabajó desde las seis de la mañana hasta las seis de la mañana del día siguiente en preparar su candidatura. Escribió innumerables cartas, mandó cables, habló por teléfono y montó una máquina perfecta para volver en gloria y majestad a Chile.

Volvió. La primera vez le fue mal. Llegó durante la Segunda Guerra Mundial y dio una conferencia en el Caupolicán que fue todo un fracaso. Gabriel había perdido los contactos con la mentalidad de Chile de ese momento. Bajó del avión y desde Los Cerrillos partió al Caupolicán. Entre el aeropuerto y el teatro hay veinte minutos en auto. Es poco para entender un país tan complicado. Poco, porque don Pancho Encina se demoró veinticinco años en poder hacer lo mismo y escribir los veinte tomos de su monumental "Historia de Chile".

Habló en el Caupolicán entre unos tímidos aplausos iniciales y unas chirigotas que le hicieron a los quince minutos de haber abierto los labios. Yo estaba en el teatro. Me acuerdo que dijo:

—Ustedes no saben, compañeros, cómo son los alemanes... Yo los vi entrar en París. Son tremendos, son enormes; son terriblemente disciplinados; son crueles. Dan miedo. No los ataja nadie...

Alguien le gritó desde la galería:

—¿Usted está hablando en contra de los nazis o en favor de los nazis, don Gabito?

Tuvo que volverse a París, para seguir trabajando en la embajada.

Pero en 1946 vino la segunda vuelta, cuando murió Juan Antonio Ríos. Siempre hay una segunda vuelta: Alessandri, Ibáñez, Frei, Allende, etcétera.

Esta vez le fue bien. Lo apoyaban los comunistas, los socialistas y, sobre todo, los radicales de izquierda, aparte de algunos liberales que decidieron entrar en contacto con los discípulos de Carlos Marx, con tal de llegar a La Moneda.

Un día me llamaron por teléfono al local de la Casa América — Moneda con Mac-Iver—, y cuartel general del Partido Comunista, y Juan de Luigi me dijo que había decidido contratarme como redactor político de un diario que aparecería en breve y que se iba a llamar "Extra". Arrendamos una casita de un piso en la calle Huérfanos entre Miraflores y Mac-Iver. En la casa apenas cabían cinco personas en forma normal, pero trabajábamos más de veinte, entre los cuales recuerdo a Humberto Malinarich, al director Juan de Luigi, Carlos Droguett y muchos más. De vez en cuando llegaban Volodia Teitelboim, Neruda, Ester Cossani, el "Negro" González, etc.

Juan de Luigi escribió una inolvidable serie de siluetas de políticos como nunca antes se habían hecho en Chile, salvo aquellas semblanzas con arsénico que escribiera Ricardo Latcham en 1931, en la revista "Week-end".

Salió elegido Gabriel González, y en vista de que "Extra" había sido su diario de batalla oficial, hizo una visita de protocolo a "El Mercurio" y se le olvidó "Extra", que quedaba mucho más cerca.

Antes de llegar a La Moneda estuve bastante con Gabriel y fui una especie de niño mimado de su departamento, que quedaba en Teatinos al llegar a la Alameda. Sus adversarios habían sido Fernando Alessandri y el doctor Cruz Coke. En el camino quedó Alfredo Duhalde, que alcanzó a ser candidato sólo un par de meses y que gastó varios millones en colocar un letrero luminoso en el cerro San Cristóbal, con gran desagrado de la Virgen, que parece que es poco aficionada a la electricidad y a la técnica moderna.

Al día siguiente de la elección llegué a las tres de la tarde a ver a Gabriel. A las cuatro llegó el León. A las cinco anunció visita Cruz Coke, que estaba muy enojado porque había perdido y que, a pesar de ello, quería demostrar que era lo que es: un caballero que sabe perder una elección.

En ese momento no estaba Gabriel, porque había ido al Congreso, que lo había elegido Presidente electo entre las dos mayorías relativas. Lo recibí yo en la puerta y lo llevé donde la Mitty. Cruz Coke posó para las cámaras, abrazó a medio mundo, se tomó como veinte fotos, entre las cuales aparecía, naturalmente, yo. A los cinco minutos llegó Gabriel. El diálogo fue muy corto:

—¿Qué dice, Eduardo, hombre?... ¡Venga un abrazo!...

A Cruz Coke se le olvidó Jacques Maritain y le dio el abrazo. Poco después llegaron los camarógrafos y tomaron un breve filme. Yo me coloqué detrás de Gabriel, y cuando lo vi en un cine me di cuenta de que me había robado la película. Mientras Gabriel actuaba en primer plano, yo me movía detrás de él y le decía cosas al oído, me alisaba el pelo, encendía un cigarrillo, lo apagaba, lo tiraba lejos, me sentaba y me paraba en una forma bastante mal educada.

Gabriel gobernó durante seis años. Cuando era candidato había dicho en la Casa América esta frase:

—Yo no necesito el carnet del Partido Comunista, compañeros, porque lo llevo aquí en el corazón.

Los camaradas aplaudieron frenéticamente, y gracias a ello hubo tres ministros comunistas, que fueron, respectivamente, Carlos Contreras Labarca, Miguel Concha y Víctor Contreras Tapia.

Al poco tiempo, Gabriel se enojó con los comunistas y los mandó a Pisagua. Persiguió a Neruda, que había escrito un poema que se llamaba "El pueblo lo llama Gabriel". Pablo tuvo que huir, entre gallos y media noche, y cruzar la cordillera por un boquete por el que apenas cabía, dado su enorme físico. Jenaro Medina lo acompañó hasta la frontera.

Gabriel gobernó durante seis años. En ese tiempo yo trabajaba en "Topaze", hablaba por radio, y como me gustaban poco los virajes, a pesar de haber sido gabrielista, me pareció pésimo que persiguiera a los amigos de la víspera, y que ahora fuera amigo de aquellos que tanto lo habían atacado cuando fue candidato. Y le dije algunas cosas claras por micrófono sobre su actitud con los jefes y militantes del PC, que habían sido sus fanáticos partidarios.

Durante la campaña de Ibáñez, en 1951 y 52, fui ibañista, y, en consecuencia, antigabrielista decidido.

Pasaron los años, y mucho tiempo después, cuando ya se habían olvidado los fragores de la lucha y él ya no quería ser Presidente de nuevo, siguiendo la vieja tradición chilena, y don Jorge se estaba poniendo la bufanda para llegar a "la casa donde tanto se sufre", como la llamaba su papá, lo volví a ver en un plano neutral y como gerente del Banco Francés. Era el mismo Gabriel, un poco más viejo que veinte años antes, pero siempre gimnástico, un poco bailarín, alegre, chistoso y sutil, y entonces le recordé cuando en 1952 los redactores y dibujantes

de "Topaze" le dimos una extraordinaria comida en el Club de Polo. Cuando yo le repetí el mismo libreto de "Yo lo conocí" que le había dedicado en los tiempos de lucha. Cuando Pepo le hizo entrega en un tomo ricamente encuadernado de las caricaturas de la famosa serial "Don Gabito". Cuando hablaron Gabriel Sanhueza, el Chato Urzúa y tantos más. Cuando le regalamos una torta inmensa para recordarle la inflación y le obsequiamos para sus nietos un pequeño "Canela" de juguete.

Gabriel se emocionó. Se le olvidó que era político y dejó correr una lágrima. Luego nos invitó a pasar el fin de semana a La Serena. A su Serena. Entonces fue el otro Gabriel. El ex Presidente, el hombre sencillo y cordial que era entonces en la vida privada. Nos mostró casa por casa, edificio por edificio, calle por calle, plaza por plaza, estatua por estatua. En fin, todo lo que había hecho en su ciudad regalona.

Ese es el Gabriel que yo conocí...

Jorge Alessandri

YO NO FUI partidario del Presidente Alessandri en 1958. No estuve entre los que él necesitó cuando lanzó la frase de batalla que inventó Pepe Stefanía: "A usted lo necesito". Estaba en la barrera opuesta, y trabajé por el candidato que no salió... Más tarde me fui a España y estuve en Madrid durante los tres primeros años de su gobierno. Jamás le he dado la mano ni he conversado con él. Le he visto por la calle como un transeúnte cualquiera y lo he oído sólo por radio. No he estado nunca en La Moneda durante los seis años que ya van a terminar, y, creo, en consecuencia, que tengo la independencia suficiente para hablar libremente de él. Sobre todo en esta hora en que los amigos de los primeros tiempos fallan y la vieja "casa donde tanto se sufre", como la llamaba su señor padre, comienza a quedar sugestivamente vacía.

Siempre es así. En los años iniciales de un gobierno sobran los amigos entusiastas, los partidarios frenéticos, los hinchas rabiosos, y hay que hacer cola en La Moneda para poder pasar entre los candidatos a ministros, subsecretarios, vicepresidentes de caja, embajadores, cónsules, etc. No se puede llegar a dar la mano al Primer Mandatario en medio de la selva de desinteresados servidores que quieren sacrificarse heroicamente por el país. Habría que parodiar la frase: "Los candidatos a puestos públicos no dejan ver al Presidente"...

Ahora no. Ahora han pasado seis años. Ahora el Primer Mandata-

rio no puede nombrar a nadie. Están llenos todos los cargos. Hay tres candidatos por falta de uno para sentarse en el sillón que aún ocupa don Jorge. Ahora la vieja Moneda, que ha visto tantas cosas, lo único que ve es la fuga, la huida, la estampida general... Ahora se puede hablar con tranquilidad y con calma.

Y ahora, precisamente, quiero ponerme un poco en el sensible pellejo presidencial. Me doy cuenta, desde lejos, de lo solo que siempre ha sido y lo solo que se siente ahora... Camina por los alfombrados pasillos, se detiene ante los cuadros, escucha maquinalmente el citófono, mira a través de la ventana la estatua de su padre, lee los diarios por encima, se amarga un poco ante los ataques en picada, los chistes crueles y las alusiones malignas, saluda a los escasos amigos con un gesto casi mecánico, acude a recibir Presidentes a Los Cerrillos, desfila en auto por la calle, lee su Mensaje en el Congreso Nacional, vuelve casi de noche, totalmente solo, a través de las desiertas calles del centro, dobla por Phillips, sube lentamente hasta su departamento, se sienta en su viejo sillón, pone un disco de música clásica, lee distraídamente las páginas de un libro y luego se duerme en medio de la paz conventual de su barrio.

A la mañana siguiente, se levanta, se ducha, se afeita, sale a la calle nuevamente solo y parte como un ciudadano cualquiera hacia La Moneda. Ya no están los pedigüños de turno en la puerta, faltan los entusiastas de otros tiempos, se nota la ausencia de los que le limpiaban mentalmente los zapatos y que trataban de estrecharle la mano mirando hacia la cámara fotográfica invisible, y el Presidente avanza solo hacia su despacho.

Y después de hacer un breve balance sobre la fidelidad y lealtad humanas, tiene toda la razón del mundo para haber dicho lo que dijo: que no volverá jamás a la política...

Prefiere seguir solo que mal acompañado.

Escribí estas líneas antes de que dejara La Moneda. Más tarde le he visto cien veces por la calle, solo o con un amigo. La gente lo saludaba y hasta lo ovaciona. En el fondo esperan que vuelva a la pelea.

Un alessandrista declaró:

—Volverá antes del 70...

El no dice nada. No habla. No contesta los cargos que se le hacen. No acepta candidaturas totalmente seguras para ocupar un escaño en el Senado de la República. Juega al silencio y al misterio. Prefiere provocar expectación y curiosidad. Actúa por mano ajena. Mueve los palillos en la sombra. Dispara con otros fusiles sin gastar el suyo.

Y, naturalmente, surge la lógica pregunta: "¿está terminada su carrera política?"

No creo. Como su papá, sabe que Chile es el país del péndulo

y que el día menos pensado la nación puede caminar hasta la calle Phillips e ir a buscarlo para ofrecerle algo más que una senaduría.

Y por eso permanece terca y hábilmente silencioso...

Eduardo Frei

A EDUARDO FREI lo conocí cuando era un muchacho alto, flaco, y ya incurablemente narigón, que hacía clases en el Instituto de Humanidades, al lado de la Universidad Católica.

En ese tiempo no soñaba con ser Presidente de la República, ni se había mandado hacer el colero ni la banda, y discutía con Manuel Garretón, con Bernardo Leighton y Radomiro Tomic cómo fundar la Falange en Chile.

La fundaron, se apoderaron de la Juventud Conservadora, la independizaron, la transformaron en partido político y, caminando los años, llegó la tarde del 4 de septiembre de 1964, obteniendo un millón cuatrocientos mil votos, y conquistó La Moneda con la más fulminante mayoría electoral que se haya visto jamás en este país. Yo no voté por él y, por lo tanto, puedo hablar con absoluta libertad.

Somos amigos esporádicos, y la primera frase con que me saludó el día 2 de octubre de este año, durante la recepción que ofreció el general Charles de Gaulle en la embajada francesa, fue la siguiente:

—Estás más elegante que la yegua del tony...

Así era Eduardo Frei en su época de falangista. Así era en Madrid, cuando llegaba a mi departamento del Edificio España y mi mujer le ofrecía una dieta de ave, porque andaba enfermo del estómago. Y así era cuando deslumbraba a los periodistas españoles y les contaba, entre algunos ingenuos chistes alemanes, lo que iba a hacer en Chile si alguna vez llegaba al gobierno.

Hombres, mujeres, técnicos, demócratacristianos, pobladores, obreros, campesinos, caballeros derechistas, señoras católicas y miles y miles de personas independientes más creen en él. Tiene todo para hacer un gran gobierno. Si se equivoca, habrá que revisar la historia de Chile, y cambiarle la bencina al auto. ¡Y quemar el auto!

Cuidado con los trepadores y negociantes. Ojo a los pateros que hacen cola en la "Moneda chica". Alerta con los adulones que se deslizan vestidos de consejeros o de viajeros. Mucho cuidado con los curitas extranjeros que son más preparados y están mejor entrenados que los muchachos de la FECH.

Y, sobre todo, cuidado con sacarles las comas, los puntos, los ar-

tículos, los adjetivos, el esqueleto y el *alma* al programa *jurado* durante la campaña.

No hay que olvidar que la desilusión no la olvida nadie.

¿No es así, Presidente?

Una casa de la calle Bilbao

CALLE BILBAO esquina Infante. Un poste volado y un árbol roto. Gente que habla en voz baja. En la Posta del Salvador, una mujer muerta. Una mujer admirable, brillante y buena amiga, a la que apenas conocí de vista y en cuyo bando político yo no estaba: Irene Frei. Una casa quebrada cerca de un almacén de ALMAC. Gente que entra y sale. Mucha gente. Senadores que tienen los ojos húmedos y que apenas hablan.

No hay necesidad de hablar. Tomás Reyes, en la puerta, trata ingenuamente de detener la avalancha de gente que invade esta pequeña, esta modesta, esta digna mansión en la cual vivía hasta las ocho de la mañana de ayer un médico con su mujer, que era regidora. Son las once de la mañana. Llega el edecán aéreo del Presidente de la República.

Deja su tarjeta y el pésame del hombre que trabaja en Morandé 80. En una mesita se amontonan las tarjetas de condolencias. Nieva tarjetas. Es gente de todas partes, de todos los bandos, de las tres candidaturas, que se han dado cuenta de que, en determinados momentos de la vida, las banderas y las consignas quedan superadas.

Hay una anciana que llora desesperadamente. Es la madre de Irene. Hay un hombre quebrado que avanza como sonámbulo entre los brazos de los amigos. Es el marido de la muerta. Hay, en una pieza del segundo piso, otro hombre, que es candidato a la Presidencia de la República, que está destrozado por este golpe inesperado y criminal que le lanzó el destino. No quiere ver a nadie. Suenan el teléfono incesantemente. Sigue llegando la gente. Julio Durán mandó un telegrama de condolencia a primera hora. Se espera el pésame personal de Allende. Se rumorea que el Presidente de la República estaría por llegar. Comienzan a florecer las primeras coronas. Gente que nunca había llorado trata de mantener una mueca entre los labios. No puede. Hay algo superior a ello. Hay un dolor que no es político. Que no tiene nombre ni bandera. Que está más allá de los gritos callejeros, de las concentraciones y discursos.

Ese dolor montaba guardia ayer en la mañana en una desgarrada casa de la calle Bilbao.

Conrado Ríos y el golpe de Ibáñez

En julio de 1956, Chile estuvo a punto de revivir los temibles días del 91. Ibáñez había planeado un golpe para cerrar el Congreso y detener a sus principales adversarios políticos. Sólo Conrado Ríos Gallardo, que había sido embajador de Chile ante la Casa Rosada, se atrevió a decir la verdad. Y me lo dijo a mí la noche del 13 de julio de 1956.

Ahí va lo que me contó:

DURANTE MEDIA hora conversamos con la noticia número uno de Chile, en estos momentos el ex embajador Conrado Ríos Gallardo, autor de una nota sensacional en "El Mercurio" de ayer, que ha provocado re-vuelo nacional.

En su apacible retiro de Lo Barnechea, en los contrafuertes de la cordillera, nos recibe el pequeño y sonriente diplomático, con un curioso *jockey* para defenderse del frío y una chaquetita corta que recuerda a los turistas ingleses. Por pura fórmula nos declara que no tiene nada que agregar, más allá de las cincuenta líneas de su nota, pero al calor de la chimenea y cuando entramos al calor de la confianza y de la intimidad, no vacila en dejar salir del caparazón del diplomático el periodista y el político fogueado que hay en él.

Comenzamos el tiroteo de preguntas:

—¿Contestará usted, don Conrado, la serie de ataques que se le está haciendo en estos momentos?

—No, no creo. Basta con lo que dije ya... Yo contesto únicamente cuando se me ataca, y creo que con lo que dije he respondido a cada uno de los cargos que me han hecho. Este es un diálogo entre el señor Ibáñez y yo, en el cual no admito intermediarios ni subalternos que quieran meterse en la pelea... Ya estaba bueno que alguien le dijera las cosas claras al señor Ibáñez, que exige una lealtad que no sabe guardar con sus amigos. El Presidente me recuerda al capitán Araya, que embarca a su gente y él se queda en la playa. Para nadie es un misterio que a fines de 1954 Ibáñez iba a disolver el Congreso e iba a dar el golpe de Estado. Yo fui llamado de Buenos Aires a través de un cable urgente por el Presidente de la República, para que viniera inmediatamente a Santiago. ¿Para qué?... ¡Ah!... Porque se me quería consultar precisamente sobre la conveniencia de dar el golpe. Yo llegué el 24 de octubre. Al día siguiente fui a La Moneda y el Presidente me expuso claramente su plan. Yo le hice ver a Su Excelencia la gravedad de la medida que pensaba tomar, subrayándole que un país como Chile no toleraría un golpe de Estado, ni mucho menos el cierre del Parlamento.

TECNICA DEL GOLPE DE ESTADO

—¿Se había fijado fecha ya para el golpe?

Conrado se ríe cachazudamente y contesta:

—Para fines de diciembre de 1954, pocos días antes de la Pascua.

Insistimos:

—¿Cuáles eran las medidas que se pensaba tomar?

—Bueno, aparte de clausurar el Congreso, sólo el señor Ibáñez sabe qué otros pasos se iban a dar y a quiénes pensaba detener. Recuerde usted que los parlamentarios estaban al corriente de estas maniobras del gobierno y que habían tomado el acuerdo secreto, como en los días de la Revolución del 91, de formar una junta de gobierno.

—¿Cuáles eran los miembros de esa junta?

—Ignoro los nombres...

—¿Había jefes del Ejército o de la Marina entre sus integrantes?

—No. Creo que eran sólo parlamentarios. Más aún, hubo otro acuerdo que usted recordará, en el sentido de que si venían la clausura del Congreso y el golpe, los parlamentarios de oposición se reunirían en "cualquier punto del país" para hacer frente a las arbitrarias medidas del Ejecutivo.

—¿Cómo terminó la entrevista suya con Ibáñez?

—Muy secamente. El Presidente quedó enojado conmigo porque, como todo el mundo sabe, a Ibáñez le gusta la gente obsecuente que está siempre de acuerdo con él y que le lleve el amén. Le cargan los contradictores.

—¿A qué atribuye usted que el Presidente desistiera de dar el golpe, si se sentía tan seguro?

Don Conrado se detiene un momento a meditar. Trata de buscar en el pasado y reconstituir la atmósfera turbulenta de aquella época. Luego agrega:

—En esos días se realizó una gran concentración en la Plaza de la Constitución, como usted recordará. Fue hecha con pitos y cajas y gran despliegue de propaganda. Se colocó un enorme retrato de Ibáñez en la Caja de Seguro Obrero y se hizo desfilar a los empleados públicos y a los ibañistas que aún quedaban. El Presidente habló desde los balcones de La Moneda, con una virulencia desconocida, y desafió públicamente a los radicales. El clima era revolucionario y se estaba preparando la atmósfera justa para dar el golpe. Yo no fui ese día a La Moneda, porque estaba en desacuerdo con lo que pensaba hacer. Cuando volví de Buenos Aires tuve una segunda entrevista con Ibáñez, en la cual le repetí lo que pensaba de la intentona revolucionaria. El

Presidente seguía con la idea del golpe, alentado por un grupo de sus partidarios.

Aprovechamos para hacerle un pase futbolístico y llevarlo a otro terreno.

—¿Sabía Perón la intención del general Ibáñez de dar el golpe?

—Por supuesto que lo sabía. Más aún, había dicho, y se lo había transmitido oportunamente, que consideraba que ya había pasado el momento de cerrar el Congreso, pero que aún era tiempo de hacerlo si se actuaba rápidamente. Este fue el consejo del Presidente de la República Argentina al Presidente de Chile.

—¿Naturalmente, de esto estaba perfectamente al corriente la Embajada argentina en Santiago?...

Se ríe Ríos Gallardo, y responde:

—Y naturalmente el embajador de Chile ante el general Perón.

—¿Cuál fue la reacción suya una vez que llegó a Buenos Aires?

—Hablé con Perón y con Remorino, y les hice ver que se estaba cometiendo un gravísimo error al creer que se podía hacer en Chile lo que se había realizado en Argentina.

—De todo esto hay constancia en la Cancillería, ¿verdad?

—Naturalmente. El día en que se publiquen las notas mías se sabrá con pelos y señales cómo yo mantuve alerta al gobierno de la penetración peronista, que ya se iniciaba en gran escala.

—¿Cómo se explica, de acuerdo con lo mismo que usted dice, su estrecha amistad con el general Perón y con los dirigentes justicialistas argentinos?...

—¡Un momento, joven!... Yo estuve cerca de Perón hasta que éste se mantuvo neutral respecto a Chile. El mismo día que se inició la labor de intervención en la política chilena puse en guardia a la Cancillería y la tuve al día de cada paso que se daba en Buenos Aires contra Chile.

—¿Qué le parece la actuación de la Comisión Investigadora, que preside el diputado Galleguillos?

—Galleguillos ha resultado mucho más inteligente y más discreto que lo que yo mismo me imaginé al comienzo. Estoy convencido de que en Buenos Aires se le han mostrado muchas más cosas, notas y documentos de los que ha exhibido HASTA AHORA ante la Cámara, y que se guarda la carta final para el momento oportuno.

—¿Para cuál momento?

Aquí Ríos Gallardo recuerda que ha sido diplomático antes que nada y se detiene...

—Lo único que le puedo decir es que esto traerá cola y que aún tendremos mucho que ver.

—¿Qué?

—¡Ah!... No me pregunte tanto; ya veremos.

—¿Cree usted que el señor Ibáñez intentará aún dar el golpe contra el Congreso?.

La respuesta es fulminante:

—¿Y CON QUIEN?

Pasamos a otro tema.

—¿Cuál ha sido la reacción de sus amigos ante la publicación de la nota en la cual emplaza públicamente al Presidente de la República?

—Que he tenido una verdadera caravana de gente de todos los matices políticos que han llegado a mi casa a verme. La mayoría venía sencillamente escandalizada. Los otros llegaron a alentarme...

—¿Qué clase de políticos?

—No me pregunte tanto... De todas clases.

—¿Radicales?

—Sí...

—¿Derechistas?

—También.

—¿Agrarios?

—¡No!...

—¿Jefes de ejército?...

—No se le pase la mano. Diga únicamente que vino gente de todas clases. Y que seguirá viniendo. Ahora mismo tengo que salir para hacer una diligencia importante...

—¿A Viña del Mar?

—Probablemente... Un poco más y usted insinúa que voy a ir a ver a Ismael de la Cruz... ¡Por favor!... ¡No vaya a decir eso!...

La charla ya está a punto de terminar. Antes de tendernos la mano, nos agrega, a guisa de despedida.

—¿Qué habrían pensado en Chile si durante mi embajada se hubiera entregado a la Comisión Investigadora, por parte del gobierno argentino, una carta como la de Ismael de la Cruz Guerrero, en la cual se deja en tan desmedrada situación al gobierno de Chile?... Quiero recordarles únicamente que esa nota secreta fue entregada durante la actual embajada y no durante la mía.

Después de esta pinchante frase huelgan los comentarios.

Cuando ya estamos con un pie en el estribo de la camioneta en que hemos viajado hasta Lo Barnechea, nos dice aún:

—Es estúpido el argumento que han sacado a última hora, en que se me acusa de desleal y de haber hablado sólo ahora... ¿Cómo ahora?... Ahí están mis notas a la Cancillería, en las cuales comunico, día a día, la gravedad de la penetración peronista. Y eso lo hice

cuando era embajador, no después. Lo que pasa es que ahora se han lanzado contra mí, y no pienso quedarme callado.

Y nos tiende, finalmente, la mano.

Rossetti

AHORA ESTÁ enfermo y lejos de la política, pero en su época (del 32 al 56) fue uno de los más brillantes polemistas de izquierda que ha tenido el país. Cuando era diputado hacía temblar al gobierno. Como director del viejo diario "La Opinión" (Alameda frente a Estado), le provocaba infartos a La Moneda cada vez que escribía un editorial. Como enemigo de Alessandri (al cual se parecía bastante) fue genial. En la campaña de Ibáñez, en 1938, lo hicieron volar de una carretela en la que estaba con Ricardo Latcham (más tarde furioso antiibañista), desde la cual se dirigían al pueblo, con una sola carga de carabineros. Ambos líderes rodaron por el suelo...

Cuando vino la masacre del 5 de septiembre, Rossetti se portó a la altura y entendió lo que había que hacer: retirar la candidatura de Ibáñez y plegarse a Aguirre Cerda para derrotar a Ross, a la derecha y al León. La gestión de Rossetti, Mauricio Mena y Javier Cox fue decisiva, de acuerdo con la carta que había enviado Jorge González —condenado a muerte—, desde la cárcel.

Cuando yo llegué, el 8 de septiembre en la noche al diario, me dijo textualmente:

—No puede ser... Usted está muerto... A usted lo mataron el 5 en el Seguro Obrero.

Luego me agregó:

—Ahora mismo hay que hacerse nacista. Este es el momento... Yo pediré que me inscriban en los registros inmediatamente...

Días después habló desde la terraza de la Radio Nuevo Mundo, igual que yo y Conrado Ríos Gallardo, y otros, para llamar al pueblo a que saliera a la calle a impedir que se falsificara la elección.

Más tarde trabajé con él en la Embajada de Chile en Francia. Ibáñez le tuvo miedo en Chile y prefirió cambiarle la cartera de Relaciones Exteriores por la embajada y alejarlo de Santiago. Fue un embajador de lujo, que comía *spaghetti* en el comedor del flamante palacete de La Motte-Picquet N.º 2, y que recibía a modestos huasitos del sur que le llevaban pollos y regalos hasta su despacho. No perdió los gestos ni el estilo que tenía en Santiago en su casa de la calle García Reyes con Catedral. Mientras su mujer era considerada la da-

ma más elegante de París, don Juan seguía siendo el mismo hijo de italianos que estudiaba filosofía a la luz de un velón en el almacén de su maravilloso padre, en la calle Libertad esquina de Catedral, a media cuadra de la casa de mis padres.

Si el general lo hubiera conservado en Chile, como ministro, habría hecho bastante mejor gobierno que el que hizo...

A los diez minutos de llegar Rossetti a París, ya era amigo del Presidente Auriol, de Herriot y de toda la plana mayor de la política francesa, hablaba el idioma del país velozmente, e inauguraba la Place "Santiago du Chili", frente a la Embajada y a dos cuadras de los Inválidos y de Napoleón.

Así era el hombre que ahora se ve delgado y enfermo en su despacho de abogado en Santiago.

Jorge González von Marées

EL 12 DE ABRIL de 1932, un desconocido abogado llamado Jorge González von Marées fundó, en el Teatro Providencia, un extraño partido llamado el Movimiento Nacional Socialista de Chile. Fue antes de que Hitler subiera al poder y antes de que Grove llegara a La Moneda.

Habló entre unos muchachos con camisas grises y unas banderas de la Patria Vieja, cruzadas por un rayo rojo. Jorge González fue el jefe del nazismo. Jefe de las tropas de asalto era Fernando Ortúzar Vial, y jefe del Departamento Doctrinario era René Silva Espejo. Sus partidarios más entusiastas llevaban los siguientes nombres: Carlos Keller, Mauricio Mena, Javier Lira Merino, Javier Cox, Gustavo Vargas Molinare, César Parada, Fernando Guarello, el "Ruca" Vergara y tantos más.

Jorge González habló durante una hora, y a la salida hubo tiros. Los primeros tiros del nazismo.

El partido creció rápidamente. Lo odiaban la derecha y la izquierda. Había disparos en las calles y bofetadas en la Universidad. A Javier Cox lo desnudaron en la Escuela de Leyes. Cayeron los primeros muertos. Se fundó el diario "Trabajo", y del 32 al 38 se disputó, palmo a palmo, y bala a bala, el dominio de las calles con los socialistas, que eran mucho más valientes que los comunistas en la brega política.

Jorge González fue diputado durante ocho años, y un día disparó un tiro en el Congreso Nacional, que pasó a escasos veinte centímetros de la pacífica cabeza de don Miguel Cruchaga Tocornal, y a un metro del León, que se puso pálido. Lo apalearon los carabineros junto a

Gabriel González, Justiniano Sotomayor y Fernando Maira. Era el 21 de mayo de 1938.

Cuando cayó herido a bala el poeta Barreto (socialista), en el Café Volga, la izquierda desfiló al grito de "La cabeza de Von Marées". El jefe nacistas no se inmutó. Sólo dijo en su cuartel: "Aquí está mi cabeza... Firme sobre mis hombros... Vengan a tomarla si se atreven". Nadie se atrevió.

Los nacistas eran pocos, pero decididos. Cinco nacistas valían por diez socialistas, cincuenta comunistas y quinientos falangistas.

Jorge González fue distinto a todos los políticos chilenos. Solitario, empecinado, introvertido, de pocas palabras, poco sonriente, duro, firme y decidido, tenía pasta de jefe y fue el jefe, sin discusión, del naciismo, y, más tarde, de la Vanguardia Popular Socialista, durante diez años.

Organizó el golpe de Estado del 5 de septiembre de 1938, causa de que sesenta y tres muchachos cayeran asesinados en el Seguro Obrero, por culpa de una orden criminal de la cual se hizo públicamente responsable don Arturo Alessandri Palma, y cuyo nombre ustedes conocen de sobra y que ahora está bajo tierra.

Fue el jefe del único movimiento que ha tenido una juventud capaz de luchar con la pistola en la mano, asesinada por unos pobres carabineros, que cumplieron mecánicamente una orden canallesca, en los pasillos y escaleras del Seguro Obrero, que desde entonces se llama la "Torre de la Sangre".

Por Jorge González se murió en la lucha. Por otros se ha votado únicamente.

Después se desilusionó, cambió de posición, fundó la VPS, se acercó a los socialistas, se desilusionó de la izquierda que vive haciendo discursos líricos y académicos y que termina haciendo revolución en el Congreso, en vez de hacerla en la calle para tomarse el Poder.

Defendió a Pedro Aguirre, cuando se levantó Ariosto Herrera, el 19 de octubre de 1939.

En el 42 levantó por segunda vez la candidatura de Ibáñez, como lo había hecho en el 38, sin creer en él. Lo acusaron de loco y lo llevaron a la Casa de Orates, en un acto que no tiene calificación de ninguna especie, aunque se enoje el chico Olavarría.

Triste, desilusionado y solo, murió un día cualquiera hace algunos años, en Chile, y lo fueron a dejar algunos de los que aún seguían siendo sus partidarios. Pero el día en que se escriba la verdadera historia de este solitario y extraño líder, se verá que en las filas de su partido figuró una larga lista de nombres que hoy día están en casi todas las barricadas políticas, en todos los puestos de mando, en todos los bancos parlamentarios, en todas las candidaturas, en todas las po-

siciones más opuestas en apariencia al naciismo, y que un día no vacilaron en ponerse la camisa gris y en levantar el brazo derecho en un viejo cuartel que ya no existe, en la calle Huérfanos 1540, y que se llamó el MNS.

Vivió una apasionada historia que habrá que escribir algún día.

No faltará el tonto diplomático que agregue que fue liberal después de haber sido jefe de la VPS.

No importa.

Fue, antes que nada, nacionalsocialista y hombre de izquierda, el mejor parlamentario que ha tenido la Cámara en muchos años, y un hombre de izquierda *integral* en el fondo.

Si no, que lo diga el proyecto sobre el cobre que presentó en el Congreso, y que es lo más prácticamente antiimperialista que se haya hecho en Chile.

El doctor Cruz Coke

—MIRA PARÍS. Está hecho justo a la altura del hombre...

Esta fue la frase que me mostró al verdadero Cruz Coke. Lo conocía como médico, como senador y como candidato a la Presidencia contra Gabriel González y Fernando Alessandri. Lo conocía de lejos y lo creía ligeramente iluminado. Me había influido la imagen de la vela, que le ponía cómicamente la revista "Topaze" en la cabeza.

Pero fue en París, en 1954, cuando realmente me di cuenta de quién era y cómo era... Lo oí hablar en la Sorbonne en un francés que hizo decir al rector de la Universidad:

—Escuchen ustedes cómo habla un sudamericano nuestra lengua y se darán cuenta hasta dónde pueden llegar el talento y la cultura.

Pero Cruz Coke tiene algo más que talento y habilidad. Sabe algo más que hablar en francés con gracia y finura. Es algo más que un experto en ciencia atómica y en los más profundos misterios de la medicina. Está por encima del orador de lujo y del parlamentario brillante.

Esa es la palabra: "brillante". Es más que eso. Le da brillo justamente a la expresión. Le saca lustre al término y lo viste con un ropaje distinto. Es en la charla familiar donde crece y se agranda. Donde el médico deja surgir al humanista a la vieja usanza y al intelectual de alto cuño. Es una música escuchar las definiciones e imágenes que salen como chorros de sus labios. Mezcla justa y exacta de poeta con mago, tiene una brujería especial para mover las ideas y jugar con los pensamientos.

Y con esa misma frase que me dijo sobre París, al ver las casas de ocho pisos —ni uno más, ni uno menos—, me di cuenta de lo cerca que estaba de la gastada palabra “genio”.

Pedro León Ugalde

LO VI EL 31, en la segunda campaña presidencial del León, y más tarde, en los mítines, el día en que ganó Juan Esteban Montero. Pedro León Ugalde se enojó con Alessandri porque no quería hacer la revolución sobre la marcha. Ugalde, padre de la Anita, era un quijote, un Manuel Rodríguez, un girondino que se le escapó a Lamartine, que había vivido pobremente en Buenos Aires durante el destierro, con la misma camisa y los mismos pantalones, pero con la misma conciencia auestas. Don Arturo era un político italiano, de paso en Chile, que ya pensaba en el 4 de junio, en Grove, en el “No afloje, mi coronel” y en su tercera campaña para llegar a “la casa donde tanto se sufre”.

Ganó don Arturo, y el viejo amigo de las jornadas del año 20 se distanció definitivamente de él. Con la voz ronca, melena bohemia y capa negra de otra época, Pedro León era un orador de primer orden y no se tallaron jamás la línea ni la conciencia.

Cuando murió, su ex amigo Alessandri, que era Presidente de la República, no le perdonó nunca que hubiera seguido en la brecha y en la misma postura de izquierda, y le negó los honores fúnebres de general, en su calidad de senador de la República. Yo estuve esa tarde en el cementerio y vi a Juan Luis Mery cuando habló para despedirlo, y a duras penas escapó de los carabineros, que apalearon como nunca, huyendo entre las tumbas. Más tarde vinieron los sables y los caballos.

Con él se fue el último nieto del Húsar de la Muerte.

No ganó plata. No ganó honores. No tuvo auto. No compró una casa en El Golf. No tuvo queridas llenas de joyas y de cuentas de modista. No viajó a Europa en aviones de lujo. No se tomó un trago en el *Maxim's* de París. No conoció el smoking ni el frac. Murió pobre, pero vertical, cosa que conocen muy pocos de los que ahora están agazapados y llenos de mofletes, sueldos y jubilaciones en su partido.

Julio Barrenechea

FUE EL LÍDER de la juventud estudiantil que derribó a Ibáñez. Vivía en la calle Maturana al llegar a la Plaza Brasil, con su familia, y escribió sus primeros versos en 1931. Pesaba en ese tiempo cuarenta y ocho kilos. Hoy pesa el triple, por lo menos.

Fue un diputado de lujo del Partido Socialista, más tarde embajador en Bogotá, y perdió la embajada por defender a un refugiado político colombiano que fue vilmente asesinado cuando se vio obligado a abandonar la representación de Chile.

Poeta fino, delicado, con algo de eglógico, se le nota el caramillo cuando escribe sobre las delicadas y borrosas novias de provincia y las niñas que esperan galanes de luto y corbata de pajarita en antiguos balcones en los románticos atardeceres.

La política lo ha alejado un poco de la literatura, pero ahora ha vuelto a combinar ambos factores, y fue uno de los principales artífices de la candidatura de Eduardo Frei.

Los artículos humorísticos que escribía en "La Nación", pero, sobre todo, las imitaciones que hace de sobremesa mientras bebe lenta y pausadamente las perfumadas y nocturnas botellas de vino chileno, lo han convertido en un charlador inimitable.

En otro tiempo lanzaba discursos. Durante la campaña presidencial disparó versos políticos en polvorientas concentraciones del Parque Cousiño, dejando con los ojos católicamente abiertos a los niños de la Democracia Cristiana.

Partió como embajador a la India.

Me parece bien. Barrenechea es el hombre justo para la India. Estará bien entre las vacas sagradas y los intocables. Le hará estupendo la presencia del Ganges y de los adoradores de los mitos más viejos del mundo. Se verá perfectamente con sus ciento veinte kilos en medio de los templos y de los minaretes que cortan el cielo. Y le hará mejor estar lejos del mundanal ruido y de la politiquería chilena, que, en el fondo, le carga, como a todo poeta que se respeta.

Unas vacaciones lejos de Santiago lo dejarán limpio por fuera y por dentro.

Y lo envidia realmente.

José Maza y su bastón

UNA CIUDAD NO está formada únicamente de calles, de plazas y de esquinas. Una ciudad tiene alma, y el alma se la ponen los individuos

que viven dentro de ella. París no sería París sin la silueta de Balzac y el recuerdo de Anatole France. Roma pide la presencia de un Papa asomado a un balcón, junto a la Basílica de San Pedro, y Londres exige una sufragista bajo la niebla. Eran los *junkers* de monóculo los que le daban carácter marcial a Berlín. Es la imagen de los banqueros de inmensos puros la que da estilo a Nueva York; y el batallón de diplomáticos, senadores y corresponsales internacionales, a Washington. Pues bien, Santiago también tiene su decorado humano. En un tiempo no se concebía la calle Ahumada sin don Paulino Alfonso y el doctor Corbalán Melgarejo. El Banco de Chile quedó un poco viudo el día en que Préndez Saldías colgó definitivamente su viejo chambergo en la percha de los recuerdos. La puerta de la antigua Librería Francesa perdió *cachet* con la partida de Mariano Latorre y del gordo Durand. La calle Ahumada no fue la misma sin los velos de doña Delia Matte, y la capital de Chile dejó de ser un poco la ciudad más importante del país con la ausencia de la barbilla de Jenaro Prieto y de las manos eternamente cruzadas a la espalda y el sombrero metido hasta las cejas del viejo León.

Pues bien, José Maza, que acaba de morir, era una columna tradicional del Santiago que se va destruyendo insensiblemente y que se diluye entre los dedos como un poco de polvo y un emocionante montón de cenizas. Su sombrero enhuinchado, su silueta señorial, sus grandes sombreros para saludar, a derecha e izquierda, sus lentes ahumados y, sobre todo, su bastón, le faltarán desde ahora al Santiago que nos era tan familiar. Da la sensación de un cambio de decorado y que un tramoyista hubiera guardado en un desván un telón al que estábamos acostumbrados.

Otros hablarán del diplomático, del presidente del mundo, del senador, del constitucionalista, del hombre de salón, del orador, del amigo. Yo hablaré solamente del Santiago que se nos fue. Ese bastón de don José Maza era un símbolo. En él se apoyó para llegar a la Cámara, con él subió hasta el Senado, con él viajó a Europa, con él dirigió la reunión máxima de las Naciones Unidas, que lo nombró presidente; afirmado en él regresó a Chile, y con él caminó vacilante los últimos años a través de Santiago.

Fue su cetro y su bastón de mariscal. Empuñándolo se aleja de esta vida, y agitándolo en el aire recuerda un poco a Don Quijote con su lanza en ristre. Ese bastón tenía algo de mosquetero y caballeresco. Fue su espada y su florete. Con él repartió fieros mandobles y dio finas estocadas. Fue su mejor y más fiel amigo, y seguramente con él, colgado invariablemente del brazo, lo veremos cada vez que recordemos a don Pepe a través de los años.

Porque en ese bastón se apoyaba un poco el Santiago que se nos va ya para siempre.

Raúl Marín Balmaceda

YO FUI AMIGO de Raúl Marín. No había nada de común entre él y yo. A mí me gustaba la izquierda y él era derechista cerrado. Ante cada elección presidencial, Raúl estaba justamente con el candidato que me cargaba. Y cien veces, en las calles, a la luz de las estrellas, en las avenidas solitarias, discutíamos horas de horas.

Hace una semana le conté que estaba escribiendo una obra de teatro a base de Balmaceda.

Me contestó:

—Hace un tiempo estoy en cama, pero ven a verme apenas me mejore... Tú sabes cómo me interesan el tema y los recuerdos familiares que guardo.

Otro día, hace dos años, le propuse que lucháramos para colocar una placa en la casa de la calle Amunátegui en la que se mató el Presidente Balmaceda.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No hay derecho para que este país, por el cual murió como un hombre, no haya colocado un modesto homenaje, un recuerdo, algo que le evoque a la gente joven lo que hizo por ella.

Su casa era un museo. Vivía solo, con su madre. Los pasillos eran bosques de retratos, miniaturas, mapas, tarjetas, postales, máscaras, cuadros, daguerrotipos de otros tiempos. Se sentía, al cruzarlos, un perfume de una época ya ida. Por esas fotos amarillentas había caminado la historia del siglo pasado. Se veía pasar a don Gaspar Marín, al Ministro de Santa María en los días trágicos de la lucha religiosa, y se escuchaba, a lo lejos, el galope desesperado de la caballería de Placilla.

Raúl tenía un tema central: Balmaceda. Se sabía cada anécdota y se conocía cada rincón de su vida. Con paciencia de entomólogo había coleccionado cada recuerdo y cada anécdota. Había hablado con parientes y viejos sobrevivientes de la tragedia. Me leía cartas dirigidas al Presidente que tenían una elocuencia que ponía la piel de gallina. Una vez me recitó de punta a cabo la que le dirigía un amigo íntimo a don José Manuel, cuando ya la escuadra había levado anclas en la rada de Valparaíso y se encendía la mecha en el Norte.

Comenzaba, más o menos:

“Te pido que trates de conciliar...”

Don José Manuel, en aquella carta de letra ancha y casi caligráfica, le contestaba:

“Me pides que ceda. Que ceda la revolución. Ya no son tiempos de paz, sino de guerra... Seguiré adelante...”

Y siguió así, hasta la muerte, con un tiro en la sien derecha, en la Legación Argentina.

Eduardo Moore

EN ESE inolvidable Congreso de la época de Arturo Alessandri, cuando todos los días había duelos entre la izquierda y la derecha, Eduardo Moore, siempre vestido de gris, con algo de corredor de la Bolsa de Comercio, de gerente de Banco extraviado en el Parlamento, fue la mejor espada de la derecha. Cáustico, culto, violento cuando quería serlo, usaba montañas de cifras para tratar de pulverizar la oratoria de Latcham, Jorge González, César Godoy, Julio Barrenechea y de tantos más.

Ahora se ha retirado de la batalla parlamentaria. Lo dejó tan cansado la política que está descansando en un sillón y vive nostálgicamente de los recuerdos de hace más de quince años. No quiso volver a la Cámara. No quiere entrar al Senado. No quiere abrir los labios y estar en la primera fila del combate. Prefiere caminar, recordar, leer y evocar a veces esa época de oro de la Cámara de Diputados, cuando *todavía* se hablaba bien en el hemiciclo.

Lo siento por la derecha.

Julio Durán

AQUÍ NO VAMOS a hablar del candidato a la presidencia, del senador, y menos del militante radical. Y mucho menos del hombre que dejó a muchas mujeres con los crespos y los votos hechos.

No.

Julio Durán es mucho más que eso. Casi sin plata, forma con una sección del partido, que levó tristemente anclas hacia otras tiendas; prácticamente sin prensa ni radio viajó al norte y al sur, sabiendo de antemano que no ganaría.

Por eso me gusta. Porque tiene la mentalidad y el coraje de la gente que se juega entera y que tanta falta nos hace ahora en Chile, y que

existía en los años del siglo pasado cuando había guerras en serio y revoluciones con diez mil muertos por parte baja.

Moreno, macizo, simpático, diablo y vivo, le carga leer pesados ensayos y alimentarse de sopa de estadísticas. Es directo e intuitivo y sabe mejor que nadie que hay una prenda masculina de la cual no se puede prescindir y que se llama pantalones.

Con lo que habló en los foros presidenciales de la TV ganó más votos que con avisos permanentes en la prensa y con puntuales charlas cursis y lloronas por la radio.

Por eso la gente, más allá de la insignia y del carnet políticos, encontró algo que ya creía olvidado: la hombría.

Y votó por él.

Eugenio Matte Hurtado

LO VI DESDE lejos en el Senado en la época de la segunda presidencia de Alessandri. Era un ariete que hacía pedazos los mensajes del León y que tenía con la boca abierta a la derecha.

Jefe de la NAP, fue el verdadero líder de la izquierda y el padre del futuro Partido Socialista. Tenía algo que pocas veces han tenido sus camaradas del PS: dureza e idealismo...

Un día murió, y yo fui a verlo muerto en su departamento de la calle Central (actual Phillips), cerca del lugar donde más tarde vivieron el León, Arturo Matte y don Jorge.

Y cuando lo vi bajo las flores, en medio de las banderas de su partido, marchando por la calle en un ataúd, bajo la vigilancia policial y con el odio del León en La Moneda, me di cuenta de que allí iba horizontal la izquierda misma y que había caído el verdadero Robespierre chileno.

Manuel Garretón Walker

FUE EL VERDADERO líder de la Falange Nacional, y debía haber sido Presidente de la República de Chile si se hubiera dado el naípe de otra manera. Tenía todo para ello: facha, inteligencia, oratoria, capacidad y coraje.

Con el chico Leighton, que en ese tiempo era delgado y hablaba como Dios en las concentraciones de los pálidos jóvenes católicos, y

que ahora está gordo y es Ministro del Interior de Eduardo Frei, fueron los creadores de la Falange Nacional.

Impecablemente elegante, tenía algo de actor de cine y de portada de revista extranjera. Estupendo amigo, recibió en España la lección de Angel Herrera y luego la de ese gordo transpirado, y que ahora está definitivamente fuera de foco, y que se llama Gil Robles; se volvió hispanista hasta la raíz del pelo. En su vieja casa de la calle Alonso Ovalle, durante horas y horas, me explicaba cómo algún día pensaba transformar a Chile.

Fue de todo en la política nacional. Jefe del partido, diputado por Santiago, embajador en Turquía, y un día algunos pequeños inquisidores en potencia, demasiado exigentes en materia de moral y revisando los marruecos de los chilenos en nombre de la ética y las buenas costumbres, le hicieron una oscura celada y lo derrumbaron en plena juventud, expulsándolo vergonzosamente del partido que había fundado.

Murió solo, triste y amargado, pero un día quedaron muy conformes porque colocaron su efigie en el local de la pequeña tienda que él había creado y que ahora era grande y poderosa.

Por eso me complace especialmente recordarlo en 1964, después que Frei se terció la banda de Presidente de la República de Chile.

Menos mal que tiene un hijo que lleva su mismo nombre: Manuel Antonio Garretón Merino, que ha sacado la cara por él, y que es líder universitario de lo que él soñó hace treinta largos años.

Su padre puede estar satisfecho.

El padre Hurtado

HAY CURAS y curas. Yo he visto en España las huellas de algunos curitas que rimaban la religión con el fusil en los días de la guerra civil. Y otros curitas en Italia que vivían entre los obreros y se jugaban la vida con ellos en los días de huelga. Me tocó conocer en París al abate Pierre, que había fundado los "Compagnons de Emaus", la más maravillosa institución en favor de la gente sin hogar que no tenía más techo que las románticas estrellas que se reflejan en el Sena. El "Abbé Pierre" les consiguió casa, cama, comida y hasta sensación de hogar. El abate había sido *maquis* durante la guerra, diputado del MRP, y renunció espectacularmente cuando el jefe de la policía, que era colega de partido, dio orden de disparar contra los trabajadores.

En la zona vasca los sacerdotes son amigos de la gente del lugar. En las tardes soñolientas de los pueblos conversan con los vecinos y

les resuelven sus problemas. No hablan de religión, sino sencillamente de cosas de todos los días. Y se entienden.

Pues bien, hace algunos años murió en Santiago el padre Hurtado. Había nacido en 1901, era sobrino de don Miguel Cruchaga, el inolvidable "don Palomo", y en 1923 entró a los jesuitas. Fue destinado a Argentina y más tarde le conoció la cara a Europa. Ese contacto entre el jesuita chileno y las viejas capillas y las antiguas catedrales fue decisivo para el que sería con los años el legendario padre Hurtado. En Lovaina, Dublín, Milltown Park, Serría y Barcelona, perfeccionó sus estudios y se acercó definitivamente a Cristo. No al tallado en piedra de las imágenes, sino al otro, que caminaba dentro del pecho de los obreros europeos. Un año estuvo en contacto con la vieja Europa. Desde Notre-Dame hasta la catedral de Chartres, pasando por la humilde y maravillosa Saint-Julien-le-Pauvre, que era vieja ya en tiempos del Dante.

Pero Chile lo llamaba desde lejos. Es decir, no todo Chile. Lo llamaban los habitantes de los ranchos, los conventillos y las *cités*. De las pobres chozas de los caminos solitarios y perdidos, las poblaciones callampas que se alineaban junto al lecho del río. Los que un día habían sido los hijos predilectos de Dios. Eran los amigos de Jesús, la gente sin más títulos que su calidad de seres humanos. Y de los cuales salieron doce apóstoles para lanzar el Evangelio a todo el mundo. Gente iletrada, sin títulos académicos, ricas vestiduras ni mentalidad de intelectuales solitarios. Gente de lucha y de paz, que hacía pedazos el Imperio Romano y elevaba al mismo tiempo sus preces en la penumbra de una catacumba. Pero que sabían ir sonriendo hasta la arena quemante de un circo y morir para conocer personalmente a Dios.

Era el pueblo.

El mismo que un día movilizaría, en el lejano Chile, el joven padre Hurtado a través de su organización: el Hogar de Cristo. Lo fundó hace muchos años. ¿Qué era? Simplemente buscar a los niños vagos y darles una casa, un hogar, el techo que les había faltado y la familia que no tuvieron jamás.

Llegaron tímidamente al comienzo. Desconfiados e irónicos. ¿Qué querría el padre? ¿Sería uno de aquellos curas barrigones de las viejas estampas que no entienden a los niños? Pero no. El padre era joven, audaz, simpático, alegre. Sabía tanto de teología como de fútbol. Les hablaba en su lengua. Y, además, tenía algo que los pescaba para siempre: sinceridad. Y se quedaron.

Vino el 52. El padre trabajaba como nunca. De sol a sol. Comenzó a fallarle la maquinaria física. Se le veía pálido. Sonreía, pero se notaba que no estaba bien. Le aconsejaron descansar. No tuvo tiempo.

Un día cayó para siempre. Hubo párrafos llenos de adjetivos y discursos pomposos. Todos lo comprendieron..., entonces. Cuando estaba muerto. Pero ya no había remedio. Quedaba algo. Y más que algo. Nada menos que el Hogar que él había fundado. Y éste sí que siguió funcionando como siempre, en otras manos.

¿Muerto?... ¿Habrá, acaso, un muerto más vivo sobre las tierras de Chile?

Fray Pedro Subercaseaux

A COMIENZOS DE siglo apareció en el viejo "Zig-Zag" un personaje que se iba a hacer rápidamente popular. Era Von Pilsener, un alemán recién llegado a Chile, al que le ocurrían las cosas más divertidas e inverosímiles. Vestía sombrero tirolés con plumita, usaba un gigantesco paraguas, lucía un bigote a lo Kaiser, una perilla terminada en punta, y tenía un perro de nombre tan largo que no cabe sencillamente en estas breves líneas. Autor del nuevo personaje era Lustig, que quiere decir cómico en alemán, y que resultó ser el pintor don Pedro Subercaseaux, que no se había especializado aún en "La carga de Ranca-gua", ni en "El abrazo de Maipo". El alemán, su paraguas, su bigote y su larguísimo perro, que le hacía competencia a una salchicha germana, se ganaron rápidamente la simpatía del público.

¿Por qué? Porque la Alemania de antes de la Primera Guerra Mundial tenía una serie de contactos íntimos con Chile. Alemanes eran los instructores de nuestro ejército, que se paseaban orgullosamente por la calle con monóculo, casco imperial y sable con ruedecilla para arrastrarlo por el suelo, mientras caminaban por la Alameda como si se tratara de la Avenida Unter den Linden. Profesores alemanes habían llegado a organizar la educación nacional. Igualmente alemanes eran los inmigrantes que le estaban cambiando el rostro al sur de Chile, y los carros que rodaban por las calles de la capital llevaban las iniciales de la firma germana AEG. Como si fuera poco, había Bancos tudescos, corría la cerveza alemana en los bares, y se ponía de moda en el ejército la disciplina y hasta los secos y cortantes modales de los oficiales del Kaiser. Vicente Pérez Rosales había traído al país a los primeros colonos de la lejana potencia europea. El general Koerner le había dado nueva estructura al Ejército de Chile y comenzaba Carlos Strutz a preparar a los primeros atletas chilenos que se lucirían más tarde en los estadios de todo el mundo. Un gran colegio —el Deutsche Schule— preparaba, en la esquina de la antigua calle Colegio con Santo Domingo, a una generación que salía

marchando de las aulas con la misma férrea disciplina que se practicaba en Berlín. Como si esto fuera poco, en Santiago dominaba la nota romántica del vals, que se bailaba con el mismo ritmo que en los salones berlineses. Lo único que faltaba era echarle un poco de agua del río Rin a nuestro humilde y provinciano Mapocho para que el cuadro fuera perfecto.

Se quería y se respetaba a los rubios e ingenuos alemanes que caminaban por Santiago con cuello cortafuego y bigotes engomados y que levantaban sus inmensos *schops* de porcelana desbordantes de cerveza a la hora del brindis, lanzando sonoros *Prosit!*

El clima estaba listo para recibir a un personaje humorístico que resumiera la imagen que guardaban los chilenos de los tudescos amigos que teníamos en Europa y que se habían hecho muy populares en el país. Y por eso Von Pilsener y su larguísimo perro formaron rápidamente parte del decorado santiaguino. No había la menor mala fe en los monos de don Pedro. La mezcla de ingenuidad y de inocencia que le puso a su creación llegó fácilmente al chileno medio.

Y más tarde los chistes de Don Otto continuaron y completaron la tradición que se había iniciado con el bigote a lo Kaiser de Von Pilsener.

La visita del Presidente Lübke y comitiva tuvo el sortilegio de hacernos evocar la simpática figura de Von Pilsener y su inseparable *Dudelsackpfeirgeselle*.

Pacheco Altamirano

ACABA DE LLEGAR Pacheco Altamirano a Chile, después de caminar a través de toda Europa, nuevamente. La primera vez, le estreché la mano en París y lo acompañé una tarde llena de otoño hasta una de las mejores salas de exposiciones de Francia, en la Rive Droite, para arrendar una sala que inauguró diez días después.

Y entonces las telas de Puerto Montt, de Angelmó, de Chiloé, se montaron sobre las paredes. Las bahías llenas de niebla, los cielos desolados, las nubes desgarradas, los lanchones gordos y pesados, treparon las murallas de París.

Unos intelectuales precisos y exactos, hijos del país de la luz y de la claridad, se detuvieron frente a las manchas del pintor chileno y quemaron algunos cigarrillos mirando las telas que habían viajado desde Los Cerrillos a Orly.

Y dijeron, moviendo los ojos meditativamente:

—No está mal... Hay color, fuerza... Se conoce que maneja la paleta.

En París, que es una ciudad que presenta cincuenta exposiciones por semana, esto es un elogio. En medio de los equilibrios de los que se ríen de la realidad y que cabalgan a través de la geometría, de los que juegan alegremente con el negro y el blanco, este pintor chileno, que se mueve como un velero mientras pinta, que inventa el paisaje, que crea barcos que *no* hay en las bahías, que usa las ricas pastas como mantequilla y las extiende sobre la tela a golpes de espátula, fue capaz de hacer noticia.

Volvió a los pocos años. Antes hizo una exposición en la vieja Alhambra de Santiago, que le dejó millones de pesos y cerros de recortes de crítica. No ha ido jamás a una academia, y lo que sabe en materia de pintura lo aprendió por su cuenta y riesgo... Es lo que se llama un *self-made-man*, y le sabe sacar el jugo a su profesión. No hay casa que se estime, en Santiago, que no tenga su Pacheco Altamirano.

Ahí están los lanchones, los barcos al atardecer, las redes tendidas y erizadas de gotas de agua, los malecones con olor a cochayuyo y a brea, los nubarrones espesos y solemnes cargados de lluvia. Cada pincelada es un trozo de la arisca geografía de Chile.

Pacheco no habla francés ni usa citas de los libros editados hace una semana en París, no frecuenta las tertulias con adolescentes ojeras y de anteojos ahumados. Sigue con esa pinta de capitán de falucho que Dios le dio, balanceándose por las calles de Santiago y en los lejanos pueblos del sur.

Lo que no sabe es que él es un barco más, un barco de sus propios cuadros, y se balancea como los navíos, echa humo por la chimenea de su vieja pipa, hace avanzar el espolón de su burocrática y burguesa humanidad, se hunde y brinca entre los penachos de la espuma de los más rubios *schops*, viaja de Valparaíso a Liverpool, y, finalmente, encalla en el mismo mesón donde lo esperan, anclados, una botella y un amigo...

Por eso es que llega tan tostado cada vez que arrima la quilla de su humanidad a las marineras calles de Valparaíso.

Ahora vuelve por cuarta vez de Europa. Ha expuesto en Inglaterra, España y Francia. Ha paseado sus barcos por todas las radas del mundo. Y ha tenido éxito. Lo han condecorado algunos almirantes del arte. Pero, aburrido como todo buen marino, de errar y errar indefinidamente, ha echado el ancla, al fin, en su antigua rada de Santiago.

Ya era tiempo.

Los lanchones del sur y algunas puestas de sol lo estaban echando de menos.

Manuel Banderas

AL NORTE DE Santiago, donde comienza a borrarse la ciudad, está el Hipódromo, y en las madrugadas llenas de niebla galopan los caballos de finas y nerviosas patas, con unos jinetes que parecen enanos.

Allí, en la calle Venecia, hay una casita donde vive un pintor. Se llama Manuel Banderas, y trabaja lo mismo con un pincel que con la greda.

Cuando salíamos de los funerales de ese fantasma eterno, que tendremos presente todos los días detrás de la máquina de escribir y que se llamó Guillermo Eduardo Feliú, fuimos con ese mosquetero de barbita y de sombrero alón que es Emilio Kerbernhard, y con Tito Castillo, a ver sus cuadros.

Su casa es una casa con sentido de hogar, donde nunca faltan la copa cordial y el gesto amigable.

En las murallas galopan, chorrean, se desbordan, los colores. Surge Valparaíso con sus casitas de cuento y sus calles perezosas. Al fondo, roncan los barcos y las gaviotas se reciben de yates en el cielo. Huele a pescado, a mariscos, a red.

Pero hay cuadros de otras partes. Está Angelmó, lleno de charcos, de luz y de lanchones que duermen la siesta al sol.

Pero, además, está Italia, están Nápoles y esos pueblos que parecen rezar todavía como en la época de San Francisco de Asís.

Manuel Banderas, aparte de ser un pintor extraordinario, es un escultor que tiene lista la cabeza de Ramón Cortez, que se colocará oficialmente en la Escuela de Periodismo, donde debía haber otra cabeza silenciosa e irónica: la de Feliú.

Lanzo esta idea por si Manuel se convence y les regala a los periodistas de mañana la imagen de lo que fue un gran periodista de hoy.

En el barrio hay un convento, una torre, un reloj, y unas monjitas azules que, si las conoce Utrillo, las habría dejado estampadas para siempre en una tela. Pero no hay necesidad. Ya las pintó Manuel, y ahí están jugueteando entre las rosas.

Rafael Correa

DON RAFAEL CORREA era uno de los mejores pintores que tenía Chile. Digo tenía, porque murió hace poco. En un país en el que, cuando muere un caballero que lo único que ha hecho ha sido llegar puntualmente a su casa, merece, el día que exhala el último suspiro, una

larga serie de elogios y adjetivos, y por lo menos una borrosa foto en el diario. Este pintor magnífico, que nos dejó de recuerdo las mejores vacas, los más emocionantes paisajes, las puestas de sol más dramáticas, no mereció más que unas líneas hechas rápidamente al pasar. Únicamente una revista se preocupó de él.

Hace tiempo, en "La Tercera de la Hora", Adriana Searle escribió una crónica espléndida, llena de vida, y que era una magnífica muestra de su obra. Más que una crónica, era un museo en tipo de imprenta.

Nada más...

Pero don Rafael tuvo un gesto magnífico. Vivía solo y sabía que iba a morir. Había pasado ya los ochenta años y pensó en el futuro. Además, pensó en Chile. No en los millonarios aburridos que quieren tener un cuadro suyo en el living para que lo vean las visitas, sino en una vasta colección que fuese mirada, analizada y discutida por varias generaciones que aún no han salido del huevo. En una palabra, se la quería legar a Chile. Y en Chile, el Estado es el gobierno. Ingenuamente pensó que lo lógico era dirigirse al gobierno para hacerle una proposición. ¿Cuál? ¿Vender los cuadros para tener un nicho monumental? ¿Ganarse unos cuantos millones para pasar feliz los últimos días de su existencia? ¿Tener unos fondos extras para tratar de echarle cómodamente un último vistazo a la vieja Europa que tanto amaba?...

No. Don Rafael era una cosa rara. Siempre había amado esta tierra y le gustaba desde muchacho detenerse ante la cordillera, respirar el aire del atardecer, trazar rápidos manchones de color, de los cuales surgiera la sonrisa socarrona de los huasos o el pelo retinto de las huasas.

Había pintado años de años, sin parar. Sus pinceles corrían alegremente sobre la tela y surgían los mejores verdes del sur, los amarillos más emocionantes de los eriales nuestros, los negros más relucientes del anca de los potros. Todo estaba allí en su vieja casa.

Pero, además de sus cuadros, tenía recuerdos históricos. Cada silla donde se había sentado un padre de la patria, cada lecho en que se había tendido alguna anciana que dejó por lo menos una página de la historia del país, cada daguerrotipo, cada apunte amarillento ya por el paso del tiempo, cada carta desde la cual había partido una batalla victoriosa o una carga sublime, estaba allí en la penumbra de su vieja casona.

Todo decidió regalarlo, y le escribió al gobierno. Si hubiera mandado una tarjeta solicitando un puesto para un amigo, o hubiera movido una cuñita para afirmar a una sobrina, le habrían hecho caso. Pero se trataba de cuadros, de estatuas, de jarrones, de mesas y sillas.

Y, además, de cosas históricas. Faltaban el refrigerador último modelo y la enceradora mecánica.

Nadie lo llevó de apunte. Un día llegó un oficial a hablar con él. Venía precisamente de parte del gobierno. Venía a mirar. Hablaba desganadamente...

Don Rafael se indignó y lo echó de la casa. No pensó más. Había sentido en carne propia el pago de Chile y había comprobado trágicamente cómo se miran el arte y los recuerdos en un país que apenas tiene ciento cuarenta y siete años de vida independiente. Y entonces tomó la única resolución posible. Se los regaló a una vieja empleada que le había sido siempre fiel, y con la cual se casó en artículo de muerte. Y en seguida se murió con una sonrisa burlona entre los labios.

Ahora las cosas salieron a remate. Algunos ricos de última hora, algunas viejas trasnochadas y los *snoobs* incurables, se llevaron sus recuerdos.

Estoy seguro de que ese genial maestro que era Rafael Correa debe haber lanzado una carcajada macabra desde el otro mundo.

Y con toda razón.

Carmen Guzmán

UNA MUCHACHITA chilena, con poco más de dieciséis años, acaba de triunfar, como pintora, en España. Se trata de Carmen Guzmán, hija de Jorge Guzmán Hernández, dueño de la Agencia de Publicidad Extensa y ex dueño de Conquistador, en Santiago, y más tarde en Madrid.

Yo estuve con Carmen hace tres años. Era una muchachita silenciosa que comenzaba a dibujar tímidamente. Unos cuantos trazos rápidos para dar lo básico a la imagen. Nada de cosas rebuscadas, ni de incursiones en los ya excesivamente recorridos vericuetos del academicismo. Un impresionismo natural y, antes que nada, una frescura, una espontaneidad, una soltura juvenil para manejar los pinceles. No se veía influjo alguno. Únicamente destreza natural para trabajar con las líneas y los colores, que delataban a la pintora nata que no había pasado por escuela ni academia alguna. Trabajó primero con su padre, haciendo dibujos de propaganda, y más tarde tomó la paleta y los pinceles y hurgó por su cuenta en otros terrenos.

Recuerda, no sé por qué, la ingenuidad del "Aduanero" Rousseau, y el mismo tono infantil para ver las cosas. Sus personajes, sus perros, sus mares, sus jardines y sus animales, tienen algo de mono animado y de paisaje de la infancia. Es lo antiagrio y lo antinegro. Es la fres-

cura auténtica de la adolescencia que no conoce aún los rictus amargos ni las arrugas antes de tiempo.

Derrocha pureza, liviandad y alegría. Daba gusto ver sus cuadros colgados en la oficina de su padre. Era como pasear a través de una fantasía que no conocía más maestros que la intuición misma. Buscaba los colores sin consejos de nadie y los iba extendiendo sobre la tela como si una fuerza mágica le empujara la mano.

Yo le dije en 1960:

—Dedícate a la pintura en serio... Deja que salte a los cuadros y se encarama como un mono tití lo que llevas dentro... No recibas consejos de nadie... Actúa espontáneamente... Sáltate las reglas y los maestros...

Ahora, por el cable, veo que ha tenido un éxito rotundo. Y no en un pueblecito de provincia, sino en el mismo Madrid, que se da el lujo de tener una pinacoteca más importante que el Louvre, como es el Prado, y donde triunfar en el terreno pictórico no tiene nada de fácil.

Y me la imagino, sin ver las fotos del día en que se inauguró la exposición, con su cara de irremediable colegiala que en vez de una serie de cuadros estupendos cree haber hecho una diablura escolar. Y estoy seguro de que los dedos no los tiene manchados con pintura, sino con vulgar tiza de colegio...

En agosto de 1964 estuve de nuevo con Carmen. Ahora tiene veinte años y es una pintora que va para célebre rápidamente. En la Galería Fortuny, en los bajos de su casa del barrio de Salamanca, y a dos cuadras de los apollillados caserones de la Castellana, me mostró algo de lo que había hecho.

Ahora es una mujer encantadora, suave, tímida y bonita.

Vi sus cuadros. Sus retratos de Raimundo Larraín, que le hizo cuando el escenógrafo pasó por Madrid de la mano de Geraldine, la hija de Chaplin.

Es un retrato genial. Pelo verde, rostro verde, cuello verde, manos verdes. Todo es de un verde botella angustioso, elegante al mismo tiempo, que recuerda a Modigliani. Y luego sus campos, sus cielos vírgenes, sus manos infantiles, sus gitanos de espanto y de sueño.

Ya no es la mocosa. Es la pintora definitiva, que no ha perdido la cara de guagua que tenía en su antigua casa de Ruiz de Alarcón, cerca del Prado, y a la que yo dije:

—Pinta... Oyelo bien... Dedícate sólo a pintar... Ahí está tu futuro...

Y me hizo caso. Aquí está el resultado.

Joaquín Edwards Bello

ESTE ES JOAQUÍN visto de dos maneras distintas. Hace diez años cuando lo hicieron académico y hace dos meses en la calle. Creo que ambas imágenes se completan.

EL 27, A LAS diecinueve horas, será recibido oficialmente por la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente a la Real Academia Española, un periodista chileno.

Se llama Joaquín Edwards Bello.

Tiene cualquiera edad. Según el carnet de identidad, más de setenta años. Según el carnet vital, poco más de veinte. Yo lo conocí un día cualquiera en La Bahía, jugando cacho, hablando, discutiendo, conversando, citando frases, opinando, actuando. Es un hombre sencillo como el agua. Nació en Valparaíso y le gusta evocar la atmósfera de los cerros, las casas victorianas, el Almendral, el Cordillera, el Mariposa y otras colinas, que se empinan sobre la bahía para usar las estrellas como ventanitas iluminadas. Hace cuarenta años que está escribiendo. Recibe montones de cartas al día. La gente le habla, le da opiniones sobre sus artículos, le hace confidencias, lo asalta en la calle, lo saluda y lo palmoatea.

A Joaquín le carga esta pegajosa generosidad nacional, que no halla cómo expresarse para decirle que le gustan las cosas que escribe. A Chile le gustan la cueca y la Canción Nacional. Le gustan Neruda y el fútbol, la remolienda y el primero de noviembre, día de los muertos. También le gusta Joaquín Edwards Bello cuando escribía sus inolvidables crónicas en el diario "La Nación".

Joaquín ha escrito "El roto", "Nacionalismo continental", "La chica del Crillon", "Crónicas", etc. Si yo fuera un sesudo ensayista, como dice mi dilecto y canino amigo René Olivares, haría una lista completísima de las treinta y tantas obras que ha escrito Joaquín Edwards Bello. Pero como no soy ensayista, sino un modesto colega de Joaquín, voy a tratar de dibujar la silueta humana de este hombre que dice cosas sensoriales, entre escritores, dueños de bares, garzones y gente de paso.

Joaquín es un hombre a quien le gusta hablar, y no falta por allí algún cursi que dice que no deja hablar a los demás. Pero es lógico y más que lógico que cuando un hombre dice cosas inteligentes, los que le escuchan deben, por educación, antes que nada, y por sentido de las proporciones, escucharlo. Y entonces Joaquín se sale de La Bahía de Santiago, camina hacia Madrid, se pasea por las viejas callejuelas de París, baja a Roma, sube a Londres, y se acuerda de sus viejos tiempos de "Criollos en París" y de "Un chileno en Madrid".

Yo tengo un amigo, editorialista de una revista humorística, hom-

bre de mal genio, pero de ingenio, amigo del bicarbonato y de decir impertinencias con talento, que me contaba un día que seguía en las calles de Santiago a Joaquín Edwards Bello, para verlo caminar, saludar y oír qué cosas decía.

Un día Joaquín me contó que le molestaba la intrusidad de la gente que se introducía en su vida privada y no le dejaba tranquilo. Gente pegajosa de puro cariñosa. Metete de puro cordial. Que no hallaba cómo demostrarle hasta qué punto lo querían por valor nacional, que lo asaltaba en la calle para decirle una frase amable. Y como Joaquín, como toda persona inteligente que se respeta, es solitario y escéptico, burlón y simple, le desagradaba esta especie de engrudo amistoso que le rodeaba por todas partes y no lo dejaba ser él. Este viejo porteño, que se balancea como los barcos y que tiene algo de los cerros de Valparaíso, del Almendral y de Las Torpederas, tiene también una novela escrita que hasta la fecha no se atreve a publicar. No por miedo, sino por dignidad. Se llama "La hora del corvo".

Y en ella plantea el problema dramático de una radio misteriosa que, entre los compases de la Canción Nacional, llamaba la atención a los chilenos frente a los politicastos y bandoleros que habían invadido el país.

Joaquín tiene temor de que se publique, porque a lo mejor se aplica en la práctica, y algunos compatriotas decididos y valerosos ensayan la teoría de Edwards Bello y acaban de una plumada con los enemigos públicos que andan sueltos por el país.

En tres días más lo hacen académico. Y ese día, ojalá que en las primeras filas reservadas, según dice el diario, para invitados especiales, estén sentados, pierna arriba, la chica del Crillón, Esmeraldo y otros de sus personajes.

Ellos no lo van a hacer académico. Lo van a considerar definitivamente como es. Y mucho más que ellos, ese hombre solitario, irónico y burlón, que camina por las calles con un cigarrillo clavado en la boca, y que se llama el chileno corriente. Y como yo me siento un poco eso, escribí estas líneas.

La segunda vez fue así.

En la calle Huérfanos con San Antonio, me encontré con Joaquín Edwards Bello. Hacía diez años por lo menos que no lo veía. Está igualito. Dicen que no puede trabajar y que está mudo. El mismo me agrega:

—Estoy mal. Tengo una parálisis progresiva que me impide escribir.

Lo miro. El aspecto físico es el mismo de la última vez. Un calañés claro, una corbata alegre, una chaqueta deportiva, unos pantalones veraniegamente grises. Parece un turista europeo, caminando por las calles de Santiago con cara de pregunta. Y basta hablar una palabra con

él para que se destape la vieja máquina periodística. Interroga, se pone al día, habla de política, de periodismo, del contrabando, de pintura, de todo. Siempre es el periodista mil por mil, para quien cada cosa que pasa en el mundo tiene interés. No sé por qué me recuerda una foto suya, tomada hace treinta años en París. Únicamente ha cambiado el telón de fondo. En este caso tenemos una aburrida esquina comercial, una farmacia, un cine. En la foto estaban el Sena y Notre-Dame. Y el cielo era otro. El de ella es borroso. Totalmente impresionista. Parece pintado por Degas o Manet. El de aquí es un cielo de verano, insolentemente azul y hasta con cara de cuenta de hotel en la playa.

Únicamente Joaquín es el mismo. Camina lentamente, pero conserva una agilidad juvenil en los gestos, en la manera de sonreírse y de hablar. Conversa rápido. Tiene que decir mucho antes de que...

El mismo lo dice:

—Me queda poco. Esto avanza día a día. En breve ya no podré hacer nada.

Pero al mismo tiempo me cuenta que está revisando sus obras completas para legarlas al futuro como realmente las pensó, sin fallas de ninguna especie...

Está al día en el contrabando y lo relaciona con otros casos policiales célebres. Salta el Joaquín de los famosos "jueves" de "La Nación". La misma manera rápida, variada, llena de color, de pintar cada cosa. Es el genio de los detalles y de los matices. Y un poco el Rey Midas. Cada cosa la transforma en oro con sólo tocarla. Aparece el *croniqueur* sin rival en el periodismo chileno, el novelista al que le basta abrir los labios para que los personajes caminen, anden, respiren. Pero él insiste:

—No puedo escribir nada. Me limito a recordar...

Tratamos de entusiasmarlo. Existen las taquígrafas para dictarles y las cintas magnéticas. Bastaría trabajar con alguno de los dos sistemas para volver a leerlo como antes...

Me mira con escepticismo. Se siente muerto ya. Mira el paso de la gente por la calle con una expresión de otra vida.

Y sin embargo, está vivo. Maravillosamente vivo. Más vivo que nunca. Las palabras acuden a sus labios con una velocidad impresionante. Sabe describir, como siempre, con una sola plumada. Sería cuestión de tomar nota de lo que dice para tener una crónica de primera línea con el mismo sabor de antaño... Se le ve juvenil, a pesar de que insiste en que está viejo y terminado...

¿Terminado?... Jamás. Jamás se le pondrá punto final a un hombre como Joaquín, que derrama vida en una esquina cualquiera. Y hablar con él cinco minutos es mejor que asistir tres años a una Escuela de Periodismo. Para mí fue la mejor clase que haya recibido jamás.

Y no me quedé melancólico al verlo partir, vacilando y apoyado en el brazo de su mujer, a través de la ciudad indiferente que no sabe

quién es el que avanza con lentes ahumados a través de ella. Al contrario. Me puso una inyección de vida para seguir detrás de una máquina de escribir con este oficio, a cuestras, de llenar un par de carillas todos los días para contarle lo que pasa, amigo lector.

Esto, por ejemplo. Para que sepa que el gran Joaquín no es un fantasma melancólico que vive entre recuerdos y papeles amarillos en su refugio de la calle Santo Domingo con Cumming, sino un hombre que sigue con los ojos desesperadamente alertos la marcha del mundo. Y que el periodista genial que hubo siempre en él, sigue montando, inalterablemente, guardia.

Y ojalá pudiera describirlo exactamente como es él. A lo Joaquín.

Don Pancho Encina

LLEGAR A LOS noventa años no tiene nada de raro en Europa. Reynaud tiene ochenta y seis; De Gaulle, setenta y cinco; Franco, más de setenta; Perón, que vive en Madrid, se está acercando a la terrible cifra; Churchill acaba de colgar los guantes; Adenauer no es, precisamente, un muchacho; Mao Tse-tung no tiene edad porque es chino.

En cambio, en Chile no es tan corriente. A los setenta años, los viejos políticos comienzan a ponerse *gagá* y a repetir las mismas historias que les conocemos desde hace cuarenta años, por lo menos. El *cuquismo* es una característica nacional. Basta ver algunos valores consagrados por la calle. Dan pena. Arrastran los pies y de vez en cuando les surge una solitaria idea que no se repite de nuevo.

Por eso, el caso de don Pancho Encina, que acaba de cumplir los noventa años, cerca de La Serena, es un hecho realmente notable. Don Pancho está más vivo e inteligente que nunca. Cuando vino la NU a Santiago, don Pancho habló ante un corrillo de periodistas y diplomáticos. Entre ellos había un corresponsal ruso que estaba de paso en Chile, y que apenas hablaba en castellano. Miguel Serrano, que actualmente es embajador de Chile en Yugoslavia, le preguntó a don Pancho qué opinaba del futuro de la cultura occidental. No era una pregunta corriente para contestarla en dos frases. El viejo historiador encendió un cigarrillo amarillo y comenzó a hablar. Nunca he visto a nadie más hábil y más lúcido. No eran palabras. Eran ideas. Ideas llenas de evocaciones y de sugerencias. Con un lenguaje rico, pleno de vitalidad y de elegancia, fue diciendo lo que pensaba. El periodista soviético me dijo:

—Jamás había oído una cosa tan brillante y eso que he tenido que batirme con la rápida traducción que me hacía un colega.

Así es don Pancho. Los veinte tomos de su "Historia de Chile" pueden ser discutidos, analizados acremente, combatidos, polemizados. No

importa. Lo que no se puede hacer con ellos es mirarlos en menos. Es un documento de una valentía excepcional. No acepta los viejos mitos. Se sienta en las estatuas llenas de coronas de papel. Revisa a los padres de la patria para ver si merecen el nombre de tales, y, finalmente, deja un verdadero campo de Agramante con falsos valores colgados de los árboles, o reventados en el pavimento, y fulminando a más de alguien que estaba perfectamente feliz en calidad de nombre de calle o de avenida y que nadie se atrevía a discutir.

Este coraje no lo había tenido nadie en el país de la componenda y del arreglito, del palmoteo y de la maniobra. Por eso yo celebro, como nadie, los primeros noventa años de don Pancho. Está viejo, gibado, tiene más arrugas que esos mismos manuscritos amarillos que consulta de noche a la luz de una lamparita, luce cierto aspecto de lagarto inteligente o de coleóptero lleno de inquietudes en el rostro, pero se conserva con la misma agilidad de antaño.

¡Y ojalá siga al pie del cañón y siga atacando a los “desconformados cerebrales” y a los ilusos de mármol que pueblan una falsa y engolada historia de Chile!

Gabriela Mistral

LA CONOCÍ personalmente hace años, bajo el cielo de Petrópolis, la misma ciudad en que Stefan Zweig decidió poner punto final a su vida que se había arrastrado a través de dos guerras mundiales. Gabriela no tiene nada que ver con las fotos. La simple cartulina toma el aspecto externo, pero se salta el perfume personal y el alma. Le faltan vida e intensidad. Y lo que le sobraba, precisamente, a Gabriela era eso: dignidad y nobleza. Se le notaba el espíritu más allá de la materia. Y la materia misma era noble. Como el oro. Cuando Gabriela hablaba parece que conversaba sencillamente entre antiguas tinajas en viejas casas de fundo chileno. La voz tenía una entonación mística y lejana. Hace un año, en Londres, conocí a un filósofo hindú que me produjo la misma impresión. Con los ojos clavados en la lejanía dejaba sencillamente que lo que tenía dentro trepara hasta los labios y se derramara lentamente.

Gabriela conversó largamente de Chile y me hizo muchas preguntas. Quería saber por cada uno de sus amigos, a pesar de que tenía una correspondencia bastante nutrida con su patria. De aquí se le informaba, semana a semana, de lo que pasaba. Pero ella quería más detalles íntimos, deslizarse dentro de las noticias para saber cómo habían ocurrido las cosas y cómo estaba la gente.

Cosa rara en una escritora de su talla: no habló de sí misma y no se hizo autoelogios. Y un hecho más notable aún: no peló a nadie. Ol-

vidó viejos rencores que algunos le suponían y elevó la conversación a otras alturas. Me dio una perfumada copa de vino de Chile y un café cargado y negro como betún, del Brasil. Después salimos a caminar lentamente por las calles. Gabriela camina como una estatua. O como caminarían las estatuas si pudieran hacerlo. La gente que la conocía la saludaba al pasar. Ella contestaba con leves gestos de cabeza. Vestía de negro y el pelo lucía un color de legítima plata antigua.

Pasaron unos niños. Ella se acercó espontáneamente a ellos, y les pidió que cantaran algo. Los niños la rodearon inmediatamente y cantaron en portugués una de las "Rondas" de Gabriela. Ella, entre los muchachos negros como carbones, y con los ojos encendidos, parecía mucho más que una madre. Extendía los brazos y cada mano salía de Petrópolis y del Brasil para llegar a toda América.

Pensé que en Chile nos demoramos tantos años en darle el Premio Nacional. Que antes, el rey de Suecia la había recibido especialmente para entregarle el Premio Nobel. Que era la única personalidad chilena que lo había recibido.

Y que estaba allí, en la calle, cantando con los niños, con sus delgados y finos labios de arcilla. Y que las canciones habían sido escritas por ella. Pensé en el pequeño y agudo pelambre chileno. En la frasecita que quema como el ácido nítrico y que es capaz de acabar con una catedral en dos segundos...

Después se embarcó para Chile. Mientras aquí se decía que no volvería jamás, ya estaba en camino. Neruda estuvo largamente en Java, pero tuvo que volver a Chile. Vicente Huidobro escribía en francés y estaba enamorado de cada callejuela del Boul Mich, pero volvió. Isaías Cabezón se vino llorando de las márgenes del Sena..., pero se vino. Camilo Mori, Lucho Vargas y la generación del 29 estaban enamorados de cada puesta de sol vista desde Notre-Dame, pero regresaron.

Gabriela también tenía que regresar. Aquí hay un imán que no puede ser vencido con nada. Se parte, pero se vuelve siempre.

Después vino la muerte fuera de Chile y un día llegó a Santiago.

Sí. Un río humano fue a ver a Gabriela. Una vez más el avión se posó en tierra como un pájaro vencido que venía de lejanos cielos, fue la masa popular, el obrero, la empleada doméstica, los habitantes de la población callampa, el estudiante, los que rodearon el gran féretro solitario.

Por supuesto que estaba la helada y aburrida recepción oficial. Sobraban el protocolo y los personajes de levita que tenían que ir a esperarla, y que, naturalmente, jamás en su vida habían leído una línea de la poetisa. Los que no conocían por qué había escrito los "Sonetos de la muerte" y que jamás se habían detenido en los muelles desespeados de "Desolación".

Y bajó el cajón. Bajó ella horizontal como los ríos y cruzó la masa

humana. Un dolor sin manos y sin ojos acogió al gran cadáver. Nunca la bandera de la estrella solitaria había estado más solemne que en esos momentos. Se plegaba naturalmente como una mujer sobre la brillante cubierta de metal. Y vinieron el camino a Los Cerrillos, los rancheríos, la larga carretera hasta la boca de la ciudad.

Pasó la Alameda, que se había vestido de soledad para recibirla. Pasó el centro, frío y metálico. Llegó La Moneda, pequeña y tierna. Asomó la Universidad.

Le tocaron la desmelenada "Marcha fúnebre" de Chopin. La salió a recibir un océano de flores. Las mejores rosas habían descendido de sus rosales para rendirle homenaje. Y vinieron los niños que ella amó tanto en su vida, con esa cara seria y dramática que tienen los niños cuando sienten el paso de la historia.

Allí quedó sola con su traje de terciopelo y su gran cabellera extendida como el agua sobre el cojín. Nunca su cara ha tenido más fuerza de medallón. Así estaba la mujer de los "Sonetos" y de los "Recados", la silenciosa amante de los campos y ríos de Chile.

¡Cómo se veían de chicos los personajes oficiales frente a la gran poetisa trizada dentro del ataúd!...

Había olor a muerte en la Universidad. Es decir, esa mezcla de mármol, cuero y flores que forma el decorado de la muerte.

Quedó sola un momento. Sólo un momento. Luego irrumpió la oscura marea del pueblo. La gente que llora cuando tiene ganas de llorar. La que solloza o se traga su dolor solitario. Fueron ellos los que se inclinaron sobre el cristal de la urna y le dijeron, sin palabras, cómo sentían que se hubiera ido para siempre.

No. No hay necesidad de discursos ni de coronas oficiales. El gran homenaje que recibió Gabriela fue ese pequeño y anónimo que brotó espontáneo y fresco, como chorro de agua, junto a su cajón y que tenía la seca y definitiva elocuencia del dolor popular.

Pueden prohibir que Neruda hable ante sus restos. Pueden hacerle un gran entierro heladamente oficial. Pueden usar su cadáver como una bandera política. Pero eso que se derramó en torno a ella como un mar iluminado no se podrá negar jamás...

Y ése será su verdadero sepelio.

Garrido Merino en su Madrid

HACE MUCHOS años que vive en Europa. Y, concretamente, en España. Aquí escribió "El hombre en la montaña", que le dio fama internacional. Maneja ese castellano tan rico que se adquiere únicamente caminando por Madrid o sumergiéndose en el barrio de Santa Cruz, en Sevilla. Un

español de una vitalidad profunda y dolorosa, que llega al alma y donde las palabras salen solas en busca del sentimiento del que lo lee. Para escribir así hay que conocer profundamente a los clásicos, al viejo Unamuno, a Valle Inclán, Azorín, a don Pío, a Miró. No se llega al idioma fácilmente. Se necesita un trabajo de ermitaño que dura años en los viejos libros.

Don Edgardo, que es vecino mío y que vive con su esposa en el Hostal Infantas, de la calle del mismo nombre, junto al cine y a dos cuadras escasas de la Gran Vía, conoce mejor que nadie su oficio. España lo llamaba desde hace muchos años. Más bien dicho desde siempre. Y se encontraron ambos —España y él— en la Estación del Norte.

Hace una vida solitaria. Sale en las tardes a ver cómo se pone el sol sobre los árboles del Retiro. O cómo se cuelga en la Telefónica. O en la Torre de Madrid. Camina con cara de vecino corriente al que la ciudad le ha dado una calma conventual, un sentido pacífico de la existencia en que la palabra prisa está desterrada. Camina, mira, observa, y cuando llega a la casa enciende la lamparilla del escritorio y escribe. O, más bien dicho, apunta. Apuntes para libros futuros. Tiene la dignidad de los viejos maestros. Y la cortesía un poco antigua de otros tiempos. Se le nota que perteneció a la gran época de Madrid. A la del Ateneo y de los viejos cafés que ya no existen. Tiene una dulzura y una serenidad que sólo se adquieren con el paso de los años. Y haber visto y conocido a mucha gente que valía la pena conocer y que ahora está archivada en sus casas o bajo tierra.

Se sienta a veces en el *hall* del Hostal y mira la vida a través de la ventana. Está, más que sentado en el sillón, como un barco anclado en la rada viendo cómo zarpan los ágiles lanchones y los buques de guerra. Pero él sigue en la rada. En la amable rada que es este Madrid que comienza a caminar ya hacia el otoño. Ve cómo se encienden los árboles en el Retiro y más tarde cómo cae la marea de las hojas marchitas.

No le interesa mayormente que el tiempo pase lenta o rápidamente. Con nostalgia a veces me habla de Chile. Y de volver a la tierra. Pero tiene a Madrid metido bajo la piel, y a mí se me antoja que el día en que le falte el aire que llega de la Sierra y que sopla sobre Castilla en la noche, se va a sentir como un viejo corsario sin su barco ni los viejos cañones y culebrinas de antaño.

Y por ahora mira, conversa en voz baja, piensa, escribe, y, antes que nada, recuerda melancólicamente.

Pancho Coloane

OTROS YA HAN dicho que Pancho Coloane incorporó el sur de Chile a la literatura nacional. A mí me interesa únicamente analizar al hombre y, echar un breve cuarto de espadas sobre el Premio Nacional de Literatura mismo. Pancho es una especie de aventurero que se saca su chaqueta de cuero, sus gruesos bototos, la pipa que le cuelga entre los labios y deja a sus perros ovejeros y a sus lobos solitarios para ponerse a escribir. No tiene nada que ver con las afeminadas e inútiles torres de marfil, dobladas al francés, de algunos de sus colegas, sino que es un hombre que cuenta su aventura personal, vivida entre otros hombres, y la hace ingresar, en gloria y majestad, a la literatura de su patria. Recuerda, a ratos, a Jack London y a Hemingway. Tiene mucho de Gorki y de Mac Orlan. Trae un testimonio vívido y lo que cuenta da la sensación exacta de haber ocurrido realmente en medio de la desatada soledad del sur. No inventa, no trabaja con material ajeno. No falsifica la greda, ni el barro. Los trae pegados a las manos y los eleva verticalmente para montar una novela o un cuento. Para mí *su* Sur es el único auténtico de Chile.

Por eso gocé cuando supe que se había impuesto sobre la consigna de moda y sobre el recado que traían algunos miembros del jurado que confunden el arte con la asamblea política y la orden militar que viene desde afuera. Había nueve nombres. No se podía premiar a Nicanor Parra, porque otro poeta, solemne y consagrado, no quería que nadie le hiciera sombra en el futuro. Había honrados y laboriosos albañiles de las letras que no tenían aún categoría nacional, sino de barrio y de comuna. Había novelistas que han trabajado tanto fuera de Chile, que merecían mejor una discreta mención honrosa, pero más allá de las fronteras. Había, finalmente, viejos fantasmones que no tenían categoría aún para aspirar a la famosa recompensa.

Sobre eso ganó Pancho Coloane. Ganó contra la victoria prefabricada y el plato guisado de antemano. Se impuso, porque nos trajo algunos perros a los libros, algunos lobos aullantes y el aire acre que viene de Chiloé y Magallanes, y lo hizo silbar varonilmente sobre algunas páginas eternas.

Eugenio González

HUBO FIESTA EN una casa de la calle Cauquenes, que queda cerca de la campesina Plaza de Los Guindos. Al fondo trabaja como biombo ese decorado fantástico, lleno de picachos y desfiladeros que llevamos

todos los chilenos prendido al alma, y que se llama cordillera de los Andes.

En la casa hay batallones de libros, y los retratos, los cuadros, las marinas, los paisajes, las fotos de escritores y políticos, conversan silenciosamente en las paredes.

Es la casa de Eugenio González, que fue elegido rector de la Universidad de Chile, y que está haciendo gimnasia en estos momentos para subir oficialmente al sillón de don Andrés Bello.

Aparentemente, Eugenio es un hombre sombrío, flemático y distante, que no gusta del palmoteo político ni de las sonrisitas demasiado amables que abren todos los caminos del éxito en este país.

Su estilo en la vida ha sido otro. Es un escritor de la vieja guardia que ha enfocado el problema de los desterrados políticos en "Más afuera" y los problemas de la clase media provinciana en su novela "Noche".

Tiene un estilo duro y sencillo, que recuerda un poco a Pío Baroja, y él mismo parece un poco un personaje del gran novelista español. Vestido siempre de negro, tiene una actitud ante la vida de rectitud moral, de honradez sin dobleces, que ha hecho que lo adoren los estudiantes y lo respeten sus adversarios políticos. No es hombre de capilla ni de consigna barata. No le gustan las intrigas ni los enredos para llegar a determinado cargo. La rectoría se la ganó en buena ley, y los que le dieron el triunfo fueron esa legión de amigos que tiene en todas las Facultades y detrás de las cuales está lo más importante que tiene la Universidad: los estudiantes.

Hubo ambiente de fiesta en la vieja casa universitaria, que ha sido a través de la historia de este país uno de los riñones espirituales de Chile.

Astolfo Tapia, Lucho Oyarzún, Ricardo Latcham, Juanito Uribe, Pablo Neruda y tantos más, estallaron de entusiasmo al saber la gran noticia.

Fuimos hasta la casa de la calle Cauquenes, donde se nota en cada detalle que estuvieron asomadas la honorabilidad y la rectitud. Sí.

Don Andrés Bello puede estar tranquilo y satisfecho. Su lejano sucesor ha sido bien elegido. Su nombramiento ha caído extraordinariamente bien en todos los círculos, y el hombre de negro —un poco triste y distante— puede esbozar una sonrisa de orgullo. Es independiente, laico, objetivo, imparcial. Defiende la Universidad de cualquier dogmatismo, venga de Moscú o de la sacristía.

Y eso es justamente lo que se necesita.

Joaquín Díaz Garcés

YO NO LO conocí. Murió en 1921, cuando el León andaba con el corazón chorreando sangre por las calles de Santiago y era enemigo a muerte de la "canalla dorada".

Pero un día hablé con unos camareros del Club de la Unión y del viejo Gage, que le habían conocido. Con los que había conversado en las noches más nocturnas y bohemias de Santiago. Hablé con su mujer, con su hijo, con su encantadora nieta, y revisé los amarillos manuscritos de "Páginas chilenas", "Páginas de Angel Pino", y esa novela estupenda que quedó inconclusa, que se llamó "La voz del torrente".

Un día casi me echaron de la Biblioteca Nacional por reírme a mandíbula batiente por ese admirable artículo de costumbres que se llama "No veraneo".

Don Joaquín era Chile. El Chile de los caserones solitarios de fundos, de los caminos polvorientos, de la cordillera instalada al fondo del horizonte. Era el Chile de los pijes que habían sido héroes del 79, con los mineros a la cola y cargando a la bayoneta en Chorrillos y Miraflores. El Chile de Prat y de Sotomayor. El Chile de los cambios bruscos, con estudiantes que se transformaban en generales de la noche a la mañana, y que ocuparon Lima, y que barrieron con Bolivia en un abrir y cerrar de ojos.

Alegre, simpático, dicharachero, bueno para el chiste, señor por los cuatro costados, era el caballero de otra época que cometió la insolencia de morir a los cuarenta y cuatro años.

Tenía toda la vida por delante, pero se le detuvo el corazón antes de tiempo.

Los jóvenes periodistas de hoy, que están en la Escuela de Periodismo, deberían aprender a recordar y reverenciar su memoria.

Debería haber una cátedra en la Escuela que se llamara Joaquín Díaz Garcés. Su "Juan Neira" y su "No veraneo" son obras clásicas del periodismo chileno.

"El Mercurio" tuvo el mejor director que se pudiera pedir, y mientras Chile exista, los que estamos en esta apasionante profesión lo recordaremos todos los días.

Fue un caballero que se fue de repente, en una esquina del camino. Con un puro entre los labios, nos dijo "Hasta luego" y nos dejó una máquina de escribir de recuerdo.

Por eso me he acordado de él en esta tarde llena de presagios. Fue un maestro en el mejor sentido de la palabra, y yo lo recuerdo ahora, como un vulgar y simple discípulo que llegó tarde a la gran época.

Y, además, lo recordará eternamente, a galope tendido, ese huaso genial llamado Juan Neira y que, seguramente, lo fue a dejar, de poncho y espuelas, al propio cementerio.

Vicente Huidobro

“POETA FRANCÉS nacido en Santiago de Chile.”

Así se firmaba Vicente García Huidobro y Fernández, más conocido por Vicente Huidobro. O Huidobró, en francés. Escribió, cuando muchacho, un libro bastante cursi que se llamaba “Ecos del alma”, y otro más sin mayor importancia.

Se robó a una niña chilena una noche de Año Nuevo, en el Club de la Unión, y se fue a vivir a Francia en medio del escándalo nacional.

Cuando volvió, después de muchos años, arrendó un departamento en la calle Cienfuegos, donde yo tuve la falta de respeto de recordarle en la puerta un verso suyo que había escrito cuando joven, y que decía así:

*Ese viejito que apenas se mueve,
es un veterano del 79.*

Vicente Huidobro había sido candidato a la Presidencia de Chile, naturalmente en broma, y el punto básico de su programa era volar la espantosa entrada del cerro Santa Lucía que da a la Alameda, y que parece una torta del Ramis Clar.

Era insolente, apasionado, genial y arbitrario, y no dejaba hablar a nadie, como un Latcham. Decía cosas estupendas, y sus mejores imágenes no las ha hecho ni en “Mío Cid”, “Tour Eiffel”, “Altazor”, “Horizon Carré”, “Papá”, “La próxima” ni en ninguno de sus libros. Le salían tan estupendas de sus labios que se notaba que en este poeta, con un nombre tan pesado y solemnemente español como Vicente García Huidobro y Fernández, descendiente directo del Cid, según él, con polvorientas ruinas en Castilla, antiguos balcones y legítima sangre azul, habitaba uno de los más grandes talentos que ha producido esta tierra.

Nunca los españoles han escrito sobre Ruy Díaz de Vivar como Vicente. Nunca los franceses han pintado a París como Huidobro. Nunca los ángeles han volado por el cielo tan bien dirigidos por este vate nacido en Chile.

Se pasó peleando con Neruda, hablando de comunismo, asustan-

do a los viejos y entusiasmando a los jóvenes, bebiendo los lentos vinos de su viña Santa Rita y, por último, muriendo tristemente en Cartagena, junto a la voz suave del mar.

Debía haber vivido muchos años. No tenía ni la desgarradora mítica de De Rokha, ni sabía mover las olas como pesadas catedrales de cristal, como lo hace Neruda en Isla Negra, pero les dio a la poesía chilena y al habla española una cosa que casi siempre les falta: inteligencia, gracia y genio.

Ricardo Latcham

LATCHAM ES EL mejor crítico literario chileno. Eso es lo que dicen sus amigos, sus adversarios y, además, lo dice el propio Latcham. De cada mil frases que dice Ricardo, novecientas noventa y ocho comienzan con la palabra "Yo". Esto no quiere decir que sea vanidoso o farsante. No. Es su manera especial de ser, y nada más.

Con una profunda sangre inglesa que se le nota hasta en los más pequeños detalles, anarquista en el fondo, socialista en la forma e iconoclasta en esencia, Ricardo es, ante todo, "ricardista".

Fue conservador cuando tenía como diecisiete años. Más tarde viró honorablemente hacia la izquierda y fue el más brillante de los diputados socialistas, cuando había que vivir con la pistola en la mano, y en la madrugada llegaban puntualmente los emisarios de la Milicia Republicana a hacer una visita a los jefes de la izquierda, para decirles que tenían sus días contados.

Pocas veces, en la prensa primero, en la Municipalidad después, y luego en la Cámara de Diputados, se ha hablado en forma tan brillante, ingeniosa y punzante como lo ha hecho Latcham.

Fue delgado. Ahora es gordo. Tiene algo de medalla en el rostro y es indiscutiblemente uno de los mejores "peladores" y hombres de sobremesa que hay en Chile. Tiene una habilidad para buscar los adjetivos más quemantes, las comparaciones más dolorosas, las caricaturas más crueles, cuando se trata de decir algo que duela. Antiibañista y antidemocratacristiano enconado, es, en el fondo, una especie de *gentleman* inglés con una fuerte dosis de sangre profundamente española. Hijo espiritual de Pío Baroja y de Unamuno, que grita a menudo: "Sólo la monarquía salvará a la República".

Fue un embajador de lujo en Uruguay durante cuatro años, y a pesar de los entorchados, de los cocteles, de los fraques, de las visitas de compromiso, de los almuerzos oficiales, nunca perdió esa cosa de café, de club, de tasca, y de las tres de la mañana que lleva en la

sangre. Tiene una biblioteca de veinte mil libros, sobre la cual destaca finamente la silueta de su mejor amiga y su más rendida admiradora: Alicia Rivera de Latcham, su esposa. Sabe calibrar los elogios y los ataques como nadie y se tutea con la historia literaria de América.

Balanceándose como un barco en medio de la tempestad, en las calles de Santiago, tiene tres amores en su vida: la Universidad, Chile y la literatura.

Pero la historia de Latcham no ha concluido aún, porque la está viviendo en todas las esquinas de Santiago, día a día, y contándola noche a noche.

Ahora que se retiró de la diplomacia y vive sereno y recogido en su casa de la Avenida Holanda, nos dará lo mejor de sí mismo.

Pocos días antes de morir Ricardo, agregué estas líneas:

Más que crítico y que orador, Latcham es conversador y sabe como nadie interesar al público con lo que dice, y sobre todo cómo lo dice. Yoísta integral, habla de él todo el tiempo, pero lo hace con tal habilidad que no importa ni molesta. Al contrario. Se sabe que lo que está diciendo lo ha visto, experimentado y vivido, lo que le da el carácter de una especie de memorialista verbal. Con una cultura de primer orden, sabe darle una diablura y una picardía a lo que sale de sus labios que obliga al auditor a estar constantemente con la oreja parada.

Como diputado, y más tarde como embajador, fue de primera línea. Como periodista de batalla se había lucido en las páginas del viejo "Wikén", y finalmente dio clases de crítica literaria en las páginas de "La Nación", a través de los años. Nadie conoce como Latcham lo que se publica y por qué se publica en América. Amigo de cuanto escritor joven y viejo hay en el continente, está perfectamente al día de lo que sale de las editoriales de América. Y no le basta hojear los libros, como algunos de sus superficiales colegas, sino que compara, sitúa al autor en el tiempo y en el espacio, cita sus textos y, finalmente, lo fija en el desarrollo general de la cultura.

Pero es *personalmente* cuando Latcham crece y es él mismo. Es allí en la vara del bar, en la mesita, en la charla hogareña, a la salida de la librería de viejo, o en la calle, donde es él y nada más que él. Con una figura que recuerda vagamente a los caballeros ingleses del siglo pasado, no deja hablar a nadie y le da tanto brillo a lo que cuenta, que parece un filme en colores en el cual él es el director y el intérprete al mismo tiempo. Con algo de actor y de conferenciante, de parlamentario y de hombre de tertulia madrileña o de ateneísta español de la época de la República, desfila por sus labios lo más sabroso de la vida intelectual y política de Chile.

Latcham no debía escribir. Debía grabar en cinta lo que dice, con el calor y el sabor que le pone, y publicar discos suyos para que la gente lo "sienta" y lo vea mientras sale de su boca el chorro del párrafo improvisado sobre la marcha o el picotazo certero que da matemáticamente en el blanco y deja la herida.

Yo, que generalmente me aburro con los oradores de café y los intelectuales de peña, puedo pasar horas de horas con Ricardo mientras él se pasea por los libros, las personas y las cosas, y deja generalmente la más sabrosa y atractiva de las masacres.

Finalmente, tengo una deuda personal con él. En la penumbra de una vieja capilla colonial que queda al pie del Huelén, me acompañó como padrino a dar el paso vital de un ciudadano que quiere saltar oficialmente de la libertad a las dulces cadenas del *home, sweet home*.

Al saber su increíble muerte agregué:

Debía haber prologado este mismo libro, que le mostré en borrador, en su casa de la Avenida Holanda. Lo vi leer lentamente sus páginas y darme algunos consejos. Junto a él estaba la admirable, la desolada, la ahora solitaria Alicia, su compañera de toda la vida.

La muerte tiene jugadas trágicas. Hacía menos de un año que Ricardo había inaugurado oficialmente su nueva mansión, y Alicia estaba feliz con la biblioteca de Ricardo y sus veinte mil volúmenes de lujo, que legó a la Universidad de Chile. Ahora podía trabajar, escribir, evocar, charlar. Ahora iba a revisar sus "Memorias" y varios libros que llevaba detrás de las cejas. Ahora iba a viajar a través de toda América, donde tenía amigos en todos los rincones. Ahora —a los sesenta y tres años— estaba relativamente tranquilo y podía laborar en paz.

Fue entonces, de vuelta de Buenos Aires y de Montevideo, de regreso de Valparaíso, donde había presidido la Escuela de Temporada en la Universidad Santa María, cuando estaba en pleno vigor intelectual y listo para teclear la máquina con un solo dedo, a una velocidad de simple reportero, cuando le salió la muerte al paso.

Con Ricardo hablé semanas enteras en París y en Santiago. En su casa de la calle Huérfanos y antes en la de Merced. Hace sólo un mes, en su blanca casa de la Avenida Holanda.

Y entonces, por sus labios, vi desfilar toda la política chilena y americana, y la sabrosa intimidad de la literatura maestra, que se conocía como nadie.

Fue a La Habana invitado por Fidel, precisamente a presidir un jurado literario y a escribir un libro que se llamaría "Cuba 1965".

Tenía avanzadas sus "Memorias". Lo esperaban México y Europa. Y, antes que nada, lo esperaban su máquina de escribir y sus recuerdos.

Pero también lo esperaba alguien más. Lo aguardaba, rigurosamente vestida de negro, una visita especial, que nadie había llamado y que le tenía preparada, lejos de su patria, la jugada final.

No puedo escribir más. No podría. Esto lo hago al correr de la Remington, en la misma mañana que recibí la noticia de su muerte en La Habana. Tengo algo dentro de mí que no puedo vencer y que me impide decir exactamente cómo lo quería.

Con los años uno se queda sin amigos. O más bien dicho, con un pequeño bosque de cruces que crece día a día. Nos vamos quedando huérfanos y viudos y sólo nos resta pasearnos como sonámbulos entre algunos nichos solitarios...

Es lo que estoy haciendo, precisamente, al escribir estas débiles y pobres líneas de recuerdo.

Mariano Latorre

LO RECUERDO en su casa de la calle Buenos Aires, en pleno barrio Recoleta y al pie del cerro San Cristóbal. Lo veo aún cuando yo era un niño, en la puerta de la Librería Francesa, en Huérfanos al llegar a Estado. Lo escuché más tarde desde lejos, en La Bahía, contando chistes largos y complicados, con su figura de hidalgo español, sus ojos azules y sus hermosas manos. Lo acompañé con Juanito Uribe por las calles de Santiago, a tomarnos un endemoniado aguardiente yugoslavo que nos vendían en un pequeño negocito que quedaba en San Antonio con Merced. Lo escuché con esa voz tan fina, con ese tono de pianista o de mago con que describía nuestras costumbres, con minuciosidad fotográfica, sin olvidársele un solo huaso, una sola pirca, un solo sendero, un solo copihue, una sola gota de agua de esas lluvias tremendas y terribles que caen sobre las casas de madera en el sur.

Mariano fue un estupendo trabajador de la literatura, un arquitecto escrupuloso, un albañil fino y delicado que nos dejó como recuerdo de cómo se podía describir y amar a nuestra patria. Nadie como él —sin amarguras, sin resentimientos, sin etiquetas políticas, ni carnet en el bolsillo de la chaqueta— para pintarnos las leyendas sureñas y las consejas nuestras, llenas de mitos, de angelitos, de cuecas y de tonadas de otra época.

Con él se fue algo más que un maestro, un formidable novelista y un cuentista de primera línea.

Se fue uno de los pocos caballeros que uno recuerda con emoción cuando camina por las mismas esquinas donde un día escuchamos su voz por primera vez.

Pablo de Rokha

AHORA ESTÁ EN China comunista, pero, por mucho que le guste la revolución al camarada Pablo, por muy comunista que sea, por muy enamorado que esté de la hoz y del martillo, estoy seguro de que a esta misma hora, entre los arrozales y comiendo arroz con largos palitos de marfil, tiene que acordarse de su tierra en forma desesperada.

Cuando yo leí "Los gemidos", "Jesucristo", "U", "Epopeya de las comidas y de las bebidas de Chile", "La escritura de Raimundo Contreras"; cuando lo escuché en el viejo Teatro Septiembre, de la Alameda, en los mismos momentos en que acababa de sacarme el chupete y estirarme los pantalones, comprendí que me encontraba frente a un gran poeta, y, más que un poeta, frente a un hombre desgarrado, destruido, fulminado por la muerte de su mujer, la gran Winet, y de su hijo Carlos.

Nadie quiere tanto a Chile como Pablo. No tiene mentalidad ni de Premio Nobel, de académico, de jurado, ni de traficante de las letras para ingresar en un puesto público, ni está hecho para repetir algunas vaciedades solemnes que le signifiquen trepar un escalón social.

Viste de negro por la muerte de Winet y anda con la poesía a cuestras. Podría decir como Danton cuando le insinuaron que huyera de Robespierre: "¿Se lleva, acaso, la patria en la suela de los zapatos?"

Pablo es un gran patriarca, un viejo bíblico que camina gibado, y a grandes zancadas, por las calles, lleno de hijos, de nietos, de yernos, de sobrinos, de parientes y de libros. Nadie como él conoce los mostos de esta tierra, los monitos de barro de Pomaire, los cacharros de greda, los antiguos vinos, las perfumadas bodegas, las grandes barricas, los enormes toneles, los históricos asados, el charqui como cuero, las olas salobres, los viejos mares y los antiguos volcanes de esta tierra donde hemos crecido y donde un día alguna mano invisible nos va a cerrar para siempre los ojos.

Camarada Pablo: tú no necesitas ningún premio ni ninguna estatua. Caminando por los senderos de China, a través de los museos de Europa, vendiendo libros bajo la lluvia en Chillán o transitando por las calles de Santiago, ya eres tu propia estatua ambulante.

No importa que lances imprecaciones y hables tanto de ti mismo...

y que vivas aullando largos versos agresivos y saques revistas monumentales.

Con lo que has hecho basta para tener un nombre de hierro en la literatura chilena, colgado para siempre como una vieja espada en una panoplia.

Nicomedes Guzmán

"LA SANGRE y la esperanza", la más célebre de sus novelas, y entre ambas vivió Nicomedes Guzmán.

Vaciló entre la sangre, que le corría impetuosamente por las venas, y la esperanza, que mantuvo encendida hasta el último momento. Había pintado los barrios bajos, la *city* y el conventillo.

Bajó a la población callampa y al rancho. Fue el novelista de una clase, sin caer en el pie forzado de la consigna y del partido político. Fue un solitario a su manera, que sabía que la muerte lo estaba esperando a la vuelta de la esquina. Y había entregado otra novela a Zig-Zag, hace poco.

Yo lo vi y conversé con él, hace apenas cuarenta y ocho horas. Estaba tan flaco que el abrigo le flotaba como una bandera fúnebre. Como la última bandera.

La sangre lo había traicionado y la esperanza se le estaba muriendo por dentro. El lo sabía mejor que nadie y había tratado inútilmente de ganarle el último match. Pálido, demacrado, con el esqueleto a la vista, parecía un poco "prestado" por la otra vida, para que caminar, aún vacilante, los postreros metros, por ésta.

Me habló con entusiasmo de su último libro. Le brillaban los ojos con reflejos de fiebre. Aún creía en la vida, pero me repitió varias veces: "Me va a faltar tiempo".

Le faltó. La muerte avanzó rápidamente y lo tendió en el camino ayer en la madrugada. Con las primeras luces del alba se detuvo definitivamente la sangre en las venas y naufragó la esperanza con la bandera tristemente al tope. Se fue poco después que Teófilo Cid. Y después, igualmente, de dejar cuatro novelas básicas en la literatura chilena.

Antes que él, el roto, el vagabundo, el obrero, el campesino, el tranviario y el cesante eran los "extras" que aparecían de vez en cuando en los libros maestros, como cosa "curiosa" y "pintoresca". El los llevó, llenos de sangre y de esperanza, hasta la consagración suprema.

Duro, seco, poco conversador, enhiesto y solitario, fue uno de

los mejores novelistas jóvenes que hemos tenido. Desgraciadamente, allí estaba agazapada —roja y nocturna, espesa y asesina— la sangre para darle el golpe de gracia en el momento oportuno. Y cuando parecía haberle ganado la batalla a la muerte, la esperanza agitó por última vez su débil llama y se apagó para siempre.

Benjamín Subercaseaux

Cuando el autor de "Jemmy Button" recibió la máxima recompensa literaria, yo escribí estas líneas:

HACE DIEZ DÍAS le dije telefónicamente a Benjamín Subercaseaux que él iba a ser el nuevo Premio Nacional de Literatura. Tenía los antecedentes secretos de cómo se iba a realizar la elección, y sabía el resultado, pero el escritor no me creyó.

Estaba desesperado y me dijo textualmente:

—Si no se arregla mi situación económica, me voy a ir a vivir al Hospicio y llamaré a los periodistas chilenos y extranjeros para contarles cómo vive y muere un escritor en este país.

El premio fue dado certeramente. Benjamín es uno de los mejores escritores de Chile, y su "Jemmy Button" es una obra monumental. Aparte de esto, es un conversador estupendo, que sabe de todo, y con el cual se puede hablar horas y horas, sobre filosofía, historia, psicología, teatro, viajes, etc.

Su reportaje al Africa, publicado hace años en "Zig-Zag", es una de las mejores descripciones que se han hecho sobre el Continente Negro.

Su "Chile o una loca geografía" es la descripción más poética y más inteligente que yo le haya leído a este país.

La última vez lo vi con una perita mosqueteril en la Embajada de Francia. Benjamín adora desde hace años el país en el cual se educó cuando niño, hasta que llegó a ser ayudante de uno de los mejores profesores de psicología en la Universidad de la Sorbonne.

En París caminaba de poncho chileno por la calle, y así los buenos franceses aprendieron a conocer un poco a esa angosta faja que se llamaba *Chili*.

Hace un tiempo llegó al Senado el proyecto del gobierno que lo nombra cónsul vitalicio en París. Otro nombramiento certero. Habla francés como el más perfecto parisiense y se conoce todos los vericuetos de la ciudad del Sena. Su vieja casa colonial de la calle Aconcagua, llena de recuerdos, de libros, de espejos, de camas con

dosel, de microscopios, telescopios, etc., quedará silenciosa, y hasta la bandera de Francia que está en la entrada se pondrá un poco melancólica al ver alejarse a su dueño.

No.

No había necesidad de que el escritor se fuera al Hospicio, como había pensado. Por una vez en Chile se hizo eso tan escaso que se llama justicia.

Hace un tiempo se cortó la perita y dejó de escribir en los diarios y revistas. Un día me dijo:

—Ya no tengo prensa... Tengo que limitarme a escribir cartas...

Se afeitó la perita y continuó hablando, en todos los corrillos, de su tema preferido: él mismo.

Hay gente que lo encuentra yoísta y vanidoso.

Yo también, pero lo justifico...

Augusto Iglesias

LO CONOZCO desde la época en que vivía en la calle Maturana, cerca de la Plaza Brasil. Yo era amigo de su inolvidable hija Francina, que murió muy joven y que era una muchacha adorable. Hasta hoy, Augusto no se puede reponer del feroz golpe.

Tiene una vitalidad tan formidable y es tan buen charlador, que podría estar diez horas hablando, siempre que no estuviera Latcham presente... , o yo.

Escribe meticulosamente y con un despliegue de cultura clásica impresionante. Su libro sobre Alessandri y los estudios que ha hecho de Carrera y de varios padres de la patria son notables. Es mejor ensayista e historiador que poeta o novelista, pero tiene una generosidad interna que hace que lo respeten hasta los que podían ser sus peores enemigos.

Partidario acérrimo de la corrección de los originales y de dejar perfectamente en claro aquello que quiere decir, es el terror de directores, secretarios de redacción y linotipistas, pero lo que importa es lo que aparece finalmente en el diario, y no las tachaduras que hace incansablemente.

El escribió en "La Nación" que yo no le tengo respeto a la Academia y que me salto a veces la gramática.

Así es, don Augusto. Así me formé... Así me construí a través de veinticinco años de periodismo en treinta países, pasando por todos los puertos y ciudades. Es difícil cambiar ahora, cuando mi hija está pololeando ya a ... los dos años y seis meses de edad.

¿No opina lo mismo usted?

Neruda y Jacobo Nazaré

AHORA QUE SE va el verano y están cayendo ya las primeras proclamas amarillas del otoño, Isla Negra es uno de los escasos reductos en que se puede descansar.

Descansar no es andar de punta en blanco, vivir entre aperitivos, ni pasar la mitad del día en la cama.

Descansar es vagar, caminar, saltar entre las dunas, hacerse pedazos los pies en las rocas, no escuchar radio, no leer diarios, charlar, mantener largos silencios, ver ponerse el sol, levantarse al amanecer, no tener hora fija, etcétera.

Yo me fui el fin de semana a esta zona maravillosa de la costa chilena. Pasé frente a la playa desolada de El Tabo, que siempre me ha parecido el decorado justo para los grandes naufragios, salté el estero y me dejé caer en la Hostería.

Isla Negra es la playa ideal. El agua se mueve lenta y pausadamente. A ratos da la impresión que la está cantando Neruda con su típica voz. Es como Pablo. Arrastrada, lenta, nostálgica. Isla Negra tiene unas rocas únicas, unas entradas de mar y unas lengüetas grises que se meten en el agua negra y misteriosa. Se gasta unas gaviotas que saben que salen muy bien en las fotos de los turistas, y que vuelan mansamente entre graznidos y nubes lejanas.

Los senderos son polvorientos y se pierden en el mar. Ahora las casas están cerradas y afortunadamente el batallón de veraneantes obligados regresó a Santiago.

Ahora queda únicamente el silencio. El silencio y algunos vecinos.

Sobre el borde del agua, se alza la torre de la casa de Neruda. Dentro hay muñecas chinas, caracoles, un gigantesco mapamundi, unos barcos maravillosos, dioses hindúes, libros y amigos.

El poeta está enfermo, pero nunca falta la larga caravana de visitas. Un poeta que viene de Uruguay, una muchacha que acaba de volver de Moscú, los negros bigotes de Rubén Azócar; a veces, Salvador Allende, Roberto Parada, María Maluenda, Eugenio Guzmán, etc.

Cerca están las casas de otros poetas. Vienen periodistas y bajan rápidamente de los autos a tomarse un trago o a comer los congrios más poéticos y apasionantes que vienen saliendo chorreantes del agua.

Por un camino polvoriento se va a la casa del novelista Jacobo Nazaré, que vive entre libros, cuadros y niños. Está haciendo una novela que se halla prácticamente lista: "Dios es mujer". En las tardes pinta, y mira por la ventana cómo el sol, como un perfecto bañista, se lanza al mar. Jacobo tiene una sabiduría lenta, trabajada, serena. No le interesa el mundanal ruido, y trabaja entre los relinchos y el canto del mar.

Esa mesa sólida, en que nos ofrece una copita de aguardiente, está hecha para la amistad y para hacer buenas novelas. La casa es pequeña y blanca. Sale de entre los árboles y se pierde en la arena. Me recuerda, no sé por qué, la maravillosa casa cerca de La Habana, pegada al mar, que tenía Hemingway. Es la casa justa para el escritor que escribe, en vez de caminar de café en café, con un proyecto a cuestas.

Isla Negra es así. Es la playa para el descanso y para echar a galopar el alegre potro de la imaginación.

Yo estuve, escasamente, veinticuatro horas mirando el lento cabeceo del mar, cruzando la bruma, perdiéndome por los caminos llenos de polvo y soledad.

Salí con una cara ciudadana, vieja y gastada. Volví como si hubiera estado con los lamas en el lejano Tibet.

Emilio Rodríguez Mendoza

FUE EL ADMIRABLE autor de "Como si fuera hoy" y "Como si fuera ayer", que es lo único bueno que hay sobre la revolución del 91. Fue íntimo amigo de mi abuelo Pedro Fierro y ambos pelearon con las armas en la mano contra la oligarquía criminal y salitrera de los North y los Edwards. Mi abuelo fue condenado a muerte dos veces y trató de levantar el cuartel del Carmen. Antes había sido prefecto de Valparaíso y de allí fue alejado por tener la mano demasiado dura, como lo cuentan el mismo don Emilio y don Pancho Encina, en el último tomo de la "Historia de Chile". A don Pedro le quisieron obligar a gritar ¡Muera Balmaceda!; con una antorcha encendida le quemaron la boca. Mi abuelo les escupió y gritó: "¡Viva Balmaceda!"

En la época que sigue a la revolución, él y don Emilio se reunían con los hombres que habían peleado por Chile junto a Balmaceda, en un antiguo bar que quedaba en la ya demolida Galería San Carlos, donde ahora está la calle Phillips y toma agüita de yerba el Presidente Alessandri.

Fue una maravilla como hombre, como escritor y como diplomático, y había un abismo entre él y algunos intelectualillos de hoy, que hacen recordar la terrible frase de Goebbels en su "Diario": "Cuando oigo la palabra *intelectual* se me va sola la mano a la pistola..."

Vivió sus últimos años en una casa de la calle Baquedano, entre Catedral y Santo Domingo, al lado de la casa de mi abuela Corina Mandiola. Y yo lo veía pasar del brazo con su esposa, hablando a gritos, porque era sordo, y recordando la hermosa época del 91 en que algunos vendidos al dinero inglés llevaron al suicidio a un gran Presidente de Chile.

Daniel de la Vega

LO MEJOR QUE se puede decir del autor de las "Instantáneas", de la sección "Hoy" de "Las Últimas Noticias", de "Fanfarria", "Confesiones imperdonables" y de tantos libros más, es que parece físicamente una crónica suya.

Ingenioso, fino, antilatino, escueto y sobrio, tiene una elegancia que no he visto jamás en los mejores cronistas españoles y franceses que se dedican al género. Pálido, con algo de personaje del Greco, debía andar con capa de poeta por la calle, y lo hace normalmente de civil. Escribe sus admirables artículos en diez minutos y los adjetivos y sustantivos salen solos del diccionario y se le ponen en el papel, felices de trabajar a las órdenes de tan buen amo.

Adoraba España, y el general Ibáñez (que no se podía equivocar en todo) lo nombró agregado cultural en la embajada, junto a algunos valores de poca monta y de algunos pijes que eran amigos de la familia reinante... Bebió y absorbió el espíritu de la Península, pero pudo más la nostalgia de su barrio Avenida Matta, de su antigua casona, de las viejas solteronas y de las pálidas novias que esperan a sus galanes en los balcones, y regresó a Chile.

No sé qué edad tiene, pero para mí, que aprendí a escribir leyéndolo, tiene sólo veinte años y le queda mucho por delante.

Carlos Morla Lynch

ME TOMÉ UN trago en el Café de la Gran Corona, de la Avenue Marceau, cerca del Sena y del puente D'Alma. Y, naturalmente, me lo tomé con el hombre que lo ha dado a conocer en Chile, semana a semana, en "El Mercurio", Carlos Morla Lynch, el ex embajador nuestro ante el general De Gaulle, desde que comenzó oficialmente la temporada de la austeridad en La Moneda.

Don Carlos, que nació en París y aprendió francés antes que castellano, ha sido de todo, desde jefe de protocolo, tercer, segundo y primer secretario de embajada, jefe de misión, delegado de Chile, ante la NU y, por fin, embajador nuestro en la casita que tenemos en la Avenue de La Motte-Picquet N.º 2.

Y conversar con don Carlos en la penumbra del Café de la Gran Corona, mirando cómo el invierno cuelga sus últimas nubes en el cielo, es un placer doble.

Tengo en la mano su libro sobre García Lorca, y me dice:

—Tengo interés, o mejor dicho, tienen interés en Chile en que publique las charlas del café. ¿Cuántas son?... No tengo idea. Yo las

escribo en el café, en la calle, en el bus, en el Metro, en el teatro, en la oficina y en la cama. No termino nunca de corregirlas y de suprimirlas o añadirles nuevas observaciones. En la noche las paso rápidamente a máquina en la pequeña y fiel Remington, que es más adicta que una vieja *mama*. A mí me carga andar en auto. Cuando íbamos al teatro, le decía a mi mujer que me esperara a la entrada y me iba en Metro o en bus. Cada Metro y cada bus tiene tanto interés humano como la más apasionante novela. Ahí está París, el verdadero París que no se asoma a las guías de turismo, y allí miro, anoto y luego mando a Chile. ¿Creerá usted que mi diario tiene ya cerca de treinta tomos? ¿Y que en el libro de García Lorca, que pasa fácilmente de las seiscientas páginas, usé únicamente seis de los cuadernos de mi diario? Imagínese el día en que yo tenga tiempo de pasar en limpio el resto. Va a salir un "Diccionario Espasa" más grande que el que usted conoce. Porque yo soy un anotador incansable. Gente que conozco, o a la que le doy la mano, queda clasificada definitivamente en estas páginas, que cuido como niña de mis ojos. Sólo como embajador he tenido que hacer sesenta visitas a mis colegas y recibir otras sesenta de parte de ellos. Cada diplomático es un tipo humano distinto, una página inédita, un capítulo nuevo. Imagínese usted el día que lograra sentarme a la máquina y que pintase al colega acartonado, que sólo piensa en el protocolo, junto al hombre sencillo y admirable que me invita, como me pasó el otro día, a darles de comer migas a las palomas en el Luxemburgo.

Don Carlos es el regalón del café. La gente lo saluda y le deja caer un par de frases a la pasada. Saben que ese caballero calvo y miope que está sentado tomando un *café crème* es una especie de notario de la vida de París, que cuenta a unos lectores lejanos, de un país lejano, en un diario remoto, lo que pasa, tarde a tarde junto al Sena. Y lo miran como una especie de máquina fotográfica implacable, pero al mismo tiempo ingeniosa y amable, que los archiva cada semana en tres carillas a máquina que aterrizan en el lejano Santiago de Chile y luego se posan en la cancha aérea de "El Mercurio".

Después cambió. No escribió más y se mudó de café. Ahora camina una media cuadra escasa y se sienta en el La Tour Manbourg, frente a la Place Santiago du Chili, y sigue escribiendo. Y frente a él paladea lentamente un coñac, su vieja amiga: la nostalgia.

Y un día no pudo más, y la palabrita —la desesperada palabrita— se lo trajo definitivamente a Chile, y ahora lo veo de vez en cuando sentado en *otra* ciudad, en *otro* café, frente a *otro* río, paladeando *otro* coñac, pero soñando siempre con el mismo Sena y la misma imagen de la inolvidable B. B. a la distancia.

En 1964 cambiamos de Presidente de la República y, naturalmente, cambiamos de embajador. Don Carlos tomó sus maletas y sus recuerdos y partió más allá de los Pirineos. Actualmente está en un

café de la Gran Vía, con un nuevo coñac en la mano, anotando recuerdos en una servilleta de papel y viendo pasar la vida a través de los transeúntes madrileños.

Más viejo, más cargado de años y de canas, es el mismo europeo —a pesar de ser chileno neto—, para quien el mejor espectáculo del mundo es la calle. Y sus paradojales habitantes que hacen siempre una crónica y se matriculan espontáneamente en una de sus “charlas”, que están a punto de aparecer en libro.

Augusto d'Halmar

DON AUGUSTO ERA una voz, una melena blanca, unos ojos azules y una capa española de color café. Lo escuché en 1935 en el viejo Teatro Septiembre, que quedaba en la Alameda con Lira, hablar sobre Don Quijote y las ventas de la Mancha, llenas de vecinos, curas de aldea, sobrinas, amas, licenciados y mozos de cuerda.

Nunca nadie ha pronunciado el castellano como don Augusto. Era un castellano que se bajaba de los libros de Cervantes, de Calderón, de Lope de Vega, de Pío Baroja, de Pérez de Ayala y tantos más. Un español grave, con algo de órgano de catedral o de piano de cola. Cuando decía la palabra *río* o la palabra *mar*, les colocaba olas especiales y rumores con dedicatorias. Esa voz valía más que sus libros y hasta más que la admirable “Pasión y muerte del cura Deusto”, que estalló como una bomba, en su época.

Había que encontrar a don Augusto en esa voz que era como él; augusta y solemnemente imperial. Se paseaba hablando por las calles y las embajadas. Defendía a la República Española y hacía discursos en el Municipal. Leía trozos de sus libros y se refería a sí mismo como si leyera su biografía escrita por el más entusiasta de sus discípulos.

Un día dejó de hablar y se supo que don Augusto había muerto.

Su mejor discurso fúnebre en el cementerio debía haberlo pronunciado él mismo.

Pepe Donoso y Juan Tejada

ANTES QUE NADA hay que aclarar un punto. Yo no soy crítico. Y menos crítico literario. Me gusta leer como a todo el mundo, y no pasa semana en que no me devore tres libros, por lo menos. ¿Qué? De todo. Desde “La piel”, de Malaparte, la última novela chilena, los poemas de Pablo de Rokha, la revista “Calicanto”, la polvorienta “Historia de Fran-

cia", de Guizot, hasta el sensacional poema "Aullido", que es una de las pinturas más desgarradoras de Estados Unidos.

Pero insisto. Escribo ahora únicamente como aficionado y como lector. He leído dos novelas que me han impresionado vivamente. Son "Coronación", de José Donoso, y "Buen hombre", de Juan Tejada. A Donoso lo conozco apenas, y he estado sólo una vez en la "casa de la luna", al pie de la cordillera. De Juan Tejada soy amigo íntimo desde la fundación de Santiago en 1541. Me lo presentó personalmente don Pedro de Valdivia.

Pero vamos a las novelas mismas. Vale la pena leer ambas.

En cuanto a los autores, Donoso usa barba, escribe en "Ercilla" y, visto de lejos, parece un santo de madera. Tejada tiene algo de coleóptero inteligente o de marciano de paso en Antofagasta o en Santiago.

Ambas novelas tienen un nexo común y señalan un camino poco recorrido. Casi sin huellas. Chile no es un país de novelistas. Tenemos historiadores, cuentistas, ensayistas y los mejores poetas de América. Fuera de nombres aislados, no hemos avanzado gran cosa en el difícil terreno de la novela. Con Manuel Rojas, María Luisa Bombal y el "Jemmy Button", de Subercaseaux, da la sensación de que hubiéramos quedado casi agotados. Todos los huasos novelables están ya perfectamente clasificados en Marta Brunet, Latorre, Durand y dos o tres más. La novela social tiene dos monumentos: "La sangre y la esperanza", de Nicomedes Guzmán, y "Ranquil", de Reinaldo Lomboy. Marta Brunet es con María Luisa Bombal, lo mejor y más auténtico de la novela femenina. Pero hay un camino que ha avanzado bastante poco. Por no decir que no ha avanzado nada: la verdadera novela interpretativa de Chile. Del otro Chile.

Dejemos los rotitos descritos hasta el último detalle, los dedos gordos de los huasos vistos con microscopio, las tonadas, las cuecas, los rodeos y las guitarras. Salgámonos de los bandoleros de campo y de los tristes y aburridos intelectuales pesimistas y de medio pelo que pueblan la mayoría de las novelas de segundo orden que se han publicado en Chile y que dejan un sabor amargo entre los labios.

Vamos a otra cosa. Donoso y Tejada han decidido VER cómo es Chile realmente. No en la superficie, sino debajo de la camisa y del chaleco. El porqué de que haya tanta gente triste que descende, que traiciona o que fracasa. En Donoso, son la vieja millonaria y su sobrino símbolos de toda la decadencia de una clase. En Tejada, es el millonario con gusto a pueblo chico, a provincia, y, concretamente, a lejano fundo del sur que ha llegado a los cincuenta o más años totalmente fracasado.

Y no sólo él. La familia se acaba. Allí llega a ser líder de los empleados. Hace el Quijote. Fracasa. Asiste al matrimonio de la hija arribista, de la familia arribista, en el cual el único personaje realmente digno y puro es Correa, el héroe.

Ha fracasado en todo. Se refugia en el viejo fundo como un hombre deshecho, pero limpio. Acabado, pero vivo. Un buen hombre. Y, concretamente, un hombre.

En ambas novelas hay el mismo camino que corre por los mil senderos que llevan al análisis de Chile. En Donoso hay un estilo lento, justo para el objeto que se ha propuesto. En Tejeda hay una falta de estilo deliberado para dar más exactamente la sensación de la vida gris que lleva el personaje. Tejeda se corta las alas a propósito y vuela bajo porque el medio en que se desenvuelve Correa es bajo. Más bien dicho, no vuela: gatea.

Pero la sensación en ambos libros está dada exactamente. Sentimos, respiramos, olemos, atravesamos esa zona casi invisible que es el Chile antifolklórico, sin uniforme, a media luz, que recorreremos todos los días.

Con ambos libros, leídos juntos la misma semana, he entendido mucho más a mis chaplinescos compatriotas.

Raúl Silva Castro

HACE CUARENTA años, Raúl Silva Castro se sentó por primera vez ante una máquina de escribir y redactó la primera carilla. Eso fue en 1924. Era la época del ruido de sables, y el León estaba en La Moneda consiguiéndose rápidamente los ciento ochenta pesos para poder partir a Europa. Raúl trabajó más tarde en la Biblioteca Nacional y allí lo conocí como jefe de la Sección Chilena. Más bien dicho, no lo conocí. Lo vi desde lejos cuando daban puntualmente las doce y media y salía con la majestad de un teniente de Su Majestad Británica en dirección al baño, a lavarse las manos y a peinarse antes de volver a su casa... Lo hacía con el ceremonial de un príncipe de la Iglesia. Llevaba el paño doblado majestuosamente en el brazo y el pan de jabón colocado en la mano con una unción casi mística...

Era un espectáculo verlo. Y para mí, que he sido enemigo desde la más lejana infancia del orden constituido, Raúl era la síntesis de la calma, la serenidad y el protocolo. Más tarde le he seguido a través de las páginas del decano y he llegado a descubrir cada línea suya sin necesidad de que lleve la clásica firma: R. S. C. Sus comentarios literarios tienen una justeza, una objetividad y una falta de apasionamiento que los destacan fácilmente en un género como es la crítica, en el que es facilísimo despeñarse por la curva del adulo y del entusiasmo excesivo... Es fríamente imparcial y sereno y trata de decir, con la máxima claridad, qué opina de un libro, sin caer en los ditiambos ni los ataques por la espalda...

Lo más notable es que el Raúl que veo en la calle actualmente es mucho más joven y más deportivo, tiene el paso más gimnástico y la sonrisa más rápida que la grave imagen que guardo de él en la memoria. Y si sigue así, con unos cuarenta años más de periodismo activo a lo mejor lo divisaré de pantalón corto por la calle.

Pero, dejando bromas a un lado, merece de sobra un sincero aplauso un hombre que ha estado durante ocho lustros frente a ese difícil e ingrato teclado negro que nos despliega al frente la máquina de escribir... Y por eso le he escrito estas poco académicas líneas de colega a colega...

Ahora acaba de publicar "Visión de USA".

Sobre Estados Unidos se lanza un libro tres veces por semana. Este es nuevo, es original, es distinto. Ve donde otros no ven, y a pesar de la simpatía fanática que tiene al país del Norte, le dice algunas cosas claras y rotundas. No se anda con diplomacias ni palmoteos en la espalda. Ataca de frente y defiende igualmente de frente. Y para conocer realmente lo que tiene el Tío Sam detrás del chaleco del alma, es el mejor guía. Y el más amable y franco de los cicerones.

Luis Enrique Délano

LA PENÚLTIMA vez lo vi en Pekín, en el sensacional desfile del 1.º de octubre en el Tien en Men, mientras pasaba, ante nuestros asombrados ojos, la módica suma de un millón de chinitos perfectamente adiestrados que movían las sombrillas, jugaban con dragones de papel, cantaban y lanzaban consignas ante dos mil invitados especiales de setenta naciones del mundo.

Ahora lo he vuelto a encontrar en Madrid de paso para Chile, con su mujer, su hijo Poli, y su nuera. Vienen de China, después de años de ausencia, listos para clavar nuevamente el ancla en las playas de Cartagena, donde se alza su casa, bajo el viento.

Luis Enrique ha trabajado fuerte. En traducciones, crónicas para un colega nuestro de la tarde, y dos novelas, por lo menos, que se trajo bajo la manga. Una es sobre Chile y otra sobre China. Y, finalmente, una tetralogía sobre los últimos veinte años de la historia nuestra, que seguramente será sensacional¹.

Luis Enrique tiene cara de noruego, de danés, de sueco, de cualquier cosa, menos de chileno. Nació para la pipa, para el abrigo de cuero, para la chimenea lejana y para callar esas palabras que nunca se dicen en los muelles de todo el mundo.

¹Ya se publicó la primera parte. Se llama "El rumor de la batalla".

Uno no se lo imagina arrellanado, con cara de abuelo, en un viejo sillón, sino con la maleta de viaje al pie de un tren en marcha, o junto a un avión con las hélices en movimiento...

Estuvo en Madrid tres años, hasta los días de la guerra civil. Adoraba y adora Madrid. Y ahora se ha hecho un hueco para hacer caminar la memoria sobre los viejos recuerdos.

Y ha llegado hasta la "casa de las flores", donde vivía Neruda, hasta la pensión donde habitaba la bohemia capa de D'Halmar, hasta el pequeño departamento en que escribía Gabriela. O a los mil sitios donde fue con Pablo, Federico, Alberti, María Teresa León, Maruja Mayo, Añario Cotapos o Raúl González Tuñón.

Ha sido más que un viaje a una capital querida. Ha sido una melancólica gira de turismo por el territorio de los recuerdos y la zona intacta de la memoria.

Ha llegado hasta la Plaza Mayo, ha comprado monitos en la Montera, ha comido *callos* en las tascas de la calle Victoria, ha caminado entre aficionados por Echegaray y ha gozado, finalmente, con el tono político de "Las meninas", de Buero Vallejos.

Y, naturalmente, ha montado de madrugada en el tren que va a Toledo y se ha detenido ante los desgarrones sombríos del Greco. Y en el Prado, ante la selva de lanzas que sostienen el cielo de Breda, bajo la tutela de Velázquez.

Más que un viaje, para Déllano ha sido una especie de cita de honor. Una cita de honor con su propia y lejana juventud.

Margarita Aguirre

MARGARITA AGUIRRE recuerda a ratos a la condesa de Noailles cuando joven. La misma chasquilla, los mismos ojos de pájaro que se van por el viento, la misma sonrisa vaga e infantil, los mismos movimientos lánguidos para desmayarse en los mejores divanes del siglo pasado. Claro que la escritora chilena que vive en Argentina, es de hoy. Muy sumamente de hoy, y está perfectamente al día en la realidad política y social de la hora que vive.

Hace años la conocí en Buenos Aires y hasta le recité unos versos en un café de La Boca, a esa hora maravillosa en que un marinero apaga las últimas estrellas y les da cuerda a los porteños para que prueben sus almidonadas camisas y sus gigantescos cuellos. Margarita escribía los "Cuadernos de una muchacha muda". Tuvo éxito, se casó y se quedó en Buenos Aires. Ahora está de paso en Chile y acaba de publicar "La culpa", una novela que se prestará a toda clase de comen-

tarios, porque es audaz y rompe las viejas reglas de la literatura femenina, que siempre es sentimentalmente autobiográfica y que parece un poco una escolar justificación en tipo de imprenta de un problema estrictamente personal. Margarita (hija de don Sócrates, que fue un archivo viviente de recuerdos de cuanta revolución se ha hecho en Chile en los años de los "aviones rojos" y de los tanques que marchaban puntualmente hacia La Moneda) es una escritora hecha y derecha. No hay balbuceos ni vacilaciones. El estilo es certero y castigado. Se nota que ha pensado largamente mirando las barrocas aguas del Río de la Plata, asistiendo a cocteles y a mítines en la capital vecina, y en las lentas y espesas tardes que se cuelgan como banderas derrotadas cerca del Obelisco. Y su novela, recién en manos del público y de la crítica, tendrá el éxito que esta muchacha con aspecto de frágil muñeca se merece de sobra.

Y por otra cosa más. A pesar de los largos años en Buenos Aires, a pesar de estar casada con un brillante abogado argentino, a pesar de venir tarde, mal y nunca a Santiago, ha tenido el buen gusto de mantenerse inaccesiblemente chilena. Y los *che* no le han pegado ni la más remota sílaba de uno de sus tangos compadrones.

El "Gordo" Durand

ERA UNO DE esos hombres buenos y alegres que ADEMÁS son escritores, que gustaba de contar cuentos y chascarros entre amigos, y que un día decidió contarlos en un libro. Y salió el primero, luego el segundo, y más tarde el tercero. Más de cuarenta. Se conocía el campo como nadie. Sabía que detrás de los gestos de los huasitos del sur había contenida una enorme ternura. Conocía mejor que nadie que el Juan Neira de Joaquín Díaz Garcés existió y existe aún junto a los sauces llorones del campo nuestro.

En la tarde salía a dar una vuelta por el centro, a charlar con los amigos. No conocía los enemigos, ni de vista. No trataba de hacer paradojas ni frases brillantes. Prefería mil veces contar al detalle, con toda clase de aderezos, cada escena y cada cosa que le había tocado presenciar. Cuando vino la lucha entre criollistas e imaginistas, don Lucho se hizo a un lado.

—¡Qué quieren! —dijo—. Yo veo las cosas así. Nadie me va a probar que tengo el cerebro y la visión equivocados.

Y siguió escribiendo tenazmente, con paciencia de termita. Salían los libros por batallones apretados. Fue hasta el sur nuestro y escribió entonces ese libro tremendo y sanguíneo, pleno de fuerza, tan lejos de

los delicados y dulces trinos afeminados de ciertos escritores de hoy, que se llama "Frontera".

Le tenía cariño al León y quiso pintar una época completa de la historia de Chile. Revisó viejos papeles, anotó innumerables conversaciones con Alessandri, apuntó infatigablemente, se juntaron cerros y luego montañas de carillas. Me mostró algunas hace tiempo. Yo las resumí para una revista santiaguina, y al día siguiente me llamó por teléfono para darme las gracias.

No era el pedante que pone frases entre comillas y hace citas a cada dos metros; era sencillo, natural como la tierra. Tenía un cariño por Chile directo y simple, sin recurrir al tambor ni a la Canción Nacional. Sus personajes eran trozos de vida, con piernas y con ojos, y no tratados de filosofía disfrazados detrás de unos anteojos negros. Soñó con el Premio Nacional de Literatura, que no llegó jamás. Hacía tiempo que estaba enfermo. Le gustaba discutir y alegar con Joaquín Edwards, con Latorre y Ricardo Latcham. De estas polémicas callejeras le quedaba de todo, menos resquemores y cicatrices. En medio de un estallido violento, y cuando la presión subía demasiado, el "Gordo" Durand, bueno y jovial como todos los gordos, lanzaba una carcajada que estremecía la tierra y que disolvía la atmósfera tensa con un buen humor de legítima clase.

Hace tiempo estuve con él en una calle santiaguina. Era la primavera. Soplaba un aire tibio y los árboles, felices de tener pájaros contentos en sus copas, asomaban con colores más impetuosos que nunca. El "Gordo" Durand me hablaba del campo como quien habla de un pariente muy cercano. Como de su madre. Se conocía cada metro de terreno, cada cerca, cada tinaja, cada potrero y cada zarzamora.

—Pocos saben lo que yo conozco de Chile.

No era aficionado a los tes de señoras cursis como heliotropos y ociosas hasta lo inconcebible, donde se habla de literatura con gente que hace literatura en serio. Vivía sólo y escribía infatigablemente.

Se ha ido prácticamente con la pluma en la mano.

Teófilo Cid

TENÍA ALGO DE Honoré de Balzac en la cara y en los gestos. Caminaba lenta y pausadamente, como el autor de "La comedia humana", y le faltó únicamente París como telón de fondo. Santiago no era la capital francesa, ni el tímido río que se ponía color sangre al atardecer era el Sena... Fue un mago en el mejor sentido de la palabra. Un mago en el café, en el bar, en la calle y en sus libros. Una especie de brujo

que sabía extraer de las más oscuras y misteriosas probetas los adjetivos más extraños y las imágenes más curiosas. Poeta negro, en el más legítimo sentido de la expresión, había en él algo de Edgar Allan Poe, y hasta me parece ver revolotear al macabro cuervo detrás de su recuerdo. El movimiento que encabezó con Braulio Arenas, hace años, y que se llamó *Mandrágora*, tenía algo de la fatídica flor que crece sólo en los cadalsos o en los postes de los ahorcados. Algo mortuario e inflexible hubo en su marcha por la vida. Parece que un fantasma lo esperó junto a la cuna y no lo abandonó hasta la tumba. Hubo algo fatal, triste y sombrío en su paso por el mundo. Como poeta, como novelista, como charlador y bohemio, Teófilo Cid recuerda a Baudelaire y a los poetas malditos.

Otros hablarán técnicamente de cada línea que salió de su pluma y harán la lista completa de sus libros. Lo fijarán en el tiempo y en el espacio. Recordarán que trabajó para Ibáñez en "La Nación", sin interesarle mayormente la política, y que usó adjetivos de arsénico para quemar a los enemigos del general. Trazarán su silueta estrictamente literaria. Yo he querido recordar un poco al hombre. A ese hombre gordo, perpetuamente vestido de negro por fuera y por dentro.

Las esquinas más perdidas de Santiago, los rincones en sombra, los tugurios más lejanos, los bares bohemios y trashumantes, los humosos cafés de barrio, los solitarios bancos de las plazas, ese clima de otoño permanente que tienen algunos parques de la capital y la lágrima borrosa del Mapocho en estos días de invierno, lo echarán de menos.

Y también lo echará de menos el pequeño grupo de amigos auténticos que siempre lo verá surgir, con el sombrero enhuinchado, la chaqueta vieja, el pitillo en los labios y la voz lenta y calmada detrás de las más nocturnas botellas que él tanto amó.

No fue un bohemio en el sentido corriente. Al contrario. Vistió la bohemia de Chile. Le quitó la vulgaridad y la ordinariez. La hizo fina y le puso guantes de gamuza. Les dio categoría a las noches y a las madrugadas. Puso poesía donde no la había antes, y sembró de imágenes únicas, nuevas y frescas, toda una etapa de la literatura nacional.

Y al saber su muerte, no sé por qué —repito— sentí a lo lejos el fúnebre e implacable aullido del cuervo de Poe.

Aldo Torres

ERA UN HOMBRE terriblemente serio. Pero de una seriedad detrás de la cual se movía fácilmente la ternura. Mil veces salimos por las calles

de Madrid o de Toledo a ver atardecer sobre Castilla. O a averiguar qué color tenía la luna cuando se ponía sobre la Ciudad Universitaria.

Dio una magnífica conferencia sobre Baldomero Lillo en el Instituto de Cultura Hispánica, y envió unos reportajes de primera línea a Chile, sobre los poetas nuevos de la nueva España.

Estaba justamente en el momento básico de su vida. Había tenido mala suerte. Cuando yo llegué a España acababa de morir su mujer, lejos de él, en Buenos Aires...

Y andando los meses se enamoró de una joven italiana, para quien la noticia de su trágica muerte en el nebuloso Londres tiene que haber sido un golpe feroz...

En su departamento de Relaciones Culturales, que queda en medio del cielo mismo de Madrid, y sobre la anchísima e indevorable Castilla, había libros. Muchos libros. Cordilleras de libros que trepaban ágilmente por los anaqueles y las paredes y que casi reventaban en el techo...

Preparaba poemas, novelas, ensayos. Salía en las tardes a la calle San Bernardo en busca de viejos textos amarillentos y apolillados de Azorín y de Pío Baroja. Había hecho a pie la ruta de Don Quijote, con los libros de Ortega y de Azorín bajo el brazo, durmiendo en viejas posadas al pie de antiguas iglesias, entre molinos fantasmas...

Adoraba a España, pero a la española. O sea, discutiéndola apasionadamente como cualquier niño de esta tierra única...

La muerte lo pilló malamente, arteramente, cobardemente en una callejuela de Londres. Un bus lo trituró en medio de la niebla. Lo pilló fuera de su atmósfera, que exigía el sol de Madrid o los crepúsculos morados de Andalucía.

Y lo encontró solo, en medio de su carrera de poeta y ensayista, cuando podía dar lo mejor de sí...

¡Cómo voy a recordar a través de los años sus lentes de estudioso, su voz ronca, su lentitud para buscar el adjetivo justo en medio del torrente verbal que yo le lanzaba junto al Arco de Cuchilleros o cerca de la Puerta del Sol!...

¡Pobre Aldo Torres!... Tuvo un destino y una muerte solitarios, que no merecía, cuando lo esperaban miles de carillas en blanco, listas para ser colonizadas por su pluma.

Murió en la fecha exacta, cuando comenzaba a escribir lo que realmente era él...

Jorge Inostrosa

JORGE INOSTROSA, casado, dos hijas formidables, una mujer encantadora, libretista de radio, autor nacional, escritor que ha ganado más laureles que nadie en menos tiempo, sencillo, sin pose, perfectamente corriente, con algo ligeramente engolado en la voz, que recuerda un poco al micrófono, ha iniciado ya la transmisión del tomo cuarto de su famoso "Adiós al Séptimo de Línea".

Una sola observación inicial: conozco el caso de una empleada de mano que prefiere no tomarse el permiso que le da su patrona para quedarse junto al receptor y oírlo. Lo mismo le pasa a Joaquín Edwards Bello. Y a miles de chilenos, que van desde los seis a los ochenta años...

Ahora, sentados en un bar, y con dos tragos de chupilca del diablo al frente (para ponerse a tono con los días lejanos del 79), charlamos libremente.

—¿A qué edad comenzó a escribir?...

—Creo que a los doce años. Entre calducho y calducho me sentaba al escritorio y comenzaba a soñar.

—¿Y en la radio?

—Desde los dieciocho.

—¿Qué es lo que más le carga?

—El amaneramiento de la gente. Me encantan la naturalidad, la sencillez, ser como uno ha llegado oficialmente a la tierra.

—¿Tiene manías?

—Varias. Una de ellas es que no puedo entrar a los ascensores, porque me erizan la soledad y el encierro. En los cines me siento solo y en las primeras filas. Creo que tengo aerofobia, claustrofobia y varias fobias más.

—¿Cómo nació la idea de "Adiós al Séptimo de Línea"?

—De conversar, hace años, con una vieja gorda que me habló de lo que había sido la guerra del 79 y el papel que había desempeñado el himno del célebre batallón. Ella hablaba y yo tomaba mentalmente notas. Allí estaba Chile. Lo mejor de Chile. Los viejos tiempos en que la "pana" andaba por la calle, salía hacia el norte, cruzaba el desierto y entraba a Lima. Más tarde me sumí de cabeza en los libros. No sé cuántos leí. Llegué a quedar miope de leer y leer. Cuando me consideré definitivamente documentado, comencé a escribir.

—¿Lo hace a mano?

—No. Tengo los vicios y costumbres de los periodistas. Escribo directamente a máquina. Y sólo con dos dedos...

—¿Cuánto le ha dado hasta la fecha “El Séptimo de Línea”, entre radio y libros?

—Sumados, e incluyendo lo que me dará cuando salga el tomo IV en Zig-Zag, creo que veintidós millones.

—Record mundial, si se toma en cuenta lo que gana la gente que se dedica a escribir en Chile.

—Algo de eso hay... Castedo, que publicó el “Resumen de la Historia de Chile”, de don Pancho Encina, ganó dieciocho millones. Le gané por cuatro...

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—Un viaje. Un largo viaje que he soñado toda la vida... Irme a Europa, comenzando por España. Recorreré los viejos caminos de la Madre Patria, para pasar más tarde a Italia, Francia, Inglaterra, Alemania, etcétera.

—¿Ha caminado mucho fuera de Chile?

—Poco. Apenas Argentina, todo el Perú y parte de Bolivia.

—Usted, que ha hecho tanto en radio en su vida, ¿se considera realmente escritor?...

—Soy una cosa rara. He llegado a ser escritor, pero siento en radio. Oigo los ruidos, escucho la voz de los personajes, los veo moviéndose frente al micrófono, intuyo sus vidas secretas y las encierro en el libreto... Luego viene el libro, y el libretista que soy por naturaleza se transforma en escritor profesional.

—Una pregunta que no tiene nada que ver: ¿tiene teléfono en su casa?

—No. Me carga. Creo que soy el único chileno que devolvió el que tenía a la Compañía. No podía trabajar con la campanilla a cada rato. Me encanta trabajar solo, en la soledad de mi casa, lleno de libros, papeles, documentos, etcétera.

—Si tuviera que elegir, usted que ha batido todos los records de tiraje, entre don Pancho Encina y Alejandro Dumas, ¿qué preferiría?... Y no me pegue por la pregunta, ya que no ha faltado más de alguien que lo ha comparado con el papá de “Los tres mosqueteros”...

—No... No le pego, pero me quedo con don Pancho Encina, lo que no quita ni pone que me haya devorado como nadie los cuatrocientos y tantos volúmenes de Dumas, y que sea técnico en el conde de Montecristo, D'Artagnan, Porthos, Aramis y...

—¿Qué le gustaría tener en estos momentos frente a sus ojos?

—Otra chupilca del diablo, para sentirme un poco como los personajes del libro.

—Muy sencillo... La tomamos... ¡Garzón: dos chupilkas del

diablo con bastante pólvora!... Dos preguntas finales: ¿“Adiós al Séptimo de Línea” es su obra preferida?

—No. Es una historia de los cuatro hermanos Carrera, la que tengo totalmente lista y que pienso verla en libro. (“Los húsares trágicos”).

—Y la última: ¿cuántos ejemplares se han vendido del primero? Baja la vista con modestia y tímidamente me da la fabulosa cifra:

—Seiscientos mil¹.

Carta a Lenka Franulic

Madrid, octubre 1960.

QUERIDA LENKA:

Lo único que siento es que esta carta no va a llegar jamás a tus manos, porque parte de Madrid, con una primavera revuelta y agitada y un sol débil iluminando el Parque del Retiro, tres días después de tu muerte.

Hasta para morir me golpeaste con la noticia, pero no me gustaría hablarte de cosas tristes, que siempre te aburrieron en vida, cuando esbozando un bostezo, decías: “Es una lata”.

No te quiero hablar como a una muerta, porque tú eras la anti-muerta. Te quiero evocar sentada en el Nuria, conversando con la gente de “Ercilla” o caminando a largas zancadas por la calle Agustinas. O en tu casa, hablando de literatura. O en París, a la salida de un cine, o en la embajada, tomándote un trago con José Maza.

Te quiero ver de nuevo en la lejana redacción de la revista “Hoy”, primero en la Alameda, en la casa que había sido del León, al llegar a San Diego, y luego en Agustinas 1589, con la melena revuelta, los lentos sobre los ojos y un pitillo entre los labios. Te quiero evocar conversando, discutiendo, alegando, viviendo, en una palabra, en forma agotadora el segundo que pasa.

No me importan tanto tu Premio Nacional de Periodismo, todos tus triunfos en el extranjero, tus entrevistas célebres, tus programas de radio, tu admirable “Antología del cuento norteamericano”, tus estudios “Cien autores contemporáneos”.

Eso lo dirán otros. Yo te quiero ver, simplemente, como una mujer extraordinaria, que si hubieras nacido en Estados Unidos habrías sido

¹Para que se forme una idea el lector del tiraje en Chile, debo decirle que más de un novelista célebre, y Premio Nacional de Literatura, ha llegado difícilmente a los 3.000 ejemplares en diez años, y que del admirable “Alhué”, de González Vera, una de las obras cumbres de las letras chilenas, se vendieron... ¡catorce ejemplares en diez años!...

colega de Walter Lipmann; y en París, íntima amiga de Raymond Cartier.

Te faltó otro viaje, Lenka. Un viaje más allá de Moscú y de Pekín. Te faltó tomar los billetes de un avión que te llevara de nuevo a París. Al París de esta primavera que tú adorabas fanáticamente, para escribir algunas cosas inolvidables en "Paris-Match". Pero te fallaron los pasajes.

Te habría encantado conversar con Gagarin y con Kruschev, y haber cubierto en Viena su entrevista con Kennedy.

Partiste demasiado pronto, cuando aún te estaba esperando, silenciosa y cordial, esa amiga íntima que tú tenías: tu femenina y portátil máquina de escribir.

Tú fuiste la única que creó, sin proponérselo, un curioso movimiento político de simpatía personal que se llamó el lenkismo y cuyas consignas y ritos eran respetados escrupulosamente por un grupo de tus amigos.

No.

No me gusta ponerme triste —ni ponerte triste, vieja amiga mía—, al escribirte estas líneas. Preferiría habértelo dicho al oído en una mesita del Nuria, una tarde cualquiera, en el remoto Santiago de Chile, frente a dos cordiales y cómplices vasos de whisky.

Por eso he cerrado rápidamente esta carta antes de que comience a tomar desesperadamente la palabra melancolía.

Un abrazo.

Tu amigo de entonces.

TITO MUNDT.

Juan de Luigi

JUAN DE LUIGI fue sin discusión el mejor periodista chileno, le guste o no le guste al Colegio, al Círculo o la Escuela. Tenía más cultura que nadie y manejaba el castellano, el italiano y el francés con la misma facilidad con que manejaba el florete y la ironía más punzante.

En el diario "La Hora", en la revista "Hoy", y más tarde como jefe mío en el diario "Extra", demostró que era el más agudo polemista que ha tenido este país en los últimos cincuenta años. Honrado a carta cabal, anarquista en la forma e italiano en el fondo, Juan de Luigi murió ciego, y yo me acuerdo que le fui a dejar mi Premio Nacional de Periodismo a su casa, cuando ya estaba agónico, porque se lo merecía mucho más que yo.

Y entre tantas calles, tantas avenidas y tantos pasajes que llevan el nombre de ilustres desconocidos y de puntuales y descoloridos padres de familia, no hay uno solo que lleve su nombre.

Y no costaría nada sacar algún rotario en desuso y poner simplemente "Juan de Luigi".

Lo decimos por la dignidad de Chile.

Renato González (Mister Huifa)

USTEDES CONOCEN de sobra a Renato González, para tratar de presentarlo. A través de treinta años ha escrito incansablemente de deportes en la prensa chilena, y tiene fama de ser un as del periodismo.

Físicamente saben que es calvo, bajito, sonriente, con gafas y que se mueve al andar como una fragata de tres palos de los buenos tiempos de la piratería del amigo Salgari.

Pues bien, el otro día en la Gran Vía, a la hora de los aperitivos (un blanco, gambas al ajillo y algo más para picar), me encontré bruscamente con Mister Huifa. En mangas de camisa, para combatir el terrible calor con que lo ha recibido Madrid (hasta 38 grados a la sombra), estaba sencillamente mirando a la gente que pasaba por la calle.

En Europa lo básico es mirar. Abrir bien los ojos, ver pasar un musulmán con turbante y a una hindú con sari es uno de los grandes deportes de los europeos. La gente en el Viejo Mundo no tiene prisa. No mira el reloj. No le importa mayormente el paso del tiempo. Disfruta hasta del último segundo conversando, mirando, cotilleando, comentando y tomando café. Las terrazas están llenas, las tascas repletas, la calle inundada de público. La vida en Europa se hace en la calle. Y concretamente en Madrid más que en ninguna parte. Madrid tiene más vitalidad callejera que París. A las ocho de la noche, la Puerta del Sol marea. Serrano es un solo río de chicas guapas. En Echegaray hay más gente en la calle que habla y que grita que en los Campos Elíseos a mediodía.

Pues eso estaba haciendo el bueno de Renato González en la Gran Vía: mirando. Mirando la avalancha humana y gozando con ella. Olvidando la política, el Mundial de Fútbol, etc. Viviendo, en una palabra, como un ciudadano más de la Villa de la Corte.

Viene por varios años. Está con su mujer cerca de la Plaza España. Cuando se levanta, lo saludan la estatua de Don Quijote y la vista de Castilla, que se extiende como un mar de piedra hasta el infinito. Camina, se sienta en los cafés, mira y conversa. Con lo que le gusta la charla, está hecho para España. Y concretamente para Madrid, que es la capital mundial del tiempo pasado, frente a una humeante tacita de café.

En Madrid va a encontrar, seguramente, la mayor prolongación hu-

mana de las tertulias de su tierra. Y a lo mejor echa el ancla definitivamente por esos lados.

Viene de París y de Roma, pero es esto —este tumulto callejero que corre estrepitosamente por la Red de San Luis y por Callao— lo que lo ha pescado más rápidamente.

Y con razón.

Ahora lo vi a la pasada, en Alcalá, frente al Retiro, después de tres años. Y lo único que le ha cambiado, es que tiene tres pelos menos y se ha fumado veintiún mil novecientos cigarrillos más.

En lo demás, está igualito.

Hernández Parker

USTED LO CONOCE por "HP", que también quiere decir "caballo de fuerza".

Eso es Luis Hernández Parker, un potro con bastante fuerza que relincha día por medio, en la Radio Cooperativa, y que les cuenta a todos los chilenos lo que ocurre en política con una voz que parece tranquila, apacible y sin alterarse, como que no quiere la cosa, y que dice las cosas más sensacionales sin usar el matiz sensacionalista ni cambiar de tono.

Los chilenos están acostumbrados a él, como a reírse con Lucho Córdoba y la Desideria, como ir el día domingo al Club Hípico, a veranear en febrero a la playa y a jugar al Casino. Todo esto forma parte del decorado del país, y el malhadado día que perdió un hijo, Lucho se dio cuenta cómo la gente lo quería en este país tan contradictorio y tan poco sentimental, en apariencia, que se llama Chile.

Ahora está como escéptico, como de vuelta, como bajando de la larga escalinata que recorrió como periodista, pero sigue puntualmente hablando por la radio y diciendo con precisión matemática lo que ocurre cada cuarenta y ocho horas en el Congreso o en La Moneda.

Yo viajé con él a Bolivia. Conversé largas tardes, hace años, en su casa, que quedaba cerca de la piscina Mundt. Lo veo de vez en cuando mientras teclea en la máquina de escribir en la Cooperativa Vitalicia y apuntando, con una escrupulosidad perfectamente suiza, los datos que le mandan por teléfono los políticos que quieren aparecer en la radio día por medio.

Es amigo de Frei, de Allende y de Durán. Lo fue de González Vi-

1Yo me llamo Tito Mundt, con "dt". Ella no es pariente, porque se llama MUND (boca en alemán), pero somos grandes amigos.

dela. No se entendió con Ibáñez. Estuvo lejos de Alessandri, y antes que nada, es HP. El "HP" que usted, amigo lector, conoce tan bien como yo y que está oyendo en este mismo momento por la radio, mientras lee estas líneas. Fue comunista. Ahora es escéptico. Los cincuenta y seis y más años le pesan. Y cuando teclea a máquina en la Cooperativa, parece estar aplicándole unos irónicos rayos equis a la política nacional.

Pero hay algo triste, lejano, desengañado detrás de sus lentes y de sus cabellos grises.

Casado con una mujer encantadora, elegante e inteligentísima, es uno de los buenos amigos que yo tengo. A pesar de que lo veo una vez cada seis meses.

Sirva esto de excusa.

Guillermo Eduardo Feliú

FUE HACE TRES años en Santiago.

Un sábado cualquiera, Guillermo Eduardo Feliú tecleaba su máquina en su oficina y de repente se detuvo y me dijo:

—No sé por qué creo que ésta será mi última carilla. . .

Salimos silenciosamente por la calle Tenderini y caminamos hacia el Santa Lucía. Hablamos de la vida, de la muerte, de su mujer, de sus dos hijitas, de su hijastra que lo adoraba, de la gente del diario, de política, y lo fui a dejar hasta su casa.

Al día siguiente, al llamar por teléfono, como de costumbre a las diez de la mañana, me dieron la increíble noticia de que estaba gravísimo.

Durante cinco días, los periodistas de este diario luchamos mentalmente contra un fantasma que se acercaba a paso silencioso hasta la Posta del Hospital del Salvador.

Nos venció el fantasma.

Van a pasar muchos años hasta que exista un hombre como Guillermo Eduardo. Maestro de periodistas, a pesar de su edad, adoraba algunas grandes cosas: la libertad, su masonería, su Partido Radical, su diario, sus amigos, sus estudiantes de la Escuela de Periodismo, su embajada, su mujer, sus hijos, pero por encima de todo adoraba una gran palabra: EL PERIODISMO.

El trabajo lo mató. Nunca lo olvidaré, sentado a su máquina de escribir número quince, que le colocamos simbólicamente al pie de su ataúd, junto a sus dos ceniceros con los cuales trabajó hasta el último momento.

Caballero por los cuatro costados, tenía verdadero culto por la honradez. A pesar de su sonrisa burlona eterna, era un polemista de pri-

mera línea que saltaba al palenque a defender sus principios como fuera y contra quién fuera.

Tenía una cáscara dura. Parecía perpetuamente de mal genio y lo creían de malas pulgas. Era sólo la apariencia.

Le sobraban amigos en todas las esquinas de Santiago. Veintidós años tecleando en la máquina le dieron la única condecoración que merecía: esa insignia azul que llevamos orgullosamente en la solapa los que pertenecemos a esta profesión que está por encima del hogar, de las horas de descanso, este tiempo sin reloj, a la que entregamos las veinticuatro horas del día, a esas cosas adorables que se llaman los diarios.

Reportero, redactor político, jefe de informaciones, director, vicepresidente de "La Tercera", funcionario de lujo de la embajada británica, verdadero creador de la Escuela de Periodismo, lo va a llorar mucha gente y se va a hablar de él mucho tiempo.

Guillermo Eduardo no supo que esa última carilla en blanco que está en su máquina de escribir la van a llenar por él los que nunca olvidarán su gesto aparentemente huraño, su charla, sus lentes, su figura delgada y fina, su paso nervioso por la calle, sus admirables artículos, pero antes que nada, su honradez irreprochable y eso que se llama la caballeridad.

Esa gente que ahora está con corbata negra se llaman sus amigos.

Gabriel Sanhueza

ES LA PERSONA de más mal genio de Chile. Pero tiene genio. E ingenio. Y lo luce, como lo aconsejaba Lastarria. Ahora está viejo y apenas sale a la calle, pero un día, hace tiempo, fue el mejor humorista de Chile. Escribe en "Clarín" y se firma "Transeúnte". Fue director de "Topaze", durante años, y estrenó una serie de obras de teatro. Me cabe el triste honor de haberle perdido el único original de "Avión" o "Una muchacha de cuento", que le estrenó Alejandro Flores, hace cerca de treinta años. Yo era amigo de toda la familia Sanhueza y tenía entrada franca en la casa de la calle Catedral, primero, y más tarde a la de Huérfanos, cerca de la Plaza Brasil.

Ahora Gabriel no es ni la sombra de lo que fue cuando le decían "El Pato". Está viejo, enfermo, y de mal genio. Escribe lentamente en la cama, con la máquina colocada quijotesicamente sobre las rodillas. Después sale a la calle y avanza lentamente como quien se desliza entre fantasmas. Esos fantasmas se llaman, respectivamente, el Doctor, Doña Delfina, Jorge y Carlitos. Este último se mató en un accidente automovilístico junto a su mujer.

Yo viajé con Gabriel a ver la Argentina de Perón. A Gabriel le desagradaron el espionaje y los soplones escondidos debajo de la cama y metidos en el *closet*.

Se volvió rápidamente a Santiago, mientras el resto de la delegación tenía que hacerles frente a la prepotencia gaucha y a la insolencia descamisada.

Más tarde me moví como ardilla para conseguirle una invitación a Inglaterra. Viajamos a Londres, Oxford, Manchester, París y Madrid. Allí creció mentalmente y quedó herido en el ala para siempre. Ahora vive de recuerdos y hasta se le olvidó que un día había tratado de ser malo, sin conseguirlo en lo más mínimo...

Miguel Serrano

MIGUEL SERRANO fue embajador en la India y continúa con el mismo cargo en Yugoslavia.

Ha sido uno de los más brillantes representantes de Chile en el extranjero y no tiene nada que ver con el diplomático típico que no tiene idea del país en que está, que no sabe el idioma ni conoce su historia.

Antes de llegar a la India ya se conocía hasta el último elefante y les había dado mentalmente la mano a todos los faquires. Era amigo personal de Buda y de Vichnú y había conversado con la última vaca sagrada en los márgenes del Ganges. Antes de llegar a Belgrado, le pasó lo mismo.

Inteligente, rápido, valiente, decidido, buen escritor, Miguel, a pesar de su facha y sus canas de galán de cine, tiene la talla de un líder que no anda buscando parrafitos en los diarios y que no necesita entrar a una sociedad secreta o esconderse detrás de la fachada de un partido político. Nacionalista integral en "La Nueva Edad", en sus libros, en sus ensayos y novelas, lleva amarrado Chile al alma con unas ligaduras que no se rompen al tomar los barcos y montar en los aviones.

Y Chile puede estar seguro de que, esté donde esté, sigue en Chile galopando por algún camino polvoriento que se va a perder en un veciuto de la cordillera.

El "Mono" Pizarro

TENÍA LA mentalidad de los personajes de "Martín Fierro". Y hasta el pitillo encendido en los labios y la curva del caballo marcada entre las piernas. Le faltaban el poncho y la bombilla del mate amargo, pero

siendo profundamente chileno, tenía algo del otro lado de los Andes. Se le notaban a simple vista el asado al palo bajo las estrellas y el lejano mugido de las bestias.

Tenía a flor de labios el dicho y el proverbio criados en las viejas provincias del sur, azotadas por las lluvias, pero era profundamente santiaguino.

El Black and White, El Caruso, Los Roncos y el Círculo de Periodistas lo van a echar terriblemente de menos. Daba la sensación de que había dejado amarrado el caballo en la vara más próxima. Se acomodaba un poncho invisible y apagaba el cigarrillo en unas botas de cuero crudo.

Jefe de cables de "El Mercurio", inolvidable comentarista de boxeo, de la época de Beiza y Vicentini, genial compañero de los viejos tiempos de la revista "Vea", gran bailarín de tango compadrito en el viejo Tap del Negro Tobar, amigo de don Tuco, de Juan Emilio Pacull, de Silvio, y de todos los adoradores que de la noche han sido; enemigo de las estrellas y partidario inflexible de la madrugada, se ha ido con su hombría a cuestras, en un destartado taxi, tomado a las cuatro de la mañana rumbo al infinito, sin frases entre comillas y sembrado de largos garabatos a la chilena.

Si algún día hubiera que ponerle un nombre a una calle repleta de recuerdos, de tinajas y de sauces llorones, habría que ponerle "Mono" Pizarro y no contárselo a nadie.

¡Y menos a él!

Si hubiera leído éstas líneas habría lanzado una sardónica carcajada de ultratumba.

En última instancia fue la hombría caminando por la calle. Y con él se nos va toda una etapa de la vida de Chile...

Y para siempre.

Raúl Matas

OTRA VICTORIA que se anota Chile en el frente de la noticia: Raúl Matas acaba de ser premiado como el Mejor Locutor de España. El premio lo da anualmente la revista "Onda", que tira la módica suma de cien mil ejemplares al mes. El jurado, netamente español, no vaciló en elegirlo entre dos mil locutores nacidos *in Spain*. Y lo notable es que Raúl ha ganado el premio a menos de un año de estar en Madrid, y concretamente en la Radio Madrid de la Gran Vía, en que mantiene sus programas "La marcha del tiempo", "Discomanía" y "Cita con una fecha", que acaba de salir al aire. O sea, que en menos de diez meses de actuación, sin necesidad de ponerles la mejor sonrisa a los periodis-

tas y trabajando sólo duramente ante el público de la mañana a la noche, ha conseguido imponerse en tiempo record.

Ahora basta decir *chileno* en una tienda para que la vendedora lance la pregunta de rigor:

—¿Del país de Raúl Matas, que hace "La marcha del tiempo" todos los días martes a las diez cuarenta y cinco?...

Raúl, que vive en Concha Espina 67, segundo piso, izquierda, con teléfono únicamente hace una semana, casado con María Inés, y con dos niños preciosos, trabaja con la puntualidad de un gerente de Banco. Desde las nueve de la mañana resuena la rápida máquina portátil que se trajo de Estados Unidos. Escribe para Chile (Minería), para México, Estados Unidos y Argentina, y graba tres veces por semana sus programas de la Radio Madrid.

No hace vida nocturna, y el único lujo que se da, aparte del que le brinda su *home, sweet home*, es el fútbol los domingos, que se juega en el vecino estadio Chamartín, que le queda precisamente a tres cuadras de su casa.

Sencillo, sin pose, amigo de primera, Raúl es uno de los hombres más organizados que he conocido, y tiene medido su tiempo con la severidad con que lo haría un hombre de negocios en Wall Street. Es el antibohemio por definición, y una noche, de tarde en tarde, da una vuelta por los barcillos, restaurantes y cafés en busca de noticias para sus programas.

Pero hay que destacar el hecho. Después que Bobby Deglané llegó a ser el amo de la radio española, Raúl trepó velozmente la escalinata del éxito. Y lo ha conseguido plenamente.

¿Y cómo lo ha hecho?... Muy sencillo. Con una voz de primera, una honestidad para llegar a la gente, que ya le conocimos y le seguimos conociendo en Chile, trabajando intensamente. Y, antes que nada, con una naturalidad de buen muchacho que, a medida que pasan los años, se ve más joven que nunca. Y con cara de mocoso de quince años.

Y para cerrar estas líneas. Inauguró hace seis meses un restaurante típico chileno en la calle Juan Ramón Jiménez, que es el puerto obligado de cuanto compatriota llega a tomarse un vaso de agua del Manzanares o un pisco sour de Chile. Se llama, sugestivamente, Rapa Nui.

Ramón Cortez

Esto fue escrito hace cuatro años.

EL SÁBADO, a las once treinta de la mañana, se inaugura oficialmente el busto a Ramón Cortez en la Escuela de Periodismo.

La cabeza leonina de Ramón estará presidiendo para siempre la vida y las inquietudes de los muchachos que van a entregar su sangre y su vida a esa profesión fascinante que se llama el periodismo.

El busto se debe a las manos de Manuel Banderas y tiene el sello de sobriedad que derramó Ramón durante toda su vida.

¡Mala suerte tiene la Escuela de Periodismo! Murió Santiago del Campo en España, cayó derribada Lenka Franulic, que era una institución nacional; la vida venció a Ramón Cortez y la muerte le ganó la batalla, después de cinco días de lucha, a Guillermo Eduardo Feliú.

El periodismo mata. Joaquín Díaz Garcés cayó a los cuarenta y cuatro años. Alfonso Huerta Ojeda, a los treinta y tres; Carlos Barry, en plena juventud.

Porque está bueno —gorditos, amables y bien cebados burgueses— que ustedes entiendan lo que es esta profesión. Al periodismo no se le entregan ocho horas marcadas por reloj como un empleado público cualquiera, sino los riñones, el corazón y la vida.

Periodistas fueron los cuatro apóstoles que contaron la historia de Cristo. Fue Julio César que, entre conquista y conquista, iluminadas por las antorchas de sus legionarios, escribía sus admirables cartas. Periodista fue Napoleón cuando muchacho, y luego, entre los relámpagos traidores y canallescos de Santa Elena. Periodista fue Marat; fue Camilo Desmoulins, fue Lenin en sus comienzos, y esa barbita mefistofélica que se llamó León Trotsky, que ahora andan buscando los chinos para explicar su revolución después que Stalin mandó un asesino pagado a México, a matarlo.

Periodista fue José Miguel Carrera, cuando comenzaban a asomarse detrás de la cordillera la bandera tricolor y la Canción Nacional.

Los periodistas no se fabrican en serie, como la coca-cola. Nacen de cualquier esquina, de cualquier café, y se desprenden de cualquier profesión.

Mezcla de soldados con bomberos y boy-scouts, tienen una sola amiga fiel y leal... —por encima de la mujer y la familia— que se llama la máquina de escribir.

Le cuentan a usted todos los días lo que pasa en los cuatro rincones del mundo. Y a veces le inventan un quinto rincón, cuando falta material.

Eso fue Ramón Cortez. Y por eso iremos el sábado a recordarlo.

Luis Mesa Bell

EN 1932 MATARON vilmente a Luis Mesa Bell, que era director de la revista "Wikén", que se editaba en una vieja casa colonial de la calle Moneda, entre Teatinos y Amunátegui, que ya no existe. "Topaze" estaba en el primer patio; "Wikén", en el segundo. De allí salió una noche, a las diez, el periodista. Afuera lo esperaba una camioneta. Lo metieron a empujones y lo mataron en Carrascal. Todavía existe la "animita" que la gente pobre cuida e ilumina amorosamente.

El cadáver fue encontrado al día siguiente, tirado despectivamente en un zanjón. Lo trajeron a Santiago y lo velaron en el *hall* de "La Nación". Todavía recuerdo a un muchacho de pantalón corto que hizo cola durante dos horas para ver el cadáver del periodista asesinado.

Era yo.

Mesa Bell estaba con la frente manchada de sangre y lentes oscuros para cubrir los ojos ausentes.

Más tarde fueron directores de "Wikén" Ricardo Latcham y Jacobo Nazaré. Y los asesinos de Mesa Bell se arrepintieron, y uno de ellos no vaciló en entrar de sacerdote.

René Olivares

LO CONOCÍ cuando muchacho. Vendía el diario nacistá "Trabajo" en la calle, con camisa gris y un cinturón en la mano.

Más tarde trabajamos juntos en la revista "Sensación", que fundé en 1946, con Antonio Poupin, con doce ediciones a la semana. Yo era el director y él era subdirector. Dormíamos alegremente en la mesa del escritorio y trasnochábamos hasta las seis de la madrugada en todos los bares de Santiago.

Luego en Buenos Aires, el 48, yo era subdirector de un diario que se llamaba "La Tarde", y un día llegó René a la aventura, con Raúl Hernán Leppe, que era más chico que ahora (un metro cuarenta). Vivimos juntos en una inolvidable pensión de la calle Corrientes y Callao, en la misma pieza. Olivares y yo teníamos una cama inmensa, Leppe dormía en el cajón del velador. Había un loro que estaba junto al teléfono y que participaba en las charlas y era un secretario estuendo.

Teníamos unas amigas argentinas que nos hacían comida chilena y nos regalaban corbatas para los santos y cumpleaños. Yo nací ocho veces en el año, y René seis...

Más tarde en Chile trabajamos juntos en la revista "Vea" y luego en "La Tercera de La Hora".

Luego pasaron la vida, los años y el tiempo. Yo tuve varias audiciones de radio y René dejó "La Tercera" y ancló en la Nuevo Mundo. Es director de la emisora y anima "Entretelones", "La sobremesa de los duendes" y "Póker de ases", los domingos. Se ha casado dos veces y tiene dos hijos encantadores. Además adoptó una guagua que parece dibujo animado y que se llama "Gasparín". Lo pelan en los corrillos de periodistas mal hablados. Cuentan cosas desagradables sobre él. Yo afirmo que es un amigo de primera y un periodista excelente.

Lo demás no me importa un pucho.

Y mientras escribo estas líneas me llega una tarjeta suya desde El Cairo, donde está actualmente, en la conferencia de países neutrales, y veo en la pared otra postal que me llegó hace tiempo y que dice simplemente: "Nueva York".

Lugoze

ANTES QUE NADA, se llama Luis Goyenechea Zegarra, que es como ser vasco tres veces. Y tiene el empecinamiento del vasco. Y a ratos el mal humor de la raza. Actualmente dirige la revista "Topaze" y pasea su Perejil en las páginas del decano, lo que le permite al diario perder de vez en cuando su clásica gravedad. Si Verdejo era el roto de hace veinte años, Perejil trata de ser el "poblador marginal" actual, que habla de política y se toma un trago de vez en cuando.

Lugoze, además, se dedica a conectarse a través de una radio de aficionado con medio mundo. En plena noche se pone los fonos y conversa como si tal cosa con un íntimo amigo indochino que tiene y que no ha visto nunca, y con un negro del Congo, que habla en cifras y que llama a Lugoze todos los años para San Luis y le manda un abrazo a través del espacio. El dibujante vive en tierra hasta las diez de la noche. A esa hora se aísla y se lanza en picada hacia las estrellas, como un cosmonauta cualquiera... Y allí se pasa, habla que habla con los puntos más remotos de la tierra. Cuando aterriza, lo está esperando Perejil con un frasco de tinta china y un pincel en la mano y le dice secamente:

—Trabaja, esclavo, ya que a mí me lo tiene estrictamente prohibido el médico.

Y el pobre Lugoze trabaja como enano para ganarse aburridamente la vida.

Fuera de esto, es tan chileno para hablar que, por razones de moral y buenas costumbres, no colocamos una frase suya en estas castas líneas...

El "Chato" Urzúa

SE LLAMA Avelino y ahora trabaja en "Última Hora" y en "Ercilla". Escribe desde hace más de cuarenta años y ha hecho más de ciento veinte mil crónicas. Fue director de "Topaze", autor de ocho comedias, por lo menos, y su único sueño es viajar un día a España (¡ojo, embajador!). Fue diplomático en Venezuela y se casó con una mujer tan linda, que aun hoy el "Chato" sigue tan enamorado como en sus buenos tiempos de cadete.

Es izquierdista sentimental y jamás se ha cambiado de micro en materia política. Le encantan las carreras y todos los domingos se levanta a las seis de la mañana, se atornilla la cabeza, se echa unos cuantos billetes de a mil en el bolsillo y parte a ver ese extraño espectáculo en el cual, gracias al dato de un buen amigo, se queda uno puntualmente en la calle cada siete días.

Le gusta jugar solitarios, contar cuentos y llegar de vez en cuando al Sportman (un extraño club que queda en Estado esquina de Agustinas, en el último piso), a ver a sus amigos. Escribe *todos* sus artículos del mismo largo, y según cuentan le ha hecho subir el tiraje al diario de la calle Tenderini.

Sencillo, mordaz y buena persona, es, a pesar de ello, uno de los humoristas valiosos que tenemos en este país con tan poco sentido del humor como es Chile.

El Profesor Topaze

TREINTA Y DOS años de la vida política de Chile están colgados en las murallas del Hotel Crillon. Son los treinta y dos años que van desde la caída de Ibáñez hasta la fecha. En la época de los "perseguidos de la dictadura", de la república socialista de Grove, de Dávila, de Eugenio Matte, del León, de don Palomo, de don Pedro, Juan Antonio, Gabriel, el general Ibáñez y Jorge Alessandri.

Es la exposición de caricaturas de la revista "Topaze", que se inició con un coctel presidido por el "Chato" Urzúa. Son los dibujos de Coke, Lugoze, Pepo, Pekén, el "Mono" Tejada y tantos más.

Por un momento sentimos pasar a nuestro lado toda la turbulenta historia de Chile en los últimos años. Vimos caminar al León, por la Alameda, con Waldo Palma. A Grove, entregando las máquinas de coser. Al "Chato" Dávila y sus "Cien días"; a Gustavo Ross agitando su llavín; a don Mandantonio, alto y solemne, con un estilo de huaso seco que no le aguantaba pelos en el lomo a nadie; a don Gabito deslizándose alegremente por las escaleras de La Moneda; al general Ibáñez caminando sin apurarse por las calles de La Paz, a cuatro mil metros de altura; a don Jorge con bufanda, saliendo, a pie, a las diez de la mañana, desde su casa, en dirección a La Moneda, etc.

Oímos ladrar a "Ulk", y escuchamos el lejano rumor de las violentas sesiones de la Cámara de Diputados que terminaban a veces con bofetadas y balazos. Sentimos el olor a quemado de la edición que fue mandada a incinerar por el León.

Nos acordamos de Gabriel Sanhueza, de Alvaro Puga, de Fernando Díaz Garcés, y de los que hicieron en otra época la revista.

Y hasta divisamos a lo lejos la llamita, flameando en la cabeza, de Cruz Coke. Vimos la rechoncha estampa de don Marma, de Enrique Alcalde, de Eduardo Moore, Ricardo Latcham, el "Guatón" Abarca, el "Negro" Vega, Astolfo Tapia, Manuel Garretón, Julio Barrenechea y tantos más.

Esas manchas de tinta china, esos dibujos rápidos y geniales, nos hicieron recorrer rápidamente la historia de Chile.

Estaba toda la vieja guardia presidida por el "Chato", y todos los que hicieron, a través de treinta y dos años, que un país tan serio y tan grave se riera a carcajadas y tomara la vida en broma. Y detrás de ellos divisamos los lentes, la vieja levita negra y los pantalones rayados del Profesor Topaze.

Y por un momento nos emocionamos, con una sonrisa burlona entre los labios.

El "Negro" Solano

DE LEJOS, parece varias cosas. A ratos da la sensación de un *equeco* que llega lleno de regalos y de presentes de amistad para los mil novecientos ochenta y siete compinches que tiene en Chile; de *guaco* típico de su tierra y, finalmente, de trozo de carbón que oscurece la habitación en que entra... Porque el negro Solano debe de ser uno de los tipos más negros que hay actualmente en América. Cuando trabajaba en la revista "Ercilla", hace ya largos veinte años, a las órdenes de Manuel Seoane, lo colocaban deliberadamente al lado de

don Pedro Aguirre, para que el Presidente se viera ligeramente rubio. Hace años que partió de Santiago, pero viene cada vez que puede. La última vez me mostró los secretos de la noche limeña, desde las diez hasta las pálidas seis de la madrugada, en que terminamos en El Parral, que es un hermano mellizo que tiene El Parrón junto al Rímac.

Se casó con una chilena (la célebre Gustavina) y la engaña con tres rivales: el periodismo, Chile y sus hijos. Era secretario de redacción de "La Tribuna", órgano oficial del APRA, pero Haya de la Torre, que es muy celoso en todos los terrenos y en todos los aspectos, le hizo finalmente la cama (una cama Pompadour, como le gusta a él), porque Solano le tenía demasiada simpatía y respeto a ese tremendo líder que murió hace exactamente un año y que fue Seoane, para el cual Solano está preparando un *Requiem*, que verá la luz en breve.

Resultado: el negro está de director actualmente de una revista bien hecha y bien escrita que se llama "Impacto".

El que salió perdiendo fue el propio Haya.

Solano vino como corresponsal a las elecciones y le sobraron invitaciones para comer y almorzar. Síntesis: llegó de 90 kilos y se fue de 110. Se levantaba, en su breve estada en Santiago, a las 11 de la mañana y se acostaba justamente a las mismas once, pero del día siguiente. Trabajó mucho, y me consta que fue uno de los pocos corresponsales extranjeros que se dieron cuenta exactamente de lo que había pasado en Chile. Antes me contó una cosa sensacional.

—Fíjate —me dijo— que hace dos meses que yo sabía que Frei tenía que ganar y Allende TENIA que perder. Unos dirigentes comunistas peruanos que llegaron a Lima después de estar en Moscú, me dijeron que a Rusia no le *convenía* que venciera el candidato del FRAP, por razones de política internacional.

Ahora el "Negro" se fue. Montó como un trozo de noche al avión en Los Cerrillos, y lo único blanco que le vimos, al tenderle la mano, fue el alma, que, como buen negro, la tiene impolutamente alba.

Fuera de eso, y en sus momentos de ocio, se ganó el Premio Nacional de Periodismo peruano, por su magnífico libro "Catorce días en Alemania".

Alejandro Flores

Esto lo escribí cuando Alejandro vivía aún.

ME GUSTA LA gente sencilla, que no habla, sino que actúa. Que no hace política de café, sino sencillamente política, y pelea de frente por el

pueblo. Los novelistas que no cuentan novelas en las esquinas, sino que se sientan frente a la máquina y escriben incansablemente en la penumbra de una sala solitaria, buscando la palabra justa y el término exacto. Los bailarines que bailan, los arquitectos que planean casas, los médicos que curan y los ingenieros que tienden puentes.

Los demás son ociosos o bohemios. Está bien el *snob* que le dé color a una sociedad vieja y que rejuvenece el ambiente con una frase genial o con una salida única, pero no el aprendiz o el aficionado. Wilde y Byron fueron *snoobs*, además de escritores, pero trabajaron su snobismo, lo ennoblecieron, le dieron carta de ciudadanía universal.

Hay gente que habla de teatro. Que habla en francés entre dos copas de whisky y una partida de canasta. Gente con sexo a medias, que galopa por los escenarios, las librerías pedantes y las tertulias de moda. Que se saben de memoria la última palabra que dijo Jouvett y el último *calembour* que acaba de lanzar Jean Cocteau, en su casita del Palais Royal, bajo el cielo otoñal de París.

Y se dedican a veces al teatro. Trabajan en obras oscuras y pedregosas (en las que nunca falta un padre que está enamorado de su hija) y, por supuesto, lo hacen mal por falta de oficio y de talento. No tienen pasta ni cultura. Y además les falla el alma.

Y, naturalmente, pasan por el teatro como una sombra y se pierden entre las bambalinas y el recuerdo.

Por eso me gusta Flores. Me gusta porque lo veía cuando era muchacho, desde la galería del Carrera, en el primer acto; en balcón, en el segundo, y luego en platea, en el tercero... una vez que me había entrado, hábilmente, gratis... Me gustaban su sencillez, su voz de muchacho sano, su cultura, su falta de pose, su naturalidad. Y antes que nada, esa hombría que ahora tanto falta en escena. Su humorismo se me quedó pegado para siempre. Estoy seguro de que en el fondo de más de un chiste mío está sentado el Alejandro Flores de "Ferdinand Pontac" o de "La Serpiente"...

Sus galanes franceses, sus cínicos inolvidables, sus viejos místicos, fueron la primera lección VIVA que tuve en mi lejana adolescencia...

Y Alejandro no cambió. No hizo el actor genial. No vivió con la vista puesta en París. No se desmayó ante el último aullido del arte que nos llegaba de los cafetuchos que se miran en el Sena. Siguió siendo él hasta la médula de los huesos.

Es decir, actuando, trabajando, ensayando, leyendo, aprendiendo, dirigiendo...

Y por eso es lo que es. Es decir, nada menos que el mejor —y quizás el único— actor que tenemos en Chile. Galán cuando quiere. Característico cuando se le antoja. Viejo o joven, según lo indique el texto de la obra.

Esta noche debuta. Debuta sin bombo ni platillos. Sin coctelitos intelectuales ni críticos invitados de antemano. Simplemente con un nombre y una vida detrás de él que lo dicen todo. Un nombre que me recuerda la última escena de una genial película de Luise Rainer cuando una muchacha solitaria, que ha llegado a ser, por fin, estrella, se sienta a la salida del teatro en que ha triunfado y contempla su nombre escrito en medio del cielo. Y que le indica que ha llegado a la meta. A la brillante y dolorosa meta.

Y ese nombre dice y dirá por mucho tiempo, simplemente, "Alejandro Flores".

Pero hay algo más.

Flores tiene una casa en la calle Dieciocho, que es un trozo de la Independencia. Ríase usted, amigo lector, de los textos históricos, de las postales coloreadas, de los retratos célebres. Alejandro, y antes que nada, doña Carmen Moreno, han creado, en un salón de ocho por ocho metros, un oasis histórico.

EL RECUERDO DE O'HIGGINS

Entremos. Sobre un sofá reposa, digna y noblemente, una *écharpe* hecha a mano por doña Remedios Escalada de San Martín, para doña Isabel Riquelme. Basta tocar la fina piel de la *écharpe* para comprender los minutos más sublimes de la Patria Vieja. Ahí están el amor, la pasión, el cariño, el respeto, los viejos fantasmas de la Independencia, que vuelven a alzarse verticales en la histórica penumbra de una casita de la calle Dieciocho.

LOS PAPELES

Y vienen las cartas. Amarillentos documentos escritos con pluma vacilante por San Martín, O'Higgins, Bueras, Cochrane, Las Heras y otros bravos.

Mientras tanto, la cámara fotográfica enfoca la cama donde durmió O'Higgins, y el pequeño Niño Dios que acompañó a don Bernardo en sus cabalgatas heroicas. Ese Niño Dios, de cuarenta centímetros de alto, usa botas como el padre de la patria, y tiene una mirada dulce y suave que recuerda los tiempos en que la patria andaba a caballo y de pantalón corto. Ese niño acompañó al bisabuelo de Alejandro Flores, el capitán Flores, ayudante de O'Higgins, en los días en que se jugaba la vida en los campos de batalla.

COPAS

Pero hay más. Se nos sirve champaña en las finas copas que per-

tenecieron a Blanco Encalada. El dorado líquido de 1957 se camufla y se viste en la atmósfera de 1820.

En un rincón monta guardia la litera que perteneció a Marcó del Pont, y en un ángulo, solitario y solemne, está el piano en que deslizaba sus dedos Diego Portales, por allá por 1835, y que perteneció más tarde al sabio don José Toribio Medina.

En otro rincón se alzan los retratos descoloridos y solemnes de O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez, Las Heras, Martínez de Rozas y todos los padres de la patria que pueblan el solemne escenario de la Patria Vieja.

DOÑA CARMEN

¿Quién ha buscado todo esto, quién ha encontrado todos estos documentos; quién ha recorrido el territorio nacional tratando de descubrir la carta más vieja, el documento más emocionante, el sillón más respetable?

Es doña Carmen Moreno de Flores, una de las damas más chilenas con que cuenta este país, que ha buscado con un viejo cabo de vela el pasado nacional y lo ha encerrado en el penumbroso marco de una solitaria sala de la calle Dieciocho.

Con razón su marido, Alejandro Flores, nos decía:

—Yo soy menos que el marido de Carmen... Soy apenas su humilde colaborador.

Claro que de esta colaboración ha surgido un islote de esa historia cruzada de sangre, sablazos y banderas, que se llama la Independencia.

Después, una mañana cualquiera, una noticia se tomó la radio por asalto. ¡Había muerto Flores! La noticia increíble fue recibida en la calle con incredulidad y escepticismo. No podía morir. Formaba parte del decorado y la historia de Santiago. No se trataba únicamente de telones y candilejas. Era algo más. Era un estilo de vida, una manera de hablar y de moverse en el escenario. Las niñas románticas quedaban viudas. Las pálidas adolescentes se quedaban sin su poeta. Los noctámbulos, con un trozo menos de noche.

Y el entierro del actor fue una sola columna de gente que sabía que con él se iba un pedazo inolvidable de Chile.

Y que la ciudad perdía el mejor de sus barrios.

Rafael Frontaura

NACIÓ PARA ACTOR. Antes de tener las primeras espinillas tenía maquillaje; se asomaba al espejo buscando un poco el personaje que había

adentro de sí mismo. Escribió versos; inventó, de paso, la noche santiaguina; le dio mayoría de edad a la bohemia, organizó las primeras luces de la madrugada, escribió versos, poemas, canciones, crónicas, y se fue a caminar por el mundo, sabiendo que llevaba dentro de él una cosa lejana y remota que se llama EL CABALLERO.

Tuvo canas especiales cuando llegó el momento de tenerlas, y, en Buenos Aires o en Santiago, fue el verdadero actor de Chile. Exagerado, andaluz, lleno de adjetivos, fue capaz, en una noche, de pensar una novela policial, escribir un tango, o decir una frase amable con cara de piropo. Un día le dieron el Premio Nacional de Arte, pero mucho antes lo habían vestido de "Topaze", lo habían encerrado en un lecho de yeso y le habían dado la personalidad de un ser que, de pequeño profesorillo de escuela local de París, llegaba al poder simplemente mintiendo, engañando, deformando y arribando.

"Rafa" comete el error de irse de Chile. En pocos días más, irá a buscar la nostalgia del hogar a Nueva York, junto a su hijo Pablo. Y a las orillas de su nieta. Se va porque lo llama la familia, la voz de la sangre. Pero se olvida de que la sangre corre mucho más entre las callejuelas de Chile que entre los rascacielos de Nueva York. Que allá dan los gritos y los dólares; en cambio aquí se derrochan la cordialidad, la amistad y la sencillez. Que nunca va a encontrar entre sus futuros colegas de radio y televisión a un Lois o a un Sallorenzo que diga el disparate más sensacional que se haya escuchado jamás bajo las estrellas.

Y un día va a estar tan arrepentido de haberse ido, que melancólicamente va a hacer sus maletas, se va a venir de vuelta como los nobles Rocinantes que buscan el perfume de la antigua pesebrera en los cortijos de la Mancha. Y entonces, en vez de despedirlo, vamos a tener que recibirlo de nuevo y darle una comida.

Por ahora se limita a escribir ocho libros a un tiempo, tener nietos y decir las cosas más exageradas en todas las esquinas de Santiago. No sé qué edad tiene, pero lo veo cada vez más joven. Y si sigue así (tomando leche y levantándose a las siete de la mañana), terminará en una maternidad diciendo "agú".

Lucho Córdoba

A LUCHO CÓRDOBA lo vi por primera vez, hace treinta años, en el Teatro Carrera, haciendo pequeños papeles junto a Alejandro Flores. Después lo seguí a través de seis lustros, enseñando a reírse a un país en que a la gente le encanta andar con la cara larga y con una mueca amarga entre los labios. Lucho Córdoba y Olvido Leguía les han enseñado más

a los chilenos el sentido del humor, de la sonrisa, de la carcajada, del tono alegre y del sentido festivo de la vida que cien caricaturas y que dos mil tratados sobre la risa.

Lucho dice que está viejo. Que está cojo. Dice que está afónico y agrega que ya no es el mismo del año 20, pero para mí sigue siendo uno de los mejores cómicos chilenos a pesar de que nació en Lima, donde tiene tanta popularidad como entre sus hinchas chilenos.

Y en un país como Chile, que en materia de humorismo camina entre la Empresa Azócar y Forlivessi, Lucho es absolutamente indispensable, vermouthe y noche.

Jorge Quevedo

YO ESTUVE LA noche de ese sábado en el Cariola con Jorge Quevedo. Estrenaba la obra "Los niños no vienen de París..." y Jorge Quevedo estaba en los camarines. Era el mismo de costumbre. Hacía chistes y hablaba con esa voz lejana y un poco de abuelo joven que tenía en la vida corriente. Porque el actor que acaba de morir en forma sorprendente era el buen amigo por excelencia, y el gran compañero de la gente de teatro, dentro y fuera de las tablas. Llevaba las candilejas en el alma y bastaba verlo en la calle, o tomándose un café, o conversando en una esquina, para comprender que venía de ensayar una obra y que marchaba a la radio. Vivió una vida terriblemente agitada, y, sin embargo, era la calma y la pausa en persona. No se apuraba por nada. El tono mismo de la voz lo acompañaba admirablemente para dar la imagen de un hombre joven que parecía tener mucha más edad que la que anotaba el carnet. Se le veía nacido para los papeles de hombre maduro, de tío, de papá, y hasta para peinar solemnemente las canas de un abuelo al que le gusta divertirse con sus nietos.

Premio Nacional de Arte, destacado siempre en la crítica por su sobriedad para actuar, libre de gestos tropicales y de actitudes llamativas, excesivamente sobrio en la vida real, amigo de la noche y de la charla, bohemio en el mejor sentido de la palabra, siempre tenía una expresión amable y una sonrisa pronta.

Sus amigos de "Hogar, dulce hogar" echarán de menos desde ahora al tradicional tío Liborio, que llegaba toda la vida con un "engaño". Con él se va una época de oro del teatro nacional, en que brillan los nombres de Flores, Frontaura, Córdoba, Américo Vargas, Sallorenzo, y tantos más. Y como se trata de un actor, no es una estrella que se apaga con su muerte, sino una candileja que deja de dar luz.

Nunca me imaginé la noche del sábado, en el Cariola, que le iba a dar la mano por última vez. Jorge no estaba maquillado. No estaba

en escena, era tan irremediamente actor en la vida real, que parecía venir bajando del escenario.

Bajó por última vez.

Ahora estamos seguros de que en la gran sala en que tendremos que debutar todos algún día —actores o no—, lo ha salido a recibir Alejandro Flores en persona para decirle, simplemente:

—¡A escena!...

Nicanor Molinare

“LAS CINCO HAN dado y sereno...”

Así dijo la radio, a las cinco en punto de la tarde, y Nicanor Molinare, que hacía quince días estaba en la Asistencia Pública, alcanzó a oírlas por última vez. Las había grabado hacía cinco años y era la característica de la Radio Nacional de Agricultura, para indicar el paso de las horas.

Faltando quince minutos para las seis, se apagó mansamente. La última vez que había actuado en público fue hace veinte días en la Exposición de Animales. Se levantó pálido y flaco. El mismo hizo chistes sobre la inflación y la deflación.

—Yo soy víctima de esta última —dijo.

La gente lo notó tan delgado, que daba pena. Traspiraba al hablar. El traje le quedaba como una bandera, flotando sobre el cuerpo. Los dos mil asistentes al clásico banquete notaron que se hallaban frente a un muerto en vida. La cara rozagante de otros tiempos había desaparecido y una palidez verdosa se extendía sobre el rostro. Lo saludó una ovación cerrada.

Nicanor, a pesar de todo, cantó. Cantó con toda el alma sus célebres “copuchas”, que preparaba todos los años para el mismo acontecimiento. Las hacía en diez minutos y a mano. Hablaba con los periodistas y los políticos para estar al día. Nunca faltaba el telefonazo a tiempo para darle un dato sabroso.

Esa tarde cantó como nunca. Hacía un calor infernal. Olía a pasto. Sobre ese decorado netamente criollo, cantó emocionadamente. La voz era débil y vacilante, pero no faltaba la nota de legítimo buen humor. El público premió las dos cosas: los chistes y el esfuerzo físico...

LA MUERTE

Muere a los sesenta y un años, y, prácticamente, la enfermedad que lo llevó a la tumba (cuatro gramos de uremia), duró apenas dos semanas. Entró a la Asistencia Pública para no levantarse más... Ayer,

apenas la noticia saltó por la radio y llegó a la redacción de los diarios, hubo romería en la Posta de la calle San Francisco. Amigos, familiares, gente de radio y de prensa, bohemios, se inclinaron sobre ese hombre delgado y pálido que reposaba en el lecho, como si se hubiera dormido tranquilamente. Una prima suya nos dijo:

—Se apagó tranquilamente, como una vela...

Había trabajado largamente como apoderado de la firma Menéndez Behety en Magallanes. Más tarde fue despachador de aduana. Le gustaba cantar únicamente para los amigos. Tenía una voz fácil y agradable. Bien timbrada y pegajosa. Fueron los amigos los que le dijeron:

—¿Por qué no cantas por radio?...

Y así fue como el año 36 llegó a la Yungay. Gustó desde el comienzo. Era una voz fresca y suave. Además, componía. Lentamente, de sus regordetas manos salieron las canciones que iban a dar la vuelta a Chile y más tarde al mundo... Así nacieron "Mantelito blanco", "Carmen Rosa Chandía", "Oro purito", "Cura de mi pueblo" y la más célebre de todas, que un día iba a llegar a Chile disfrazada de disco norteamericano y que iba a asomar en película: "Chiu chiu".

Las hacía rápidamente. Se le ocurría una frase musical en el café; la escribía velozmente en una servilleta y luego la pasaba en limpio en la casa. A mí me dijo un día:

—"Cura de mi pueblo" salió en media hora. Y la canté al tiro.

VIDA BOHEMIA

Eran los tiempos de la bohemia en el viejo Patio Andaluz, que ahora se llama Mon Bijou, en la esquina de la Plaza de Armas con Montjitas. Nicanor salía puntualmente todas las noches de smoking. Nunca faltaba el curadito que le echaba una talla. Peor para él. Nicanor sabía manejar la respuesta rápida que dejaba calladito al tiro. Y, además, cuando llegaba el momento, sabía usar las manos. Nunca lo dejaron con la bala pasada. Sabía defenderse con agilidad y rapidez. Y entonces comenzaba eso que quedará en la historia del folklore chileno como una cosa típicamente suya: "la copucha". La palabra misma es de él y está totalmente incorporada al idioma.

Inflaba la cara, ponía las manos arqueadas y comenzaba:

*"La copucha, la copucha,
la copucha va creciendo...
la copucha, la copucha,
la copucha ya se infló..."*

Eran diez o veinte copuchas de cuatro versos, en que hablaba de todo, especialmente de política. Desfilaban las maniobras parlamentarias,

los escándalos, las renunciadas, los entretelones, etc. Pero siempre lo hacía de una manera amable que hacía reír sin dejar la más ligera cicatriz.

El público pedía a gritos:

—“Mantelito blanco”.

Y Nicanor accedía a todo. Si debía cantar escasamente quince minutos llegaba fácilmente a la media hora. El público lo hacía repetir incansablemente. Cuando creó “Carmen Rosa Chandía”, estuvo listo el proyecto de hacer una película a base de Ester Soré. Desgraciadamente el plan no cuajó. El hizo la música y las canciones de “El padre pilitillo”, con Lucho Córdoba.

Pero la verdadera fama le vino de afuera. Música suya apareció en películas yanquis, como “Bailando nace el amor” y “Aventura”. Finalmente, un día reventó la gran noticia: “Chiu chiu”, hecho velozmente en el mesón de un bar de la calle Huérfanos, volvía a Chile en película y disco. Al comienzo los yanquis le contestaron: “Usted debía pagarnos a nosotros por el honor”.

Más tarde abrieron la billetera y le pagaron mil dólares. Fue el primer compositor chileno que ganaba una suma así.

EL VIEJO MUNDO

Mientras tanto, sus canciones volaban a través del mar. En París se cantaban sus copuchas en francés. En los mejores cabarets de Roma y de Londres se hablaba del gran compositor sudamericano...

“Il signore Molinare”. Los italianos le habían puesto, por las dudas, “Molinari”, y casi lo hacen nacer junto al Tíber. Hace dos años partió a Francia a cobrar los derechos de las obras que se cantaban y bailaban en francés. Melancólicamente se despidió de la gente de prensa...

Me dijo:

—Será mi primer y último viaje al Viejo Mundo.

Le acertó medio a medio. Estuvo seis meses allá y le pagaron un millón de francos...

Ahora último trabajaba incansablemente preparando nuevas copuchas, pero ya le fallaba la maquinaria. El corazón latía lenta y trabajosamente. Había enflaquecido treinta kilos. La chaqueta le volaba en el cuerpo como una bandera. Las mejillas, rojas y brillantes de otros tiempos, colgaban vencidas y desinfladas. A un amigo le dijo en la Quinta Normal:

—Esta será la última vez que cante en la Quinta.

Pero antes había tenido un gesto. Adoptó hace años a una muchachita hija de un íntimo amigo suyo que había muerto. Se llama Ana María Walck, y ahora tiene veinte años y está casada. En favor

de ella testó todo lo que había ganado a través de veinte años de labor infatigable.

Ayer esbozó su última sonrisa, un poco abacial, cruzó las manos sobre el pecho... y se fue...

Un cuarto de hora después la radio sonaba dos veces:

—Ha fallecido el gran compositor Nicanor Molinare...

Y otra que decía, con su voz tan conocida de todo el mundo...

—Las seis han dado y sereno...

Eduardo Naveda

ENTRE CABALLEROS calvos y gordos, que confunden el comunismo con el dramatismo, entre tantos señores que se sienten senadores de la República y se olvidan de la poesía con mayúscula, entre tanto cómico de la legua que vive de apolillados recuerdos y entre tantos jovenzuelos que se sienten protagonistas de alguna obra de cuarta clase en el Vieux Colombier de París, se destaca un hombre delgado, de pelo cano, de modales suaves, elegante y buen amigo, que trabaja como una especie de albañil del teatro de alto rango, dándoles a algunos amigos, a unos escasos críticos, una "Antígona" de primera línea.

Eduardo Naveda, al cual muchas veces le dije que debía llamarse Eduardo Nevada por el color del pelo, ha actuado como director, actor de teatro y de cine, guionista, y sobre todo tiene una inteligencia extraordinaria para perder científicamente el tiempo en las madrugadas en algunos cafés céntricos, conversando con algunos amigos y levantando algunas copas, y soñando, de vez en cuando, con un país que está tan lejos y que le queda tan cerca: con una Inglaterra que no conoce, pero en la cual debía anclar algún día.

Algunos estudiantes con anteojos y algunas niñas con cara de portada de revistas europeas lo están esperando impacientemente para que Eduardo los dirija algún día en un barrio nebuloso de Londres.

Sería su destino perfecto.

Coke

JORGE DÉLANO es dibujante, caricaturista, pintor, director de cine, espiritista, mago; saca la suerte, presiente el porvenir y camina a saltos

por la calle, diciendo a cada rato que no le queda tiempo para hacer tantas cosas y que cada día le están pagando menos.

Fundador de la revista "Topaze", caricaturista terrible contra el León, contra Ibáñez y contra sus respectivos gobiernos, se ha dedicado ahora al anticomunismo con una fobia que ya se la quisiera el más obcecado de los SS de Hitler.

Coke sueña con el comunismo, despierta con la hoz y el martillo y se come diariamente a un comisario soviético en el desayuno junto al café y las tostadas. En la noche se le aparecen Lenin, Trotsky, Stalin, Marx, Engels, y se enreda en la calle con una Internacional que encuentra sólo él, ve él, y nada más que él.

Aparte de esto, tiene un verdadero genio para dibujar parecidos a unos caballeros muy ricos que se mueren de vez en cuando, y cuyos agradecidos hijos quieren conservar el recuerdo de papá, colgándolos de la pared, y para haber planeado, dirigido y hasta interpretado, las escasas películas chilenas de calidad que se han hecho en Chile.

Ingenioso, divertido, buena persona, sencillo y excesivamente sordo, Coke, cerca ya de los setenta años, parece un muchacho de pantalón corto que anduviera gritando por las calles: ¡Muera el Partido Comunista!, y temblando de susto, al mismo tiempo, de que la bandera roja flamee alguna vez en La Moneda.

Pepo

ES ALEMÁN. Incurablemente alemán. Militar y disciplinadamente alemán. Se levanta a determinada hora, se afeita en ocho minutos tres quintos, trabaja siete horas exactas, dibuja veinte o treinta minutos, inventa las tapas de "El Pingüino" y crea las mujeres más sensacionales que yo haya visto hasta la fecha, con unas curvas que desgraciadamente no aparecen en la Guía Telefónica para saber su dirección exacta. Indiscutiblemente fino, y más que fino, europeo, para trazar sus manchas de color, René Ríos Boettinger tiene ese Boettinger tan tudesco que hay que pasarle un palito para sacarle la espuma, como un *schop* cualquiera.

Bigote

ES EL HUMORISTA más triste que he conocido hasta la fecha. Cada vez que se ríe parece que estuviera llorando, y detrás de cada carcajada

se lleva el pañuelo a los ojos y lo deja empapado en lágrimas. Se firma Bigote en "La Nación" y "Moustache" en "La Tercera de La Hora". Y además hace monos. Unos monos ingenuos que parecen hechos por un cabro chico. Tiene una técnica infantil en todo. Y una finura que no está en el humorismo pedante, sino en el humor directo y simple que llega fácilmente a toda clase de público.

Además Bigote habla con una voz tan baja que hay que agacharse para oírlo. No habla. Musita, murmura, parece estar rezando. Y cada cosa que dice con una especie de temor y de timidez, lleva el sello de un sentido auténtico del humor. En un país en que la gente es intolerablemente gris y profesionalmente triste, faltaba un humorista como él. No se trata del chiste del animador que trabaja en la boîte o en el teatro. No es el narrador típico de barra de bar que prepara el clima de suspenso para lanzar bruscamente el chiste de moda. No. Es justamente todo lo contrario. En voz baja y triste, con cara de funeral y mueca de pésame, dice y escribe las cosas más divertidas del mundo.

Y se ríe todo el público... Todos, menos él.

Raúl Manteola

TREINTA AÑOS ha estado fuera de Chile Raúl Manteola. Treinta años en su departamento de la calle Santa Fe, en Buenos Aires. Y treinta años igualmente haciendo las tapas de "Para Ti". Lo importante es que hay que tener una finura especial y una elegancia nata para hacer esas portadas. No hay nada más fácil que caer en la cursilería. El que las hace está al borde de ponerse empalagoso y romántico y pintar a las mujeres en una postura falsa y artificial. Basta no saber usar los colores, recargar los tonos, embellecer excesivamente el modelo, fijarlas en una pose artificial, para que se pierda lo básico, la naturalidad. Y calcule el lector cuántas mujeres habrá pintado Raúl desde que comenzó a trabajar en la ciudad del Obelisco. Semana a semana han desfilado frente al dibujante y pintor chileno los mejores churros que tiene oficialmente la Argentina. Hay unas morenas de ojos quemantes que pueden detener fácilmente el tránsito en Corrientes, y unas rubias con los ojos volados, como pájaros, que pueden hacer vacilar los mismos cimientos de la Casa Rosada. Y no únicamente argentinas. Hay más de una muchacha chilena que asoma en "Para Ti", exigiendo perentoriamente que le dediquemos nuestro mejor piropo andaluz. Porque Raúl tiene que ser un poco Don Juan. No se trata de que ande declarándose a las modelos. No. Raúl es terrible-

mente serio. Parece el verdadero manual de la gravedad. A ratos tiene algo de notario cuando toma los pinceles y comienza a trabajar. Pero, así y todo, su actitud frente a las sensacionales nietas de Eva le resulta donjuanesca. Es decir, piropea con la paleta y los pomos de pintura. Se descubre mosqueterilmente como en la época de D'Artagnan y barre el suelo con su chambergo. Hasta se pone poeta a ratos y los retratos le resultan inflamados sonetos hechos a base de líneas y manchas de color. Pero éste es el artista. El hombre es simplemente el amigo, el camarada y el embajador sin entorchados que teníamos en la Argentina y que le brindaba al compatriota viajero una copa, apenas aterrizaba en Ezeiza. Estuvo en Argentina y en París. Recorrió infatigablemente tiendas de antigüedades y los museos. Pintó en la calle. Alojó en el mitológico Hotel Saint-Michel, que era el cuartel general de la bohemia chilena hace diez años... , y que aún lo es. Vagabundeaba con boina y pipa, bajo la niebla, en la Rive Gauche. Y más tarde, con los ojos brillantes de emoción, en la penumbra del Louvre, tratando de ligarle a la Gioconda, que le sonreía en su respectivo marco.

Siempre fue el mismo. Y es el mismo ahora que ha hecho las maletas y regresado a Chile a quedarse definitivamente... ¿Qué le pasó?... Nada. Simplemente que esa pequeña palabrita que arde como una herida y que se llama la nostalgia comenzó a funcionarle. Y lo obligó a despedirse de sus cincuenta mil amigos de Buenos Aires para clavar la aventurera y bohemia carpa en su viejo Santiago de la Nueva Extremadura.

Pero a última hora cambió de opinión. Lo llamaban de Nueva York, de México y de otros sitios. Se puso la vieja boina de París, tomó la paleta y los pinceles, viajó rápidamente a Santiago a pintar a la esposa de Frei y se fue a la misma velocidad con que había llegado.

Actualmente está dibujando en México, con vista a Nueva York, pero tiene el corazón anclado en la calle Santa Fe de Buenos Aires, y en cualquier rincón provinciano de Santiago.

Ese es su drama.

Pila Subercaseaux

YO NO SÉ por qué nadie ha escrito algo sobre la muerte y en especial sobre la existencia de Pila Subercaseaux, que se tiró al río Mapocho hastiada de la vida.

Cada vez que se muere algún viejito respetable, que lo único importante que ha hecho en su vida es llegar puntualmente a su casa

e ir a misa a San Francisco, los domingos, se le escribe un artículo chorreante de sentimentalismo y se le compara con O'Higgins y con Carrera.

Ahora que ha muerto una mujer estupenda, nadie ha dicho nada. ¿Complejo ante el problema del suicidio? Puede ser, pero en todo caso Pila fue una época de la vida chilena. Fue un estilo, una manera de ser y de enfrentar la vida.

Fue el Chile de hace treinta años con mujeres bonitas y elegantes. Le sobraba clase para vestirse y para adornar los salones. Como charladora, como amiga, como viajera, como mujer, en una palabra, fue exactamente eso que captó tan bien Oscar Wilde en "El abanico de Lady Windermere" y que se llama *una señora*.

En el último tiempo se había sentido mal. Volvía de Francia y caminaba un poco sola por un Santiago que había olvidado junto al Sena. Seguramente le faltaban París y la gente de París.

Echaba de menos los atardeceres en el Pont Neuf, el aperitivo en el bar del Ritz, los desfiles de modelos en Fath. Tenía alma de mujer internacional que no vive entre la cuenta del boticario y del almacenero, sino entre los pitazos de los trenes y la húmeda partida de los barcos.

Pila tenía alma de despedida y de beso rápido al pie del avión...

Fue en su época la mujer más bonita y mejor vestida de Santiago. Pero vinieron, naturalmente, los años, las desilusiones y sobre todo el regreso...

Eso la amargó y la llevó un día al Mapocho. El pequeño río nuestro no es el Sena, y tiene algo de muerte en el brillo siniestro de sus aguas.

El Mapocho la llamó y Pila se lanzó en él como quien busca un amigo.

El último amigo.

Adriana Saavedra

ADRIANA SE mató en auto cerca de París. Seguramente fue en el Jaguar rojo que le había regalado su marido. Se había casado hacía poco con Leclerc, un gran muchacho, típicamente francés, que es editor. De facha, recuerda un poco a Jean-Louis Barrault. Adoraba a su mujer y la trataba de usted. Vivían en una casita vieja cerca del Panteón y del Luxemburgo. O sea, en pleno Quartier Latin, en la Rive Gauche. La casa quedaba en el último piso y flotaba sobre un océano de chimeneas.

Adriana había nacido para París. Se aburrió en Buenos Aires y partió a Francia, apenas pudo. En Santiago se había casado a las doce de la noche, en el cerro San Cristóbal, con Lautaro Murúa. La última vez que la vi fue hace seis meses, cuando yo venía de Moscú. Comimos en su casa y salimos luego a Montmartre. Hablaba francés como nadie y se conocía París de memoria. Oímos a un viejo que tocaba el acordeón con la gracia de Pierre Mac Orlan. Estuvimos en la Place du Théâtre hasta las dos de la mañana. Llovía sobre París. Caía la lluvia lenta de los grandes versos y de la vieja música. Adriana me sacó la suerte y me dijo que iba a caminar por lo menos unos cuarenta años más sobre la costra de la tierra. Afuera una vieja cantaba entre trago y trago. Un estudiante le dibujaba ese perfil de pájaro perpetuamente en vuelo que tenía Adriana. Los ojos volados, el pelo al viento, la cintura estrecha. Facha de modelo. O de carátula de revista.

En los últimos tiempos estudiaba griego y latín y trabajaba con un fotógrafo. Pensaba ir a Rusia y al Oriente. Leía como nadie. Estudiaba teatro. Vivía en París, en una palabra, como hay que vivir en París. Su marido la mimaba y la miraba desde abajo como una diosa.

En realidad tenía algo de diosa hindú, de ídolo, de templo erigido a las orillas del Ganges. Era una mezcla de lo terriblemente viejo y de lo insolentemente nuevo. Tenía el perfil justo para un anillo o un camafeo. No caminaba por la calle. Se deslizaba por el aire.

Cuando hablaba, clavaba unos ojos cargados de tristeza. Parecía ir más lejos que la mirada de la persona que tenía al frente. Hablaba vagamente, como en sueños...

Fue una de las chilenas más encantadoras que hayan pasado por París. Podía haber sido modelo, actriz, pretexto para un afiche, cualquier cosa.

Fue sólo una gran muchacha a la que salió la muerte al paso cerca de París —de su París— cuando tenía todo por delante.

Los cuadros de Picasso y los Braque que adornaban el comedor de su casa deben haber quedado definitivamente huérfanos...

El Marqués de Cuevas

HACE SEIS años...

Me voy solo a ver la otra cara de París. A las seis recorro de nuevo las maravillosas callejuelas de la Rive Gauche. Se reza en Saint-Germain-des-Prés. Se toma café en el de Flore. Se discute en el Mabilon. Han cambiado únicamente algunos refugiados españoles. Los es-

tudiantes siguen con los *coliers*. Una pareja se besa desenfrenadamente a la salida de un Metro. No ha cambiado nada y, sin embargo, París tiene una cara distinta. El Sena corre con la misma elegancia que lo dejé... El Palais Bourbon está peor que La Moneda de Santiago bajo los andamios. Los Champs no se ven de gente. Así fue hace ochenta años. Así será dentro de diez siglos. Pasan unos muchachones con los pantalones estrechos y chasquilla. Usan la chaqueta más corta que el año pasado. Andan a saltitos... Parecen... y son. No me cabe duda. Pero eso *no* es París. Camino junto al Sena con Mariano Fontecilla. Entro por Saint-Germain, nuevamente. Paso frente al Procope, el café más viejo del mundo, que no ha cerrado jamás desde 1636. Está la misma anciana de hace doce meses, dando la misma explicación... "Aquí se sentaba Danton... Aquí escribía Napoleón Bonaparte... Por aquí entraba Balzac... Esta es la silla de Voltaire..."

Ya nos sabemos de memoria el disco.

En la noche nos llevan al Lido. Es la cuarta vez que voy. Y ésta es la mejor. Corre el champaña como agua. En la mesa vecina está el Marqués de Cuevas con dos ancianas. Toda la gente lo mira desde el famoso duelo...

En un entreacto salto sobre la silla vecina y le tiendo la mano...

—¿Qué dice, don Jorge?

—¿Cómo te llamas tú, niño?

Le doy los datos y le cuento que escribí en "La Tercera de La Hora" hace un año un artículo que se llamaba "¿Cómo le va Cuevas, m'hijo?" Se ríe. Me presenta a las damas. Una resulta ser algo así como prima hermana de la mitad de los reyes destronados de Europa y la otra tiene tanta sangre azul que podría llenar todas las lapiceras fuente del mundo... Les beso finamente la punta de las uñas. El marqués me dice que el duelo con Serge Lifar, el célebre bailarín, de que ha hablado toda la prensa europea, no fue una comedia.

—Yo estaba muerto de susto... Estaba convencido de que me iba a matar... Apenas sabía manejar un cortapapeles... El día del duelo me encomendé a todos los santos. Me acordé de Chile e hice media docena de mandas. Si me hubieran dicho que me iban a fusilar, habría estado más tranquilo... Pero que lo pinchen a uno como un pollo de restaurante... Cuando llegué al campo de honor, me temblaban la perilla, las colleras, la corbata, la pluma, la pulsera... Todo... Tomé el sable y me lancé sobre Lifar para que me matara luego. Estaba toda la prensa de París. No se hablaba de otra cosa desde hacía una semana. Hasta nos tomaron en televisión. Fuimos la noticia más sonada de Francia en los últimos años. Ni Gaillard ha

tenido tanta popularidad en menos tiempo. Cuando vi correr la sangre en el brazo de Lifar, casi me desmayé...

El Marqués está contento. Al día siguiente se va a Madrid con el ballet. Quiere aprovechar el tremendo réclame que le dio el duelo.

Le beso la mano nuevamente a la anciana marquesa y dejo a la noticia número uno de *tout Paris* durante una apasionante semana que culminó en unas modestas gotas de sangre derramadas en un bosque cerca de París, ante un batallón de periodistas previamente avisados...

Esto fue hace dos años. Después el Marqués se puso su mejor smoking, se colocó su clavel en el ojal, y partió en Cadillac al otro mundo.

Bobby Deglané

SI USTED, AMIGO lector, pregunta en Madrid por la Puerta del Sol, lo más probable es que lo lleven al Arco de Cuchilleros. Pero si usted pregunta por Bobby Deglané, de cien personas, noventa y nueve le dirán que es el hombre más popular de España, porque Bobby Deglané, chileno nacido en Iquique, ex capitán de Carabineros, locutor de radio en carreras de autos, fundador de dos boîtes: Casanova y Jai Alai, corresponsal durante la guerra civil española y el primer periodista que entró a la capital española la mañana del 1.º de abril de 1939, bajo, simpático, y que puede hablar como español o chileno con la misma facilidad con que usted puede cambiar el dial en la radio, es tan propio de Madrid como las aguas del Manzanares o la brisa que sopla desde la sierra al atardecer.

Trabaja en la TV y en la radio, y después de veinte años no ha perdido una gota de chilenidad, a pesar de que se casó con española y que hace veinte años que vive en la calle Ilustración 13, cerca del Palacio de Oriente. Además, Bobby Deglané es uno de los mejores amigos que se pueden tener fuera de Chile, y más concretamente, a la sombra de bronce de Don Quijote y de Sancho, en la Plaza España.

Sergio Matta

EN UNA REVISTA de moda veo la firma. Dice únicamente *Serge Matta*. No es Sergio Matta, sino *Serge*. A la francesa. Como Serge Lifar, el bailarín que nació en Rusia, pero que triunfó en París.

Sergio Matta, hermano de Roberto, que tiene casi tanta fama como Picasso en la pintura, es modista. Llegó a París hace veinte años, y comenzó como todos: mostrándoles la ciudad a los chilenos. Desde la "niña bien" que "cantaba" el francés, hasta el huaso rico e inculto que quería ver desnudos y llevarse un par de cuadros "de esos caros" para su fundo (Sergio lo hacía maravillosamente). Y desasnó a mucha gente. Gente que creía que París era nada más que las piernas de la Mistinguette y las niñas diablitas del Folies Bergère, quedó casi pasable, gracias a él.

La cultura francesa debía haber condecorado a Sergio, únicamente por esta parte de su labor. Pero no se quedó allí. Tenía buen gusto. Su casa de muebles en Providencia, al llegar a Antonio Varas, tenía tanta clase como la mejor tienda de París. Lo que pasa es que hay gente que nace mal ubicada. Sergio debía haberse llamado Serge desde la partida, y haber llegado directamente a París. Yo lo conocí cuando recién comenzaba a mover el rubro modas. Tenía amistades *high* y le bastaba llamar por teléfono a alguna debutante para estar seguro de que le mandarían a hacer un modelito para debutar en una fiesta de campanillas. Sergio no tenía taller ni oficina. Su único capital, aparte del buen gusto, era un auto chico, tipo enano, con el que recorría infatigablemente las calles grises de París. Llamaba por teléfono, miraba largamente a la modelo, dibujaba unos apuntes y luego trabajaba directamente con las modistas que preparaban el traje. En el mismo auto, que era su Rocinante de combate, corría de un lado a otro, hasta que se montó una clientela de primera. Ahora le faltaba sólo el paso definitivo: una casa de modas con su nombre y su rúbrica.

Hace dos años llegó la noticia a Chile. Se había abierto en la Avenida Franklin Delano Roosevelt, en pleno corazón elegante de la ciudad, cerca de Dior, de Jacques Fath y de Balenciaga, una tienda de superlujo que se llama escuetamente "Serge Matta". En una revista italiana vi, al poco tiempo, las fotos de la inauguración de la casa. Y hasta con modelos chilenas, entre ellas, la gran Olga Moller, que se había separado de Renato Otero y que iba para condesa italiana. Además, había modelos panameñas, inglesas, italianas y, naturalmente, antiguas y deliciosas *parissards*, que parecían mocosas de "A la busca del tiempo perdido", de Marcel Proust.

Sergio es otro de los chilenos que han triunfado en la ciudad más exigente del mundo. Es como el Marqués de Cuevas cuando se llamaba Cuevitas Bartolí y se hizo amigo del príncipe Yousupoff, que había matado a Rasputín. El marqués tuvo más suerte y anduvo más rápido que Matta. Conoció a la hija de Rockefeller y con ello nacieron el ballet y la fortuna. Sergio anduvo más lento, pero igualmente efectivo.

Actualmente está casi en la misma línea de la viuda de Jacques Fath y del joven larguirucho y con cara de intelectual de Saint-Laurent. Y digo "casi" porque es la verdad estricta. El día en que pase el casi, tendrá a París entero a sus pies.

Por ahora le basta con ser uno de los regalones de la ciudad más inteligente del mundo.

Algo es algo.

El "Cuto" Oyarzún

HACE TREINTA Y cinco años que salió este chileno andariego de Santiago, en dirección a París.

Era el año 1929. Gobernaba Ibáñez. Pasaron veintitrés años, e Ibáñez volvió a gobernar. Y el "Cuto" seguía en París.

Y seguirá eternamente allí. Había nacido en Chillán y le gustaba cantar. Tenía buena voz, y, además, cara de galán de cine. Si se queda en Chile ahora estaría casado, tapado de hijos, cubierto de nietos, jubilado y posiblemente gordo, aburrido y calvo.

Prefirió saltar a París. Y allí se quedó.

Actuó en boîtes y cabarets bajo el nombre de batalla de Juan del Real, que le daba más *cachet* entre los franceses..., y tuvo éxito, un éxito rotundo. Conoció las aventuras galantes, las montañas de francos, las ovaciones cerradas y los largos párrafos dedicados a él en los diarios.

Pero todo pasa..., y la fama de Juan del Real pasó con los años. Entonces decidió dedicarse a otra cosa. Conocía como nadie París y los secretos de los compradores de cuadros. Era viejo amigo de los *marchands* de la calle Bonaparte y del Mercado de las Pulgas. Sabía cómo descubrir policialmente un cuadro que se podía vender en medio millón de francos a un entendido, y que estaba tímidamente disimulado detrás de unas vagas manchas de color, por diez o veinte mil francos. Y así llegó a ser un entendido de primera línea, íntimo amigo de coleccionistas, millonarios y *snoobs* en busca de alguna tela de valor.

Vive con su gran mujer (chilena, naturalmente), en el último piso de una casita de novela en la Plaza de la Madeleine, número 19. Allí sube todos los días, jadeando, los ocho pisos de rigor, por la falta de ascensor.

Hace treinta y cinco años que no sale de Francia, y no piensa volver. El mismo lo dice, con su terrible cara de próspero gerente de Banco en vacaciones...

—¿Para qué? Estoy en la ciudad más linda y más perfecta del mundo. La mayoría de mis amigos son franceses netos. Y los que dejé en Chile ya ni se acuerdan de mí...

Pero aunque él no lo quiera, sigue siendo un chileno traducido al francés.

Y es un degustador de vinos y de manjares como no hay otro, que habría sido íntimo amigo de LUCULO en sus buenos tiempos.

Y es un chileno-francés que abre sus puertas de par en par y entero su corazón de chileno a los compatriotas que llegan del otro lado del mar hasta la Ciudad Luz.

Raimundo Larraín

EN EUROPA SE habla en estos momentos de Raimundo Larraín casi como de Fabiola, de Soraya o del Cordobés. Pertenece a ese grupo de gente que veranea en Niza o Saint-Tropez, o que pasa los fines de semana en alguno de los viejos castillos llenos de fosos, fantasmas y recuerdos que decoran la piel de Francia.

El éxito de su "Cendrillon", la presentación fabulosamente audaz de sus ballets, la elegancia de la puesta en escena, los juegos de luces que fueron planeados por el mismo Raimundo, con trajes de otro chileno —Samuel Castro—, son el cotilleo obligado de París. Y no sólo de la ciudad del Sena. Igual se habla de él en Roma, Londres o Madrid. Recientemente, viajó a España con Geraldine, la hija de Chaplin, lo que provocó una estela de rumores. Se dijo que la muchachita, que se había lucido en un pequeño papel de la obra de Larraín, estaba de novia con el Cordobés.

No había tal. Lo que pasaba era que los periodistas necesitaban darle un plato picante al público y le inventaron rápidamente un romance basado únicamente en el hecho de que una noche los habían visto juntos en el mesón del Segoviano, en la Cava Baja, cerca del Arco de Cuchilleros. Carmen Guzmán —una muchacha chilena hija de Jorge Guzmán Hernández, que vive actualmente en Madrid y que tuvo un éxito rotundo con una exposición en la Galería Fortuny— pintó a Raimundo de una manera totalmente original. La cara verde, el pelo verde, los ojos verdes y las manos igualmente verdes. A ratos, recuerda a Modigliani y a Gauguin. Este es el verdadero Raimundo, con el que estuve hace poco. Un personaje para el París de Paul Morand, de la Grecco, de la Sagan, de Daninos. Un París elegante y lejano, que tiene algo de portada de revista elegante o de *week-end* en la Costa Azul.

Y, les guste o no a los envidiosos de turno, Raimundo Larraín, o el *Marquis de Larraín*, como dice su tarjeta de visita, es el éxito actual de París. Me consta.

El "Pelado" Escanilla

LA ÚLTIMA VEZ que lo vi en la calle, me dijo:

—Pienso abrir una boíte en unos días más...

Vivía con el sueño de la vida nocturna. Para él la existencia comenzaba exactamente a las doce de la noche, como para las brujas. A esa hora, Carlos Escanilla, conocido cariñosamente por el "Pelao", iniciaba su verdadera vida... Tenía la manía de la higiene y estaba convencido de que en el aire había mil millones de microbios que podían matarlo... Por eso saludaba desde lejos, con una ligera venia, pero sin dar la mano. Como amigo íntimo de Alejandro Flores, lo acompañó a las casas de anticuarios, en busca de objetos históricos. Era experto en O'Higgins y Carrera. En materia de teatro, tenía una sola admiración: Jacinto Benavente. Enamorado de la vida nocturna europea, nos quiso traer un poco de París y de Madrid a Santiago. Fundó, con don Pedro Fernández, "el caballero de la noche", la Hostería del Laurel, que tenía una pintoresca salida a la calle, por la bajada de los autos, en Phillips. Allí estaba el "Pelao", a primera hora (o sea, a la una de la madrugada), esperando a los clientes. Por él, más que por el show, la Hostería se llenaba rápidamente y le hacía competencia al vecino Patio Andalúz... Cuando llegaban las cinco de la mañana, el "Pelao" partía ceremoniosamente a su casa, con cara de gran chambelán de Santiago. No le interesaba el día y le cargaba el sol. Sólo había una cosa de interés para él en el mundo: las estrellas y la luna sobre los tejados de la capital... Era un romántico incurable, que recitaba versos en voz baja y que se sabía la mitad de los tangos compadrones...

Por los mismos motivos de higiene, no bailaba jamás... ¡Ah, los microbios, los eternos microbios!

Durante el gobierno de Gabriel González Videla, fue mayordomo de Palacio. A ratos parecía el superintendente de la Casa Real de Luis XIV. Le faltaban únicamente el pantalón corto, las medias, los zapatos con hebilla y la peluca empolvada. Pero, sin llevarlo en la mano, se le veía una especie de gran bastón dorado de mando para manejarlo con versallesca calma y solemnidad...

Ahora ha muerto en un hospital. Ahora vuelve a la noche. Ahora

puede fundar boîtes en el cielo. Ahora lo esperan sus mejores y más leales amigas: las estrellas. Ahora ha vuelto definitivamente a su mundo.

Jorge Guzmán Hernández

PARÍS TIENE SU plano aéreo en relieve y en colores. Naturalmente, la ciudad de la bruma —Londres— tiene el suyo. Ahora, gracias a la iniciativa de un chileno, Madrid cuenta con la mejor instantánea que le han tomado desde el aire. Y bueno. Y grande. Y perfecto, para poder caminar con la imaginación a través de la Castellana, de las callejuelas del Madrid viejo, detenerse a ver el crepúsculo en la Plaza Mayor o bajar al Metro en la Puerta del Sol.

Fue hecho por Jorge Guzmán Hernández, ex jefe de relaciones públicas del Banco Exterior de España, trabajando duramente a través de varios meses y con más de veinte delineantes y fotógrafos bajo su dirección. En la parte fotos y documentación trabajaron igualmente los periodistas chilenos Hugo Goldsack, Luis Berenguela y Orosmel Valenzuela. Como quien dice, un equipo total de gente nacida junto al Mapocho, que les ha entregado a dos millones de madrileños la imagen de la ciudad del Manzanares.

Cien mil copias han salido hasta la fecha, y se han repartido rápidamente en los cuatro ángulos de España, y han salido velozmente al exterior.

Se trata de presentar no todo Madrid, sino la parte céntrica, que es la básica. O sea, la que se extiende desde la Puerta de Toledo hasta la avenida llamada del Generalísimo. Y de las márgenes del Manzanares (que anda por ahí con el Mapocho en lo chico y enteco) hasta las verdes márgenes del Retiro.

Se puede transitar libremente por él. Se ve cada callejuela, de esas iluminadas aún con faroles a gas, bajar por las travesías y correderas, dejarse guiar, en las noches de luna, por la voz de serenos y nocheros, detenerse ante la imagen, tan terriblemente de piedra, de la Plaza Mayor, y llegar hasta el Arco de Cuchilleros a tomarse un chato de manzanilla en El Pulpito. O hacerse amigo de los descendientes de Luis Candelas. O llegar hasta la legendaria Chulata. O La Nueva Tortilla. O hasta la Plaza de la Cebada. Y anclar, finalmente, en la Plaza de Santa Cruz o la de Santa Ana, que tienen más solera y son más castizas que una página de Benito Pérez Galdós.

Madrid está allí. Al alcance de la mano. Y gracias a unos nietos chilenos, los españoles de hoy podrán, cuando estén lejos de la ciudad

de la Corte, evocar románticamente sus cien esquinas de novela. Y sus mil recovecos de leyenda.

Por eso había que destacar la tipográfica y romántica hazaña que ha significado para su autor páginas y páginas de fanático elogio en la prensa española.

Y no se quedó allí. Más tarde hizo el plano aéreo de Toledo, usando un poco la técnica del Greco, y en estos momentos prepara el de Washington... , hecho desde Madrid. En un mes más estará listo. Ha tomado ciento veinte mil fotos desde el aire, y ha hecho en miniatura la capital norteamericana desde la Avenida Pensilvania hasta la Casa Blanca.

En Chile no era nada y tenía fama de loco.

En Europa es el mejor publicista que hay actualmente.

Deduzca, amigo lector.

INDICE

Pág.

Amigo lector	9
--------------------	---

EXTRANJEROS

Charles de Gaulle	13
Churchill	20
Kennedy	26
Stalin	28
Roosevelt	29
Truman	29
Eisenhower	30
Goldwater	31
MacArthur	32
De Gasperi	35
Con Lincoln en el mármol	36
Couve de Merville	39
André Malraux	40
Mendès-France	43
Paul Reynaud	44
Ortiz, Lagaillarde y Massu	46
Madame Pétain	48
Skorzeny	49
Thorez	51
Von Papen	52
Gagarin	53
El sargento York	61
Jean Jaurès hace 50 años	62
José Antonio Primo de Rivera	63
En busca de Mussolini	64

	Pág.
Juan XXIII	65
Hitler	67
Jacqueline Kennedy	68
Gil Robles	69
Fidel Castro	70
Perón	71
Evita	73
Frondizi	74
Getulio Vargas	75
Paz Estenssoro	75
Hernán Siles	78
Haya de la Torre	79
Manuel Seoane	80
Arnulfo Arias	81
Lázaro Cárdenas	82
Avila Camacho	83
Isabel II	84
La princesa Margarita	85
Hemingway	85
John Dos Passos	88
Ben Hecht	88
Joseph Kessel	90
Paul Morand	91
Camus	92
Colette	93
Pío Baroja	95
Blasco Ibáñez	97
André Maurois	99
Blaise Cendrars	100
Françoise Sagan	101
Cocteau	102
Jean Cau	103
Nicolai	103
Francis de Miomandre	105
Azorín	106
Los Alvarez Quintero	107
Torcuato Luca de Tena	109
Alvaro de la Iglesia	110
Emilio Romero	111
Agustín de Foxá	112
Vintilia Horia	114
Dominguín contra Hemingway	115
Carlos Llopis	115

	Pág.
Mauriac contra Peyrefitte	117
Picasso	118
Salvador Dalí	119
Diego Rivera	121
Siqueiros	123
Foujita	124
El dibujante Summers	125
Mathius, un pintor sin pincel	126
Chaplin y Nikita	127
Maurice Chevalier	130
Los Beatles	131
Jean Gabin	133
Fellini	133
Chaplin	135
Walt Disney	137
Josefina Baker	138
Orson Welles	140
Brigitte Bardot	141
Ava Gardner	143
Oyendo aún a Carlos Gardel	145
Elsa Maxwell	146
Harpo Marx	148
Elizabeth Taylor	149
Cantinflas	150
Enrique Serrano	152
Clark Gable	152
Greta, la eterna	153
Lauren Bacall	154
Humphrey Bogart	155
Lana Turner: una película sin dirección	156
Marlene Dietrich	158
Peter Lorre volvió a casa	159
Martine Carol en Chile	160
Luis Sandrini	161
Sarita Montiel	162
El inolvidable Manolete	163
Viendo bailar a Antonio	165
Chicote	166
El Cordobés	167
El negro Armstrong	168
Grock	170
Pelé	171
Di Stefano	172

	Pág.
La guagua astronauta	173
Tamara, la rejoneadora	175
Los Windsor en Madrid	176
Grace y Rainier	177

EN CHILE

Don Pedro Aguirre	181
El León	183
Ibáñez	186
Grove	190
Juan Antonio Ríos	192
Gabriel González Videla	193
Jorge Alessandri	196
Eduardo Frei	198
Una casa de la calle Bilbao	199
Conrado Ríos Gallardo y un golpe de Ibáñez	200
Rossetti	204
Jorge González von Marées	205
El doctor Cruz Coke	207
Pedro León Ugalde	208
Julio Barrenechea	209
José Maza y su bastón	209
Raúl Marín Balmaceda	211
Eduardo Moore	212
Julio Durán	212
Eugenio Matte Hurtado	213
Manuel Garretón Walker	213
El padre Hurtado	214
Fray Pedro Subercaseaux	216
Pacheco Altamirano	217
Manuel Banderas	219
Rafael Correa	219
Carmen Guzmán	221
Joaquín Edwards Bello	223
Don Pancho Encina	226
Gabriela Mistral	227
Garrido Merino en su Madrid	229
Pancho Coloane	231
Eugenio González	231
Joaquín Díaz Garcés	233

	Pág.
Vicente Huidobro	234
Ricardo Latcham	235
Mariano Latorre	238
Pablo de Rokha	239
Nicomedes Guzmán	240
Benjamín Subercaseaux	241
Augusto Iglesias	242
Neruda y Jacobo Nazaré	243
Emilio Rodríguez Mendoza	244
Daniel de la Vega	245
Carlos Morla Lynch	245
Augusto d'Halmar	247
Pepe Donoso y Juan Tejada	247
Raúl Silva Castro	249
Luis Enrique Délano	250
Margarita Aguirre	251
El "Gordo" Durand	252
Teófilo Cid	253
Aldo Torres	254
Jorge Inostrosa	256
Carta a Lenka Franulic	258
Juan de Luigi	258
Renato González (Mister Huifa)	260
Hernández Parker	261
Guillermo Eduardo Feliú	262
Gabriel Sanhueza	263
Miguel Serrano	264
El "Mono" Pizarro	264
Raúl Matas	265
Ramón Cortez	267
Luis Mesa Bell	268
René Olivares	268
Lugoze	269
El "Chato" Urzúa	270
El Profesor Topaze	270
El "Negro" Solano	271
Alejandro Flores	272
Rafael Frontaura	275
Lucho Córdoba	276
Jorge Quevedo	277
Nicanor Molinare	278
Eduardo Naveda	281
Coke	281

	Pág.
Pepo	282
Bigote	282
Raúl Manteola	283
Pila Subercaseaux	284
Adriana Saavedra	285
El Marqués de Cuevas	286
Bobby Deglané	288
Sergio Matta	288
El "Cuto" Oyarzún	290
Raimundo Larrain	291
El "Pelado" Escanilla	292
Jorge Guzmán Hernández	293

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

* 2001 225 *

COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS

V

LOS COMUNEROS,
por Germán Arciniegas.

LAS HISTORIAS DE ESPIONAJE MAS
ASOMBROSAS DEL MUNDO,
por Kurt Singer.

FANTASMAS Y RETRATOS DE LA
TRADICION,
por Jorge Inostrosa.

BREVE HISTORIA DE LA ANTARTIDA,
por Carlos Aramayo Alzérreca.

TESOROS OCULTOS,
por Robert Charroux.

EL LIBRO DE LOS LIBROS,
por Fulton Oursler.

CRONICAS,
por Joaquín Edwards Bello.

VELEROS FRANCESES EN EL MAR DEL SUR,
por Fernando Campos Harriet.

LA CIUDAD PERDIDA DE LOS INCAS,
por Hiram Bingham.

VISION DE USA,
por Raúl Silva Castro.

PASE POR MEXICO UN DIA,
por Manuel Rojas.

FRUTOS DEL PAIS,
por Julio Barrenechea.

HISTORIA DE CHILE,
por Jaime Eyzaguirre.

Partien

La condición humana.
mundt

Otras obras de

TITO MUNDT:

DE CHILE A CHINA.

DE GAULLE, EL GRAN SOLITARIO.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Casilla 84-D

Santiago de Chile

